



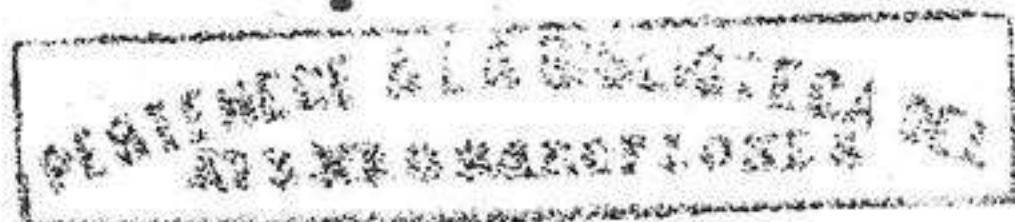
AÑO V

NÚM. XLX

LA
ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO



~~~~~  
FEBRERO—1893  
~~~~~

AGUSTÍN AVRIL

IMP. DE LA COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

MADRID

*Para la reproducción de los artículos
comprendidos en el presente tomo, es indis-
pensable el permiso del Director de LA
ESPAÑA MODERNA.*

HISTORIA DE UN CABALLO

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO MARCELO DE

Los primeros rayos del sol naciente disipaban las tinieblas de la noche; la aurora invadía el cielo, que parecía elevarse, extenderse y ensancharse. La plata mate del rocío blanqueaba más; el bosque se volvía cada vez más rumoroso... Todo comenzaba á despertarse y á rebullirse en el patio de las cuadras señoriales; los caballos rezongaban y piafaban en medio de la paja, relinchando de impaciencia y de cólera.

—¡Hola! ¿Te has dado mucha prisa? ¿De modo que tienes mucha hambre?—gritaba un viejo mozo de cuadra, abriendo la puerta cochera, cuyos goznes rechinaron.

—¡Eh! ¿A dónde vas tú?—continuó, echando mano á una potranca que intentaba aprovecharse de ver abierta la puerta para irse.

Nestor, el guarda de la yeguada, iba vestido con un casaquín ajustado al talle por medio de una correa adornada con chapas de acero; llevaba al hombro el látigo, y un zoquete de pan dentro de una servilleta atada á la cintura. Tenía en la mano una silla de montar y unas bridas.

Los caballos no parecieron asustarse ni ofenderse por el tono truhanesco de su guardián; fingieron no concederle importancia alguna y se alejaron á paso lento de la puerta. Sólo una yegua vieja, de pelo bayo intenso y largas crines, alzó las orejas y volvió grupas á escape.

Aprovechando la ocasión la joven revoltosa, á quien no le importaba nada el apóstrofe del mozo, se puso á relinchar estrepitosamente

y soltó un par de coces á un caballo viejo, inmóvil junto á ella.

—¡Hola!— gritó el viejo con voz aún más amenazadora, dirigiéndose al fondo del patio.

De toda la yeguada, el único que no daba ninguna muestra de impacia era un caballo pío, que permanecía aislado debajo del cobertizo. Con los ojos medio cerrados, lamía la viga de encina del tinglado, con aire serio y pensativo.

—¡Basta de animaladas!— exclamó el guarda, acercándose á él y dejando sobre un montón de estiércol la silla y la pequeña manta usada que tenía en la mano.—El caballo pío se detuvo, y, sin menearse, miró largo tiempo al viejo Nestor. No se sonrió, no se enfadó ni se puso fosco; pero dió un paso adelante, suspiró con tristeza y se apartó á un lado.

El guardián echó los brazos alrededor del cuello de la bestia para pasarle la brida.

—¿Qué te pasa para suspirar así?—le dijo.

Por única respuesta, el caballo meneó la cola como si hubiera querido decir:

—Anda; eso no es nada, Nestor.

Nestor le puso la manta y luego la silla; el caballo agachó las orejas, como para expresar su descontento, y fué tratado de pillo. El viejo

quería apretarle la cincha; entonces el caballo se llenó de aire y retuvo el resuello; pero Nestor le puso el dedo en los belfos y le dió una patada en el vientre; el animal no tuvo más remedio que soltar el aire. A pesar de este castigo, y mientras el viejo apretaba la cincha con los dientes, el caballo bajó de nuevo las orejas y hasta sacudió su cabezota. Aunque profundamente persuadido de que toda resistencia era inútil, creía deber suyo expresar que aquello le desagradaba y que siempre manifestaría su descontento. Una vez ensillado, removi6 una de las patas delanteras que tenía embotada, y se puso á tascar el freno, sin duda con una intención particular, pues al cabo de sus años bien sabía que el acero no tiene gusto alguno.

Nestor montó á caballo, empuñó la fusta, se arregló el casaquín, acomodóse en la silla á estilo de los carreteros y cazadores, y tiró de la brida. El caballo levantó la cabeza, queriendo expresar así que estaba pronto á obedecer, pero no se movió del sitio; sabía de mucho atrás que, antes de partir, era preciso dar muchas órdenes al guarda joven Vaska.

En efecto, Nestor se puso á gritar:

—¡Vaska! ¡Eh, Vaska! ¿Has soltado las yeguas? ¿A dónde te has ido,

demonio? ¿Estás durmiendo, caramba? Abre la puerta y deja que salgan primero las yeguas, etc.

Rechinó la puerta. Vaska, medio dormido y furioso, tenía con una mano la brida de su caballo y dejaba salir á todos los demás. Desfilaron uno á uno, resoplando la paja; pasaron primero las potrancas, luego los potrillos, y, por último, las yeguas preñadas, que salían por la puerta con precaución, balanceando su vientre lleno. Las potrancas iban en grupos de dos ó tres, con los hocicos puestos encima del espinazo de sus compañeras, y al llegar frente á la puerta no podían seguir adelante. Por eso recibían denuestos, lo cual las hacía apretarse aún más. Los potrillos mamones se extraviaban de sus madres y dirigíanse á otras yeguas, respondiendo con sus relinchos á las llamadas de sus madres.

Una potranca juguetona bajó la cabeza y soltó al aire un par de coces y un sonoro relincho así que se vió en libertad. Sin embargo, no se atrevió á ponerse delante de la vieja yegua gris *Juldiba*, que marchaba siempre á la cabeza de la yeguada, pavoneándose con paso grave y serio.

Quedóse triste y solitario el patio, tan animado poco antes. No se veían más que los postes abandonados y los montones de paja.

Este cuadro de desolación pareció entristecer al viejo caballo pío, aunque estuviese desde larga fecha acostumbrado á verlo. Levantó y luego bajó con lentitud la cabeza, como si hubiera querido saludar á alguien; suspiró todo cuanto se lo permitía la cincha, y después encaminóse tras la yeguada, cojeando con sus viejas patas rígidas y con Nestor á lomo.

«Ya sé lo que va á hacer ahora—pensaba:—en seguida que lleguemos á la carretera, sacará del bolsillo la pipa pequeña, encenderá con los avíos y se pondrá á fumar. ¡Cuánto me gusta eso! ¡El olor del tabaco, mezclado con la frescura del rocío, es grato por la mañanita y me recuerda mis buenos tiempos pasados!

»La lástima es, tan sólo, que cuando el viejo lleva entre los dientes la pipa, imagínase á veces toda clase de cosas; se yergue, fanfarronea y se apoya con las dos piernas colganderas siempre en el mismo lado en que precisamente me duele... Pero, en fin, ¡bendito sea Dios! Para mí no es ninguna novedad el sufrir por gusto ajeno; hasta comienzo á experimentar con ello una especie de satisfacción caballuna. ¡Que continúe, pues, en la misma postura!—decíase el viejo caballo, caminando lentamente y doblándosele las patas en medio del camino.

II

Así que hubo llegado á orillas del río donde había de pastar la yeguada, Nestor apeóse del caballo y desensilló su vieja montura. Poco á poco se dispersó la grey á lo largo de la pradera, cubierta de rocío; ligeros vapores surgían de la húmeda tierra, y se elevaban con lentitud.

Después de haberle quitado la brida, Nestor rascó el pescuezo al viejo caballo pío, quien cerró los ojos en señal de agradecimiento.

—¡Cómo le gusta eso á este perro viejo!—dijo Nestor.

Pero el caballo no sentía ningún gusto con tal caricia, y sólo por delicadeza aparentaba estar encantado. Bajó la cabeza en señal de asentimiento.

De pronto y sin motivo alguno, creyendo quizá Nestor que aquella caricia pudiera considerarla el viejo caballo como un signo de familiaridad, rechazó con violencia la cabeza del animal y le atizó un gran golpe con la brida; luego se alejó en silencio y sentóse junto al añoso tronco de árbol donde solía pasar la jornada. Aquella brutalidad apesadumbró al viejo caballo, quien, sin

embargo, hizo como que nada veía, y se dirigió hacia el río rumiando la hierba y moviendo la cola. Ninguna atención prestaba á las potrancas y á los potros, quienes, contentos de su libertad, corrían y triscaban de aquí para allí. Sabiendo por experiencia que no hay nada tan bueno para la salud como beber agua fresca por la mañana en ayunas, acercóse á orillas del río, eligió el sitio menos hondo y donde era menos rápida la corriente, y metió los belfos en el agua, poniéndose á sorberla despacito con sus viejos labios, rotos por los dos ángulos. A medida que llenaba la tripa sentía un bienestar indefinible. Para dar testimonio de su satisfacción meneó su pedazo de cola, desprovista de pelos.

Una potranca alazana, que se gozaba en contrariar al pobre viejo, hizo como que no le veía y enturbió el agua que con tanta delicia estaba bebiendo. El caballo pío había terminado ya; fingió no advertir la jugarreta que quiso hacerle la potranca; sacó uno tras otro sus cascos hundidos en el agua, y se fué á pacer lejos de la gente joven. Pastó así con mucha seriedad durante tres horas, tratando de aplastar con las patas la menos hierba posible. Cuando se hartó, colgábale el vientre como un talego, estirándole el pellejo sobre las descarnadas costillas.

Se puso entonces en cuatro patas echado en el suelo, apoyándose con la misma fuerza en todas ellas, á fin de fatigarse lo menos posible, y se quedó apaciblemente dormido.

Hay vejez de todas clases: vejez majestuosa, vejez horrible y vejez que inspira profunda lástima. La del caballo era á la par horrible y majestuosa; presentaba á la vista las repulsivas señales de la decrepitud; las manchas de su pelaje aumentaban aún más su fealdad, y, sin embargo, su impassibilidad, su conciencia de lo puro y fuerte de su raza, le daban cierto aire de grandeza que imponía más. Era de gran talla: dos *archines* y tres *verschoks* dealzada; su pelaje fué en otros tiempos negro y pío; á la sazón, las manchas negras habíanse trocado en un color castaño sucio. Tenía tres grandes manchas: una en la cabeza, á la derecha, junto al hocico, bajaba hasta medio del cuello; la segunda estaba á lo largo del costado derecho, hasta medio vientre; la tercera ocupaba la grupa y los dos cuartos traseros. Sus largas crines, enmarañadas, eran medio blancas, medio pardas; el trozo de cola era de esos dos colores mezclados con sucias tintas. La cabeza, grande, huesuda, con dos hoyos profundos encima de los ojos, con el belfo inferior negro y desgarrado de mucho tiempo atrás, parecía estar sus-

pensa del flaco y encorvado pescuezo. A través de la desgarradura de la boca veíase la punta de la negruzca lengua desviada á un lado, y restos amarillentos de los dientes inferiores. Las orejas, una de ellas rota á lo largo, pendían á cada lado del cuello, y rarísima vez se enderezaban para espantarse las moscas importunas. De su antiguo copete sólo le quedaba un mechón de crines, que le colgaban por detrás de la oreja izquierda. La descubierta frente estaba hundida y rugosa; la piel hacía pliegues y honduras sobre los flacos carrillos; las venas formaban gruesos nudos á lo largo de la cabeza y del pescuezo, y esos nudos se estremecían cada vez que encima se posaba alguna mosca. Sus patas delanteras, en arco, estaban hinchadas alrededor de los cascos; la de la izquierda tenía un gran bulto junto á la rodilla. Las patas de atrás estaban menos enfermas; pero, á fuerza de frotar una contra otra, no habían echado pelo en mucho tiempo. En comparación del tronco, las extremidades parecían largas con exceso. Los ijares, aunque redondos, estaban descarnados y recubiertos solamente por la piel, que parecía pegarse á los espacios intercostales. En la cruz y en la espalda tenía huellas de antiguos golpes; más lejos, hacia atrás, veíase una matadura reciente aún, y á lo

largo de la parda grupa desplegóbase otra más antigua y recubierta de gruesos pelos; se notaba otra cicatriz en el omoplato derecho. En la rabona cola descarnada se dibujaban las últimas vértebras, y todo vestigio de pelo había desaparecido á lo largo de aquella cola siempre sucia, así como los corvejones, á causa de una continua diarrea. El pelo, aunque muy corto, estaba erizado en todo el cuerpo.

A pesar de su feísima estampa, al verle un inteligente hubiera reconocido en él en seguida un caballo de pura raza. Y hubiera añadido que sólo hay en Rusia una raza de caballos con huesos tan largos, con tales cascos, el cuello en arco y el pelo tan fino.

Por eso tenía una expresión de dolor y de paciencia infinita y aire de profunda reflexión.

Era como una ruina viviente en medio de la verde pradera, rodeado por la joven manada dispersa por todas partes y que llenaba el aire de gritos y relinchos.

III

Ya estaba el sol encima del bosque, iluminando con esplendorosa luz la pradera y el río. Desaparecía

el rocío poco á poco, y los últimos vapores de la mañana disipábanse como leve humareda. El aire estaba tranquilo, pero con grupos de blancas nubecillas. Al otro lado del río veíase un campo de trigo todavía verde. El olor de las flores y de las frescas hierbas embalsamaba el aire. En lontananza se oía el cuclillo; y Nestor, echado de espaldas, contó cuántos años le quedaban aún de vida. Cerníanse las alondras por encima de los prados. Una liebre retrasada se encontró cogida en medio del rebaño; huyó á todo correr, ocultóse tras de unas matas y empinó las orejas.

Vaska se quedó dormido, con la cabeza metida entre la hierba.

Las yeguas se dispersaron por todas partes, aprovechándose de su libertad. Las más viejas elegían un sitio tranquilo donde pudiesen pastar sin molestia para ellas, pero ya no ramoneaban; escogían succulentos pimpollos de hierba y los mascullaban con placer. Insensiblemente todo el rebaño se dirigió al mismo lado. Y siempre era la vieja *Juldiba* quien iba á la cabeza y enseñaba el camino.

La joven yegua *Muchka*, que había parido por primera vez, relinchaba de continuo, jugando con su potrillo. La joven *Atlasnaya*, de piel lisa como el raso, jugaba con la hierba, con la cabeza baja, de

modo que el copete la cubría todo el morro y los ojos. Arrancaba un tallo de hierba y después lo tiraba á lo lejos, golpeando el suelo húmedo con su fino casco. Uno de los potros mayores, habiendo inventado un juego nuevo para él, corría por vigésimasexta vez alrededor de su madre, con la cola empingorotada como un penacho; pero habituada la madre al carácter revoltoso de su hijo, continuaba ramoneando con calma y lanzándole de rato en rato una mirada con sus negros ojos. Uno de los potrillos más pequeños, negro, con la cabeza voluminosa, el tupé erizado con aire de sorpresa entre ambas orejas y la cola vuelta aún al mismo lado que dentro del vientre de su madre, sin moverse de un sitio, seguía con mirar embobado las cabriolas de su camarada y parecía preguntarse el por qué de tales habilidades. Por supuesto, no hubiera podido decirse si envidiaba ó vituperaba la viveza del otro. Algunos de los pequeños tenían un aire extraviado. Otros, sordos al llamamiento de sus madres, dirigíanse al opuesto lado, relinchando con toda la fuerza de sus pulmones juveniles. Otros se revolcaban en la hierba. Los de más edad imitaban á los caballos grandes y ramoneaban tranquilos. Dos yeguas preñadas se alejaron de la piara, arrastrando las patas con

trabajo. Veíase que su estado inspiraba respeto hasta á la juventud, que no se atrevía á molestarlas. Si una traviesa, más atrevida que las otras, se aventuraba á acercarse á ellas, bastaba un movimiento de cola ó de oreja para llamarla al orden y hacerla ver lo inconveniente de su conducta.

Los potros de un año juzgábanse ya demasiado grandes para mezclarse en los retozos de sus camaradas más jóvenes. Ramoneaban con aire serio, encorvando los juveniles cuellos graciosos y moviendo las colitas para imitar á sus mayores; lo mismo que éstos, se revolcaban por la hierba ó se rascaban mutuamente la espalda.

La compañía más alegre era el grupo de yeguas de dos á tres años. Paseaban todas juntas y aparte como doncellitas. Reuníanse, ponían la cabeza unas encima del cuello de otras, resoplaban, saltaban, y luego, de pronto, se ponían á triscar y á galopar delante de sus compañeras.

La más hermosa y levantisca del grupo era una yegua alazana. Todas las demás la imitaban en sus juegos y la seguían por todas partes. Ella era quien daba el tono. Aquel día estaba más alegre que nunca, y sentíase muy dispuesta á divertirse. Por la mañana, en el río, había ya acudido á enturbiar el

agua que el viejo caballo bebía pacíficamente; luego, aparentando haberse asustado, echó á correr como una flecha, seguida por toda la banda. A Vaska le costó el mayor trabajo del mundo alcanzarlas. Cansada ahora, se revolcaba en la hierba, y después se ponía á contrariar y provocar á las yeguas viejas corriendo delante de ellas.

Viendo que uno de los potrillos mamaba gravemente, le asustó y persiguió haciendo como que iba á morderle. Inquieta la madre cesó de ramonear: el hijo gritaba con voz quejumbrosa, aun cuando la pícara no le hizo ningún daño. Satisfecha de haber divertido á sus compañeras, que la miraban con interés, alejóse como si tal cosa.

Luego le dió la idea de encalabrinarle la cabeza á un caballo gris montado por un labriego, que se acercaba. Detúvose, echó en torno suyo una mirada de altivez, volvió su linda cabeza de perfil, sacudióse y relincho con voz dulce y lánguida. Ese relincho dejaba adivinar promesas de amor y un deseo no satisfecho.

Saltan las rachas por entre los espesos juncas y llaman á sus amigas con pequeños gritos apasionados; más lejos, los cucos y las cordornices cantan sus amores, las flores se envían entre la brisa su polen aromático...

«Y yo también soy joven, bella y fuerte—decía el relincho de la pícara—y sin embargo no he sentido aún las dulzuras de ese sentimiento tan poderoso, y ni siquiera me ha contemplado todavía un solo amante.»

El relincho resonó con un aire de juventud provocadora y también de doloroso pesar; llegó á lo lejos hasta el pobre caballejo del *mujik*, que enderezó las orejas y se detuvo. El labriego le dió una patada; pero, siempre bajo el encanto de aquel vibrante llamamiento, el caballo permaneció en su sitio y relincho á su vez. Incomodóse entonces el aldeano y le descargó en el vientre un golpe tan terrible, que el animal se detuvo en medio de su relincho y prosiguió su caminata. Sentía una dulce tristeza y escuchó largo tiempo aún el tierno llamamiento lejano que llegaba hasta él desde la yeguada; y también durante largo tiempo sus relinchos quejumbrosos y apasionados, interrumpidos por la voz brutal del *mujik*, llegaron á la llanura. Si sólo la voz de la yegüita había podido hacer olvidar todos sus deberes al caballo gris, ¿que hubiera sucedido si la hubiese visto, hermosa, con ojos de fuego, aspirando el aire voluptuosamente y estremeciéndose todo su bello cuerpo juvenil?

Pero á la traviesilla no le gusta-

ba seguir mucho tiempo sus preocupaciones. Cuando se apagó á lo lejos la voz del caballo gris, relinchó con aire burlón y se puso á escarbar la tierra con los cascos; después, habiendo reparado en el viejo, apaciblemente dormido, corrió á él para despertarle y hacerle rabiar. El pobre caballo pío era el burro de carga de la feliz juventud, que le atormentaba aún más que los hombres; y, sin embargo, no había hecho ningún mal á los unos ni á los otros.

Los hombres lo hacían por necesidad; pero, ¿por qué no le dejaban tranquilo los caballos jóvenes?

IV

El era viejo, ellas jóvenes; él estaba flaco, ellas gordas; él triste, ellas alegres. Era, pues, un extraño, un ser aparte, que no podía inspirarlas ningún sentimiento de piedad. Los caballos no la tienen sino para consigo mismos ó para con aquellos en cuyo pellejo pueden ponerse. ¿Tenía la culpa el pobre y viejo caballo pío si no se les asemejaba, si era viejo, flaco y feo?...

Parece que esto no debiera imputársele como falta suya; pero, según la lógica caballar, sucedía de

otro modo. El tenía toda la culpa; y los jóvenes, fuertes y felices, los que tenían porvenir ante sí, los que podían levantar la cola como un penacho y cuyos músculos se estremecían con el menor contacto, esos tenían á su pro todas las mejores razones del mundo. En sus ratos de plácida reflexión, el mismo caballo pío admitía quizá que todas las sinrazones estaban de parte de él, que su vida tocaba á su fin y que debía pagar los pasados placeres; pero no era más que un caballo y no podía impedir el tener impulsos de sublevar contra aquella juventud que le castigaba por lo que á ella misma le había de acontecer en un porvenir más ó menos remoto. Otra causa de la crueldad de ésta consistía en sus instintos aristocráticos. Cada uno de ellos descendía, por línea paterna ó materna, del celebre *Smetanka*.

El caballo pío era un extraño, de origen desconocido, comprado en una feria por ochenta rublos en billetes tres años ha.

La yegua alazana, haciendo como que iba de paseo, se aproximó al viejo caballo y le empujó como sin querer. Este sabía de dónde venía el golpe; por eso, sin abrir los ojos, limitóse á dar un paso atrás. La yegua volvió grupas é hizo ademán fingido de tirarle un par de coces. El viejo abrió los ojos y se

alejó con calma. Pero había perdido el sueño; entonces se puso á ramonear. La pícara no estaba satisfecha aún. En compañía de sus camaradas nuevamente se acercó al viejo. Una yegua de dos años, muy bruta, que imitaba en todo á la hermosa alazana y la seguía paso á paso, acercóse también al caballo, y (como todos los imitadores) excedió los límites de la burla. La otra hacía siempre como que no veía al viejo; pasaba y repasaba por delante de él con aire atareado, de suerte que preguntábase él muchas veces si debería incomodarse ó no, tanto más cuanto que era muy divertida.

Volvió ésta á sus habituales manejos; pero su imitadora se acercó en derechura al viejo y le asestó un golpe. La enseñó los dientes, y con una rapidez que ella no podía figurarse, se abalanzó y la dió un mordisco en un muslo. La pequeña revolvióse entonces contra él y le pateó con todas sus fuerzas en los pobres ijares viejos y flacos. El viejo resopló con el intento de arrojarle otra vez contra ella; luego reflexionó, exhaló un profundo suspiro y dirigióse al lado opuesto. La juventud en masa fué probablemente de parecer que su conducta era una ofensa mortal para todos; por eso no le dieron punto de reposo en todo el día. Tanto, que el guarda

tuvo que intervenir varias veces para hacerles entrar en razón.

El pobre caballo se sentía tan desventurado que, cuando llegó el instante de regresar á la cuadra, se acercó él mismo al anciano Nestor, y se sintió más feliz y tranquilo cuando, habiéndole ensillado éste, le tuvo montado encima. Sólo Dios era capaz de conocer los pensamientos que asaltaban el cerebro del pobre viejo cuando llevaba en los lomos á Nestor. ¿Pensaba con amargura en la crueldad de la juventud, ó bien, con la indulgencia despreciativa que caracteriza á los viejos, la perdonaba sus ofensas? No es posible adivinar lo que ocurría en sus adentros, tan impenetrable fué su aire durante todo el trayecto hasta la casa.

Aquella noche, los compadres de Nestor fueron á verle; al pasar por la aldea, había éste notado que su carreta estaba atada delante de la puerta de la cabaña de él. Tenía prisa por reunirse con ellos; así es que, apenas entró en el patio, apeóse del viejo caballo y partió sin desensillarlo siquiera, gritando á Vaska que lo hiciese cuando hubiera concluido sus faenas; pero Vaska no pensó en ello.

Ignoro si á causa de la ofensa hecha á la biznieta de *Smetanka* por un caballo de feria, sin padre ni madre conocidos, ó porque este

caballo, con su alta silla y sin jinete, presentaba un aspecto extraño y fantástico, lo cierto es que aquella noche todos los caballos, jóvenes y viejos, se pusieron á perseguir al viejo, quien huía por esquivar las coces que por todas partes le daban.

Al cabo, se sintió sin fuerzas ya para nada; y, en la imposibilidad de continuar evitando á sus perseguidores, se detuvo en medio del patio. Retratábase en su rostro un odio impotente, y agachó las orejas; entonces ocurrió un inesperado suceso que, como por encanto, llevó el sosiego á las iras de toda la manada. La vieja yegua *Viasopurikha* acercóse á él, le resopló y exhaló un suspiro. El viejo la respondió suspirando también hondamente...

V

En medio del patio, iluminado por la luna, erguíase el alto y escuálido perfil del viejo caballo, ensillado aún; el borde del arzón pasaba de la altura de su cabeza, lo que le daba extravagante aspecto. En derredor suyo estaban todos los demás caballos, inmóviles y en profundo silencio, cual si oyesen de su boea algo nuevo y extraordinario.

Y, en efecto, he aquí lo que sucedieron:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

(1) Que significa al pie de la letra «medidor de telas», alusión al braceo largo del hortera, comparado aquí con el gran braceo del caballo al trotar.

yo un caballo. Las primeras observaciones que hicieron acerca de mi pelaje nos asombraron mucho á mi madre y á mí. Probablemente vine de noche al mundo, pues por la mañana me sostenía ya en las patas, limpio por mi madre. Recuerdo que tenía yo un vago deseo, indeterminado, imposible de que yo lo formulase, y que todo cuanto pasaba en torno mío me parecía á la vez muy curioso y muy sencillo. Nuestras cuadras estaban á lo largo de un gran corredor caldeado, y tenían por cierre unas puertas enrejadas á través de lo cual podía verse todo. Mi madre me presentaba las tetas; pero era yo aún tan cándido, que las rechazaba con el morro. De pronto se apartó á un lado; acababa de ver al palafrenero de servicio, el cual se acercaba. Miró á través de la reja de la puerta y la abrió.

—Vamos, *Baba*, acabas de parir—dijo al entrar.

Me rodeó con sus brazos.

—Míralo, Tarass; su pelo es *pío* como las alas del cuervo.

Me arrojé de sus brazos, y, dando un paso en falso, me caí de rodillas.

—¡Vaya con este diablejo!—exclamó.

Mi madre se puso intranquila; pero no atreviéndose á defenderme, se limitó á suspirar hondamente y se alejó. Todos los demás palafre-

neros se agruparon en torno nuestro y se pusieron á examinarme. Uno de ellos corrió á anunciar al caballero mi nacimiento. Todos se reían al ver las manchas de mi pelo y me daban los nombres más estafalarios. No sólo yo, ni siquiera mi madre, pudimos comprender el sentido de sus palabras. Hasta aquel entonces jamás había habido ningún caballo *pío* en nuestra familia. No pensábamos que hubiese nada malo en esto. En cuanto á mis formas y á mi fuerza, admiráronles desde los primeros días de mi nacimiento.

—Va á ser muy vivo. Apenas puede sujetársele—decía un palafrenero.

Algún tiempo después vino el caballero; asombróse al verme y hasta pareció ponerse mohino.

—Pero ¿á quién se asemeja este monstruo?—dijo.—El general no va á querer conservarlo en la yeguada. ¡Ay, *Baba*, me has hecho una mala pasada!—exclamó, dirigiéndose á mi madre.—Si tuviese una estrella en la frente, menos mal; pero es *pío*.

Mi madre no respondía nada; solamente, como siempre ocurre en esos casos, exhaló un profundo suspiro.

—¿A quién diablos puede parecerse? Es un verdadero *mujik*. Imposible dejarlo en la yeguada; es

una verdadera ignominia. Sin embargo, ¡es muy hermoso, muy hermoso! —decía examinándome.

Algunos días más tarde vino el mismo general, y volvieron á empezar de lo lindo las imprecaciones indignadas contra mi pelo. Todo el mundo parecía furioso y acusaba á mi madre del color de mi pelaje, añadiendo:

—Sin embargo, ¡es muy hermoso!

Hasta la primavera nos dejaron con nuestras madres en las calientes cuadras. Algunas veces, cuando hacía buen tiempo y comenzaba á desaparecer la nieve bajo los rayos del sol primaveral, se nos permitía salir con ellas al patio grande, recubierto de paja fresca. Allí es donde entablé relaciones con todos mis parientes, próximos ó lejanos, y vi también todas las yeguas célebres salir de sus recintos con sus hijuelos. Entre otras, estaban la vieja *Gollandka*, *Mudika*, la hija de *Smetanka*, y también el caballo de silla *Dobrokhokhka*. Una vez reunidas, resoplaban y revolcábanse encima de la fresca paja, como simples mortales...

No puedo olvidar el patio, lleno de las más hermosas yeguas que se pueda imaginar.

Os asombraréis ante la idea de que yo también he sido joven y picaruelo, pero así es la verdad.

Viasopurikha, aquí presente, sólo tenía por aquel entonces un año. Era una potranca alegre y gentil, pero (sea dicho sin ofenderla, y aunque la consideréis como de la más pura sangre) era una de las más feas de la yeguada. Ella misma os lo puede confirmar. Mi pelaje, que había desagradado á los hombres, fué muy del gusto de los caballos. Rodeáronme; se pusieron á admirarme y á jugar conmigo. Comencé á olvidar los malos dichos de los hombres y á gozar de mi triunfo. Sin embargo, bien pronto experimenté la primera pena de mi vida, y mi madre fué la causa de él.

Cuando se hubo fundido del todo la nieve, y vuéltose puro y embalsamado el aire como lo está en primavera; cuando los gorriones empezaron á charlar bajo los cobertizos, mi madre se volvió otra vez conmigo. Cambió por completo su carácter. De pronto, y sin motivo, se ponía á jugar y correr por el patio, lo cual no sentaba bien del todo á su respetabilidad de matrona. Ya se ponía meditabunda y relinchaba tristemente, ya mordía á sus hermanas y les tiraba coces; algunas veces acercábase á mí, me olisqueaba y después me rechazaba con aire descontento. Salía á menudo á tomar el sol, apoyaba la cabeza en el hombro de su prima *Kuptchitkha*, y durante largo rato le rascaba la

espalda con aire soñador; entonces me impedía mamar.

Una vez vino el caballerizo, hizo que la pusieran un ronzal y se la llevó. Púsose ella á relinchar; la respondí y quise seguirla, pero se fué sin dirigirme ni una sola mirada de despedida. El palafranero Tarass me cogió en sus brazos, en el momento de cerrar tras ella la puerta. Me escapé de su apretón y le tiré sobre la paja; luego me lancé á la puerta, pero ya estaba cerrada y sólo oí los relinchos de mi madre, que se perdían en lontananza. Esos relinchos ya no eran llamamientos dirigidos á mí; tenían otro significado. Una voz potente respondió á la suya. Era, según más tarde supe, la de *Dobry I*, á quien dos mozos de cuadra llevaban á una cita amorosa... No recuerdo cómo salió Tarass del patio. Estaba yo entonces demasiado triste; sentía haber perdido para siempre el amor de mi madre.

«¡Y todo porque tengo pío el pelo!»—decíame á mí mismo con coraje, pensando en los malévolos dichos de los hombres. Me entró tal arrebató de ira, que me puse á dar con la cabeza, las rodillas y el cuerpo entero contra las paredes del recinto, hasta que me detuve, rendido, exhausto de fuerzas... Algún tiempo después regresó mi madre.

Oí su paso ligero, que se acercaba á nuestra cuadra. Cuando le abrieron la puerta y la volví á ver, me costó sumo trabajo conocerla: ¡tanto había cambiado!

La encontré remozada y embelecida. Olióme y relinchó; al punto noté que ya no me quería ni pizca. Me habló de la hermosura de *Dobry* y de su amor á él. Continuaron sus citas, y volviéronse cada vez más frías y estiradas mis relaciones con ella...

Poco después nos enviaron á pastar. Desde aquella época sentí nuevos goces, que me hicieron olvidar el abandono de mi madre. Tuve amigas y compañeros. Aprendíamos juntos á comer hierba, á relinchar como los grandes, á saltar alrededor de nuestras madres, levantando al aire la cola. ¡Era un tiempo muy feliz! Todo el mundo me admiraba, todo el mundo me quería y perdonábanme todas mis locuras. Pero aquello no duró mucho; pronto me aconteció una cosa terrible.»

Al decir esto, el viejo caballo dió un profundo suspiro y se alejó.

Comenzaba á despuntar la aurora; rechinó la puerta y apareció el viejo Nestor... Al entrar se apartaron los caballos; y el guarda, luego de acomodar la silla de su viejo caballo, hizo salir la yeguada.

VI

Segunda noche.

Tan pronto como los caballos hubieron vuelto á entrar en el patio, se agruparon de nuevo en torno del veterano, quien reanudó su relato.

«En el mes de Agosto me separaron de mi madre; pero no sentí dolor alguno. Veía que llevaba dentro de sus ijares á mi hermano menor, el célebre *Ussan*, y que yo quedaba relegado al segundo término. No experimentaba ningún sentimiento de envidia hacia el recién venido; sólo sentía que ya no experimentaba yo hacia ella los mismos sentimientos que antes.

Además, estaba seguro de que, una vez apartado de ella, me encontraría en compañía de mis jóvenes camaradas, y de que iría á pasear con ellos diariamente por los campos y praderas.

Tenía yo por compañero de cuadra á *Mily*. Era un caballo de silla; cuando fué grande, tuvo el honor de que lo montase el emperador, y de ser representado en todos sus retratos y estatuas.

Por aquella época no era más que un potrillo de pelo liso, cuello graciosamente enarcado, remos derechos y finos. Siempre estaba de

buen temple, dispuesto á jugar con los amigos y lamerlos, á burlarse de los caballos y de los hombres. Cuando estábamos siempre juntos, trabamos tierna amistad, pero de corta duración. Según llevo ya dicho, era de un carácter alegre y muy ligero.

Desde sus más juveniles tiempos, había comenzado á festejar á las potrancas pequeñas. Siempre hacía chacota de mi encogimiento. Pica-do de sus burlas en lo más vivo, imité, por mi desdicha, su ejemplo, y poco después estaba enamorado. Este impulso precoz fué causa de un gran cambio que se realizó en mi destino, pues aconteció que no supe dominar mis pasiones. *Viaso-purikha* tenía un año más que yo. Siempre fuimos muy amigos; pero, á fines del otoño, noté de pronto que trataba de rehuirme... Aún recuerda, de seguro, el fatal amor que por ella sentía yo entonces... Los guardas de la yeguada se echaron sobre nosotros, la espantaron y pusiéronse á pegarme. Por la tarde fuí encerrado en un recinto solitario, donde pasé la noche relinchando desesperado, como si presintiese lo que me iba á suceder el día siguiente.

Por la mañana vinieron á verme el general, el caballero, los palafreneros y los guardas. Todo el mundo hablaba y gesticulaba al

mismo tiempo. El general reñía al caballerizo, y éste se excusaba diciendo que él no tenía nada que ver en eso y que era culpa de los palafreneros. El general dijo que los haría azotar á todos, que así no podían guardarse los tipos puros en la cría. El caballerizo prometió que se cumplirían los deseos del general; y todo el mundo se marchó.

Yo no comprendí nada; pero tenía cierto presentimiento de que meditaban algo en contra de mí.

.....
.....

Al día siguiente me convertí en lo que soy ahora, y dejé de relinchar para siempre. Me hice indiferente por completo á todo lo que me rodeaba. Me anegué en amargos pensamientos. En los primeros tiempos me quedé profundamente desalentado, hasta cesé de comer y beber; en cuanto á juegos, ya no existían para mí. Algunas veces me acometía la idea de soltar unas cuantas coces al aire, de relinchar con fuerza, de galopar alrededor de mis camaradas, pero luego preguntábame con tristeza: «¿Para qué? ¿Con qué objeto?», y al punto se extinguía ese deseo.

Una tarde, habiéndome puesto el caballerizo una cuerda al cuello, me paseaba delante del patio á la hora en que solía regresar del campo la yeguada. Vi á lo lejos la nube

de polvo y los tan conocidos contornos de nuestras yeguas. Escuché sus pataleos y relinchos, llenos de alegría. Me detuve, á pesar de la soga que se me clavaba en el pescuezo y me hacía pasar la pena negra, y miré el rebaño como se contempla la ventura perdida por toda la eternidad. Conforme se acercaba éste, distinguía yo una por una las figuras de mis antiguas amigas, todas ellas bonitas, majestuosas, sanas y bien alimentadas. Algunas fijáronse en mí y me miraron. El palafrenero tiraba con fuerza de mi ronzal, pero yo no le hacía caso ninguno. Perdí la cabeza, y me puse á relinchar y saltar, pero me pareció extraña y ridícula mi propia voz. Nadie se movió en la yeguada; sólo noté que volvían la cabeza, por urbanidad. Resultaba claro que yo les inspiraba asco, lástima y vergüenza. Sobre todo, estaba horriblemente feo á sus ojos con mi cuello delgado, mi cabeza voluminosa (había enflaquecido muchísimo), mis patas larguiruchas, y, más que nada, mi estúpida actitud (pues, como de costumbre, daba trotecillos alrededor del caballerizo). Nadie respondió á mi llamamiento, y apartáronse de mí todos. De pronto se hizo la luz en mi espíritu, y al cabo comprendí el abismo que me separaba de la yeguada... Desesperado, seguí al palafre-

nero, y no sé cómo llegué á mi encierro.

Desde mi edad juvenil era inclinado á la melancolía y á la reflexión; mis desdichas acrecentaron en mí el desarrollo de ese estado de ánimo. Mi pelaje, que inspiraba tal menosprecio á los hombres, mi posición excepcional en la manada (que adivinaba sin comprenderla muy bien), me hicieron adquirir dominio sobre mí mismo. Meditaba seriamente acerca de la injusticia de los hombres, que me tenían desprecio por mi pelo. Pensaba con amargura en la inconstancia del amor materno y del amor femenino en general, que casi siempre dependen de las cualidades físicas. Reflexionaba, sobre todo, acerca de la naturaleza de esa extraña raza de animales con quien estamos tan íntimamente ligados y que llamamos «hombres». La naturaleza de esos seres y la conciencia de mi situación me fueron reveladas del modo siguiente:

Era en invierno, durante las fiestas. En todo el día no tuve nada que beber ni comer. Más tarde supe que fué efecto de estar borrachos como una cuba todos los palafreneros. Precisamente aquel día el caballero, que estaba de ronda, se acercó á mi cuadra; al ver que yo no tenía alimento, se arrebató contra el palafrenero y se fué, murmu-

rando entre dientes. Al otro día vino el palafrenero á traernos el pienso; noté su extremada palidez, y comprendí que había algo doloroso en la expresión de toda su persona. Tiró el heno con ira á través de la reja; y cuando traté de poner mi hocico encima de su hombro, me dió un puñetazo con tanta fuerza que retrocedí; pero no se limitó á esto, y además me dió una patada en el vientre, refunfuñando:

— ¡Si no fuera por este feo sar-noso no me hubiese hecho nada!

—Pues, ¿por qué?—le preguntó su compañero.

—No viene á ver los caballos del conde; en cuanto al suyo, le hace dos visitas diarias.

—Pero, ¿le han regalado el caballo pío?

—No sé si se lo han regalado ó vendido; pero ya ves que pudiera yo dejar morir de hambre á todos los caballos del conde; pero si se atreve uno á permitir que le falte alguna cosa á su potro, eso es harina de otro costal. «Echate»—me ha dicho, y se ha puesto á azotarme...— ¡Y no te digo más! ¡Eso no es cristiano! Se conduele de una bestia más que de un ser humano. Diríase que no le han bautizado. El mismo contaba los golpes. Ni el propio general azota nunca con tanta fuerza: tengo mi pobre espal-

da hecha una llaga. De veras: no tiene alma de cristiano.

Comprendí muy bien el significado de los latigazos y de la compasión cristiana. En cuanto á lo demás, no comprendí bien lo que querían decir estas palabras: *su potro*, y sólo deduje que tenían una relación cualquiera entre el caballerizo y yo. Pero, ¿cuál era esa relación? En aquel momento no pude comprenderla. Sólo más tarde, cuando me alejaron de todos los demás caballos, fué cuando vi con claridad lo que aquello quería decir.

Parecíame tan ilógico eso de *mi caballo*, como *mi tierra*, *mi aire*, *mi agua*. Sin embargo, me produjo honda impresión. Posteriormente lo he reflexionado; y hasta largo tiempo después, cuando aprendí á conocer mejor á los hombres, no me pude explicar bien todo aquello.

Habéis de saber que los hombres déjense guiar, no por hechos, sino por palabras. A la posibilidad de hacer tal ó cual cosa, prefieren la posibilidad de hablar de tal ó cual objeto en términos convenidos entre ellos de antemano. Y estos términos, de grandísima importancia para ellos, son los siguientes: *el mío*, *la mía*, *los míos*. Los emplean hablando de los diferentes seres vivos, de la tierra, de los hombres, de los caballos. Así, es común, al hablar de un objeto, que una sola

persona pueda calificarlo con la palabra *mío*. La persona que tiene la posibilidad de aplicar la palabra *mío* á grandísimo número de objetos es considerada por los otros como la más feliz.

¿Y por qué es esto? No sé; pero es así. Durante mucho tiempo me he preguntado si el móvil de todo sería la cuestión del interés; pero más adelante comprendí que esa no era la razón de lo que tanto me asombraba.

Por ejemplo: muchas de esas gentes que me consideraban como propiedad suya nunca se valían de mí; eran otras personas quienes me montaban, otras las que me daban de comer; cocheros, albéitares y extraños, en general, eran los que me cuidaban, y nunca aquellos á los cuales pertenecía yo.

Con el tiempo, extendióse el horizonte de mis observaciones; y he llegado á comprender que, no sólo con relación á nosotros los caballos, sino para todo el universo, el concepto del *yo* tiene por base el instinto bajo y bestial que los hombres llaman idea ó derecho de la propiedad.

Un hombre dice *mi casa* y no la habita, cuidándose tan sólo de construirla y que no se le destruya; un comerciante dice *mi tienda* y jamás pone en ella los pies, ó bien *mi almacén de paños*, y nunca toma un

metro de ese paño para sus necesidades. Hay hombres que dicen *mis tierras*, y jamás las han visto. Hasta los hay que emplean el vocablo *mío* aplicándolo á sus semejantes, á seres humanos á quienes ni siquiera conocen y á los cuales causan todos los desafueros posibles é imaginables. También dicen *mi mujer*, hablando de una que consideran como de su propiedad, pero que, sin embargo, vive con otro hombre. El principal objetivo que se proponen los hombres no es hacer lo que estimen bueno y justo, sino tener la posibilidad de aplicar la palabra *mío* á grandísimo número de objetos; y ahora estoy convencido de que ahí estriba la diferencia fundamental que existe entre nosotros y los hombres. He aquí por qué, y sin hablar aún de otras ventajas que les llevamos, podemos decir nosotros que estamos en un grado superior al suyo en la escala social de los seres vivientes. Otra observación: la actividad de los hombres á quienes conocí, sólo consistía en palabras, al paso que la nuestra consistía en actos. Este descubrimiento me chocó mucho. Las reflexiones, los ensimismamientos que me sugirieron mis aventuras y mis observaciones me han vuelto el caballo serio y absorto que soy en la actualidad.

Era tres veces sin ventura: por

mi pelaje, por mi sexo (que ya no era ninguno), y porque las gentes se imaginaron que ya no pertenecía á Dios y á mí mismo, como toda criatura viviente, sino que era propiedad del caballero, puesto que tuvo derecho para llamarme *mi caballo*, y por eso azotó al palafrenero.

Las resultas de esta manera de considerarme fueron numerosas: me alimentaron mejor, me cuidaron mejor, me separaron de los otros caballos y me engancharon mucho más pronto que á mis camaradas. Apenas llegué á la edad de tres años, quisieron ponerme al trabajo. La primera vez que me engancharon, el caballero, que me consideraba como propiedad suya, asistió á la ceremonia. Temiendo que hiciese á ello una oposición muy viva, me sujetaron con cuerdas; luego me pusieron una gran cruz de cuero en los lomos y la ataron á las dos varas del carruaje, con dos correas para impedir cocear. Yo sólo deseaba la ocasión de manifestar mi amor al trabajo.

Grande fué su asombro cuando me vieron tirar como un caballo viejo. Después me engancharon todos los días para enseñarme á ir al trote; y todos los días progresaba yo, de suerte que uno de ellos, el mismo general, quedó maravillado. Pero (¡cosa extraña!), desde el momento en que

el caballerizo, y no el general, era quien me aplicaba la palabra «mío» ya no tenía igual valor ni talento.

Cuando enganchaban á mis hermanos los «pura sangre», medíanles la longitud de sus pasos, los enganchaban en coches dorados, los cubrían con magníficas mantas. A mí me enganchaban en carruajes más sencillos, é iba con el caballerizo á desempeñar comisiones. Y todo ello porque era yo de color pío; y, sobre todo, porque no pertenecía al conde, sino al caballerizo.

Si mañana estamos aún con vida, os contaré cuáles fueron para mí los demás resultados de este cambio de propietario. »

Durante todo el día estuvieron los caballos llenos de respeto para con Kholstomer. El guarda Nestor fué el único que continuó tratándole como en lo pasado; es decir, con muy malos modos.

VII

Tercera noche.

La luna creciente iluminaba de nuevo los contornos de Kholstomer, que estaba inmóvil, de pie, en medio del patio y rodeado por sus camaradas. Continuó su relato:

«La más extraordinaria conse-

cuencia de que yo no pertenecía á Dios ni al conde, sino á un simple caballerizo, fué: que la cualidad que es de gran valor en los demás caballos, tornóse un crimen en mí y fué causa de mi destierro. Me refiero á mi trote rápido.

Un día regresábamos el caballerizo y yo de unas carreras, cuando al entrar vimos que estaban paseando á *Lebed* alrededor del picadero. Nos acercamos. *Lebed* pasó delante de nosotros. Marchaba bien; pero, por más que se las echaba de plancheta, no tenía mi rápido trote; sobre todo, carecía de esa cualidad extraordinaria de levantar un casco inmediatamente que el otro toca en el suelo, para que no se pierda ningún esfuerzo, y, antes al contrario, cada uno de ellos sirva para dar impulso y avanzar más.

«¡Si ensayase el paso de mi pío!» —dijo para sí el caballerizo.— Y cuando *Lebed* volvió á pasar ante nosotros por segunda vez, partí con él. A la primera vuelta, como llevaba ya velocidad adquirida, me tomó delantera, pero á la segunda, había yo tomado impulso y le alcancé; luego le dejé atrás.

Empezóse otra vez, y obtuve el mismo triunfo. Decididamente, tenía yo mejor trote. Todo el mundo se quedó estupefacto. El general suplicó que me vendiesen cuanto antes y muy lejos, á fin de que el

conde no supiese jamás nada de mí. Apresuráronse á cumplir sus órdenes, y fui vendido á un chalán. No permanecí mucho tiempo en su casa: me compró un húsar de la remonta.

Todo esto era tan injusto y tan cruel, que abandoné con gusto mi patria, mis parientes y mis camaradas. Erame harto penoso la vida cerca de ellos; suyo era el porvenir, el amor; la gloria y la libertad les aguardaban... ¡En cuanto á mí sólo me cabía esperar el trabajo, la humillación! ¡El trabajo hasta el fin de mi vida! ¡Y eso por qué? ¡Porque yo era *pío*, y, por consiguiente, había de llegar á ser propiedad de alguien!...»

Kholstomer no pudo continuar su narración aquella noche. Ocurrió en el patio un acontecimiento que conmovió á todo el rebaño.

Kuptchikha, una yegua que seguía con interés el relato del viejo, se puso á removerse y se alejó á paso lento en dirección al cobertizo. De pronto se la oyó gemir tan fuerte, que llamó la atención á todo el rebaño. Echábase, se levantaba, volvía á echarse de nuevo; las yeguas viejas se acercaron y en seguida vieron de qué se trataba. En cuanto á las jóvenes, de tal manera se emocionaron, que ninguna podía escuchar más el relato de *Kholstomer*; todas rodearon á la enferma.

A la mañana siguiente, había junto á la yegua un potrillo nuevo. Nestor llamó al caballerizo, quien se lo llevó consigo y condujo á la madre á otro recinto.

Los demás caballos fueron al campo, como de costumbre.

VIII

Cuarta noche.

A la noche, en cuanto Nestor hubo cerrado la puerta cochera y quedó restablecido el silencio, continuó el caballo:

«Tuve ocasión de observar de cerca á hombres y caballos en mis peregrinaciones. La mayor parte del tiempo permanecí en poder de dos de mis amos: el príncipe (el oficial de húsares) y una buena anciana que vivía en Moscu, junto á la iglesia de San Nicolás.

El tiempo que pasé con mi húsar fué el mejor y el más agradable. Aun cuando fué más adelante causa de mi ruina, y aunque él no quería nunca nada ni á nadie, precisamente por eso mismo le quería yo y todavía le quiero. Lo que me agradaba en él es que era guapo, rico, feliz, y por todas estas razones no amaba á nadie. Vosotros debéis comprender estos elevados senti-

mientos de caballo. Su frialdad y mi dependencia no hacían más que reavivar mi pasión por él. « ¡Mátame, atórméntame!—pensaba yo en aquel tiempo, el mejor de mi vida.— ¡Así seré más feliz con eso! »

Me compró porque nadie quería caballos píos. Abandoné, pues, al chalán á quien el caballero me había vendido en ochenta rublos.

Como yo os he dicho, pasé en su casa los mejores instantes de mi existencia. Tenía él una querida. Sabíalo yo porque á diario le llevaba á verla, y pasábamos los días juntos á menudo. Su querida era guapa, él también, y su cochero no les cedía en belleza. Por eso los quería yo á todos y era feliz con ellos.

Esta era mi vida: por la mañana un palafrenero venía á arreglarme, no el cochero, sino un palafrenero. Era un joven *mujik*. Abría la puerta de mi cuadra, la barría con cuidado, después me quitaba la manta y me limpiaba con la almohaza... Le mordisqueaba los dedos y piafabá alegremente el suelo con los cascos para darle gracias... Después me lavaba, y cuando había concluido su trabajo contemplaba con admiración mis ijares lisos, mis patas derechas y terminadas por anchos cascos, mi reluciente grupa y mis redondos lomos. Luego de haber puesto heno en el astillero y avena

en el pesebre, alejábbase y venía el cochero á ver si todo estaba en orden...

El cochero Feófanes se parecía á su amo: uno y otro no tenían miedo de nada ni querían á nadie en el mundo; por eso mismo todo el mundo les quería y admiraba. Feófanes llevaba siempre camiseta roja, pantalón y casaquín de velludo. Me gustaba verle los días de fiesta, cuando entraba en la cuadra, bien peinado y bien vestido, y gritaba con voz retumbante: «Vamos, animal, ¿qué haces?», dándome un golpe en el muslo, en broma y no por hacerme daño; entonces enderezaba yo las orejas y enseñaba los dientes.

También teníamos un «pura sangre» negro, que algunas veces enganchaban conmigo de noche... Llamábase *Polkan*. De un carácter desagradable, no comprendía las bromas; era, sencillamente, malo como un demonio. Como nuestras cuadras estaban juntas, algunas veces me sucedía tener que reñir seriamente con él.

En cuanto á Feófanes, no tenía miedo de él; á menudo, al acercarse á *Polkan*, se le ocurría dar un grito agudo, cual si estuviese colérico y dispuesto á matarle; sin embargo, no hacía más que ponerle el castigo.

Una vez nos desbocamos *Polkan* y yo á lo largo de la calle principal

de Moscu, llamada Kuznetsky Most. El amo y el cochero no se asustaron ni pizca. Gritaban «¡Cuidado!», riéndose, torcían á derecha é izquierda para evitar atropellos, y no aplastaron á nadie. En su servicio perdí mis cualidades más preciosas y la mitad de mi vida. En su servicio me ocurrieron mil contratiempos y fuí premiado. Pero igual me da, no me quejo; eran los tiempos mejores de mi existencia.

A medio día me peinaban el coquete y las crines, limpiábanme los cascos y después me enganchaban. Nuestro trineo era muy pequeño, de paja trenzada, cubierta de terciopelo; los arneses, chapeados de acero, eran de una elegancia inaudita. En cuanto estaba yo listo, Feófanes, con magnífico caftán, un cinturón rojo debajo de los sobacos, y aún más ancho de talante que de hombros, venía á ver si todo estaba en orden. Registraba los arneses, y, satisfecho de su inspección, montaba en el pescante, se arreglaba el caftán, ponía los pies en el estribo, lanzando siempre algunas chacotas, y preparaba el látigo, aunque no me tocaba casi nunca; lo llevaba por el bien parecer. En seguida gritaba: «¡En marcha!» Tomaba yo impulso, y avanzaba gracioso y altivo.

La cocinera, que había salido para verter las aguas sucias, pará-

base en el quicio de la puerta; el *mujik*, que venía á entregar leña, nos seguía con la vista. Avanzábamos algunos pasos y luego nos deteníamos. Entonces los lacayos y cocheros nos rodeaban, y hablábamos con ellos aguardando al amo; algunas veces permanecíamos tres horas á la puerta antes de que reapareciese. Durante ese tiempo, rodeados de la servidumbre, contábamos todas las noticias que habíamos oído; después, no pudiendo resistir más en el mismo sitio, íbamos á dar una vueltecita y volvíamos para esperar hasta que le diese la gana á nuestro amo. Al fin oíase ruido en la antesala; el criado Tikhon, de traje negro, acudía y gritaba: «¡Acercad!» En nuestro tiempo no había la estúpida costumbre de decir «¡Adelante!», como si ignorásemos que no se anda hacia atrás.

Se acercaba Feófanes, y nuestro amo avanzaba, arrastrando el sable, con paso indolente; su hermosa cabeza ocultábase en gran parte con el cuello de castor de su pelliza y con el chacó. Sin hacer caso ninguno de nosotros, á quienes todo el mundo, menos él, admiraba, subía al trineo y arrancábamos. Yo le echaba siempre una mirada de refilón, sacudiendo la cabeza y volviendo con gracia el pescuezo.

Algunas veces estaba de buen humor el príncipe y bromeaba. Feófa-

nes le respondía sin volver apenas la cabeza, y con los dos brazos siempre en arco para tener las riendas. Hacía con las guías un movimiento imperceptible, comprendido por mí, y que significaba: «Vamos, vamos, vamos, cada vez más de prisa.» Y partía yo como un rayo, estremeciéndose todos mis músculos y levantando nieve en mi carrera.

Los cocheros no tenían entonces esta estúpida manera de gritar: «¡Eh!», como si les doliese en alguna parte.

—¡Hola, cuidado!—gritaba Feófanes.

La multitud se entreabría á nuestro paso y volvían la cabeza todos para admirar por más tiempo al hermoso caballo, al hermoso cochero y al hermoso señor.

Mi mayor placer era encontrarme con un trotón y pasarle... Tan pronto como Feófanes y yo divisábamos á lo lejos un tiro digno de nosotros, tomábamos carrera y partíamos cual una flecha. Poco á poco nos acercábamos; las salpicaduras llegan ya á la trasera del trineo; pronto estoy junto al señor que nos precede, y le soplo en la cabeza; bien pronto llego al cochero, en seguida al cuello del caballo, por fin paso más allá de su cabeza y ya no le vuelvo á ver. Aún oigo el ruido de sus campanillas, que poco á poco se extingue en nuestras espaldas.

Durante ese tiempo, Feófanes y yo guardábamos silencio y teníamos un aire distraído, como si fuese nuestro paso ordinario y ni siquiera reparásemos en los que tenían caballos poco rápidos. Así, pues, me gustaba pasar á los buenos corredores y también cruzar por delante de ellos. En menos de un segundo cambiábamos una sola mirada, y ya estábamos lejos uno de otro, continuando cada cual nuestro camino en dirección inversa.»

Rechinó la puerta, y oyéronse las voces de Nestor y de Vaska.

Quinta noche.

Comenzaba á cambiar el tiempo: el cielo estaba nuboso desde el amanecer, y ni siquiera había caído rocío. Hacía mucho calor y eran inaguantables ya los mosquitos. Por la noche se agruparon los caballos en torno del viejo, según costumbre, y éste acabó así su historia:

«¡Ay, no duró mucho mi vida feliz! Al concluirse el segundo invierno tuve el mayor goce de mi existencia, seguido muy pronto por una terrible desventura.

Era en Carnaval. Fuimos á las carreras con el príncipe, y allá ví á mis antiguos camaradas *Atlasny* y *Bitchok*. No sabía yo lo que hacían allí. Apeóse nuestro amo y ordenó á Feófanes que entrara en la

pista. Recuerdo que fui introducido en la pista y colocado junto á *Atlasny*, quien iba montado por un picador; yo iba enganchado á un trineo de ciudad. A la primera vuelta dejé atrás á *Atlasny*; me acogieron con gritos de triunfo. Me siguió la muchedumbre, y más de cuatro personas ofrecieron por mí cinco mil rublos. El príncipe se sonrió, y dijo, enseñando su bonita dentadura blanca:

—No es un caballo, sino un amigo. ¡No me desharía de él ni aunque me diesen montañas de oro! Señores, hasta la vista.

Al decir esto montó en el trineo y gritó al cochero:

—¡A Ostojenka!

Eran las señas de su querida. Arrancamos. Fué el último día feliz de mi existencia...

Llegamos á casa de la querida. La llamaba *suya*, pero ella quería á otro, ¡y había huido con él cinco horas antes! El príncipe lo supo por la doncella.

Dió al cochero la orden de ir en su persecución, y sin darme tiempo á resollar, me lanzaron á todo escape. Por primera vez en mi vida me molieron á golpes. Por primera vez en mi vida di un paso en falso. Traté de pararme, pero mi amo gritó: «¡Deprisa! ¡Listo!» Y partimos á galope. La alcanzamos á veinticinco *verstas* de distancia.

Así que llegué no pude comer y estuve temblando toda la noche. Por la mañana me dieron de beber, y desde ese momento fui caballo perdido. Me dieron tormento, lo que llaman *sangrar* los hombres. Se me cayeron los cascos, hincháronseme las patas y se encorvaron. Me volví débil y apático.

Me vendieron á un chalán, quien me alimentó con zanahorias y otros ingredientes; sin curarme me hizo engordar; no recobré las fuerzas, pero al verme, una persona no inteligente en ello, hubiérase equivocado de seguro.

Tan pronto como acudía algún comprador, el chalán, armado de látigo, me molía á golpes, hasta el punto de acometerme un acceso de rabia, y me ponía á dar cabriolas. Al fin, una señora anciana me compró al chalán.

Iba constantemente á la iglesia de San Nicolás, y azotaba á su cochero todos los días; el desdichado venía á llorar á mi cuadra; con ese motivo aprendí que las lágrimas tienen un sabor ligeramente amargo, bastante agradable. Algún tiempo después murió la vieja. Su intendente me llevó al campo y me vendió á un trajinante. Me dieron trigo y me puse aún más enfermo. Me revendieron á un *mujik*, quien me puso á labrar la tierra. Mal nutrido, mal cuidado, tuve además la

desgracia de herirme un pie con un pedazo de acero. El *mujik* me trocó por otro que le dió un gitano, quien me hizo sufrir el martirio y me vendió á nuestro intendente.

Y aquí me tenéis entre vosotros...»

Todos los caballos guardaron silencio... Comenzaba á caer la lluvia.

IX

Al día siguiente, al regresar la yeguada encontró á su amo en compañía de un forastero.

Acercándose la vieja *Juldiba*, le echó una mirada interrogante.

El propietario era un hombre joven aún; el otro, un antiguo militar de cara abotagada. La yegua vieja pasó tranquila por delante de ellos, pero las jóvenes se conmovieron y extrañaron, sobre todo cuando el amo fué á situarse en medio del rebaño y enseñó una cosa á su amigo...

—He comprado aquella yegua tordilla en casa de Voieykov—dijo.

—Y esa yegua joven, de cascos blancos, ¿de dónde procede? Es muy bonita.

Así pasaron revista á varios caballos, y se fijaron en la yegua alazana.

—Esta es de la raza de Khrieno-vo—dijo el amo.

Pero no podían examinar los caballos de esa manera. Llamaron á Nestor, que aún estaba montado; acercóse con presteza y se descubrió. El viejo *pío* cojeaba, y, sin embargo, corría con tan buena voluntad, que demostraba cómo nunca se había manifestado descontento aunque le mandasen correr más de lo que sus fuerzas le permitieran y aunque fuese hasta el fin del mundo. Hasta quiso salir al galope y tomó ímpetu con la pata derecha.

—No hay mejor yegua que ésta en toda Rusia — exclamó el dueño, señalando á una de las jóvenes.

El forastero la admiró por cortesía. El dueño, todo agitado, se puso á correr, á enseñar por turno cada caballo y á contar la historia de la raza. El otro se aburría hasta más no poder, pero inventaba preguntas, aparentando interesarse por la yeguada.

—Sí, sí—respondía con distracción á todos los relatos de su amigo.

—Mira bien—proseguía éste.—Fíjate en esas piernas. Me ha costado cara, pero tengo de ella el tercer caballo en disposición de engancharse ya.

—¿Y anda bien?

Así pasaron revista á casi todos los caballos; ya no había más que

enseñar. El amigo no podía resistir más, y preguntó:

—Bueno. ¿Vámonos de aquí?

—Vamos—dijo el dueño. Y tomaron la dirección de la puerta.

El visitante, contento al verse libre, animóse con la idea de volver á casa, donde podría comer, beber y fumar tranquilo.

Al pasar por delante de Nestor, que estaba inmóvil, esperando órdenes, golpeó con su rechoncha mano la grupa del caballo pío:

—¡Es chocante! Yo tuve uno parecido á éste. Te he hablado de él. ¿Te acuerdas?

Viendo el dueño que ya no se ocupaba de los caballos, no prestaba atención á lo que se le decía, y seguía con la vista á su rebaño. De pronto se oyó un relincho débil y tembloroso. Era el viejo caballo pío, quien se contuvo tímido y confuso por su temeridad. Ni el amo ni su visita se ocuparon de él; dirigiéronse á la casa.

El viejo *Kholstomer* había reconocido en el veterano oficial á su dueño muy amado el húsar.

X

.....
Llovía desde por la mañana. El patio estaba oscuro y triste, pero

no lo notaban en el interior del castillo.

En un salón lujoso, alrededor de una mesa bien servida para el té, estaban reunidos el castellano, una mujer joven y el antiguo húsar. La joven estaba en cinta, lo cual notábase mucho por su vientre prominente, su actitud echada para atrás, y, sobre todo, en sus grandes ojos que miraban con dulzura y gravedad. Delante de ella estaba el *samovar* y servía el té.

El señor tenía en la mano una caja de cigarros de diez años. Según él, nadie los tenía iguales. Era un joven de veinticinco años, guapo, elegante, vestido á la última moda por un sastre de Londres. De la cadena de su reloj pendían dijes, y hermosos gemelos de turquesas lucían en los puños de su camisa. Llevaba la barba á lo Napoleón III; las dos colitas de ratón en que terminaban sus bigotes estaban tan bien atusadas y eran tan puntiagudas y tiesas, que sólo en París pudieran verse otras análogas.

La dama tenía puesto un traje de muselina de seda rameada de grandes flores, á la Pompadour. De sus espesos cabellos, rubios y bellísimos, aunque no todos eran de ella, salían alfilerones de oro muy originales; pulseras y sortijas de mucho precio adornaban sus brazos y sus manos.

Los muebles del salón eran claros y de madera torneada; las colgaduras de grandes ramajes oscuros. Junto á la mesa, una galguita hacía sonar su collar de plata; tenía un nombre inglés difícilísimo de pronunciar, y que sus amos pronunciaban muy mal por no saber el inglés. En un rincón, entre macizos de flores y plantas raras, encontrábase un piano de madera con incrustaciones.

Un criado, magnífico con su traje negro, de corbata y chaleco blancos, estaba inmóvil, de pie, como una estatua, esperando órdenes. El *samovar* era de plata, el servicio de porcelana fina. Todo era raro y precioso, de última moda; pero faltaban el buen gusto y la elegancia, y todo denotaba la absoluta carencia de instintos artísticos é intelectuales.

El castellano, *sportman* á machamartillo, era un hombre de temperamento sanguíneo y bastante robusta corpulencia; jamás había estado enfermo. Era uno de esos hombres que llevan pieles de marta, beben los vinos más caros y comen en los *restaurants* más en boga; uno de esos á quienes se les ve en todas partes, en las carreras, en los teatros; que sostienen la querida que más alto se cotiza, y que instituyen premios de carreras, á los cuales dan su nombre.

Su amigo y huésped, Nikita Serpukhovsky, había pasado de los cuarenta; era de gran estatura, robusto, calvo; gastaba grandes bigotes y patillas. En otros tiempos había debido de ser guapo; á la sazón estaba degenerado, lo mismo física que moralmente, y aun desde el punto de vista rentístico. Eran tan cuantiosas sus deudas, que, para no ser reducido á prisión, tuvo que solicitar del gobierno un destino de funcionario en la remonta del Estado. Gracias á la elevada posición de su familia y á sus grandes relaciones, había podido conseguir esa plaza; y se dirigía á su puesto, á la capital de la provincia. Componíase su traje de levita de uniforme militar y pantalón azul. Eran de tan buen corte su ropa de vestir y blanca, que sólo un hombre muy rico podía vestirse de aquella manera. Sus botas tenía extrañas suelas, de un dedo de gruesas.

En su juventud se había comido una fortuna de dos millones de rublos y contraído deudas por valor de ciento veinte mil. Después de tal existencia, siempre queda un crédito ilimitado y la posibilidad de vivir con lujo durante diez años aún. Esos diez años tocaban á su fin. Disminuía su prestigio de vividor, y encontraba muy amarga y muy triste la vida. Tomó la costumbre de emborracharse; es decir, que ya

no soportaba el vino tan bien como antes, pues siempre fué bebedor. Los signos más salientes de su decadencia veíanse en lo inquieto de su mirar (parpadeaban sus ojos), en lo indeciso de sus ademanes y palabras. Esa falta de seguridad chocaba, sobre todo porque no estaba en su carácter; adivinábanse los sufrimientos morales que este antiguo buen mozo había tenido que padecer antes de llegar á esa lastimosa degradación.

Todo eso lo veían el dueño y la dueña de la casa; se miraban haciéndose señas de inteligencia, y dejaban para la hora de acostarse reflexiones más extensas acerca del particular. Aguantaban lo mejor posible al pobre Nikita, y hasta le tenían muchas consideraciones. La felicidad del joven humillaba á Nikita, y, al recordar lo pasado, le inspiraba una envidia enfermiza.

—¿No le molesta á V. el humo, María?—dijo á la joven con ese particular tono de cortesía y familiaridad que saben emplear las personas de buena sociedad para distinguir una mujer equívoca de una mujer honrada. No es que quisiera ofender á la que le hospedaba; antes, por el contrario, deseaba hacerse simpático para ella, si bien jamás se habría confesado á sí mismo ese sentimiento bajo é interesado. Por otra parte, sabía que ella se hubie-

se extrañado y ofendido si la hubiera tratado de diferente modo; además, era preciso reservar ese tono de respetabilidad para la mujer legítima de un igual suyo. Con esas damas hablaba siempre guardando las conveniencias; pero no porque participase de las ideas que se predicaban en las Revistas (nunca leía esas necedades), á saber, el respeto debido á cada ser humano, sea el que fuere; lo inútil del matrimonio, etc., sino sencillamente porque todos los hombres como es debido obran de esa manera, y él era uno de esos hombres, aunque rebajado.

Cogió un cigarro. Torpemente, su amigo le ofreció un mazo de ellos.

—Pruébalos nada más; ya verás qué buenos son; tómalos.

Nikita rechazó los cigarros. Por la expresión de sus ojos, uno más hábil que su huésped hubiera podido ver que le había ofendido.

—Gracias.

Abrió su petaca y dijo:

—Prueba de los míos.

La dama era más aguda que su amante; reparó en todo eso, y, con presteza y alguna volubilidad, reanudó la conversación:

—Me gusta mucho el humo del cigarro; y hasta yo también fumaría, si no fuese porque ya fuma todo el mundo á mi alrededor.

Y sonrióse con dulzura y bondad. El la respondió con una sonrisa

también, pero un poco retraída; le faltaban dos dientes.

—Te lo ruego, toma este—repuso el castellano, que no era malicioso;—los otros son demasiado suaves. Fritz—dijo al lacayo—*bringen sie noch eine kasten dort zwei* (1). ¿Cuáles prefieres: suaves ó fuertes? Estos son muy buenos. Cógelos todos—continuó, empeñándose en poner á la fuerza los cigarros en la mano de su amigo.

Era visiblemente feliz al poder vanagloriarse delante de alguien, y no reparaba en el disgusto de su amigo.

Nikita encendió un cigarro y trató de dar otro giro á la conversación.

—¿Cuánto te ha costado *Atlasny*?—preguntó.

—Me ha costado muy caro—respondió el otro;—nada menos que cinco mil rublos. Pero, en cambio, estoy tranquilo... ¡Si vieses sus hijos!

—¿Corren mucho?

—¡Ya lo creo! Uno de ellos ha ganado los tres primeros premios: en Tula, en Moscu, en San Petersburgo. ¡Y eso que tenía de rivales los caballos de Voieykov!

—Tu *Atlasny* está un poquillo gordo para mi gusto—replicó Nikita.

(1) Frase alemana que significa: «tráeme otra caja, de las dos que quedan».

—¡Y las yeguas! Son elegantísimas. Tú mismo lo verás mañana. He pagado por *Dobrynia* tres mil rublos, y por *Lascovaya* dos mil.

Y volvió á enumerar sus riquezas.

Su querida advirtió que aquella conversación hacía sufrir á Nikita, y la cortó preguntándole:

—¿Quieres tomar otra taza de té?

—No, gracias—respondió el castellano.

Y prosiguió su charla.

Viendo ella que no tenía ningún medio de interrumpirle, se levantó. Entonces la cogió en sus brazos y la besó con ternura.

Nikita se sonrió al ver lo que hacían. Pero cuando hubieron desaparecido tras el cortinaje de la puerta, alteróse la expresión de su rostro, poniéndose triste, con cierto matiz de ira y desesperación.

XI

Pronto regresó el dueño de la casa y tomó asiento, sonriéndose, en frente de Nikita. Ambos guardaron silencio un rato.

—¿Conque decías que le has comprado *Atlasny* á Voieykov?—dijo con indolencia Nikita.

—Sí. Hubiese preferido comprar

yeguas á Dubovitsky, pero no le quedaban más que malas.

—¿No ha hecho bancarrota Dubovitsky?— prosiguió Nikita.

Pero en seguida se detuvo y miró en torno de él; acordóse de que debía veinte mil rublos á ese «quebrado», y que más bien se le podía decir á él mismo que había hecho bancarrota. Se echó á reír.

De nuevo hubo un largo silencio. El castellano daba vueltas á su cabeza, buscando de qué podría vanagloriarse ante su amigo. Por su parte, Nikita pensaba en demostrar que no se consideraba como un hombre tronado y en ruina.

Ninguno de los dos encontraba nada que decir, aunque ambos se estimulaban fumando un excelente cigarro.

«¿Cuándo beberemos un poco?»— pensaba Nikita.

«No hay más remedio que beber, ó me muero de aburrimiento con él»— pensaba su amigo.

—Dime, ¿piensas permanecer aún mucho tiempo en el campo?— preguntó el antiguo húsar.

—Sí, lo menos un mes todavía. ¿Vamos á beber? Fritz, ¿está eso pronto?

Pasaron al comedor, alumbrado por una lámpara colgante. En la mesa había candelabros encendidos, y los objetos más extraordinarios; sifones, corchos en forma

de muñequitas, vinos exquisitos dentro de garrafas, extraños platos de entremés, aguardiente.

Bebieron y comieron; vuelta á beber y comer más, y reanudóse la conversación. Nikita se ponía rojo y se expresaba entonces sin vacilar.

Hablaban de mujeres y enumeraban todas las que estaban sostenidas por sus conocidos; bailarinas francesas, gitanas, etc.

—¿Has abandonado á la Mathieu?— preguntó el amo de casa.

Esa era la querida que había arruinado á Nikita.

—Yo no he sido; ella es quien me ha abandonado. ¡Ay, hermano, cuando pienso en todo el dinero que he derrochado en mi vida, y en que ahora estoy á mis anchas cuando tengo un millar de florines!... Estoy contentísimo de abandonar á Moscu; ya no podía vivir allí. Mas, ¿para qué sirve el hablar de eso?

Y el otro se aburría de escuchar esas lamentaciones; hubiera preferido hablar de sí mismo, darse pisto, mientras que Nikita quería hablar de su brillante pasado. Le echó vino y esperó á que acabase, para decirle la yeguada que había fundado en sus propiedades, una yeguada como no había otra igual en el mundo; y, además, que su María le amaba por sí mismo y no por su dinero.

—Quería decirte que en mi yeguada—comenzó; pero interrumpióle Nikita.

—¡Ah! Aquellos eran buenos tiempos, lo puedo decir. Por aquella época amaba yo y sabía vivir bien. ¿Me hablas de *sport*? Pues bien; dime cuál es tu caballo más rápido.

El castellano cogió la ocasión por los cabellos para hablar de su yeguada; é iba á dispararse de nuevo, cuando le interrumpió Serpukhovsky.

—Sí, sí; ya sé que vosotros los *sportmen* tenéis caballos por vanidad, y no para los placeres, para la vida. Yo, era otra cosa. Así, ya te he contado hoy que tuve un caballo pío, de montar, parecido al que monta tu guarda. ¡Ah, qué caballo! Tú no lo puedes imaginar; era en el año 1842. Acababa yo de llegar á Moscu; me dirigí á casa del chalán y vi en sus cuadras un caballo pío de magníficos aires.—«¿Qué precio?—Mil rublos».—Me convenía; lo compré, y en él montaba. Pues bien; ¡jamás había yo tenido, ni lo tendrás tú, un caballo semejante! No lo había mejor en estampa, fuerza y ligereza. Tú eras aún un chiquillo y no podías conocerle, pero supongo que has oído hablar de él; todo Moscu le conocía.

—Sí, he oído hablar de eso—

respondió su amigo con displicencia.—A propósito de los míos, quería decirte...

—¿Conque has oído hablar de él? Lo compré, como te digo, sin conocer su raza, sin el menor certificado. Más tarde supe de dónde procedía. Voieykov y yo investigamos su genealogía. Pues bien; era hijo de *Lubezny I* y se llamaba *Kholstomer*. A causa de su pelo pío, se lo habían regalado al caballero de la yeguada en que naciera.

El caballero lo había cuidado y después vendido al chalán. ¡Ah, ya no hay caballos de esos, amigo mío! ¡Ah, los hubo un tiempo!... ¡Ah, la juventud!...—cantó, con la música de un aire gitano.

Comenzaba á estar borracho.

—¡Aquellos eran buenos tiempos!—continuó.—Tenía yo entonces veinticinco años de edad, ochenta mil rublos de renta, ni un cabello gris y dientes como perlas... Todo lo que emprendía me salía bien; y aquello se ha acabado...

—Sí, pero los caballos no eran buenos corredores—dijo el otro, aprovechando la pausa forzosa que tuvo que hacer su amigo para tomar aliento. Te diré que mis primeros caballos empezaban á andar sin...

—¡Tus caballos! En mi tiempo había mucho mejores para la carrera.

—¡Cómo! ¿Mejores para correr?

—¡Sí! Mejores para correr. Recuerdo que un día llegué á las carreras de Moscu en trineo; había hecho enganchar á *Kholstomer*. Mis caballos no corrían; no me gustaban los caballos de carreras y sólo tenía caballos de raza: *General Cholet*, *Mahoma* y *Kholstomer*... También tenía un buen cochero, á quien quería mucho y que concluyó por darse á la bebida... Ahora llego. —«Serpukhovsky—me dijeron—¿cuándo tendrás tú también caballos de carreras?»—¡Bah! Todos vuestros caballos de carreras no son más que *mujiks*. ¡El demonio se los lleve! Tengo yo un caballo de tiro que pasaría con mucho á vuestros mejores trotones.

—¡A verlo!

—Pues bien: apostemos mil rublos.

Aceptaron, y salieron los caballos á la pista. El mío llegó cinco segundos antes que los otros, y me hizo ganar mil rublos... Pero eso no es nada. Con tres caballos de raza he recorrido cien *verstas* en tres horas. Todo Moscu lo sabe.

Y Nikita se puso á referir maravillas con una facilidad sorprendente de elocución, y con una volubilidad que no permitía meter baza á su amigo. Este se hallaba inmóvil, con rostro contrariado. Para distraerse, no cesaba de echar de beber.

Comenzaba á despuntar el día, y aún estaban uno en frente del otro. El castellano se aburría de lo lindo. Al cabo se levantó.

—Bueno. Si es para dormir, vamos á acostarnos—dijo Nikita levantándose.

Hacia eses y respiraba ruidosamente. Se dirigió al dormitorio que le habían preparado.

.....
El dueño de la casa estaba en el lecho con su querida.

—No; es incorregible—decía él. —Estaba borracho y me contó cosas imposibles.

—Y á mí me ha galanteado—dijo la joven.

—Temo si me pedirá dinero prestado.

Nikita, sin desnudarse, se había tumbado en la cama y resoplaba.

«¡Creo que se ha dado un poquillo de pisto de sobra!»—pensaba.—¡No importa! Su vino es bueno, pero él es un cochino; tiene un no sé qué de tratante. Yo también soy un cochino. En otro tiempo mantenía yo á las otras, y ahora las otras me mantienen á mí. ¡Sí; me mantiene la Winkler; tomo dinero de ella! A fe mía, tanto peor para su amante. Sin embargo, es preciso que yo me desnude... ¡Que si quieres! Lo que es yo mismo, en la vida voy á poderme quitar las botas.

—¡Hola! ¡Que venga alguien!—

gritó; pero el criado que le debía servir estaba dormido hacía largo tiempo.

Se enderezó en la cama, se sentó, se quitó la levita de uniforme y el chaleco, logró sacarse el pantalón y hasta una de las botas; en cuanto á la otra, ya no pudo hacerlo; se lo impedía la barriga. Echóse en la almohada, con un pie calzado y el otro descalzo, y se puso á roncar, llenando toda la alcoba de un hedor á tabaco, vino y sucia vejez.

XII

Aquella noche, *Kolstomer* no pudo volver á sumirse en sus recuerdos. *Vaska* vino á estorbárselo, le echó una manta en los lomos y se lo llevó á la puerta de una taberna, donde estuvo aguardando hasta la mañana en compañía del caballo de un *mujik*. Los dos animales se lamieron mutuamente. Al otro día *Kolstomer* se reunió con la yeguada, pero tenía un continuo picor en la piel. «No sé lo que será, pero me pica esto dolorosamente»—pensaba.

Transcurrieron cinco días. Al fin llamaron al veterinario, quien exclamó con tono alegre:

—¡Esto es sarna! Déjenme que se lo venda á los gitanos.

—¡Y para qué? Mátelos; es necesario, en absoluto, que desaparezca hoy mismo.

La mañana era clara y hermosa. El rebaño fué conducido al campo. *Kolstomer* se quedó en la cuadra.

Presentóse un hombre extraño, flaco, bronceado, sucio, con el caftán lleno de manchas negras. Era el descuartizador. Cogió de la brida al caballo, sin mirarlo, y fuése. *Kholstomer* le seguía con tranquilidad, sin volverse, arrastrando como siempre las enfermas patas y rozando con el cuarto trasero la paja al pasar.

Al salir de la puerta cochera, el caballo estiró la cabeza hacia el pozo, pero el descuartizador le tiró de la brida, diciendo:

—No merece la pena.

El descuartizador y *Vaska* llegaron á un claro, detrás del cobertizo de ladrillo; y como si este sitio vulgar tuviese para ello extraordinario interés, detuviéronse allí. El descuartizador, entregando las bridas á *Vaska*, se quitó el caftán, se levantó las mangas de la camisa, y luego sacó de la caña de las botas un cuchillo y una piedra de afilar.

El caballo alargó la cabeza hacia la brida, queriéndola mordisquear para desaburrirse; pero no pudo conseguirlo. Exhaló un suspiro y cerró los ojos. Dejó colgar el belfo, descubriendo los amarillos y des-

gastados dientes, y se amodorró mecido por el rumor del cuchillo que afilaban. Su pata enferma y adormecida era lo único que temblaba.

De pronto sintió que le cogían y le alzaban la cabeza. Abrió los ojos. Dos perros estaban delante de él: uno olisqueaba al descuartizador, el segundo miraba al caballo como actor principal de lo que iba á ocurrir. *Kholstomer*, al mirarlos, se puso á restregar el carrillo contra la mano que le sujetaba. «Sin duda irán á curarme; así sea» pensaba.—

En efecto, sentía que le estaban haciendo algo en la garganta. Sintió daño, se estremeció, se le dobló la pata; pero se contuvo y aguardó á ver qué iba á ocurrir luego... Lo que ocurrió fué, salir á chorro un líquido corriendo por su garganta y pecho. Un suspiro levantó sus ijares y sintióse muy aliviado...

¡Aliviado de toda la carga de su vida!

Cerró los párpados y dejó caer la cabeza; nadie se la sostuvo. Después le temblaron las piernas y se tambaleó todo su cuerpo; lo que experimentaba era más bien asombro que miedo.

¡Todo le parecía tan insólito! Extrañóse y quiso lanzarse adelante, arriba... Pero, en lugar de eso, se le entorpecieron las patas, removiéndose en el mismo sitio; sintió que se caía de costado, quiso dar

un paso, pero se cayó de bruces y sobre el costado izquierdo. El descuartizador esperó el fin de las convulsiones, apartó á los perros que querían acercarse, agarró por las patas al caballo, lo puso panza arriba, y, diciendo á Vaska que lo sujetase, procedió á desollarlo.

— Era todo un caballo — murmuró Vaska.

— Si estuviera más gordo, sería mejor su piel — dijo el descuartizador.

.....

Al atardecer, la yeguada pasó por el montuoso sendero; los caballos del ala izquierda notaron allá abajo una cosa roja y cerca de ella unos perros que se rebullían, cuervos y milanos que revoloteaban. Un perro, con las dos patas delanteras puestas encima de la carroña arrancaba con gruñidos, sacudiendo furioso la cabeza, lo que sus colmillos habían apresado. Una potrancia se detuvo, alargó la cabeza y el pescuezo; durante largo rato estuvo husmeando el aire. Costó sumo trabajo hacerle avanzar.

Al alba, en un barranco del añoso bosque, unos lobeznos aullaban alegremente. Eran cinco: cuatro de una estatura casi igual, y otro pequeño, con la cabeza más grande que el cuerpo. La loba, flaca y en vías de parir, arrastrando el preñado vientre cuyos pezones colga-

ban hasta el suelo, salió de un jaral y fué á sentarse junto á sus lobeznos. Estos formaron corro delante de ella; se acercó al más pequeño, bajó la cola, é inclinando el hocico hacia el suelo, hizo algunos movimientos convulsivos; abrió sus fauces, erizadas de dientes; luego, con un postrer esfuerzo, arrancó y tiró un gran trozo del caballo.

Los lobeznos grandes iban á echarse de un salto encima de él; pero los contuvo con un ademán amenazador y se lo dió todo al pequeño. Este, como encolerizado, agarró la carne gruñendo, la puso debajo de sí y comenzó á devorarla. De igual manera, la loba arrancó para el segundo, el tercero, y así sucesivamente para los cinco. Cuando hubo concluido, entonces se tumbó junto á ellos para descansar.

Ocho días después, tras el cobertizo de ladrillo ya no quedaban más que el cráneo y los dos húmeros; lo demás había desaparecido. Por el verano, el mujik que recoge los huesos para los refinadores llevóse los húmeros y el cráneo; los cuales también hallaron su empleo.

.....

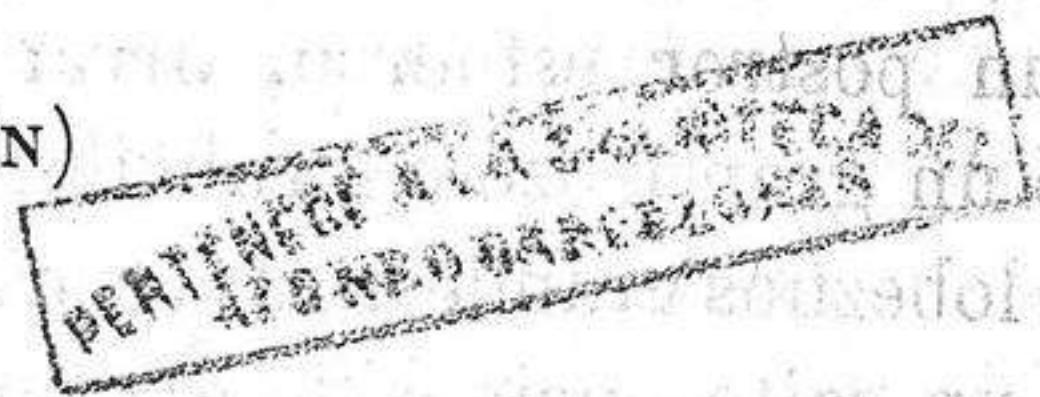
El cuerpo muerto de Serpukhovskiy (el antiguo amo del caballo), que había andado por el mundo, comiendo y bebiendo mientras vivió, también dió en tierra mucho más tarde. Ni su piel, ni su carne, ni sus huesos, sirvieron para nada.

Como ese cadáver que había andado por el mundo fué durante veinte años una pesada carga para los demás, también su tránsito no fué sino otra nueva carga. Desde muchísimo tiempo ya no era útil; desde muchísimo tiempo molestaba á todo el mundo. Y, sin embargo, los otros inútiles, verdaderos muertos que entierran á los muertos, creyeron necesario ponerle á ese cadáver un hermoso uniforme y magníficas botas, meterle en un buen féretro nuevecito, con argollas en los cuatro ángulos, colocar este féretro nuevo dentro de uno de plomo, transportarlo á Moscu; y allí, apartar las viejas osamentas para sepultar en medio ese cuerpo podrido, comido de gusanos, dentro del uniforme nuevo y de las botas usadas, y recubrir todo ello de tierra.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

EL SUICIDIO EN SUS RELACIONES CON LA CIVILIZACIÓN

(CONCLUSIÓN)



Estos son suicidios políticos, guerreros, laicos, si se me permite hablar así. Pero triste es y curioso ver la muerte voluntaria penetrar hasta el seno de los monasterios y en el santuario de la Iglesia. La misma vida religiosa no acertaba á impedir esta tentación en ciertas almas inquietas y enfermizas. El demonio de la tristeza, tan vigorosamente combatido por San Juan Crisóstomo en la débil alma de Stagyra, tentaba de tiempo en tiempo á los pobres monjes perdidos en el fondo de sus celdas é ignorados del mundo (1). Es preciso leer, en

Vicente de Beauvais, en Ceroseo, la descripción de esa terrible enfermedad que en ciertas épocas desolaba los piadosos y santos retiros en que se refugiaba la vida intelectual y moral de aquellos tiempos profundamente turbados. Los escritores eclesiásticos dieron un nombre griego á esta enfermedad, y la llamaron *acedia*. El exceso de este disgusto malsano conducía directamente al suicidio, y con verdadero espanto cuentan los piadosos cronistas algunos ejemplos dolorosos. Ya es una religiosa de avanzada edad, de virtud ejemplar, que se siente de repente acometida del mal de la tristeza y atormentada por el espíritu de blasfemia, de duda y de incredulidad. Se cree condenada, se desespera y se precipita en el Mosela, de donde se la saca viva; ya es un hermano converso que se ahoga en una hora de delirio. Una re-

(1) Véase, en el *Curso de literatura dramática* de M. Saint-Marc Girardin, que ha tratado con delicada justicia de todas estas cuestiones, el profundo análisis de esta tristeza particular *la athumia* que padecía el alma de Stagyra y que no es otra cosa que el primer síntoma de la enfermedad moderna de Werter y de René. (*Curso de literatura dramática*, primer volumen, página 93.)

ligiosa seducida por los *artificios mágicos* de un monje, y que loca de amor, incapaz de resistir á la tentación, quiere salir del convento. Se impide que salga y se arroja, á un pozo y muere. Baudoin, monje de Brunswick, debilitada su cabeza por las vigiliass y el trabajo, se cuelga de la cuerda de la campana de su convento. El viejo fraile Heron acometido repentinamente por el demonio de la tristeza, se ahoga. Había, como se ve, un sentimiento más fuerte que la doctrina misma del cristianismo, más fuerte que la fe, más fuerte que la esperanza de salud, y que en ciertos momentos señalaba su presencia con terribles victorias, era aquella una insoportable tristeza, un miserable disgusto. En vano ciertas almas, enfermas del disgusto de la vida, buscaban en el fondo de los asilos sagrados un refugio contra sí mismas. No encontraban todas su curación en el reposo místico de la contemplación y de la plegaria; muchas languidecían en su retiro, víctimas de mortales tristezas: sufrían otros hasta el punto de querer mejor morir; y la fe, vencida, cedía ante la horrible alegría de la muerte. ¡Cuánto debía de sufrirse para que en aquella edad de fe sencilla y á la sombra de los tabernáculos en que Dios vivo residía, el pensamiento del suicidio triunfase del temor de

las penas eternas! ¿Cómo formar-nos idea de los gemidos lanzados por aquellas almas heridas de muerte? Pero estos viejos muros místicos han guardado su secreto y sólo con gran trabajo puede seguirse el rastro de sangre de esas historias sepultadas en el pasado.

A despecho de la *acedía* y de sus extravíos, á despecho de la alucinación demoníaca que tantas víctimas hizo durante la Edad Media, justo es reconocer que, en suma, bajo la ley cristiana, el suicidio es raro, sobre todo en aquellos tiempos en que la creencia era cándida y fuerte, la vida laboriosa, el sufrimiento real, cotidiana la lucha contra el hombre, la peste y los males de la guerra. Lo que demuestra mejor que cualquier otra prueba que tales hechos son vagos, es que han impresionado la imaginación contemporánea con una especie de poder misterioso. Para los cronistas, cada suicidio es el crimen inexpiable de Judas. Se refiere el hecho con horror piadoso. Puede decirse que la Edad Media es un punto de espera en la historia del suicidio. Durante toda esta época en que el dogma cristiano reina sin rival sobre las conciencias, la muerte voluntaria aparece todavía de tiempo en tiempo, pero no reviste ya, como en otras épocas, la forma

de una doctrina; es más bien una rebelión contra la regla aceptada. Cuando vino el protestantismo hubo nuevas condenaciones para el suicidio. Lutero declaró formalmente que Dios es el señor único absoluto de la vida y de la muerte. Calvino y Teodoro de Beza no son menos explícitos. Se conoce cierta carta admirable de Juana Grey al doctor Aylmeis, escrita la víspera de su muerte, en la cual esta pobre reina de nueve días, esta mujer casi niña cuenta qué piadosos razonamientos opuso á las tentativas de su fiel servidor Arham, que quería sustraerla, por medio del veneno, á las ignominias del último suplicio, y que la excitaba á la muerte voluntaria proponiéndole ejemplos antiguos. «Los antiguos—dice la carta—elevaban su alma por la contemplación de las propias fuerzas, los cristianos tienen un testigo, y delante de El les es preciso vivir ó morir; los antiguos querían glorificar la naturaleza humana, y colocaban en la primera línea de las virtudes la muerte que sustraía á los hombres del poder de sus opresores; los cristianos estiman, por el contrario, el acatamiento que les somete á los designios de la Providencia.» Así pensaba y así murió aquella amable y tierna reina, que tiene á su favor el corazón de la posteridad por lo que hay de más atrac-

tivo en el mundo: la gracia en el infortunio.

Mas enfrente del catolicismo, que secunda su freno para contener el suicidio, y del protestantismo, que proclama que sólo á Dios pertenece el derecho sobre la vida, he aquí que aparece el Renacimiento, que reivindica los fieros privilegios del estoicismo y renueva la escuela filosófica del suicidio. El despertar brillante de las ciencias y de las letras, la admiración de la sabia antigüedad, la pasión por la imitación, el prestigio de los grandes nombres y de los muertos ilustres, el renaciente gusto por el paganismo, el desquiciamiento de las creencias, son otras tantas causas que contribuyeron poderosamente á modificar las ideas de la Edad Media sobre la muerte voluntaria. Entonces aparecen por todas partes apologías filosóficas. Tomás Moro, en su *Utopía*, admite en ciertos casos la legitimidad de la muerte por sí mismo. Otro inglés, Juan Done, compuso, bajo la doble inspiración del Renacimiento, que exalta su espíritu, y de la miseria que le oprime, un libro titulado *Suicidio*, en el cual libro se demostraba esta tesis: «El homicidio de sí mismo no es tan claramente un pecado que no pueda ser visto desde otro aspecto.» En ese estudio, se pasa cuidadosamente, revista á la naturaleza y

alcance de las leyes que con ese acto parecen violadas. Montaigne, en Francia, es un apologista entusiasta de la muerte estóica, y manifiesta decidida simpatía por la muerte de Catón, que glorifica á cada instante; iba á decir que deifica. «Este personaje — dice — fué verdaderamente un patrón que eligió la naturaleza para mostrar hasta qué punto puede llegar la virtud y firmeza humanas... Su muerte nos muestra la grandeza de su alma y nos causa una emoción extraordinaria y un placer verdaderamente viril.» Y luego añade: «El saber morir nos libra de toda sujeción y cadena.» La muerte más voluntaria es la más bella. La vida depende de la voluntad de otro, la muerte de la nuestra. En ninguna otra cosa debemos acomodarnos á nuestros propios humores que en ésta. La reputación no hace referencia á semejante empresa; es una locura respetarla. Existe un rasgo común á la emoción y á la muerte: se nos hiere, se nos canteriza, se destruyen nuestros miembros ó se nos quita el alimento y la sangre; un poco más, y nos encontramos del todo cuerdos. Desde este punto de vista, Montaigne es Séneca, resucitado en la más pura tradición de la escuela estóica del suicidio. En esta época se multiplican las muertes voluntarias, porque casi todos los hombres sienten la influencia del mundo antiguo. M. Bourguetot, cuyos escritos hemos ya citado, enumera, entre otros, el suicidio del sobrino del conde de Petersburgo, Felipe Mordaunt, que se mató en el seno mismo de la felicidad; Ricardo Smith, que hizo otro tanto, después de haber perdido su fortuna; Carlos Blount, traductor de la vida de Apolonio de Tyane, que se hirió con un cuchillo para no sucumbir á una pasión criminal; Buenaventura de Periers, autor del *Cimbalum mundi*, que se arrojó sobre su espada en un momento de desesperación; Jerónimo Cardan, matemático y filósofo célebre, que había predicho la época de su muerte, y que por no aceptar el mentís de la naturaleza la obligó á obedecerle muriendo de hambre. Un suicidio más antiguo es el de Felipe Strozzi, romano desconocido del siglo xvi. Hecho prisionero por el gran duque Cosme I, su enemigo, y acusado de haber tomado parte en el asesinato del duque Alejandro I, prefirió matarse antes que exponerse á revelar en el tormento el nombre de sus amigos. «Si no he sabido vivir — dijo — por lo menos sabré morir.» Su testamento lleva el sello de la fiereza republicana y de las reminiscencias clásicas: «Al Dios libertador. Para no estar más tiempo en poder de mis bárbaros enemigos, que injusta y cruelmente me

han aprisionado, y que pueden obligarme, por la violencia de los tormentos, á cosas que lesionarían mi honor, el de mis parientes y el de mis amigos, yo, Felipe Strozzi, tomo la única solución que me resta, por más que me parezca funesta para mi alma; resolución que consiste en poner fin á mi vida con mis propias manos. Recomiendo mi alma á la soberana misericordia de Dios, y le pido humildemente, á falta de otra gracia, la de concederme para último asilo el lugar en que habitan las almas de Catón de Utica y de los hombres virtuosos que tuvieron un fin semejante.» Todo el espíritu del siglo xvi brilla en estas palabras.

El siglo xvii es una época relativamente tranquila, en que la vida se regulariza y se apaciguan los febriles ardores del siglo precedente. Las creencias, quebrantadas durante un momento, se restablecen en las almas. La filosofía espiritualista añade á las esperanzas de la fe las de la razón. Las inquietudes del siglo precedente se purifican: es un siglo orgánico, y estas épocas privilegiadas de la historia tienen un carácter de sólida grandeza y de paz animada que se concilia mal con las enfermedades morales, cuyo suicidio es el término. En el siglo xviii, y sobre todo al terminar el siglo, despierta el mundo nuevo, las inquietudes se reaniman, presenti-

mientos agitados recorren Europa, y la conciencia humana, tocada de una indefinible enfermedad, se atormenta en las impacencias de una larga espera. Este mal sin nombre, y que no es otra cosa que el sueño confuso de los sentimientos modernos, va á producir una escuela nueva de suicidio. Comienza la edad de Werter.

II

La enfermedad de Werter, nombre que se ha dado al mal del siglo, es un mal complejo. En él entra un poco de todos los elementos humanos y cada facultad del alma la lleva su tributo. Ya sea la imaginación, estérilmente activa y atormentándose en la vida, ya la voluntad con sus miserias, sus desfallecimientos y sus turbaciones, ya la sensibilidad acometida de irrealizables deseos, siempre el fondo de todo esto es una melancolía enamorada de sí misma. Esta tristeza, de un género particular, se parece á la tendencia de un cristianismo romántico desviado hacia el país de las quimeras. En el fondo del carácter de Werter y de los innumerables personajes que él ha inspirado, se encuentra siempre la doble influencia de una especie de

poesía soñadora que se separa de la acción, y de un escepticismo vanidoso que desea replegarse sobre sí mismo en una verdadera idolatría.

Bien quisiera definir con algún esmero este sentimiento nuevo de melancolía apasionada, gozando en su mismo dolor, saboreando sus propias heridas y acariciando en secreto sus sufrimientos. Casi nada parecido encontramos en la antigüedad y nada análogo en la literatura del siglo xvii.

El espíritu antiguo tenía su tristeza, pero era, por decirlo así, una tristeza epicúrea, nacida de la sociedad, y recordadora de que el placer y la alegría siempre renovadas, no duran una eternidad. Aparte de la melancolía excepcional del filósofo Heráclito, aparte también de algunas notas misteriosas, escapadas de algunos poetas como Esquilo, Píndaro, Lucrecio ó Virgilio, los romanos como los griegos, amantes de los bienes de la tierra, no se quejaban de otra cosa que de la brevedad de la vida y del rápido volar de la prosperidad. «Adheridos á la hora presente, no sabemos lo que la suerte nos reserva de disgusto y de turbación para la hora próxima: gozamos. Puede venir la muerte y marchitar las coronas de flores que adornan nuestras cabezas.» Así cantaba Anacreonte, y así cantaba Horacio.

El cristianismo enseñó al mundo una melancolía más digna, más elevada, más fecunda en grandes pensamientos; esa melancolía se inspira en el sentimiento profundo de la nada de la vida enfrente de la eternidad, de la nada del hombre enfrente de Dios. La idea del infinito, una vez despierta en el alma humana, no le dejará reposo ni paz. Una constante inquietud perseguirá al hombre hasta en sus alegrías, y toda la felicidad de la tierra no bastará para llenar la capacidad de sus deseos, si una sola vez prueba una gota de aquella embriaguez sagrada. En el cristianismo existe el germen de una inmortal tristeza, y toda la literatura, y toda la filosofía cristiana se resienten de esa misma influencia. Esa tristeza religiosa se respira ya en los salmos de los hebreos, en el libro de *La Sabiduría*, y, sobre todo, en el libro de Job. Marca su huella en cada una de las páginas de las obras de los padres de la Iglesia; anima la literatura del siglo xvii con la más alta elocuencia y la más alta poesía. Es la que dictaba á Corneille aquellas estrofas en que Poliucto, en el umbral de la eternidad, arroja el anatema del martirio á los placeres del mundo, inspiraba á Pascal sus *Pensamientos*, que encierran el infinito en una frase; impregna la gran palabra de Bossuet de una poesía casi

lirica. Mas señálemoslo bien: en el fondo de la melancolía cristiana hay ideas positivas y precisas que sostienen el alma y que la dirigen; esta melancolía tiene un objeto definido y límites fijos. El alma que está poseída de este sentimiento, sabe á qué atenerse en la vida, no se abandona á sueños estériles, se somete á prácticas establecidas, que á la vez son una disciplina y un apoyo, y economiza el tiempo de su prueba en provecho de la eternidad. No se abisma en Dios, ni aun en la oración, no se aventura por caminos revueltos y peligrosos; y si el alma inquieta y sutil de Fenelón cede un instante ante los sueños místicos, la voz de la Iglesia le llama bien pronto á las verdades sencillas y á la práctica. El sentimiento religioso tiene un carácter positivo, se regula por un dogma; no sueña, obra.

La melancolía moderna tiene también por origen el sentimiento doloroso de lo que hay de incompleto en el destino del hombre; pero mientras que el espíritu cristiano se apoya sobre esta consideración para lanzarse de la esfera del tiempo á la esfera de la fe, la imaginación moderna, alterando el sentimiento de lo infinito por un inquieto sentimiento de duda, se complace en la meditación de ese contraste doloroso que existe entre las ansias del hombre y la realidad, entre sus deseos

humanos y su destino tan estrechamente limitado en la imperfección de sus facultades. Hay aquí una vaguedad terrible, por no sé qué de indeciso é indeterminado, que ofrece un singular y peligroso atractivo. La imaginación se pierde en delicias, la voluntad se anonada. Su existencia no es más que un sueño agitado. Bajo el imperio de esta tristeza soñadora, el alma sufre y goza á la vez. Sufre el vacío inmenso que la sensibilidad le hace encontrar en la vida, las decepciones de la inteligencia y del corazón que habían soñado con una ciencia y un amor imposibles; de ese tormento inefable que produce en nosotros el pensamiento de lo infinito, cuando no detenemos este pensamiento bajo la forma precisa de una creencia, de una esperanza ó de una súplica; pero al mismo tiempo goza de sus sueños confusos, de sus facultades, aunque incompletas, del sufrimiento mismo, que es un pretexto para ocuparse de sí mismo y concentrarse en una contemplación perpetua que se parece á una adoración. Hay algo de dulzura en sufrir de esa suerte; pero, no lo olvidemos, esa complacencia idolátrica del alma, por ella misma la enerva insensiblemente, la incapacita para obrar, detiene el resorte de la voluntad, y si puede producir cierta predisposición á lo novelesco,

confesemos al menos que no produce un estado moral y sano; la incapacidad para obrar conduce bien pronto á la impotencia para vivir. El alma aplicada eternamente á analizarse se hace irritable hasta el exceso, é impaciente ante los obstáculos, se fatiga de la vida, ó, lo que es lo mismo, del esfuerzo, y se va dejando ganar poco á poco por la curiosidad de la muerte. Fuera de la fe, no hay para el alma, más allá de la vida, mas que lo inmenso desconocido; este porvenir misterioso solicita al pensamiento como un descifrado enigma. Al término de estas vagas tristezas, sin remedio, puesto que son en común, aparece la idea del suicidio como el único medio de escapar de la fatiga de vivir y de conocer la clase del destino, si es que alguno existe.

Tal es el sentimiento de la melancolía que va á producir, al terminar el siglo XVIII, la escuela literaria del suicidio. Se conoce esta escuela: Werter, Jacobo Ortiz, Manfredo, René, Obermann, Adolfo, Rafael, Jacques; he aquí la triste familia de esos héroes que tienen á Hamlet por abuelo. A Shakespeare, en efecto, se remonta la verdadera paternidad de esta raza enfermiza. Pero el pensamiento de Shakespeare no llega á ser fecundo hasta fines del último siglo. No se comprende el delirio de Hamlet sino después de

haber sentido los sufrimientos de Werter. Goethe lleva ante la historia la responsabilidad de ese tipo novelesco de la pasión y de la melancolía. El fué quien dió nombre á esta enfermedad del espíritu moderno.

El éxito prodigioso de Werter, que fué mucho más que un éxito literario, prueba incontestablemente que Goethe había expresado otra cosa que emociones de fantasía ó sentimientos individuales. Un dolor verdadero hablaba en este libro, y la generación á que él se dirigía le acogió con entusiasmo, reconociendo una parte de su alma algunas de sus pasiones, de sus sueños, de sus tristezas. Cuando apareció Werter diez y seis años antes de la revolución francesa, sintióse cierta especie de laxitud enfermiza y cierta ansiedad apasionada. Se presentía que algo iba á suceder y que alguna cosa iba á pasar: el espíritu estaba á la vez dispuesto é inactivo. Hallábase como en suspenso delante del porvenir que se preparaba, mas nada se hacía, porque nadie veía punto alguno ni objeto hacia el cual enderezar útilmente la acción. Esta inercia febril se convertía fácilmente en sueños delirantes, en amores quiméricos, alimentos de una imaginación ardiente y desocupada. No sabiendo dónde encontrarlas, se echaba mano de pa-

siones facticias que cada cual se forjaba á su gusto para dar un objeto á la vida. Pero el sueño no permanecía largo tiempo en actividad; le eran precisos más sólidos apoyos, y esta actividad, entretenida un instante con quimeras, se abatía en seguida, y no dejaba al alma otro sentimiento que el sentimiento amargo del vacío. ¿La anulación del alma no es el carácter distintivo de esta generación á la vez entusiasta y escéptica, metafísica y sentimental, débil de voluntad y violenta de pasiones, llena de contradicciones y caprichos, desdeñando la acción y pereciendo por la pereza que Werter nos representa con grandísimo y atractivo relieve?

Mas para qué esforzarnos en dar cuenta de esta situación moral. Nadie mejor que Goethe la ha descrito en esta página de sus *Memorias*. En ninguna parte ha sido mejor analizado el mal de la vida. Goethe es un Werter hasta en sus sufrimientos, hasta en sus tentaciones del suicidio. Werter es más que un hombre, es toda una generación. En medio de estudios estériles, privado de estímulos y de excitación, arrastró una vida lánguida. Me parecía que estaba alejado del destino de mi vida, y mi orgullo se revolvía contra un destino, sin relación, con mis deseos, contra una existencia sin objeto y sin honor. El conocimien-

to íntimo y el gusto por la literatura inglesa, que yo no había cesado de profundizar, aumentaba la intensidad de mis tristes meditaciones. En la más feliz situación imaginable, sucede que la falta de actividad, junto á un vivo deseo de acción, nos precipita hacia la necesidad de la muerte y nos hace sentir la sed de la vida. Pedimos á la existencia mucho más de lo que puede darnos, y estos impuestos exorbitantes que le imponemos, no pueden ser ni durables ni bastantes á satisfacer la avidéz inmensa de nuestras sensaciones; insensatos como somos, buscamos deshacernos de una vida que no corresponde á la altura y exigencia caprichosa de nuestro pensamiento. Sé bien cuántos sufrimientos me han costado todas estas especulaciones, sé también cuántos esfuerzos he tenido que hacer para librarme de esa obsesión constante: la boga que ha obtenido el *Werter* me prueba que esas mismas ideas tan enfermizas no eran particulares y privativas mías; no ocultaré ni los dolores que participo con los hombres de mi siglo, ni mis meditaciones sobre el suicidio, meditaciones que han absorbido una gran parte de mi juventud. Me parecía, lo confieso, muy monótona la vida. Acometido de fastidio, insensible al amor, no esperaba esa voz dulce de la naturaleza, que en intervalos re-

gulares nos llama á gozar de sus metamorfosis maravillosas. Con nada mejor se me ocurre comparar esta situación que con la sordera del desgraciado que, extenuado el oído, no oye ningún sonido. Jenny se sublevaba contra la eterna verdura de la primavera: hubiese querido que las hojas, en vez de su verdura siempre idéntica, se coloreasen con tintas de púrpura y azul. He conocido un inglés que se ahorcó para escapar al fastidio de tenerse que vestir todos los días, y un honrado jardinero que apoyado en el mango de su azadón clamaba en el tono de la desolación más sincera contemplando el volar de las aves: «Habrás visto siempre á esos malditos ir de un lado á otro del cielo!...» A menudo el poder de esa enfermedad moral es proporcionado á las cualidades y virtudes del desgraciado que de ella es víctima. El favor de los grandes, el capricho de las amistades y de los amores, todos los accidentes del destino humano hieren al alma irritada ó febril: débiles en los combates contra nuestros vicios, nos fatigamos en esta lucha interminable. Caemos sin cesar en los mismos errores; á veces traen su origen de nuestras mismas virtudes, y en la impotencia en que nos hallamos para separar los unos de los otros, desesperados de nuestra debilidad incurable, nos determinamos á triunfar de ellas por medio de una puñalada. Tales eran los pensamientos cuya influencia dominaba mi asombrada imaginación. Había meditado durante mucho tiempo acerca de los diversos medios de que el hombre puede servirse para librarse de la existencia. La muerte de Otón, sobre todo, excitaba mi asombro. Vencido, pero señor todavía de una parte del mundo, pensó con dolor en las víctimas que llenarían bien pronto el campo de batalla. Entonces se resolvió á no cometer aquel crimen y á salir de la vida, á renunciar al imperio y á la luz del día. Sus amigos, convocados á un gran festín están lejos de penetrar el designio de su emperador. A la mañana siguiente se le encuentra en su lecho, tranquilo y con un puñal en el corazón. De todos los suicidios, acaso sea este el que pruebe más fuerza de alma y más libertad de espíritu. Poseía yo una bella colección de armas antiguas; entre otras un puñal de elegante forma, ricamente guarnecido, y cuya aguda punta hubiese cumplido en pocos instantes, manejado por una mano segura, eso que Shakespeare llamó la gran acción humana. Más de una vez lo apoyé sobre mi pecho; me faltó la fuerza; no tardé en reconocer que aquella sed de la muerte no era más que la fantasía de un desenlace lúgubre. Me eché á reír, y me sentí cuerdo.

Sin embargo, los mismos sentimientos de fastidio que me habían preocupado, volvieron á atormentarme. Necesitaba una obra poética en que poder depositar para mi reposo estos tristes pensamientos; era el único medio de darles salida y de librarme de ellos expresándolos. En este momento, el rumor de la muerte del joven Jerusalém llegó hasta mis oídos. El plan de Werter fué trazado del modo que queda referido; la obra, concebida de una sola ojeada, fué escrita del mismo modo, los fantasmas que habían obsesionado mi juventud tomaron realidad y mi curación quedó terminada.

Sabido es cómo los sufrimientos del joven Werter apasionaron á Alemania y á Francia más tarde. Se sabe también que el mismo Goethe, que había lanzado aquel gran gemido, se sintió conmovido cuando todos los ecos de sus palabras llegaron hasta él. Los verdaderos poetas son los intérpretes del alma universal, de sus inspiraciones y sufrimientos en un momento determinado de la historia: sólo son grandes á condición de traducir emociones generales; sufren las ideas ó los sentimientos de su época ó de su país; por haber dado á estas ideas una expresión que antes no tenían y á la vez esos sentimientos antes ignorados, es por lo que han hecho hablar al corazón de la humanidad,

que antes no tenía ni voz ni palabra con que expresar unas y otras; por esta razón también la humanidad los considera como sus poetas privilegiados. Pero esta influencia de su siglo que tan profundamente sienten la devuelven, sobre ese mismo siglo, multiplicada hasta lo infinito. Influyen á su vez y con increíble poder sobre la generación que influyó en ellos. Goethe encontró la inspiración de Werter en el sentimiento profundo de los sentimientos de su tiempo; tuvo por colaborador en esta obra única el espíritu soñador de su país y de su época. Mas, á su vez, inspiró á toda una generación y le dió ese punto de melancolía, esa curiosidad de la muerte, esa susceptibilidad penosa, esa pasión por el análisis, con todo lo cual había formado el carácter de su héroe. Su obra fué, por consiguiente, causa y efecto á la vez. Había nacido la novela de un dolor verdadero y de una emoción general. Goethe propagó el gusto (ó más bien el culto) de este dolor, de esa emoción, que había sido un sufrimiento; creó una moda, y el suicidio, durante cuarenta años, llevó el uniforme de Werter.

Goethe no había sentido más que una tentación vaga hacia el suicidio, y se decidió á hacer morir á Werter en su lugar. Un cuarto de siglo después, Chateaubriand, aco-

metido del mismo disgusto por la vida, llevó mucho más lejos las cosas que Goethe; sólo le salvó la casualidad, si hemos de dar crédito á las *Memorias de ultratumba*. «He aquí—nos dice—que ha llegado un momento en que necesito algún esfuerzo para confesar mi debilidad. El hombre que atenta á su vida muestra menos el vigor de su alma que el desfallecimiento de su naturaleza. Tenía una escopeta, cuyo fiador estaba bastante gastado, y que hacía tiempo que no se usaba. La cargué con tres balas y me metí en una encrucijada bastante alejada del Gran Moël. Monté el fusil, introduje el cañón en mi boca y golpeé la culata contra el suelo; varias veces hice lo mismo; el tiro no salió; la aparición de un guarda suspendió mi resolución. Fatalista sin querer y sin saberlo, supuse que no había llegado mi hora, y dejé para otro día la ejecución de mi proyecto. Si me hubiese matado, todo cuanto he sido hubiera sido enterrado conmigo; nada se sabría de la historia que me había conducido á esta catástrofe; hubiera engrosado la multitud de infortunados sin nombre; no hubiera podido seguir el rastro de mis disgustos, como un herido el rastro de su sangre.» No se curó, sin embargo, como Goethe, sino que, como escribe en su *René*, toda su vida, según su enérgica ex-

presión, no fué otra cosa que un largo bostezo de fastidio. En el fondo de estos disgustos de soberbia, ¿qué parte tuvo la vanidad herida? ¿Qué de pequeñeces en estas desesperaciones, que lanzan un reto á la vida y al mundo! ¿Qué de Renés se hubieran salvado si los hubiesen nombrado ministros á tiempo!»

El mal del siglo existía, sin embargo, y sería injusto negarlo obstinadamente. Esta inquietud, este fastidio del mundo, esta laxitud de la vida, este anhelo engañado á menudo, pero indomable hacia las cosas invisibles; la pasión de lo novelesco, incapaz de plegarse á los pequeños deberes que nos solicitan cada día y cada hora; el apetito del alma, que quiere, como dice Goethe, beber la vida en la espumosa copa del infinito, son los rasgos característicos del lirismo moderno, y este lirismo no sería tan grande ni tendría tanto brillo si no estuviese inspirado en sentimientos sinceros. A la emoción panteística de Werter sustituid una religiosidad vaga, y tendréis las *Meditaciones* y las *Armonías*. Es el mismo género de sublime, embriagante, melodioso y triste. Encontraréis en el fondo el gusto siempre de la muerte. Si Rafael no es una ficción, si existió, sufrió también como Goethe y Chateaubriand la tentación del suicidio. «¡Oh! Muramos—decía Julia—y so-

foquemos este porvenir dudoso, ó muertos en este último suspiro que depositara en nuestros labios el sabor sin mezcla de la completa felicidad. Mi alma me decía en el mismo momento y con la misma fuerza lo que su boca decía á mi oído, lo que su rostro decía á mis ojos, lo que la naturaleza solemne, muda, fúnebre, en el esplendor de su hora suprema, me decía en todos sentidos. De suerte que las dos voces que yo escuchaba, la una fuera y la otra dentro de mí, me hablaban las mismas palabras, como si el uno de esos lenguajes no fuese más que el eco ó la traducción del otro. Olvidado del universo le respondí: ¡Muramos! Rodeé entonces su cuerpo y el mío (que estaban unidos como en un mismo ataúd) con ocho vueltas con las cuerdas de la red de pescadores que había en el barco al alcance de mi mano. La levanté en mis brazos, que conservaba libres, para precipitarla conmigo en las olas. En el momento en que el impulso hecho por mí iba á lanzarnos para siempre al abismo, sentí su pálida cabeza doblarse como el peso de una cosa muerta sobre mi hombro, y desfallecer su cuerpo sobre sus rodillas. El exceso de la emoción, el deseo de morir juntos, se había adelantado á la misma muerte. Se había desvanecido en mis brazos.»

Descendamos más hacia nuestros

días, y nos encontraremos con la juventud soñadora de Jorge Sand. Bajo la influencia de lecturas novelescas, la misma fascinación por la muerte. «Tomaba ésta—escribe en la *Historia de mi vida*—la forma de una idea fija. Sobre todo, el agua me atraía con fuerza misteriosa. No paseaba por otros sitios que por las orillas del río, no pensando jamás en buscar los parajes agradables. Seguía la maquinalmente hasta encontrar un lugar profundo. Entonces me detenía como atraída por un imán, y sentía en mi cabeza como una alegría febril que me gritaba: «¿Por qué te detienes? Con un paso basta.» Al principio esta manía me ocasionaba una extraña calma, que no trataba de combatir; pero llegó á adquirir una intensidad que me asustó. No podía separarme de la ribera tan pronto como lo hubiera deseado, y comenzaba á preguntarme ¿sí ó no? bastante á menudo y durante largo tiempo para evitar el lanzarme al decir sí en el fondo de aquella agua transparente que me magnetizaba.» Cierta día, parece que el sí fatal resonó en sus oídos; el vértigo de la muerte se apoderó de ella, latió con fuerza su corazón, se turbó su vista y encaminó su caballo hacia el paraje más profundo del río. Si no acude su preceptor Deschartres, hubiese perecido.

Hemos juzgado curioso relacio-

nar las confesiones de estos grandes poetas que tanto han influido sobre las imaginaciones en la sociedad moderna. Acometidos del fastidio de la vida, Goethe, Chateaubriand, Lamartine, Jorge Sand han sentido la tentación del suicidio. Todos ellos nos presentan con viveza este mal del siglo, que uno de esos grandes escritores ha definido y que es sin duda una enfermedad, pero una enfermedad que tiene más de atractivo que de dolor, y en la que la muerte, como la de los místicos de la India, se asemeja á un desvanecimiento. Todos han sufrido como los héroes de sus novelas ó de sus poemas. Ellos son Werter, Rafael, René, Jacques. Ellos han creado toda una tradición de suicidio, de la que hemos visto un siniestro ejemplo en la muerte del pobre Gerardo de Nerval, que emocionó tan vivamente á este escéptico París. No basta la miseria á explicar ese triste despojarse de una existencia á la que no había faltado ni la simpatía pública ni la amistad. En esa inteligencia, hubo siempre un buen sentido francés casi volteriano y una imaginación propensa á exaltaciones fantásticas. El ensueño acabó de matar el buen sentido y con el buen sentido la vida. La enfermedad de Werter contó una víctima más.

No habremos de asombrarnos al ver que de la confusa imaginación

de estos poetas ha salido una literatura novelesca, razonadora y entusiasta, inspirada á un mismo tiempo en el desprecio de la actividad humana y en la curiosidad de lo invisible, enervando la voluntad para la acción y no excitándola más que por las pasiones, gustando de pasearse por medio de la fantasía desde la fatiga de la vida hasta lo desconocido de la muerte, sustituyendo, en fin, á la austera tristeza del cristianismo que, lejos de excluir la acción, la multiplica por la caridad, una especie de melancolía inquieta que guste de concentrarse en la agitación solitaria de sus sueños. Tal es esta literatura, verdadera literatura de suicidio, cuya influencia ha sido tan grande sobre la generación que nos ha precedido en la vida.

Esta época, es preciso decirlo, está ya bastante distante de nosotros, menos por la distancia de los años que por la diferencia de las costumbres; y aunque se encuentren algunos descendientes de Werter, justo es confesar que su número disminuye de día en día, y que los últimos descendientes de esta raza tan pronto extinguida son verdaderos anacronismos. No se vaya á creer por esto que el suicidio disminuye entre nosotros; la estadística nos desmentiría, demostrándonos que se multiplica. Pero ha cambia-

do de carácter y reconoce como origen causas nuevas que no tienen nada que ver con las literarias. Señalaremos brevemente algunas de las influencias sociales que pueden contribuir á la extensión del suicidio contemporáneo.

No quiero calumniar á mi época. Somos de nuestro tiempo como somos de nuestro país, y hay una especie de patriotismo que consiste en no hacer traición al uno, como no debemos hacer traición al otro. Pero no se me desmentirá si digo que no se nos ha concedido el progreso á título de gratuito, y que existen en el esfuerzo de las sociedades modernas para organizarse sobre bases sólidas, causas inevitables de sufrimiento. De aquí nacen ocasiones para el suicidio: cada nuevo sufrimiento despierta la tentación de la muerte voluntaria.

Uno de los caracteres más incontestables de nuestro tiempo es el advenimiento de la democracia. Es ley de los tiempos, y no puede menos de extenderse sobre las instituciones y las costumbres su imperioso nivel. Es preciso acostumbrarse á las condiciones de una sociedad rejuvenecida en que, según un programa ideal, sujeto á desviaciones y lagunas en la realidad, el mérito sólo debe marcar las categorías, en que la hierocracia no debe ser más que la armonía regulada por los servicios

y por el talento. La fuerza de ese principio está en la equidad, y esa es la razón de su triunfo. Mas ¡qué inevitables daños produce! ¡Qué de perturbaciones en la vida social! El orden antiguo pereció por la inmovilidad. El orden nuevo corre los riesgos de una movilidad excesiva. El principio democrático echó abajo las barreras y llamó á la actividad inteligente á los más dignos y á los mejores. Pero fueron los escogidos á los que se llamaba y es la multitud la que se presenta. ¡Y qué multitud! ¡Qué de ardientes vanidades! ¡Qué de medianías engreídas! ¡Qué de incapacidades ambiciosas y de cualidades ávidas de empleos, de honores y cargos! Y por la misma causa, ¡qué de decepciones, de desesperaciones y de imprecaciones furiosas también contra la sociedad! Sucede asimismo que, en medio de estos arrebatos, más de uno á quien su inteligencia ó su mérito parece prometer un destino mejor, encuentra una tumba en su camino. Hay quien sucumbe en esta grande agitación de la vida por defecto de energía, de paciencia ó de conducta. Para éstos la fuerza moral no llega al nivel de sus deseos ni de su inteligencia. La voluntad ha sido desigual á la lucha, se ha rendido al dolor ó al esfuerzo. Han caído en lugares inferiores, de donde su talento debía hacerles salir. Otros

más dignos de simpatía tienen á su favor, por lo menos en la apariencia, el mérito, el celo, la voluntad fiera y valiente; una sola cosa les hace falta, un no sé qué, en virtud de lo cual estos jóvenes, de un valor igual en unos que en otros, hace que éstos triunfen y que aquéllos caigan, á causa de lo que llamaría el azar ó la suerte, si no estuviese convencido de que la causa verdadera es un vicio secreto del carácter ó cualquier otra misteriosa circunstancia. Hemos conocido á alguno de esos heridos de la vida, para los que cada ambición, aun las legítimas, no ha sido más que la ocasión de un desastre, cada esfuerzo una caída y la existencia toda un aborto. Estos son á los que es justo tener lástima, á los que hay que consolar, á los que hay que mostrar afecto, si es que el afecto puede algo sobre las miserables tristezas de la actividad engañada. Sólo indico algunos resultados de esta excesiva concurrencia, inevitable producto del principio democrático en la sociedad moderna. Mas lo que he dicho basta para mostrar de qué manera esas condiciones nuevas deben contribuir á multiplicar el suicidio. El prodigioso desarrollo de esas actividades ardientes que por cualquier precio quieren conquistar una plaza al sol, la fiebre de la ambición universal, la impotencia condenada á volverse á la oscuridad, la inteligencia traicionada por una voluntad mediana, el talento mal servido por la fortuna, he aquí otras tantas causas que deben engendrar desesperaciones siniestras. ¿No vemos, en efecto, todos los días desgraciados que se vengan de su suerte, hombres que desertan de la vida? ¿No es un capítulo de historia contemporánea lo que estamos escribiendo?

¡El progreso! Es una hermosa palabra, y hasta una idea santa. Pero consideremos que el progreso material no viene solo, sino que conduce detrás de sí males terribles que no puede impedir. Es un bello espectáculo ver cómo la ciencia de la industria cubre el globo de obras prodigiosas, y cómo el hombre reina sobre la naturaleza, el tiempo y el espacio. Me asocio con entusiasmo á ese movimiento milagroso, y no quiero ser ni injusto ni ingrato. Pero ¿á qué conduciría cerrar los ojos ante los peligros que aumentan todos los días. ¿Se halla la civilización actual en un estado normal y sano? ¿Se puede desconocer la terrible desproporción que existe entre el lujo y la miseria? Y si bien se observa, la miseria moderna es mucho más insoportable que lo fué en los tiempos pasados. Tiene conciencia de sí misma, siéntese como agriada é instada por esa semi instrucción

universal que flota en la atmósfera y que se respira por todas partes con las vanidades que ella misma inspira; siéntese más agitada que en otro tiempo, por el movimiento mismo de la vida moderna con sus elegancias exquisitas, con sus esplendores envidiados, que son la herencia de los felices del siglo. Ve de cerca este lujo, ante el cual paldescen las maravillas de *Las Mil y una noches*. Todas las tentaciones de la imaginación y de los sentidos vienen á solicitar al pobre hombre que tiritaba de hambre y de frío bajo sus harapos, ó lo que es más triste todavía, bajo su traje negro y raído, á la puerta de los cafés más concurridos, de los teatros y de los bailes. Acaso este infortunado en las mil vicisitudes de la vida social creyó tocar alguna vez la felicidad espléndida que tan cerca para de sus ojos. ¿No es bastante una visión como esta en una noche de invierno, para que la *Morgue* al otro día reciba un nuevo huésped?

Las crecientes necesidades del lujo, en ciertas clases sociales, han despertado un hambre terrible, insaciable, un deseo siempre hidrópico de riqueza. Hay muchos hombres de rara inteligencia y de ardorosa actividad que ponen al servicio de conquistar una fortuna fantástica todos sus pensamientos y todas sus fuerzas. Estos desdeñan todo lo que

no está dentro de sus fabulosos deseos. ¿Trataremos de pintar estas fiebres del agiotage, estas esperanzas delirantes, estos temores rayados con la desesperación? ¿Mostraremos cómo estas imaginaciones enfermas, acometidas del vértigo, se precipitan en pos de los millones? ¿Para qué? ¿Quién no conoce tal enfermedad y los efectos de ella? ¿Qué vida puede compararse con esa vida, arrojada en medio de violentos azares, compuesta de éxitos y caídas, balanceada constantemente desde las cumbres á los abismos! ¿Qué apresuramiento en estas locas emulaciones! ¿Qué correr furioso y jadeante! Estas existencias no son más que un juego gigantesco. Si se gana, se dobla; se dobla siempre hasta llegar al fin prefijado. Mas para uno que llegue á la meta, ¿cuántos cayeron y seguirán cayendo! No por eso dejan de jugar, siempre con furor; y, si la suerte se obstina en no serles favorable, acaban por jugarse la vida. Un golpe más todavía y se pierde, entonces la muerte. ¿Es esto calumniar á nuestra época? ¿No es más bien la débil pintura de alguno de sus accidentes? ¿Qué mayor revelación que la muerte del más asombroso especulador de los tiempos modernos, Sadleir, que dejó detrás de sí más de cincuenta mil víctimas y murió arrastrando en su ruina co-

marcas enteras! Sé que este especulador era un falsario que jugaba fulleramente. No pretendo hacer de él el tipo del agiotista. Mas ¿no debe considerarse como un efecto de las especulaciones desenfrenadas, la tentación infame que ha hecho sucumbir á este desgraciado? En ese juego terrible, insensato, se puede ganar, claro está, pero también se puede perder; esto es más claro y se ve más á menudo todavía, y perder es morir cuando se ha arriesgado la vida á una jugada.

Todo el mundo no juega á la Bolsa; todo el mundo no persigue las fabulosas riquezas que son el sueño de los espíritus enfermos. Pero todo el mundo, con muy pocas excepciones, desea apasionadamente el bienestar. ¿Qué de condiciones, qué de recursos es necesario poner en juego para conseguir eso que se llama bienestar en nuestros días! ¿Dónde existen los sabios de otras edades á quienes la tradición atribuye vida modesta y que hacían estribar su riqueza en la moderación de sus deseos? Actualmente se tiene demasiada prisa por vivir. Se vive demasiado, y demasiado rápidamente. La civilización tiene una fiebre contagiosa. Se exprime la inteligencia para hacerla producir todo lo que puede, en el menor tiempo posible. No se la deja que se detenga, ni que se prepare

para el estudio, ni que se reponga por medio del reposo. Se apresura su actividad y se le piden prodigios que se transforman en excesos. El placer se exagera como el trabajo. Cada uno lanza á todo vapor su locomotora hasta que estalla. No ha existido otra época en que con más audacia se haya abusado de la vida. En ningún tiempo ha habido tantos hombres que hayan caído en medio de su carrera como heridos por el rayo. Goethe ha dicho: «En todos los géneros, la actividad sin reposo acaba por la bancarrota.» Este pensamiento podría servir de epígrafe al tiempo presente. La bancarrota de que nos habla Goethe, es la de la razón ó de la vida, la locura ó el suicidio. Terrible alternativa en que viene á terminar una sociedad poco cuidada de los intereses morales, donde el deber y Dios son verdaderos enigmas. Hay, en fin, materia para escribir un largo y doloroso capítulo sobre la inestabilidad de la vida social, sobre la poca seguridad de las existencias modernas y sobre la frecuencia de las revoluciones. Todo esto agita terriblemente los cerebros débiles. Es una causa epidémica de locura y de suicidio.

Sin duda resultará incompleto nuestro estudio, pero hemos indicado las principales causas. Recuén- tense los disgustos que incesante-

mente conducen á la muerte, la ambición que se revuelve en la oscuridad, la incapacidad orgullosa, la voluntad débil y sin valor para la lucha, la miseria perpetuamente enconada por la vecindad de un lujo sin freno, el delirio de la especulación, la febril precipitación de la vida, la inquietud propia de las nuevas sociedades que buscan su equilibrio sin haberlo encontrado, y se tendrá una idea aproximada de las diversas influencias de la civilización moderna sobre el suicidio. Desde hace veinte años se ha verificado un cambio muy grande en las costumbres. El Werter de nuestros días es poco soñador. Todavía se mata, pero sin frases y porque perdió jugando á la Bolsa.

III

Dejemos ya las generalidades históricas, y ocupémonos, con M. de Boismont, de las particularidades del suicidio contemporáneo (1). En

(1) De una nota comunicada por M. Legoyt á la Academia de Medicina, posterior al trabajo de M. de Boismont, se desprende que actualmente es en Alemania del Norte y en Dinamarca donde más abunda el suicidio. Contra la opinión general, Inglaterra se encuentra en el último lugar respecto de aquellos dos países en cuanto á la frecuencia del suicidio. Bélgica, Austria, España, van después. Francia ocupa una posición interme-

este montón de materiales, elegiremos los más importantes. Iriamos hasta lo infinito si tuviéramos que seguir á nuestro guía al través de todas las subdivisiones de su análisis.

La progresión de los suicidios aumenta á medida que avanzamos en el siglo. Es esta una lección decisiva que nos da la estadística. En 1843 hubo en Francia 154 suicidios más que en 1842, 206 más que en 1841, 268 más que en 1840, 273 más que en 1839, 434 más que en 1838, 577 más que en 1837, 680 más que en 1836, 715 más que en 1835 y 742 más que en 1834. El período decenal siguiente de 1843 á 1853 ofrece una progresión más rápida aún, exceptuando el año 1848, que ofrece una cifra inferior á las de 1847 y 1849, como si el drama que en aquel año se representaba hubiese tenido en vela la curiosidad y como en suspenso la vida. Si es verdad que las cifras tienen su elocuencia, ¡cuán siniestras son las que dejamos apuntadas! En menos de treinta años el suicidio ha doblado.

En Baviera, Dinamarca, Francia, Prusia, Sajonia y Suecia, avanza en progresión más rápida que la población y que la mortalidad general. Se calcula en 29 ó 30 suicidios de mujer por 300 de hombre. Los suicidios aumentan en proporción á la edad hasta los 60 ó 70 años. El mes de Enero es la época en que hay menos; el mes de Julio es el que cuenta más.—(N. DEL A.)

La proporción en que están las mujeres en estas listas fúnebres, es muy inferior con relación á los hombres. En 4.595 suicidios, más especialmente estudiados por M. de Boismont, se cuentan 3.215 hombres y 1.380 mujeres, es decir, una tercera parte próximamente. M. Devergie, en la *Estadística decenal de la Morgue* de 1834 á 1846, señala una proporción todavía más insignificante. Según él, es en París el suicidio cuatro veces y media más frecuente en los individuos del sexo masculino que en las mujeres. Esta es también la opinión de M. Selut. En todo caso se ve que la diferencia es bastante grande, y esto nos parece que se explica perfectamente por dos causas principales: Las ideas morales y las religiosas están muy arraigadas en las mujeres. Al mismo tiempo tienen menos valor físico, que tan necesario es para vencer en un momento de decisión suprema las últimas resistencias de la naturaleza.

La muerte voluntaria es rara en los niños, y esto se comprende, puesto que ordinariamente es efecto de una pasión exaltada y de una decisión enérgica. Hay, sin embargo, ejemplos que se explican, casi todos por el desarrollo precoz de una sensibilidad irritable. En sus *Confesiones*, nos habla San Agustín de un niño de teta que no podía

ver que su nodriza diese el pecho á otro niño sin que le acometiese cólera tan violenta, que casi le producía convulsiones. Suponed á este niño algunos años después excitado por preferencias que no fuesen para él, y quizá los celos le hubieran impulsado al suicidio. Nuestra presurosa civilización contribuye poderosamente á desarrollar antes de la edad susceptibilidades orgullosas y celosas. Esta tendencia de los niños al suicidio ha aumentado sensiblemente en los últimos años, sobre todo en París. Si dais á estos seres costumbres é ideas que no son propias de la infancia, los exponéis á concebir pasiones y á imaginar actos en completa discrepancia con la edad. Hay aquí motivo de serias reflexiones para los padres.

La proporción de los suicidios en los viejos es relativamente más elevada que en los adultos, si se tiene en cuenta el número de individuos de cada una de estas dos series. Este hecho revela otro, á saber: que si el viejo, á medida que avanza en la vida, se siente, como á menudo se ha observado, más atraído por ella, en cambio los disgustos, las decepciones, la miseria, aumentan en esta edad helada y triste, á la cual falta el último remedio del dolor, la esperanza. El viejo, además, tiene otras razones para amar la vida si es feliz,

porque tiene poco tiempo para disfrutarla; pero tiene también más razones para dejarla si sufre, puesto que el porvenir no existe para él. No hay aquí contradicción; son dos fases de la misma verdad.

La influencia del celibato es considerable, y es natural que así suceda, puesto que en éste el hombre se considera más libre por disponer de sí mismo. El sentimiento de la inutilidad de la existencia entra por mucho en la resolución del suicidio. Sentirse necesario para alguien es una responsabilidad más, y hay muchos hombres depravados que no son insensibles. He aquí una de las ventajas de la familia; ella impone nuevos deberes, que son otros tantos lazos que unen á la vida un alma sublevada contra ella.

La miseria es á menudo una como predisponente. No interviene, sin embargo, como circunstancia accesoria ó principal, en los casos estudiados por M. de Boismont. De los 4.595 casos estudiados, 697 individuos (la sexta parte próximamente) estaban en buenas condiciones de fortuna; ganaban 2.000 su vida por medio del trabajo. En la tercera categoría conservaban muchos algún dinero, pero estaban al borde del precipicio. Todos los demás eran más ó menos desgraciados; de este número, 282 parece que se habían dado la muerte á

consecuencia de su gran miseria.

Es un estudio muy curioso el de las profesiones. De él resulta que hay en París una cantidad considerable de artesanos que se suicidan. La proporción de esta categoría es la mitad de las profesiones comunes. M. de Boismont indica muy juiciosamente las causas de este hecho lamentable; la concentración de todas las industrias en la capital, el atractivo de los salarios crecidos, la concurrencia que produce de continuo perturbaciones en la mano de obra, las privaciones de toda clase, la carestía de los víveres, la mala disposición de las viviendas, la facilidad de los placeres, entre los cuales la disipación y el ajeno tienen una parte considerable, la ignorancia ó el desprecio de los deberes, las lecturas malas ó los espectáculos inmorales, el ejemplo contagioso del vicio, la vista continua del lujo, la ausencia ó la endeblez de los principios morales. Hay bastante de verdad en estas observaciones. Mas no debe olvidarse tampoco que la clase de los artesanos es mucho más numerosa y que la proporción de los suicidios está relacionada con el número.

No me detendré en hechos de importancia secundaria, tales como que el número de suicidios va en aumento desde Enero hasta Julio, y decrece progresivamente desde

Agosto hasta Diciembre, puesto que esto se explica por las influencias atmosféricas. Pero he aquí una singular observación: los dos primeros días de cada mes, arrojan una cifra más elevada que los otros. Es esta una de las singularidades de la estadística, de que un psicólogo curioso podría sacar algunas inducciones, pero que en definitiva no conduciría á nada serio. Me apresuro á tratar de algo más característico. Se deduce de las observaciones hechas por M. de Boismont, hábilmente interrogadas, un triste resultado. La instrucción entra por mucho en los elementos de este poderoso problema. En verdad, y M. de Boismont no se ha equivocado, que esta instrucción es á menudo causa de consecuencias funestas, por medio de una literatura corruptora ó por las violentas publicaciones informadas por el espíritu de partido, y que esas lecturas no son á propósito ni para formar el juicio ni para rectificar el sentido moral. Ellas irritan las almas, predisponen á la rebelión contra la regla, y el suicidio no es, á menudo, más que una de las formas de esta rebelión de las inteligencias atormentadas por la paradoja, ó de las voluntades irritadas contra los males inseparables de la sociedad. No es menos doloroso pensar que, á medida que la instrucción se extiende, se extiende

también el suicidio, sumamente raro entre las poblaciones ignorantes. Tengamos valor para ver el mal y señalarlo. Es incontestable que la semiciencia, no dirigida y sostenida por una sólida educación moral, propaga las tentativas depravadas de la imaginación, los deseos insensatos, y con el espíritu de escepticismo el disgusto de la vida práctica. ¿Dónde está el remedio? ¿No le place á Dios que le busquemos en la ignorancia! Combatamos la semiciencia, siempre envidiosa y desconfiada, por medio de la verdadera ciencia que difunde la tranquilidad en las almas. Favoreciendo con todo nuestro poder la iniciación intelectual del pueblo, no olvidemos que sería prestarle el más detestable servicio, si al mismo tiempo no nos esforzásemos en fortificar en él toda especie de nobles creencias y de sanas convicciones. Amemos al pueblo, ilustrémosle; mas si no le amamos, no le engañamos. Seamos sus amigos, no sus cortesanos, y no le escatimemos las verdades severas.

Los centros considerables donde se acumula la vida humana ejercen una grande acción en el desarrollo del suicidio. En París se encuentra el *máximum* de las muertes voluntarias, y la influencia de París reina sobre los departamentos vecinos. Otro hecho, que se relaciona mucho con el que vamos á enunciar,

es que la elevación ó decrecimiento de la cifra en todos los departamentos, está en relación directa con la fuerza relativa de las poblaciones urbanas. La conclusión que puede de aquí deducirse, es que allí donde más activa es la vida, es más frecuente la tentación de la muerte. Las rivalidades del amor propio, la concurrencia, la exaltación de las ideas, la impaciencia por el bienestar, los ardores del deseo, todos los estímulos del placer fácil y de la disposición, esos son los peligros de las grandes ciudades para las investigaciones vivas ó las almas débiles. Transportad á París un aldeano de las Landas ó de la Bretaña, y veréis, si es una alma capaz de emocionarse, cómo arderá en él la fiebre de los deseos. No se olvide que en todo deseo hay un germen de pasión, y en toda pasión una semilla de muerte. Casi siempre es producto el suicidio de una pasión viva irritada por un obstáculo.

He indicado algunos hechos generales que manifiestan el valor de ciertas influencias como los de la edad, el sexo, el celibato, la semi-instrucción, sin contrapeso y sin correctivo. He hecho notar también la acción dañina que ejercen los grandes centros de población en que la vida humana, multiplicada en un pequeño espacio, corre el riesgo de excitarse con exceso con gran per-

juicio de la razón y de la moralidad públicas. Es preciso, sin embargo, descender en el análisis detallado de las causas particulares. No adoptaremos exactamente la división que M. de Boismont ha seguido, y que clasifica estas causas en dos grupos: las *causas predisponentes* y las *causas determinantes*. Nos parece que hay mucho de vago y de confuso en esta clasificación por extremo artificial. Sin aspirar al mérito de una división perfecta, propondríamos una que es muy clara, se reduce á repartir las causas del suicidio en tres grupos: las *causas fisiológicas* en que el organismo juega el principal papel, las *causas mixtas* en que se combina la doble influencia del alma y del cuerpo, las *causas morales* que tienen su origen en las pasiones.

En el primer grupo incluiré especialmente la herencia y las influencias climatológicas.

Nada es tan triste como esta transmisión hereditaria, cuyos ejemplos abundan. Espanto causa ver familias enteras expuestas á sucumbir ante la tentación del suicidio. Existen pruebas que no dejan lugar á duda acerca de esta ley dolorosa, no sólo multiplicando la muerte voluntaria, sino repitiendo el mismo género de muerte, al través de largos intervalos en la sucesión de las generaciones. Esta página en

que M. de Boismont acumula las más decisivas autoridades, nos ha parecido característica. Esquirol enumera numerosos ejemplos de una misma familia que acaban por matarse ó por volverse locos. Gall conoció una familia cuya abuela, una hermana y la madre se suicidaron. La hija de ésta estuvo á punto de matarse y su hijo se ahorcó. Fabré habla también de una familia compuesta de seis hijos nacidos de un padre atrabiliario y perezoso. El hijo primogénito, á los cuarenta años se precipitó, sin motivo, de un tercer piso, el segundo tuvo penas y se estranguló á los treinta y cinco años, el tercero se arroja desde una ventana tratando de volar, el cuarto se disparó un pistoletazo, y un primo de éstos se arrojó á un río por una causa fútil. M. Moreau cita á un joven que se sentía inclinado al suicidio, y cuyo padre y tío se habían matado. Un hermano que le visitó en Charenton estaba desesperado por las ideas terribles que le atormentaban y no podía desechar la idea de que acabaría por sucumbir. Pero difícil es encontrar un hecho que presente más triste combinación de casos semejantes y de suicidios que el siguiente referido por Cazanvieilh. D...., hijo y sobrino de ascendientes suicidas, se casó con una joven hija y sobrina también de suicidas. El se mató, lo mis-

mo que su mujer, casada en segundas nupcias con un marido cuya madre, tía y primo se habían suicidado. Encontramos en los curiosos cuadros que acompañan al trabajo de Cazanvieilh, ejemplos que manifiestan la repetición hereditaria, y no sólo la reproducción del acto, sino que á menudo, después de largos años de intervalo, la copia más exacta del género de muerte.

El núm. 2 se ahogó en 1804, su sobrino se ahogó en 1824.

El núm. 9 se ahorcó en 1807, su sobrino se ahorcó en 1823.

El núm. 24 se ahorcó en 1817, su tío se había ahorcado en 1803.

El núm. 29 se ahorcó en 1817, su hijo se ahorcó en 1820.

El núm. 30 se ahorcó en 1817, su hermana en 1821, su abuelo en 1802.

El núm. 61 se ahogó en 1827, su abuelo en 1799, su hermano y su hermana intentaron suicidarse.

No se crea al leer esta lista espantable que se tiene un mal sueño ó que se lee un cuento de Hoffman, en el cual los personajes quedan reducidos á guarismos. La más exaltada fantasía no llegará jamás á una realidad semejante. Existe en el fondo de la pobre naturaleza humana misterios de dolor ante los cuales la razón queda consternada.

El clima predispone al suicidio. Se ha notado desde largo tiempo ha

que el *spleen* nace preferentemente y se nutre en las nieblas británicas. Pero esto no es más que una predisposición general, y hay casos en que ciertas influencias meteorológicas determinan muertes casi inmediatas. Los extremos de temperatura contribuyen bastante. Se nos refiere que durante la expedición á Egipto, la elevación de la temperatura ocasionó cierto número de suicidios, y que la intensidad del frío, cuando la retirada de Moscú, causó el mismo efecto sobre un gran número de soldados. El Dr. Dietrich cita diversos hechos análogos, nacidos de una impulsión casi mecánica que se manifiesta en los marinos y que recibe el nombre de *The honos*. «El mal se declara—dice—generalmente en la estación de invierno, cuando, después de una larga y penosa travesía, los marinos, poniendo el pie en tierra, se colocan sin precaución alrededor de una hoguera encendida y se entregan, siguiendo la costumbre, á excesos de todo género. Cuando regresan á bordo se presentan los síntomas de su terrible mal. Aquellos á quienes ataca se sienten impulsados por un deseo terrible de arrojarse al mar, sea porque el vértigo se apodera de ellos cuando trabajan en lo alto de los mástiles, ó ya durante el sueño, manifestándose por gritos terribles.»

Coloco en la categoría de las cau-

sas mixtas la locura, el delirio, la imitación contagiosa, la debilidad de carácter, la exaltación, la hipcondría y esa especie de melancolía particular que influye tanto sobre el temperamento como la inercia moral. Querer sostener, como se ha hecho, que todo suicidio es un acto de locura, es ir contra el sentido moral y contra la ciencia. No es, sin embargo, menos incontestable que es grande la proporción de los suicidios causados por la locura. Entre los cuatro mil quinientos noventa y cinco casos observados por M. de Boismont, hay que contar seiscientos cincuenta y dos, incluidos en esta categoría. Las causas de la locura son infinitas, monomanías diversas, temores quiméricos, el miedo á la policía después de la comisión de un delito real ó imaginario, los disgustos ó las enfermedades, las alucinaciones y los terrores imaginarios. Una de las formas más comunes de la locura suicida es la imitación contagiosa.

Los ejemplos que cita M. de Boismont son verdaderamente extraordinarios. Una mujer que tenía la idea de matarse, sabe que una de sus amigas acaba de poner fin á sus días, y se da la muerte de la misma manera. Algunas veces esta influencia no se deja sentir más que al cabo de un lapso de tiempo considerable. Una mujer, al entrar en

su alcoba, se encuentra á su marido ahorcado, pierde el sentido, vuelve en sí, y cambia su carácter; se hace perezosa y melancólica; habla siempre de morir, pero pasando doce años hasta que pone en práctica su proyecto, ahorcándose á su vez. La influencia de la imitación se manifiesta también con ocasión de algún acontecimiento extraordinario que tiene cierta resonancia; así es que un suicidio realizado por algunos desgraciados que se arrojaron de lo alto de las torres de Nuestra Señora, de la columna Vendôme y del arco de triunfo de La Estrella ha sido seguido muchas veces de suicidios parecidos. Es cosa de notar la impresión que producen relatos de este género sobre ciertas personas. Se ve que confiesan ó que dejan adivinar con un estremecimiento, con una mirada que, colocadas en las mismas circunstancias su vida, hubiese pendido menos que de un hilo. La costumbre de hablar de un asunto lúgubre delante de los niños, fáciles siempre en conmoverse, basta para ejercer una acción contagiosa sobre sus tiernas imaginaciones. La imitación del suicidio afecta, en general, la más extraña fidelidad en la reproducción del acto. Esta fidelidad no se extiende solamente á la elección de los mismos medios, sino á la acción del mismo lugar y de la minuciosa

representación de la primera escena. Bajo el Imperio un soldado se mató en una garita, muchos soldados eligieron sucesivamente esta misma garita para matarse; se quemó la garita, y los suicidios no se repiten. En tiempo del gobernador Lerrurier, un inválido se ahorca colgándose de una puerta; en el espacio de quince días doce inválidos se ahorcan colgándose de la misma puerta. El gobernador ordena que se quite; la puerta desaparece, y ningún otro inválido se suicida.

El pavor desempeña un papel importante en los casos de locura suicida. M. de Boismont ha señalado sesenta y nueve casos, que entran en esta clase. Son desgraciados que se creían traicionados, denunciados, víctimas de las persecuciones de sus enemigos. Muchos se suponían objeto de las persecuciones de la policía. Esquirol hace observar que en nuestros días esta monomanía de la policía ha reemplazado al temor del demonio. Los suicidios ocasionados por alucinación no son escasos. Un hombre se ve sin cesar en medio de una escena de incendio y de carnicería, otro se imagina que es perseguido por espectros, otros pretenden ver en torno de ellos figuras amenazadoras, otros se dan la muerte porque no cesan de oír injurias ó de pensar en sus propias infamias, que ellos solos conocen. Un aluci-

nado se mata gritando: «No me queda más que un poco de dinero; hace dos meses que vivo á expensas de mi hermana, pero lo que me obliga á matarme es haber oído decir en la calle: he ahí á ese que se ha cortado el cuello.»

La locura se produce á veces bajo la forma del delirio agudo ó de fiebre elevada, y entonces este suicidio corresponde á los producidos por causas fisiológicas. Hemos colocado entre las causas mixtas la debilidad y la exaltación de carácter, porque creemos que estos defectos no dependen solamente de una pura alteración de los órganos, sino al mismo tiempo de una especie de inercia moral ó de excitación apasionada, sobre las cuales una voluntad bien dirigida hubiera podido vencer. El carácter depende, sin duda alguna, del temperamento, en cierta proporción, pero también en él interviene la voluntad. No se tiene el carácter que se quiere, pero se puede modificar por medio de una aplicación sostenida; y sin negar la parte que tiene cierta fatalidad fisiológica en las disposiciones de los individuos, no se podrían desconocer las influencias decisivas del esfuerzo voluntario sobre estas naturalezas perezosas ó desarregladas. Salvo en casos muy raros, es preciso tener en cuenta la responsabilidad, al menos, en el

origen de estas desviaciones morales. Sólo ha existido un momento en la vida de ciertos hombres en el que hayan sido verdaderamente irresponsables. Pero casi siempre ha existido ese momento en su vida, y si débilmente han transigido con los arrebatos ó los desfallecimientos desatinados de un carácter arrebatado ó inerte, deben, en cierta medida, soportar la pena de su debilidad. Ellos han sido, en parte, los artífices de su propio infortunio; su desgracia es, más que desgracia, un castigo. Esto no disminuye la piedad que nos inspiran sus calamidades, son hombres cuyo carácter parece carecer de contrapeso, y que no pueden soportar el menor obstáculo. Muchos, entre estos seres — dice M. de Boismont — lloran ó rien por las más fútiles causas. Uno de tales desgraciados fué nombrado contraamaestre de cierta importante fábrica; se imaginó que no tenía capacidad bastante para desempeñar el empleo y que iba á perder su plaza. No pudo soportar esta idea y se ahorcó. Otro puso fin á sus días porque su apellido era igual al de un ladrón famoso. Por el contrario, se encuentran gentes que están siempre en un estado de exaltación. Esta disposición es muy favorable á la locura suicida. En los treinta individuos de esta categoría los había distintos en humor, taci-

turnos, arrebatados, turbulentos, susceptibles hasta el exceso, enemistados siempre con todo el mundo. La exaltación en los jóvenes es frecuente, y debe ser dominada con el mayor cuidado. Para estas organizaciones desgraciadas todo puede ser motivo de muerte.

Más numerosos son los suicidios motivados por melancolía sin causa apreciable, por disgustos difíciles de sobrellevar, por esa enfermedad á la vez física y moral que la Edad Media apellidó *acedia*, que los ingleses llaman *spleen* y que nosotros llamaremos sencillamente disgusto de vivir. M. de Boismont ha contado más de trescientos. Hace notar que hay una época en la vida en que ese morboso disgusto parece relacionarse con las modificaciones que experimenta la organización sexual. Los jóvenes sienten nacer en ellos ideas completamente nuevas, buscan la soledad, se complacen en sus propios pensamientos que no les representan más que objetos melancólicos. Persiguen un fantasma al que no pueden alcanzar. Su sensibilidad se excita; las más insignificantes contrariedades les parecen graves motivos de pena. La imaginación cambia para ellos las verdaderas dimensiones y la verdadera perspectiva de las cosas. En tal estado, el suicidio se les presenta como una emancipación. Nada

más común que el disgusto de la vida en los artistas, largo tiempo aplaudidos por el público, cuando ese favor les abandona. Han contraído en esa vida de excitación costumbres que les son más necesarias que la misma existencia. Un éxito dudoso les impulsa á veces á resoluciones desesperadas. El nombre de Nourrit viene á la memoria. El amor propio herido, el descontento en los hombres ardientes, un sentimiento de orgullo exagerado, una susceptibilidad extrema y perpetuamente irritada, exaltaciones generosas equivocadas, los excesos de todo género y las consecuencias que de ellos se derivan, pueden producir en el alma esa laxitud morbosa de la vida, cuyo término es el suicidio. No podemos hacer otra cosa que indicar estas causas, pero su carácter común es el de influir á la vez sobre el cuerpo y sobre el alma; sobre el cuerpo, en virtud de ciertas alteraciones, de cierta debilidad orgánica; sobre el alma, por la impotencia y debilidad desarreglada de la voluntad.

Coloco entre las causas morales, las pasiones, los disgustos, la desesperación. Nada hay de absoluto en esta clasificación; pero, ¿puede haberla absoluta en esta materia? Se puede, todo lo más, notar la circunstancia principal ó el punto de partida de la enfer-

medad que á la vez es una fiebre del alma y del cuerpo. Sé, por ejemplo, que se podría, en cierto respecto, clasificar la embriaguez entre las causas fisiológicas de la causa suicida. Pero si la embriaguez es una causa física, el hábito de embriagarse es una causa moral, puesto que es incontestablemente una pasión, y, como todas las pasiones, puede ser combatida. Es considerable el número de suicidios que tienen por causa la embriaguez. Se eleva á quinientos treinta, la octava parte de la cifra total. Para muchos, los disgustos han sido la causa primera de esa triste pasión. M. de Boismont ha notado este hecho en ciento doce casos, y de seguro se han escapado á su penetración otros muchos. La mayor parte de estos desgraciados—dice—se ha entregado al vino para olvidar sus males. Muchos se matan por la convicción en que están de no poder vencer sus impulsos. Otros se ven sin empleo, lanzados de sus destinos, perseguidos por rechiflas, expuestos á incesantes censuras, perseguidos, castigados por los tribunales, siendo el horror de sus familias, no teniendo jamás un céntimo, perdiendo la cabeza y muriendo. A menudo también las acciones vergonzosas, las pasiones brutales que engendra la embriaguez, disgustan á esos desgraciados por sus consecuencias;

cuando los efectos de la borrachera han pasado, entonces el espanto les precipita en el suicidio.

La desesperación nacida de la miseria ha inspirado doscientos ochenta y dos suicidios, la décimasexta parte próximamente de la cifra total. El análisis de los hechos de esta categoría es conmovedor. Entre los doscientos ochenta y dos casos de miseria, se encuentran en ciento cuarenta y nueve, detalles circunstanciados que no dejan lugar á duda sobre los motivos; en los ciento treinta y tres casos restantes, los procesos verbales se limitan á indicar como causa la miseria. Las papeletas del Monte de Piedad, la desnudez de las habitaciones, la carencia de vestidos, el lecho mismo, son las mejores pruebas. En lo más riguroso del invierno, se encuentra á un hombre casi desnudo; afirma en una carta, que ha combatido palmo á palmo, vendiendo todo cuanto poseía; en su casa no se encuentra más que las paredes desnudas. Dos individuos, en el último extremo, prefieren morir á inscribirse en los asilos de caridad ó á pedir limosna. Otros se matan porque no pueden alimentar á su familia. Uno de los hechos más conmovedores es, sin duda, la historia de una pobre joven que trabajaba día y noche para sostener á su madre baldada y medio loca. Sus fuerzas

se gastan, el trabajo falta; se tiende en su cama y se asfixia; su muerte da derecho á su anciana madre para entrar en un establecimiento benéfico. Muchos se inmolan á fin de no ser una carga para sus parientes. Un negociante se da la muerte, después de haber asegurado á su familia por una suma de cuarenta mil francos. Otras veces, la desesperación de ver bajar el salario á causa de enfermedades y el aumento de los gastos de la familia, impulsa á la muerte á otros desgraciados. Una mujer se mata al ver que tiene que acostarse por la sexta vez sin abrigo de ninguna clase. Pero M. de Boismont, que nos refiere todos estos hechos, tiene buen cuidado de hacernos observar que, si la desigualdad de los salarios, la huelga, la elevación del precio de las mercancías, los impuestos, son, en muchos casos, causa de la miseria, suelen serlo también la pereza, las malas pasiones, la holgazanería, las necesidades de la disipación, de las diversiones, del placer, motivos todos que condenan al hombre á una triste situación en que la desesperación de la miseria se agranda aún más por el sentimiento de la falta.

Las pérdidas, los agobios de dinero, los desastres que siguen á ciertas operaciones comerciales, forman aproximadamente la décimasexta parte de la cifra total. Las

jugadas de Bolsa han ocasionado cerca de cien suicidios. Un gran número de comerciantes, antes que declararse en quiebra, prefieren matarse. Los dicterios, por lo que mortifican y por las molestias que crean, han producido la muerte á ochenta y siete personas. Algunos se han matado después de escenas públicas ocurridas en concursos numerosos, donde habían sido insultados por los acreedores. Todo es relativo en este caso; todo depende de la posición social ó del grado de inteligencia. Tal hombre se mata porque debe cien mil francos, tal otro porque no tiene bastante crédito para comprar un pan. Ocorre á menudo que algunos, débiles y orgullosos, se precipitan en la muerte por evitar las humillaciones de un cambio de condición ó de fortuna. La necesidad de solicitar de los demás cuando se ha sido rico ó poderoso, es para muchos causa de muerte. Una susceptibilidad excesiva puede conducir al mismo resultado, como cierto empleado que se mató —según declaración propia— porque su jefe había encontrado en sus papeles un resguardo del Monte de Piedad.

La disipación y la pereza llevan gran contingente á esta triste enumeración. Ejemplos numerosos nos demuestran la influencia de las costumbres vergonzosas. Las innobles

codicias, las inclinaciones infames, producen á la larga una especie de embrutecimiento furioso que conduce al suicidio. Muchos libertinos se matan después de una última orgía en las casas públicas.

Una clase más interesante es la de los comprendidos en los disgustos domésticos. M. de Boismont cuenta trescientos sesenta casos pertenecientes á esta categoría. Los hay producidos por causas muy graves, y por otras increíblemente fútiles. Unos son causados por dissentimientos, otros por querellas de familia ó bien por la desesperación producida por la muerte de padres ó hijos adorados, discusiones, incompatibilidad de humor, adulterio, abandono ó muerte de la mujer, abandono ó muerte del marido. Exigencias injustas, correcciones excesivas, escenas violentas, han impulsado muchas veces á algunos jóvenes al suicidio. Un pobre hombre de carácter débil, agobiado por los sarcasmos y persecuciones de su mujer, se ahoga después de haber escrito una carta, especie de venganza tardía. «Quiero hacer tu felicidad y la de nuestra hija: sin cesar me tratas de cobarde y como incapaz de privarme de la vida. Hoy acepto el desafío; pero no tendrás el acta que me pedías para quedarte dueña del establecimiento y desembarazarte de mí. La sola

súplica que te dirijo, si mi cuerpo es encontrado, es que lo hagas enterrar sin ninguna mentirosa demostración.» Una causa de suicidio es la introducción de extraños en la familia, por ejemplo, un suegro ó una suegra; otras veces es la negativa de las familias que se oponen á que sus hijos sigan una determinada carrera, para la cual creen ellos tener una vocación decidida. Tres jóvenes se suicidan porque sus padres no les dejan seguir la carrera de marinos. La vergüenza causada por hechos graves, como la seducción y el temor de revelar á padres muy honrados ó muy severos un hecho deshonroso, ha impulsado á la muerte á muchas jóvenes. La mala conducta del marido ó de la mujer y el desorden interior que de ella se sigue, llegan á veces é hacerse insoportables, ocasionando explicaciones violentas que terminan en el suicidio.

Vivas contrariedades, penas morales de todas clases é imposibles de clasificar, porque sería menester para ello entrar en relatos particulares que nos llevarían demasiado lejos; intereses materiales lesionados, bruscas destituciones ó cambios de destinos, han causado la muerte de trescientos once individuos. La difamación y la calumnia tienen una buena parte en esta cifra. Un gran número se mata para esca-

par al dolor físico ó á las enfermedades incurables. Los moralistas podían estudiar con vivo interés el análisis de los suicidios por amor. Trescientos seis individuos, alrededor de la décimaquinta parte de la cifra general, se han dado la muerte por esta causa. En este grupo es donde únicamente supera el número de las mujeres al de los hombres (134 hombres, 172 mujeres). Los disgustos de amor, el abandono del amante ó de la querida, los matrimonios abortados, la muerte, las separaciones forzosas, las discusiones ó las riñas, el matrimonio de las personas amadas, he aquí los motivos más ordinarios. Cincuenta y cuatro personas han muerto víctima de los celos. Circunstancias novelescas acompañan á menudo estos suicidios del amor desgraciado ó celoso. Al leer tales relatos, parece que se lee una triste novela. Se tiembla cuando se piensa que esa novela que nos haría bostezar es una historia de ayer.

Los remordimientos, el temor del deshonor, el pavor á las persecuciones judiciales, las heridas de la vanidad, del amor propio, del orgullo, las decepciones de la ambición, el juego, la exaltación, la avaricia, el ansia de lucro, la cólera, la venganza... todos estos sentimientos, todos estos disgustos, todos estos móviles tendríamos que

enumerar para que fuese completo nuestro relato. Aunque la estadística se convirtiese en un curso de psicología social ó en una historia de las enfermedades de la humanidad, sería incompleto nuestro trabajo. ¡Tantas formas particulares y múltiples tienen el dolor y la pasión! ¡Tanto conturban este pobre y débil corazón humano! Aún, sin embargo, nos veríamos obligados á prescindir en nuestro estudio de quinientos diez y ocho casos, la octava parte del número total, sobre los cuales no se ha podido obtener noticia alguna.

Terminaremos esta exposición de las causas del suicidio con un resumen muy interesante, y que M. de Boismont ha trazado con cuidado sumo: locura, 652 casos; embriaguez, 530; enfermedades, 405; disgustos domésticos, 361; disgustos y contrariedades diversas, 311; amor, 306; pobreza, miseria, 282; agobios de dinero, reveses de fortuna, avaricia, 277; disgusto, *spleen*, fastidio, 237; carácter débil, exaltado, triste, hipocondríaco, 145; remordimiento, temor de la deshonor ó de la persecución judicial, 134; mala conducta, 121; pereza, 56; delirio agudo, 55; celos, 54; falta de trabajo, 43; orgullo, vanidad, 26; motivos diversos, 38; motivos desconocidos, 518. He aquí cómo se descomponen los 4.595 casos observados. No con-

viene, sin embargo, dar á estas cifras así agrupadas una importancia excesiva. La estadística suele causar algo de ilusión á los ojos, y por medio de los ojos al espíritu, de tal suerte los resultados morales parecen salir con claridad y evidencia de esas columnas de cifras cuidadosamente alineadas. Hay, no obstante, materia para inmensos errores de detalle. Casi siempre sucede que esas causas se combinan entre sí. Los celos, por ejemplo, se combinan á menudo con el orgullo engañado, la ambición defraudada, la miseria desesperada. Las enfermedades pueden hacerse intolerables con los disgustos domésticos, que se hubieran soportado fácilmente en otras circunstancias. El disgusto de la vida se enlaza con la mala conducta y con la pereza. El amor desgraciado se complica con un carácter exaltado ó débil. El corazón humano dista mucho de esa unidad artificial que la estadística se ve forzada á atribuirle; es un mundo tumultuoso y diverso, en que todas las influencias se entrecruzan y todas las pasiones se mezclan; creéis haber acertado al señalar una causa, y otras mil se os escapan. En la estadística moral y en la fisiología de las pasiones, lo verdadero no es más que lo probable; la ciencia del corazón humano aplicada á los individuos no nos proporciona jamás más que verosi-

mitudes. Existen, sin embargo, leyes en este confuso conjunto de los fenómenos morales; pero á tan grande altura, que cuando se les encuentra, tienen tal carácter de generalidad, que se corre el peligro de cometer graves errores si se quiere deducir de esas leyes inducciones precisas para los hechos particulares. Es que el mundo moral tiene por resorte la libertad, y que por dondequiera que la libertad se introduce lleva consigo el movimiento, la variedad, la contradicción misma. No hay más que fenómenos físicos que no se contradicen, porque pertenecen al mundo regular de la materia; allí donde la necesidad comienza, principia también el orden invariable, la eterna identidad, la inmutable disciplina; que sin duda es una bondad en el universo material, pero que sería un principio de uniformidad y de muerte en el universo activo y libre de las almas.

La parte más curiosa acaso del libro de M. de Boismont es lo innumerable de las citas que nos presenta de los últimos pensamientos y de los últimos escritos de los suicidas. Una gran parte de esos infortunados quieren dejar, al morir, algún testimonio de ellos mismos. Es un instinto bien explicable de la pobre naturaleza humana. Los mismos que creen en la nada quieren

sobrevivir al menos en el pensamiento de los otros. No quieren morir del todo, y dejan detrás de sí una carta, sea con notas en que expresan sus últimos y supremos pensamientos, ya sea elegías en que lamentan su suerte, ya una especie de diario tristemente auténtico, que escriben con mano resuelta, hasta que viene á interrumpirles el momento de la muerte. Hay extraños y curiosos datos que recoger acerca de las últimas preocupaciones del alma que espera la muerte.

A menudo son citas de versos conocidos en relación con su triste suerte.

Otras veces es el suicida el mismo que habla en versos detestables ó declamatorios, donde se ve el sello de perversos melodramas.

Tengo la creencia de que los autores de estos versos han querido hacer ruido en el mundo después de su muerte. Su nombre es ignorado y su ambición póstuma ha sido defraudada. Nada tan triste como este amor propio que sobrevive hasta á la preocupación misma y á la espera de la muerte. Se creería que en estos supremos instantes el alma no puede menos de ser grave, y, sin embargo, son á veces *muerter de efecto*, como en los teatros del bulevar las fingen los actores de moda.

A veces hay también como una

nota discreta, como un grito del corazón en estas poesías fúnebres. Citaremos algunas que no se pueden leer sin emoción, pensando en las circunstancias en que han sido escritas: «Perdonad mi pena secreta; lo he perdido todo, placer, felicidad; vosotros gozáis, pero yo recuerdo; vosotros vivís, pero yo he vivido.» Y esta otra tan sencilla como llena de desfallecimiento: «Nunca, ni de niño, ni de casado, corazón alguno ha latido cerca del mío. Jamás labios celosos me han preguntado ¿de dónde vienes?»

Ciertamente no es esta una poesía ni muy brillante ni muy nueva. Sin embargo, tendrá interés cuando diga que el papel que contenía estos versos estaba manchado de sangre.

Lo que más sorprende la imaginación del lector es la sangre fría con que muchos suicidas analizan sus últimas sensaciones. No se trata de obras de imaginación como el *Ultimo día de un condenado á muerte*, de Víctor Hugo, ó las memorias de un suicida, de M. du Camp; es la expresión exacta y real de un alma que ve avanzar la muerte, que la espera en un momento dado, y que conserva, para observarse, toda su presencia de espíritu. Se nos permitirá citar un extraño documento de un hombre de letras bastante conocido en el mundo de los periódicos, hace quince ó veinte años;

documento escrito todo él en la noche de su muerte, y después del cual todos los terrores puramente literarios palidecen.

«Últimos momentos de Bourg-Saint-Edme (Edme-Theodore), literato.

»Para Monglave.

»Creo, mi querido amigo, que debe V. empezar por mandar que busquen al comisario de policía, á fin de que la comprobación del suicidio tenga un origen legal. A continuación seguirá V. mis instrucciones. Adiós, salud y felicidad.

»26 de Marzo de 1852. A las cuatro y media de la mañana.

»*Media noche.*—Preparo las medias, la camisa y la ropa que han de ser mis últimos vestidos.

»Siento que el momento se aproxima. Lo siento por una especie de emoción de la cual no puedo defenderme, á pesar de mi valor.

»Dirijo á Dios mis plegarias por el reposo del alma de María, por mis hijos y por mí, porque hay un grito interior que llama á sí los sentimientos más dulces, los mejores, y con ellos la confianza y la esperanza.

»Alimento el fuego. Me parece que hay fuera de mí algo que vive. Si no hubiese sido engañado, abandonado, de seguro que no estaría donde me encuentro. Mas solo, decaído,

en continuo disgusto desde la muerte de María, sin esperanza, perseguido por la necesidad, por la miseria; humillado, calumniado, ultrajado, no veo más que un camino para salir de esta situación extrema.

»*A las dos.*—¡Qué veloz corre el tiempo! Acaban de dar las dos; el viento sopla con fuerza allí fuera. Hay en el espacio una tempestad que resuena en el fondo de mi corazón. Acabo de poner la llave en la cerradura del lado de la escalera, y he colgado de la llave, por medio de un hilo encarnado, una carta para el portero, en la cual le doy cuenta del suceso y le hago algunas advertencias; de modo que la primera persona que venga por la mañana la verá, la cogerá y la llevará á su destino.

»*Dos y media.*—Es preciso, sin embargo, que me ocupe de los preparativos. No quiero que el día me encuentre aquí. No me es indiferente el género de muerte. Querría dispararme un tiro en el corazón, sería un procedimiento fácil y pronto, pero no me he podido procurar una pistola. ¡Ahogarme! Tendría que salir de casa; además, tengo horror al agua; ahogarme por medio del carbón me causaría una agonía ruda y lenta. Colgaré de lo alto de mi biblioteca un cordón que tengo desde hace algún tiempo; haré un nudo corredizo y me lo echaré al

cuello; dejaré caer la silla en que me suba y quedaré colgado.

» *A las tres.* — El fuego se consume. Estoy contrariado. Oigo el ruido de los carros que van al mercado. Nada he de aprovechar de lo que llevan. Vamos.

» ¡Oh hijos míos! Vuestras dulces figuras surgen delante de mí y me hacen temblar. ¡Valor!

» *A las tres y media.* — Acabo de colocar el cordel. A las cuatro ó cuatro y cuarto, ejecutaré mi propósito, puesto que todo marcha como lo había previsto.

» No temo la muerte, puesto que la busco, puesto que la deseo; pero me espanta el sufrimiento prolongado.

» Me paseo. Mis ideas se confunden.

» No tengo más que la conciencia de mis hijos.

» El fuego se extingue.

» ¡Qué silencio me rodea!

» *A las cuatro.* — Dan las cuatro; he aquí el momento del sacrificio.

» Adiós, queridos hijos míos.

» Dios me perdonará por mis dolores.

» Adiós; otra vez adiós, hijos míos, bien amados. Vosotros tenéis mi último pensamiento. Para vosotros los últimos latidos de mi corazón.»

Hay en este diario de la última

noche una verdad que da frío. En presencia de la muerte, todos esos detalles insignificantes toman un interés inmenso: ese fuego que se extingue, ese silencio de la noche, esa confusión de las ideas, todo, hasta el hilo encarnado, del cual pende la carta para el portero... ¡Qué drama!

M. de Boismont se ha servido hábilmente de los 1.328 escritos de suicidios que ha tenido en sus manos, uno de los capítulos más nuevos y de los más interesantes de su libro *El análisis de los últimos sentimientos*. Ha dividido estos sentimientos en tres clases, advirtiéndonos que esta clasificación no es rigurosa. En la primera ha colocado los dictados por la esperanza, el arrepentimiento, la religión, el honor, la ternura, la amistad, el amor, el reconocimiento, y los ha reunido bajo la denominación *de buenos sentimientos*; ha colocado en la segunda clase las manifestaciones sugeridas por el resentimiento, la venganza, las quejas, las imprecaciones contra la muerte, las declaraciones del materialismo, las últimas confidencias de la disipación. Esta parte se titula *de los malos sentimientos*. Por último, en la tercera categoría ha agrupado las manifestaciones que no tienen relación directa con las dos clases precedentes, ó que si en cierto modo se relacionan, se

alejan, por otra parte, de ellas, y las llama *sentimientos mixtos*.

Dominan los buenos sentimientos. La proporción de esta clase es de 626 (474 hombres, 152 mujeres). Entre estos diversos sentimientos, dice M. de Boismont, los más frecuentes son los de la sociabilidad, y se manifiestan por las despedidas. Siguen una especie de jerarquía con relación á los afectos humanos; se dirigen sucesivamente á los esposos, á los padres, á los hijos, á los amantes, á los queridos, á los amigos, á los conocimientos, al mundo en general. Vienen en seguida los sentimientos morales, los remordimientos por una falta cometida, la vergüenza de un crimen, el dolor por no haber podido corregirse, el temor de deshonorar á la familia y deseo de castigarse. Algunas veces es una susceptibilidad moral que raya casi en enfermedad; un sentimiento exagerado del honor, el temor á suposiciones injuriosas ó á la calumnia. A menudo también expresan el disgusto de la separación, sobre todo en las mujeres, las cuales casi todas suplican que se guarde un recuerdo de ellas, que se las llore. Es otras veces el pensamiento del dolor que el suicida va á causar á sus padres, á sus amigos. Es también á menudo el último adiós al seductor que las ha perdido, adiós mezclado de perdón. El perdón se

manifiesta también en muchos hombres hacia sus opresores y enemigos. En fin, vienen después los sentimientos religiosos que se despiertan con fuerza, sobre todo en las mujeres, bajo la inspiración de la última hora. Algunas reclaman las ceremonias y las oraciones de la Iglesia. ¡Ah! Dejemos á Dios, á El solo, el cuidado de separar con mano segura y equitativa la parte que en el suicidio tienen el delirio y la libertad. No nos apresuremos á condenar. Conservemos inflexibles los principios, pero abstengámonos de juzgar con demasiada ligereza, y digamos como la carta recogida en las ropas del citado suicida: ¡Desgraciados!

Los malos sentimientos comprenden 374 casos (279 hombres, 95 mujeres), 304 escritos contienen quejas ó imprecaciones contra las familias, la sociedad, Dios. Veintinueve cartas revelan ateísmo y el deseo de la nada. Una sola de estas cartas está firmada por una mujer. En los nueve escritos restantes no se encuentra más que la expresión de una idea de libertinaje. En 31 casos son la hipocresía ó la vanidad las notas características de tales cartas escritas en tan supremos instantes.

En fin, los *sentimientos mixtos* son aquellos en que la moralidad del último pensamiento no se marca su-

ficientemente. En esta categoría se colocan las cartas de los locos, que todos dan testimonio de sus almas extravagantes, su estado morbooso, la incoherencia de sus pensamientos, todo lo que los distingue suficientemente de los suicidios cometidos en el estado de razón. Entre los suicidas *razonables*, los unos se preocupan del sufrimiento material del suicidio, temen que les falte valor. Otros, por el contrario, muestran una resolución fría. Muchos ponen cuidado en cómo han de hacerse sus funerales, y hacen á este propósito precisas recomendaciones. Las opiniones fatalistas son muy frecuentes. Algunos muestran completa indiferencia hacia la opinión pública. Otros, por el contrario, y en bastante número, dejan adivinar el deseo de obtener la publicidad y de que hablen de ellos. Otros, por último, revelan la futilidad de los motivos que le impulsaron al suicidio. Esto daría ocasión á reflexiones muy amargas. Espanta ver á estos desgraciados jugar así con la muerte. Hay casos desesperados en que la gravedad suprema de las circunstancias da serio interés al suicidio. Pero ¡qué decir de esas almas pueriles que se precipitan en la muerte para vengarse de pequeñas contrariedades de la vida! ¡Qué debilidad de razón más terrible!...

¿A qué conclusión llegamos des-

pués de este largo y doloroso estudio? Indiquemos por lo menos cómo sería posible combatir esta tentación endémica del suicidio que de día en día hace espantables progresos. No porque yo crea que el mal puede ser suprimido; no me hago tal ilusión. Sé que en las edades en que la fe, aun cándida y fuerte, aun en las almas verdaderamente cristianas, en las almas de los clérigos y monjes, existía la terrible tentación que los hacía sucumbir. Sé que en tanto haya hombres, habrá dolores sin remedio, desesperaciones, pasiones, y, por consiguiente, ocasiones de suicidio. Pero si el mal no puede ser suprimido, puede, sin embargo, quedar reducido á ciertos límites. Conseguir esto último será un buen resultado, porque hasta ahora no se ha hecho esfuerzo en este sentido, ni tampoco existe una especie de conspiración de gentes honradas para dar fuerza á la razón pública.

La más seria garantía contra la locura suicida, mil veces se ha dicho, es la firmeza de las creencias religiosas. Es muy raro que la tentación del suicidio triunfe de los escrúpulos de la conciencia espantada ante las prohibiciones de la Iglesia y por el juicio á que ha de ser sometida.

Pero en una sociedad tan heterogénea, dividida por creencias y

doctrinas tan contrarias, ¿no podría nada la razón laica contra un mal tan terrible? Sin duda que no tiene la misma autoridad que la Iglesia para hacerse obedecer; sin embargo, no es impotente. Que emprenda la lucha contra los extravíos de una civilización excesiva, desarreglada, impaciente de bienestar, loca por los placeres y el dinero. Que sea infatigable en recomendar á las almas la saludable higiene de los sentimientos justos, santos y tranquilos, de la actividad racional, del trabajo regular, de los deseos moderados. Que defienda y propague el culto de la familia, que es uno de los mejores refugios para la moralidad del hombre, uno de los asilos más seguros en que su dignidad herida se cura, donde su amor propio lesionado se consuela, donde su ambición se modera en la sólida paz de los afectos verdaderos. Que se castigue por medio del ridículo esas ociosidades soberbias que pasean por el mundo sus melancolías aris-

tocráticas, desdeñando toda profesión, despreciando los pequeños deberes que forman la humilde trama de la vida y consignando su prurito á declamaciones contra los trabajos de este mundo, del que no quieren formar parte. Y, sobre todo, que se combatan todas esas paradojas malasanas que circulan en las novelas y en los dramas de cierta escuela; que se muestre cuanto hay de vulgar y de insensato en los anatemas contra esa pretendida fatalidad que pesaría sobre el hombre de corazón y le impediría cumplir su destino; que se fortifique en las almas la convicción de la libertad; que se de vigor al resorte de la vida debilitado por filosofías declamatorias; que se haga esfuerzos para asociar la idea del crimen á la del suicidio en la conciencia de la humanidad, tan profundamente alterada por los sofismas contemporáneos cuando no lo está por el dolor y la pasión que son los mayores y más peligrosos sofistas.

E. CARO.

FRANCISCO COPPÉE

Una de las mejores veladas de descanso en plena charla literaria, libre y de confianza, que me ha sido dado pasar en esta ruda existencia parisiense, fué una noche de Abril, en la calle de Oudinot, en casa de Francisco Coppée, ante el jardín del poeta, donde primaverales flores daban á ese rincón de París perspectivas de biombo japonés. Y bajo la lámpara, entre diversos y encantadores ingenios, ¡qué discreteos irónicamente regocijados hubo allí, ante la cara placidez de una recepción sin aparato de intimidación! Esta casa de Coppée es un verdadero nido de poeta, donde el autor de *Las intimidades* y de *El Relicario* aparece risueño y feliz junto á su hermana, á quien adora, y la cual siempre le ha cuidado con maternal afecto; entre sus libros, cuadros de amigos y el florido jardín, adonde se

desciende por unos cuantos peldaños desde la planta baja.

Mansión de poeta-artista, y añadiré que de poeta parisiense. En efecto: Francisco Coppée es un parisiense neto, nacido en París, en 1842, de padres también naturales de París, cosa rara. Si nos remontásemos hasta su abuelo paterno, sin embargo, el apellido *Coppée* resultaría belga. Parece ser que en Mons y en sus inmediaciones todo el mundo se apellida Coppée. Esto es francés antiguo y significa «coppée» (corta de leña). Lo mismo da; el nombre es bonito, suena bien y es «rima rica» de espada (*épée*), palabra sublime. Hay un Coppée, de Mons—¿quizá pariente del poeta?—que es muy rico, tiene una cuadra célebre y toma parte en las carreras de caballos. Firma *F. Coppée*; y algunos toman al autor de *El transeunte* por un caballista,

cuando en su cuadra no tiene más caballo que el *Pegaso* (estilo antiguo).

Volvamos á los orígenes. Por el lado paterno, hay una abuela (Coppée enseña en su casa un delicioso retrato de ella, pintado por una señora, discípula de Greuze) que tuvo en sus venas sangre de la antigua nobleza lorenese; por este lado se tropezaría con gentes de armas de la casa real y caballeros de San Luis. Es notable el contraste por la línea materna. El abuelo (Baudrit, de apellido) era maestro cerrajero, y durante la Revolución forjó picas para armar á las secciones. Aún existe la casa Baudrit. El nieto, Augusto Baudrit, primo hermano de Coppée, es un cerrajero artístico del mayor talento. Con arreglo á estos orígenes pudiera deducirse, si hay empeño, que el autor de *Oliverio* es un aristócrata que ama al pueblo.

En resumen: en el núm. 9, entresuelo, de la calle de las Misiones (hoy calle del Abate Gregoire, antaño calle de San Mauro y San Germán), en 1842, la madre de Coppée, según la frase de Chateaubriand, *le condenó á vida*. «A pesar de todo, tiene buenos momentos» —nos decía Coppée riéndose. El bueno y gran Charlet, el pintor de los soldados y de las escenas populares, vivía en el mismo piso

que Coppée padre, que fué amigo suyo.

Familia pobre; el padre, modesto empleado en las oficinas del ministerio de la Guerra; tres hijas, que se educaban en el convento de San Mauro, en la misma calle, frente á su casa; y el hijo, pequeño, delicado, débil. Se mudaron de casa, yéndose á vivir á un quinto piso, en la calle Vanneau. En *Oliverio* hay recuerdos conmovedores de aquellos tiempos de honradas luchas.

El poeta Oliverio, ser fingido,
Que, de su ensueño al enarrar la magia,
Lo burgués y lo bufo ha compensado
De aquestos días de opereta y drama,

ese poeta es Coppée, en todo ó en parte. Y cuando al llegar á este verso en su poema

¡Es ver su juventud, el ver su patria!

se interrumpe el autor y se vuelve hacia su pasado, entonces sube hasta él una ola de recuerdos; y, olvidándose de la juventud de Oliverio, recuerda la suya propia, su infancia.

Mira, lector.—Cien veces me paseo
A solas, donde antaño fué la tapia
Del Maine (*); es un lugar que desde el sitio
De París, aún está peor que estaba.
Enclenques arbustillos esmirriados
En esos *bulevares* reemplazan
A los añosos olmos, que otros tiempos
Bóveda inmensa hacían de sus ramas.
Ya no existe el tapial de los *consumos*;

(*) Pronúnciese *Men*.

Y en vez de aquél, un barrio se levanta.
 Al caer de la tarde, los veranos,
 El autor de mis días me llevaba
 A dar dos vueltecitas cuando niño,
 Pequeño y débil, de salud escasa.
 Y en aquellos remotos andurriales,
 En esas alamedas solitarias,
 Aquel hombre de bien — puro, sencillo,
 Temeroso de Dios, de santo en fama,
 Inocente cual vate, y, aunque pobre,
 Siempre lleno de júbilo, sin tacha —
 Después de haber pasado todo el día
 De oscura covachuela entre las tapias,
 Era feliz, por toda recompensa,
 Con el dulce calor que al pecho alcanza,
 Subiendo de la mano pequeñuela
 Del último (¡y varón!) hijo del alma.
 Ibamos juntos á mirar les bueyes
 Cómo en tropel al matadero marchan;
 Y, al ser más fuertes ya mis piecitos,
 Solíamos llegar á la explanada
 En que el cuartel de Inválidos se yergue,
 Y donde, entre el montón de papanatas
 Venidos de otros barrios, la retreta
 Nos hacía gozar con su algazara;
 Y, por fin, á la hora en que la luna
 Del horizonte surge en lontananza,
 El camino tomábamos más corto
 Para volver á nuestra humilde casa;
 Subíamos despacio al quinto piso,
 Daba un beso á mamá y á mis hermanas,
 A la luz de la vela allí las cuatro,
 De palique, esperándonos sentadas.
 Pues bien; cuando un instante la energía
 Advierto que á mi espíritu le falta,
 Cuando el horrible *spleen* (*) del desaliento
 Me abrumba á veces con su negra carga,
 Vuelvo á marchar, á solas, por la tarde,
 Al apacible barrio que en mi infancia
 Frecuenté con mi padre. Y su recuerdo,
 Tan caro para mí, sirve de magia.
 Pienso entonces en él, en lo que hizo
 Ese justo varón de limpia fama,
 Pobre y altivo; en la paciencia suya
 Y en su sin par resignación cristiana
 Para ganar el pan de cada día,
 Sin tener del descanso la nostalgia.
 Sin murmurar, entonces, me someto
 A la desdicha que mi vida amaga;
 Y siento cómo ecuden á mis labios,

(*) Pronúciense *esplin*.

Suspensos, las católicas plegarias
 Que me enseñó de niño. Y lo contemplo,
 Joven aún, provecas las espaldas
 De llevar sus hijitos á su lado.
 ¡Y ansío amor, creencias y esperanza!...
 — Os demando perdón. Una historieta
 Olvidé que á vosotros relataba.
 Mas al hablar de mí, lector, declaro
 Que es de Oliverio, mi rival en trazas.

¿Qué notas biográficas valdrán
 jamás tanto como las que cualquier
 hombre pudiera dar acerca de sí
 mismo?

El niño que así vagaba y calle-
 jeaba con su padre, fué llevado de
 interno al colegio de Hortus. Se
 acuerda de cuando á la edad de seis
 años, en 1848, veía desde el bal-
 cón de sus padres vivaquear los
 soldados en el jardín del palacio
 Mónaco, entonces cuartel general
 de Cavaignac, durante las jornadas
 de Junio.

Digámoslo por última vez: la in-
 fancia de Francisco Coppée fué la
 de los humildes. Coppée se gloria
 de ello. Tiene razón. Saludemos á
 esos hombres laboriosos y honra-
 dos. El padre hacía durar mucho
 tiempo sus gabanes del bazar *La
 bella jardinera*; la madre hacía
 «papeles» á los pequeños traficantes
 de la vecindad, y jabonaba en
 casa la ropa blanca menuda. Las
 dos hermanas mayores pintaban,
 haciendo copias de cuadros del mu-
 seo del Louvre. Así, pues, Coppée
 fué educado por mujeres, en un
 medio artístico, lo cual desarrolló

de cierto su sensibilidad y su gusto. He visto un retrato del poeta cuando era niño, original de la señorita Ana Coppée, hermana suya, enteramente notable, muy vivo, y pintado con solidez.

Crece, y sus padres vuelven á mudarse de casa otra vez para estar más cerca de los colegios. Van á vivir á la calle del Príncipe, y el futuro académico es un pésimo estudiante externo en el liceo de San Luis. Aún era débil, soñador y callejero el niño parisiense que tan bien ha expresado en alguna parte la vida familiar del adolescente en París. La página está embalsamada de recuerdos. Un día la leyó Coppée en una Conferencia aplaudida:

«El verdadero parisiense ama á París como á una patria; invisibles cadenas del corazón le atan á él, y si se ve obligado á alejarse de él por poco tiempo, sentirá la nostalgia de su querido arroyo de la calle de Bac, lo mismo que Mad. de Staël. El que os habla es uno de esos parisienses. En esta ciudad, donde (cual de ello se dolía Alfredo de Musset) conoce todos los empedrados, mil recuerdos le esperan en sus paseos, en los ángulos de todas las encrucijadas. Una pacífica calle del barrio de San Germán, cuyo silencio rara vez turba algún carruaje particular, le recuerda toda

su infancia; no puede pasar por delante de cierta casa de esa calle sin mirar allá arriba, á un balcón del quinto piso, sin volver á verse de pequeño en su silla alta, á aquella mesa de familia, cuyos sitios, ¡ay!, se han espaciado poco á poco y donde ya no existen hoy más convidados que él y su amada hermana, que le quiere por todos los muertos y por todos los ausentes. Nunca se detiene un instante junto á los puestos de libros al aire libre en las galerías del Odeón (que, entre paréntesis, son una de las más simpáticas originalidades de París) sin venirle á la memoria la época en que, con los cuadernos de estudiante debajo del brazo, hacía largas paradas allí y leía *gratis* los libros de los poetas que ya le gustaban. En fin, hay en alguna parte—no dirá dónde—una ventanita que ve al pasearse por cierto jardín público, y que no puede mirar en otoño, hacia las cinco de la tarde, cuando el sol poniente la tiñe con reflejos de incendio, sin que su corazón se ponga á palpar como lo sentía latir hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, pero en la misma estación y á la misma hora, cuando acudía hacia aquella mansión con la embriaguez de los veinte años, y cuando la ventanita, festoneada entonces con capuchinas, abriase de pronto y dejaba ver entre el verdor y

las flores una cabeza rubia que se sonreía á lo lejos.

»¡Feliz, ¡ah! feliz, muy feliz quien vive en el campo en ese delicioso momento! Un lecho de musgo bajo los robles, la orilla de un riachuelo donde hierve el agua de un molino, la senda ahondada en el valle, una pradera con flores y mariposas: tales son los agrestes y dulces paisajes que guardarán, para devolvérselas, las impresiones de la juventud, y que más tarde, cuando la dicha haya huido de él, le ofrecerán un asilo de soledad, de frescura y de paz. Pero el hijo de París, que, siempre privado de aire y horizonte libres, no ve en su remoto pasado más que calles tortuosas y las cuatro paredes de un colegio, si es poeta necesitará cosechar los recuerdos sembrados durante sus tiempos juveniles en caminos desempedrados y en casas de yeso, y saber hacer que en una puesta de sol, verde y roja, entrevista al final de una alameda, quepa toda la morbida melancolía del otoño; y en una alborada de sol junto á las lilas, en el jardín de Luxemburgo, toda la divinal alegría de la primavera.»

A la sazón, Francisco Coppée hacía versos ya; á los doce años rimaba sus traducciones. El padre se había jubilado por fuerza. Hacíase dura la vida entre aquellas gentes. ¡Tres solteras sin dote! Sólo una de

ellas, la segunda, se casó con el pintor de vidrieras Lafaye; la tercera murió muy pronto, á los veintidós años de edad; la mayor permanece soltera, y es hoy la querida Anita Coppée, su compañera de siempre, su maternal amiga.

El niño abandonó el colegio después del *tercer curso*. Francisco Coppée no es bachiller. No es por falta de haber estudiado. Completó como pudo su instrucción por medio de lecturas, pasando todas sus veladas bajo los mecheros de gas de la biblioteca de Santa Genoveva; hasta enfermó de los ojos. Habiéndosele paralizado al padre el cerebro, se fueron á vivir al cerrillo de Montmartre; Coppée estuvo de supernumerario *sin sueldo* en el ministerio de la Guerra dos años. Es un tiempo negro y de tristes recuerdos, que, sin embargo, no han dejado otra huella ni otro sentimiento en este noble carácter que lastima de quienes sufren. De tales pruebas, otros han guardado odios de refractarios y una bulimia de dinero y desquites. Coppée sólo ha tomado de ellas una sonriente filosofía y una verdadera bondad. Dábaseles ejemplo su madre, sublime en valor y sacrificios; y la hermana mayor, única que quedó en la casa, ganaba unos pocos cuartos restaurando antiguos lienzos.

Murió el padre. Coppée ascendió

á empleado de plantilla; tuvo cura de almas, fué jefe de familia á los veintiún años. Continuaba haciendo versos; pero aquella juventud sin alegría le entristeció para siempre. No importa, llenaba sus deberes; y la mesa de familia, en torno de la cual ya no había más que tres personas (la anciana mamá, Anita y él), era centro de veladas melancólicas, pero con esperanza. Veíase allí claro en lo porvenir.

Pasa el tiempo. Coppée tiene veintitrés años; conoce á Catulo Mendés y los Parnasistas, que ma tres ó cuatro mil versos y publica á sus expensas (¡pobre muchacho!) *El relicario*. Grande fué el triunfo; Timoteo Trimm, que era un Sainte-Beuve de á perro chico, escribió un artículo en el *Petit Journal*; sin embargo, no se vendieron cien ejemplares del tomo. Dos años después imprimía á su costa Alfonso Lemerre *Las intimidades*—una obra maestra;—entonces no se vendieron más que setenta ejemplares.

Por último, casualmente, por haber encontrado el poeta en su camino á la Agar, se representa *El transeunte* en el Odeón. Aquello fué un cambio de decoración, como en las comedias de magia. De la noche á la mañana, el poeta obtuvo un poco de dinero y mucho ruido.

« Cuando, de meditar enflaquecido,
Bajo las tejas él versificaba »,

quizá no había esperado tal triunfo (¡aunque se esperan tantas cosas cuando no se conoce la vanidad de la vida!) ese no oprimió le no vivió
¡Ah, ese *Transeunte*! ¡Qué feliz sorpresa y qué gorjeo de pájaro hubo en el Odeón cuando se oyó recitar sus sonetos florentinos á Sylvia y Zanetto, esas dos exquisitas estatui-llas á lo Donatello!

Entonces escribimos (y este es uno de los mejores recuerdos de nuestra juventud) en la revista de teatros de *La Opinión Nacional*:

« He aquí un poeta joven, que trae una pieza al Odeón; y el breve acto produce mayor efecto en la sala que los cinco actos de un dramón de tonos chillones. Si se prueba á menudo ese vino de Chipre, habrá que tirar por la ventana el vino tinto de pasto.

» La cortesana Sylvia está de codos en la terraza, meditabunda, triste, mirando á lo lejos las techumbres de Florencia, blanqueada por la luna, y las cúpulas que se destacan sobre lo azul del cielo. Sueña, se aburre. El falso amor de que la rodean, los homenajes con que la fatigan han cansado á la postre á Sylvia, quien quizá echa de menos entonces su pasado, y no tiene ya lágrimas ni aun para su melancolía, llanto para su sufrimiento. Hay que oirla interrogar á su corazón triste y helado; hay que

escuchar aquel lenguaje firme y sonoro, al cual no nos tiene acostumbrados el teatro, y que de pronto os transporta, dichosos y hechizados, al país de los ensueños.

»Parecíame volver á contemplar esas claras noches florentinas, esas noches de verano azules y aromosas, donde desde lo alto de las terrazas del Ombrellino—la villa de Galileo—veíamos revolotear, mezclarse, centellear, dar saltos á las bandadas de luciérnagas, parecidas á enjambres de estrellas. Ese *Transeunte* es, en efecto, un sueño italiano, el sueño de una noche de amor, una verdadera canción de poeta oída á orillas del Arno, en la estación de las rosas.»

«Sueña Sylvia, y pasa el poeta. El poeta es un niño; tiene diez y seis años. Lleva ese gracioso traje de los frescos de Ghirlandajo y de Botticelli. Vestido de sarga, lleva en la mano la mandolina y terciada al hombro la parda capa. ¡Un banco! Se detendrá en él, dormirá allí al aire libre, á la luz de las estrellas. Sylvia entonces quédase atenta y turbada, oyendo repetirse ese estribillo florido como una estrofa de Remi Belleau, el gentil Belleau.»

Por lo demás, Francisco Coppée piensa con enternecimiento en aquella noche, ya lejana, que fué como la salida del sol de su gloria. La frase de Vauvenargues acerca de

los primeros fulgores del día tendrá su poesía eternal. «¡Y, sin embargo—dice (1) un excelente biógrafo, amigo de Coppée, M. A. Chennevière— algunas veces ha tenido tirria el poeta á ese *Transeunte!*» Se irritaba al oír aquella eterna perífrasis de su nombre: «el afortunado autor de *El transeunte*»; pero, como después de todo, no es ingrato, al cabo de muchos años le pide perdón por esos arranques de impaciencia.

«Pobre *Transeunte*—dice en alguna parte—dulce inspiración radiante de mis veinticinco años, perdóname los minutos de impaciencia y mal humor que me ha causado tu nombre, dicho maliciosamente para despreciar mis nuevas creaciones. No por eso has dejado de ser el hijo predilecto de mi juventud, el sueño de ideal y de amor que sólo se tiene una vez en la vida; y jamás he olvidado, gentil trovador de una noche de luna clara, que te debía aquella primera recompensa del poeta, esa primera rama de laurel que hizo llorar de gozo á mi anciana madre y me dió alientos y esperanzas para siempre.»

Desde entonces, aplaudido Francisco Coppée, era célebre, buscado, mimado; y sus versos, que la vis-

(1) En el periódico *La Gironde Científica y Literaria*.

pera no se vendían, viéronse en manos de todos. Tuvo de su parte, como en otro tiempo Alfredo de Musset, á los jóvenes y á las mujeres. La princesa Matilde le convidaba, y para ir á verla se mandó hacer el poeta su primer traje negro *formal*. «Aquello era demasiado hermoso — nos decía él mismo; — caigo enfermo con una pulmonía, de la cual sufrí varios años y que ensombreció el fin de mi juventud. Por otra parte, había tenido yo excesivas privaciones; el deseo mata.»

Ahora bastaría con citar los tomos y los dramas que han seguido al *Transeunte*, para recordar á los lectores una seducción, un encanto, un querido recuerdo: *Los poemas modernos*, *El cuaderno rojo*, *Oliverio*, *Los humildes*, *Las narraciones y las elegías*, *Dos dolores*, *La abandonada*, *El guitarrero de Cremona*, *La cita*, *El tesoro*, *Madama de Maintenón* — escrita primero con el título de *El salterio* — y, en fin, después de *Un idilio durante el sitio*, esos *Cuentos* en prosa que forman ya dos tomos, y que, uniendo la emoción más profunda con una singular limpieza de estilo, hacen á veces pensar en un Merimée con ternura.

Un periodista de verdadero talento, crítico muy agudo é investigador erudito, M. Ed. Drumont,

caracterizaba no ha mucho el talento de Coppée, y buscaba sobre todo la *dominante* del poeta en la colección rotulada *Los humildes*, diciendo:

«*Los humildes* indicaban un profundo cambio en la manera del escritor. ¿Hay que ver allí, como pretende Zola, la introducción del naturalismo en la poesía? Coppée, á quien el maestro del naturalismo ha querido afiliarse á la fuerza entre los que siguen su bandera, defiéndose contra tal honor y protesta como si le llevase el diablo. Esos cuadritos, algunos de los cuales son expuestos, no se enlazan realmente con ninguna escuela; corresponden á esas escenas de la vida doméstica, á esas reproducciones de las costumbres familiares en que han sobresalido los holandeses; tienen la finura de toques, la sinceridad, el candor de esos pequeños lienzos que se pagan á peso de oro, y no vemos por qué lo que es lícito á la pintura le haya de estar prohibido á la poesía. Junto con puerilidades, hay allí efectos de una exactitud inaudita, visiones de calles, impresiones de caída de la noche de aguda perspicacia. Esa especie de poesía cotidiana de ciertos espectáculos urbanos en el rincón de una tienda, en una alameda de jardín público, en un barrio dado, visto en determinada hora del año, se retra-

ta allí con asombrosa habilidad de hechura.»

Sustituyendo por la palabra *parisiense* el vocablo *holandés*, me adhero con gusto al juicio de M. Drumont; pero *Los humildes* y hasta *Las intimidaciones* no presentan más que una faz del talento de Coppée. El autor de *Oliverio* tiene arranques por los cuales se recuerda que es contemporáneo del autor de *La leyenda de los siglos*; y es preciso juzgar al poeta por el conjunto de todas sus obras.

Ama y canta los pequeños, los tímidos, los desconsolados, los que arrastran sin ruido y oscuramente las más pesadas cadenas, los *parias* de nuestra sociedad feliz y sonriente, los pobres diablos cuya carne parece hecha no más que para suministrar mantillo al suelo donde se abren las flores cogidas por otros. Y Coppée tiene lástima y ternura para cada uno de ellos, ya sean esos «humildes» un pobre guardia móvil arrancado al suelo nativo por el gran deber, ó un niño raquítico condenado á las exhibiciones de la escena, ó un deportado, un *utlaw* que se siente francés al ver en peligro la bandera de la patria, ó una pobre vendedora de periódicos, ó hasta un horterilla de ultramarinos —el tendero, mofado ya, y, sin embargo, hecho célebre por Balzac— que sueña mientras parte el azúcar

de pilón. Conmuévele la vida; y también en esa vida inquieta que se llama *viaje*, el encuentro de todo heroísmo, de toda abnegación: Walhubert en Avranches, Cambronne en Nantes. Si en Bretaña son para él dos decepciones—como para nosotros—Santa Ana de Auray y Carnac, en cambio le agrada el país de Brizeux porque allí se encuentran pescadores, «esas magníficas caras de lobos de mar, verdaderos jamones cocidos por el sol y salados por el viento del Océano». ¡Dos marinos! Francisco Coppée los ha saludado á menudo en verso y en prosa, no sólo en sus horas de sacrificios, como en *Los restos del naufragio*, sino en sus horas de cotidiana labor dedicadas al cuidado del buque. «El que está en su puesto para barrer—dice—también lo estará para combatir; y quien no tenga miedo á una nube de polvo, no retrocederá ante el humo de un cañonazo.» En todas las cosas ha visto así Coppée la grandeza de los destinos humanos en su humildad conmovedora, y sus obras son la glorificación de los ocuros y limpios de corazón. No conozco más noble empleo del talento que el de dejar venir á sí los pequeños para coronarlos.

El editor que tanto ha hecho en pro de la librería francesa clásica y moderna, y tanto tiempo ha me-

rece una recompensa oficial, Alfonso Lemerre, ha puesto empeño en hacer de esas obras uno de los más hermosos libros que puedan verse. Como en otro tiempo Perrotin con Béranger, ha querido levantar un monumento artístico á su poeta Francisco Coppée. Publica una edición en 4.º del autor de *El relicario*, y las ha hecho ilustrar por un maestro, el acuafortista Boilvin. Es una obra maestra.

El primer tomo de esta edición definitiva, monumental, contiene las poesías publicadas por Coppée desde 1864 á 1872, *El relicario*, *Las intimidades*, *Los humildes*, y esas poesías dramáticas, popularizadas con tamaña rapidez, esos relatos conmovedores y magníficos, *La bendición*, *La huelga de los fundidores*, *La carta del móvil bretón* y las composiciones escritas durante el sitio. Juntamente con las páginas tituladas *Paseos é Interiores*, de un sentimiento tan profundo y exacto, penetrante y sincero, todo aquello es quizá lo que el poeta de *El transeunte* ha escrito de un modo más acabado, más personal.

Gusta leer en esta edición magistral esos versos que desde hace tanto tiempo resuenan en la memoria de todos. Boilvin ha firmado allí aguafuertes exquisitos, muy variados, de un naturalismo sencillísimo, como cuando ilustra *El banco* ó *La*

nodriza; y de un carácter agudo ó altivo, como en sus grabados de *La huelga* y de *Hijos de las armaduras*. Coppée ha sido bien comprendido y admirablemente traducido.

Además, su poesía modernísima, de una intensidad de sensaciones enteramente original, conmovida, replegada, parisiense por los recuerdos, los enervamientos, la gracia doliente é irresistible, era la más á propósito para inspirar á un artista muy contemporáneo en su manera de ver. La hechicera musa de Coppée es pariente de la musa triste de Sainte-Beuve; pero, lo repito, con su fina mano de parisiense ha tocado la gran espada de Víctor Hugo, y de ese contacto guarda un raro vigor que añade precio á su exquisita nerviosidad. Francisco Coppée ha dado un sello especialísimo á estas *Intimidades*, donde las ternuras, los escalofríos, los olores, las reconditeces y complicaciones de la pasión moderna, ó del *amorgusto* contemporáneo, se analizan con un lenguaje de una sencillez sabrosa y sabia. Ahí está Coppée, en ese no sé qué profundamente sentido, enamorado y doliente, sincero y real como la vida. Enamorado parisiense y poeta de París, con murallas grises para marco de los idilios, y días de nieve para despertar las neurosis. Verdadero poeta moderno, contemporáneo, sen-

sitivo, que expresa con una claridad decisiva, llena de emoción *sobreentendida* las realidades cotidianas. Esta edición, este monumento que le erige Alfonso Lemerre, es ya una especie de posteridad que comienza para Coppée. En la última página de este hermoso libro escribe estos cuatro versos, modestos en demasía:

«A MI EDITOR

¡Vivirán más que yo mis pobres versos!
Gracias á tu edición, de arte santuario,
Tu libro guardará cual un herbario,
Los de efímera flor pétalos tersos.»

Pero la flor dista mucho de marchitarse. ¡La flor de la poesía siempre embalsama el aire, siempre difunde su aroma sutil y suave! Y Francisco Coppée, ese poeta de nuestros veinte años, es ya de aquellos de quienes puede afirmarse que volverlos á leer en esas páginas acabadas es revivirlos.

Ya se ha hecho resaltar el contraste que existe entre los poetas de la generación que precedió á la nuestra y los que hoy viven. Los primeros, nacidos entre el fragor de una tormenta, hijos de legitimistas ó de republicanos, mecidos por el retumbar del cañón, tales como Hugo los recuerda cuando narra la juventud de Mario en *Los miserables*, ó como nos los hace ver Musset en el admirable capítulo primero de *La confesión de un hijo del siglo*,

continuaron en la literatura la obra tormentosa de sus padres. Fueron militantes, audaces, desesperados, en una época de paz, de sosiego y de venturas. El reinado suave y sin puntos negros de Luis Felipe, les permitía ser á sus anchas revolucionarios en el arte. Al revés; los de hoy, que nacieron y se desarrollaron en horas de calma, no buscan más que las seducciones del hogar, las desdichas íntimas, las ternuras verdaderas — hasta en *Las vanas ternuras* del querido y profundo pensador Sully Prudhomme; — y, sin embargo, tienen suspensas la amenaza y la espada encima de su cabeza, como la misma patria. «Parecidos—se ha dicho—á esos literatos galo-romanos que, á ejemplo de Fortunato, alineaban sus encantadores versos entre dos invasiones de bárbaros, tienen tragedias en la cabeza é idilios en el corazón.»

Esta edición definitiva es como una tarjeta enviada por Coppée á la Academia. Faltóle poco para sentarse ya en uno de los sillones; y cuando la juventud literaria (que empieza á tener bastantes canas) dió un banquete á Sully Prudhomme, electo de los Cuarenta, el poeta de *El transeunte* fué quien calurosamente pronunció el primer brindis por el poeta de *La Justicia*:
«Mi querido Sully Prudhomme

(aún me parece oírle): Los amigos congregados en esta fiesta íntima me han hecho el honor de elegirme por intérprete de la honda alegría que les causa la pública consagración de un talento que sólo cuenta con admiradores. Al nombrarle —y al preferirle— la Academia Francesa ha querido coronar en V. á la poesía en su más pura y desinteresada expresión; y yo invito á todos cuantos guardan con fidelidad en el fondo de su alma el culto del arte profundo y exquisito, á levantar sus copas con la mía. ¡Brindo por Sully Prudhomme, de la Academia Francesa!»

M. Sully Prudhomme respondió entonces, muy conmovido, en breves frases:

«Mi querido Coppée: Hemos comenzado casi juntos; y si hago presente este recuerdo y digo *casi*, es porque pretendo hacer constar que soy más viejo que V.... Y porque soy más viejo, he sido preferido (como dice V.) por la Academia... Ahora que estoy en el Instituto, mi querido amigo, allí le espero á V.»

Francisco Coppée no se ha dado mucha prisa. Es feliz entre sus amigos y sus parientes, recibiendo en su casa á los maestros Barbey d'Aureville y Banville, á Paul Bourget, al poeta delicado, sensitivo y profundo, una de las individualidades exquisitas de la nueva genera-

ción. Y sonriéndose, el poeta de *Las intimidades* dice de sí propio y de su vida:

«Habito en un barrio del ensanche; el cuarto donde trabajo está situado en la planta baja y comunica por unos cuantos peldaños con un jardinillo. Pero la casa está expuesta al Norte, en pleno Norte; y hasta en verano, aun al mediodía, extiéndese su sombra sobre la mitad de ese pequeño cuadro de flores. Las que están en el fondo del jardín, en pleno sol, se abren y embalsaman el aire tibio; pero las otras, las más cercanas á la pared, á quienes jamás alcanza un rayo de sol, apenas se entreabren y no exhalan sino débil aroma.

»Con frecuencia, al pasearme por la estrecha calle circular de mi jardinillo, echo una mirada compasiva á esos claveles marchitos y á esas rosas enfermizas—que son mis predilectas—y en el mismo instante, al llegar hasta mí los ruidos de las casas próximas, por una misteriosa correspondencia de ideas, me hacen pensar en ciertas vidas comparables á esas tristes flores. Ya es la monótona canción de la obrera que tira de aguja en su camaranchón; ya el hipo de la vecina máquina de vapor, donde se agita un pueblo de artesanos en el infierno de una forja; ya la campana del convento, donde inocentes mujeres ofrecen á

Dios sus sufrimientos y sus oraciones por los que, como muchos de nosotros, no saben padecer ni orar; ya, en fin, la corneta del cuartel, donde pobres labriegos, desterrados de sus campos y de sus viñas, aguantan los rigores de una dura disciplina en espera de que estalle la guerra, la cual les obligará á pagar á la patria el terrible tributo de su sangre. Oigo esos ruidos melancólicos, miro esas rosas languidecientes, y mi pensamiento reúne en una misma conmiseración esas almas y esas flores, á quienes el destino no ha otorgado lo que á todos parece debernos, un sitio al sol.»

Olvidábaseme añadir que, de 1870 á 1871, Coppée fué soldado como Sully-Prudhomme; pero se dice que, con la mochila al hombro, no se olvidó de que era poeta. De aquella época datan *Durante el sitio*, la *Carta del móvil bretón*, ¡*No más sangre!* y *Un idilio durante el sitio*. En 1874 aparecieron los *Paseos é Interiores* y *El cuaderno rojo*. El poeta, mientras se ocupaba al mismo tiempo de obras más importantes, tenía entonces la costumbre de abrir á veces un delgado cuaderno rojo que rodaba siempre encima de su mesa de trabajo, y descansar de aquéllas apuntando en él algunas poesías fugitivas. Reunidas y publicadas con el título de *El cuaderno rojo*, esas poesías, impregnadas

de «ese spleen que está en el fondo del alma de casi todos los poetas modernos (A. Chennevière)», salieron poco antes que *Oliverio*. Pero, repitámoslo, ese spleen es en Coppée risueño é indulgente. Acaba de verse en sus confidencias que se encuentra satisfecho y bien pagado de la vida. Trabaja mucho. «La existencia del poeta se compone de ensueños y de papeles embozonados.» En los malos días fué deudor del buen Lemerre; ahora, muchas veces, es el acreedor suyo. Nombrado en 1870, antes de la guerra, por mediación de la princesa Matilde, bibliotecario adjunto del Senado — convertido luego en simple Luxemburgo — Coppée hizo dimisión dos años después en favor de Leconte de Lisle, el admirabilísimo poeta. Después le han otorgado al autor de *Oliverio* la biblioteca del Teatro Francés, la cruz y tres premios en el Instituto; pero no hace más que cuatro ó cinco años que es libre y vive á su antojo. Aun así, le ha sido preciso aceptar la servidumbre de un folletín, como á Teófilo Gautier.

He querido hacerle contar su vida literaria; pero, como todos los hombres — sobre todo si han doblado el cabo de cuarenta años — su pensamiento se ha dirigido, más que nada, á su infancia, á sus comienzos, á las hermosas horas en

que creía en todas las quimeras. Cuantos más pasos da el hombre en la existencia, más (echa) de menos los primeros que dió.

Con Coppée, los recuerdos son enteramente íntimos. Impresiones de arte. Nada de política.

Sin embargo, cierto día habló muy bien de política. «La política — dijo — es una ciencia, ciencia poco exacta, pero al fin ciencia, y no me siento con aptitud ninguna para ella lo mismo que para las demás. Tengo la modestia, más rara de lo que parece en los tiempos que corren, de considerarme en absoluto incapaz de legislar y de mezclarme en el gobierno. Soy poeta, y nada más; trato de hacer versos lo mejor posible, y me parece que este es el mejor medio que tengo de ser un buen ciudadano, y útil.»

El amigo de Coppée, de quien he citado más de una página, ha recogido algunos de los dichos y ciertas confidencias del poeta. Hablando es como el hombre desnuda su pensamiento y se retrata de cuerpo entero.

«Coppée — escribe M. Chennivière — expresa sus simpatías literarias con la franqueza del convencimiento. Al hablar de Víctor Hugo, exclamaba el otro día: «¡Es el gran modelo de todos nosotros! ¡Tiene versos que duran veinticuatro ho-

»ras!» En un arranque de ferviente y respetuosa admiración, decía otra vez: «¡Es el mayor genio lírico que ha producido Francia. Es como el sol de nuestra literatura moderna, y sus rayos han penetrado en todas partes. Y hoy mismo, que, con penetrante melancolía, le vemos declinar á su poniente, lanza resplandores tan espléndidos, que no permiten distinguir las débiles y tímidas estrellas, únicas que quedarán en nuestro cielo poético cuando haya traspuesto majestuoso el horizonte.»

¿Y Chateaubriand? Fatigado Gustavo Flaubert de oír, durante ocho horas de reloj, el piano de una vecina suya, decía: «Me vengo rugiendo por la ventana páginas enteras de *Los Mártires* ó de *Los Natchez*.» Coppée no tiene que defender su tranquilidad con estos medios heroicos, pero gusta de aquella prosa majestuosa tanto como de ella gustaba su ilustre amigo.

«Por lo demás, al mismo Flaubert le pone muy alto. «Es uno de los primeros prosistas del siglo — decía; — llegará á ser clásico: dentro de doscientos años harán copiar á los colegiales, como ejercicio de estudio, el episodio de los leones en *Salammbó*.»

Coppée, que nació romántico, tiene sus admiraciones clásicas como Flaubert. Le gusta recordar,

como lo hacía el autor de *Madama Bovary* (quien la recitaba á voz en grito), tal ó cual frase de Bossuet, cuya sublime concisión le parecía al gran novelista un modelo inimitable. «En verdad, en verdad te digo que mañana serás conmigo en el Paraíso.» Así habla Cristo al Buen Ladrón en el patíbulo, á su lado. Y Bossuet añade: «Mañana, ¡qué prontitud! *En el Paraíso*, ¡qué mansión! *Conmigo*, ¡qué compañía!» Con la expresión admirativa de Flaubert se encuentra el mismo acento del coloso ruanés en la voz de Coppée, cuando repite estas frases de Bossuet.

—Pláceme fumar y leer— dice también el poeta—y pasar del papel al *papelillo* (1).

No hay andaluz que lée más pitillos que él al cabo del día. Coppée se estaría días enteros encerrado y meditando, con blusa, en medio de sus bocetos de Julio Lefevre ó de Julio Breton y de sus libros.

También dice (y lo cita, porque acerca de un hombre nada vale tanto como el testimonio del mismo):

«Suy un gran lector y un gran andarín de galerías y museos. Además, me gusta grabar con una lectura la impresión que me ha producido un objeto de arte ó una curiosidad. Es una manera de instruirse

(1) Los franceses se empeñan en llamarlo *papelito* porque sí.—(N. DEL T.)

deleitándose, que aconsejo á todo el mundo. Primero ver, y en seguida saber. Volviendo de una visita á las salas egipcias del Louvre, vuelvo á leer la encantadora *Novela de la momia*, de T. Gautier, ó las admirables palabras pronunciadas por Isis en *La tentación de San Antonio*, de G. Flaubert; y al día siguiente, presa del deseo de saber más, voy á la biblioteca á hojear la gran obra de Leipsius ó dar un vistazo á los trabajos de M. Mariette ó de M. Maspero. Luego entra en danza la loca de la casa. Durante ocho días no sueño más que con obeliscos, hipogeos, esfinges y pirámides, dioses con cabeza de gavilán paseados en barca por el Nilo, faraones impasibles en sus tronos, con las manos puestas en los muslos y tocada la cabeza con el sacro *uraeus*; y con todos los misterios del Egipto antiguo. Al salir del museo de Cluny, donde he suspendido mi andorrear parándome á ver una armadura nielada y damasquinada de oro, abro con afán las crónicas de Froissart ó de Joinville, y ahí me tenéis en marcha para las cruzadas, los nobles pasos de armas y las grandes cabalgatas. El método es excelente, os lo aseguro. La vista de un portaescudo de madera dorada, con sus dos dedos alzados para bendecir y sus hipnotizados ojos, hace comprender mejor el

hermoso libro de Eugenio Burmouf. Con el recuerdo de un retrato histórico se esclarece y se anima una página de las Memorias de Saint-Simón. Una estatua griega se completa con un canto de Homero, y un primitivo italiano con un Evangelio.»

La confesión es bonita y de un giro ingenioso. Así, en todo lo que confía á sus versos y á sus libros, Francisco Coppée se nos aparece, no como un *satisfecho* en el sentido egoísta de la palabra, sino como un sabio, un joven sabio á quien van á saludar los recién llegados como á un maestro, y á quien muy pronto quieren como á un amigo. Nótese que casi todos los tomos de versos de los principiantes están dedicados á Coppée, cuando no llevan el nombre del autor de la *Justicia*. Y es que Coppée les ayuda, les alienta, escribe á veces un prólogo para ellos, como para la colección de M. R. del Costal, ó las *Reliquiae*

del joven y pobre Read. Y es que Coppée es un maestro sin pedantería, un artista sin tiesura, respetuoso para su oficio hasta la religión, enamorado de la armonía y de la sinceridad; que ha sufrido y ama la vida, conoce á los hombres y no los detesta; sueña con los bravos de los teatros y prefiere á ellos el murmullo de alguna playa bretona; retocando, hoy día de la fecha, un drama italiano que el Odeón pondrá muy pronto en escena, y dispuesto á escaparse para ir á Florencia ó á Douarnenez en busca de alguna impresión de arte ó de algún baño de olvido entre los vientos del mar. En una palabra, es un poeta, un verdadero poeta, que ha sabido poner en su vida el encanto mismo y la poesía de sus libros. Es uno de los más felices de entre nosotros, puesto que vive en la realidad de sus ensueños; el arte, el trabajo, la lectura, el afecto de sus amigos y el de la que ha reemplazado á su madre.

JULIO CLARETIE.

UN IDILIO DURANTE EL SITIO

I

A mediados de 1870, una señora anciana y su hija vivían en una modesta habitación de quinto piso en una casa del muelle de San Miguel.

Mad. Fontaine perdió su marido, profesor de sexto curso en el Liceo de Luis el Grande, en el momento en que su hijo Gabriel, que acababa de terminar bastante bien los estudios, iba á presentarse á exámenes en la Escuela Normal. La muerte de ese padre de familia fué entonces, como casi siempre, un verdadero desastre. No teniendo aún M. Fontaine la edad y el tiempo reglamentarios de servicios para jubilarse, su viuda no obtuvo de la Administración sino una mezquina pensión, y á Gabriel le fué preciso renunciar á la carrera del magisterio y agenciarse inmediatos recursos para sostener á su madre. El

provisor del Liceo, hombre benévolo y servicial, hizo, pues, obtener al joven un empleo en las oficinas de Instrucción pública, con mil quinientos francos anuales de sueldo, y esta suma, unida á la pequeña pensión de Mad. Fontaine y á algunos pobres ahorros hechos en vida del padre, aseguró el pan cotidiano á la viuda y á su hijo.

Componíase el cuarto que ocupaban de tres piecitas y la cocina. El comedor, con ese eterno papel imitando madera de roble, y cuyo pavimento estaba pintado de color pardo rojizo, contenía el aparador de caoba, la mesa con tapete de hule y las seis sillas de bambú de reglamento, ante cada una de las cuales descansaba un ruedo de pleita. Tampoco faltaban allí las cortinillas blancas, colgando de unas varillas, así como la estufa de la-

drillo pintada de verde y desconchada; los únicos adornos de la pared eran unas colecciones de mariposas puestas en cuadros y que revelaban los gustos entomológicos del difunto M. Fontaine. La alcoba de la viuda, que hacía de sala, estaba abarrotada con el antiguo lecho conyugal sepulto bajo los pliegues de un pabellón de damasco verde, de lo que eran también los cortinajes del balcón; fundas de hilo crudo cubrían las sillas y las dos butacas puestas á los lados de la chimenea, donde ardía en invierno leña de raíces, y que ostentaba dos ramos de flores artificiales bajo fanal y un reloj de alabastro, estilo del Imperio. Desde la pared opuesta á la chimenea mirábase al espejo el retrato del difunto M. Fontaine. Aquella obra artística, que un irrespetuoso aprendiz hubiera calificado con el enérgico epíteto de *buñuelo*, representaba al digno universitario con toga negra y birrete en la cabeza, sentado ante una mesa de despacho de tapa cilíndrica (cuyo original estaba puesto debajo del retrato), y escribiendo un verso de Virgilio con una pluma de ganso. Si el pintor había hecho resaltar de una manera chocante el contraste que ofrecían los blanquísimos cabellos y muy subido color rojo de M. Fontaine, su concienzuda buena voluntad hacía á lo menos pal-

pable en la exactitud con que estaban reproducidos los clavos del sillón, el tintero de sifón y la palma de oro bordada en la toga del profesor.

Cuando hayamos dicho que una tenue alfombra cubría parte del embaldosado, siempre enlucido con barniz secante; que dos grabados, copia de Delaroche, regalo de suscripción á algún periódico, constituían todo el adorno artístico de la estancia, juntamente con el ramplón retrato de M. Fontaine; que junto á la butaca, comúnmente ocupada por la viuda, había en un veladorcito redondo una calceta sin acabar de hacer, un par de gafas con montura de plata y una *Jornada del cristiano*; y, por último, que todo brillaba con fría y meticulosa pulcritud, el lector comprenderá, sin duda, con qué elocuencia expresaba ese triste y sosegado interior una vida de pobreza dignamente sufrida, de virtudes burguesas y casi inconscientes.

La tercera pieza del cuarto era el aposento de Gabriel. Aún más pequeña que las otras dos, empapelada con un pésimo papel blanco y flores azules, y caldeada por una estufilla de loza cuyo negro tubo formaba un ángulo y horadaba la pared, estaba pobrementemente amueblada con dos sillas de paja, un corto y estrecho catre de hierro, sin

pabellón, casi como una cama del dormitorio de un colegio, una mesita con tapete, una cómoda con la ropa blanca de vestir dentro y un lavabo encima; y, por último, unas tablas en escalerilla haciendo de biblioteca, en las cuales codeábanse los libros de texto y los diccionarios encuadernados en tela con cierto número de volúmenes de canto dorado, testimonio de los premios obtenidos por Gabriel en el colegio y en el gran concurso. A la cabecera de la cama colgaba el retrato de Mad. Fontaine, uno de esos antiguos daguerreotipos en metal que no se pueden mirar con luz fuerte sin quedarse uno ciego.

Ese gabinete era, pues, aún más pobre y triste que el resto de las habitaciones; pero bastaba abrir el balcón para traer ante sí el más maravilloso panorama. Cuando en un claro amanecer se ponía de codos en el antepecho el morador de aquel sotabanco, podía contemplar uno de los más sublimes espectáculos de ese París cuya belleza, como paisaje, no ha sido aún bastante encomiada por los escritores y poetas. De un vistazo en redondo abarcaba todo el curso del Sena, los muelles y puentes donde hormigueaba el gentío, los monumentos que sobresalen de entre los tejados. A la derecha, muy cerca, la imponente mole de Nuestra Señora; delante de

ella las torrecillas del palacio de Justicia y el áureo campanil de la Santa Capilla; y allá abajo, á la izquierda, entre la bruma de las mañanitas de verano, más allá de la graciosa curva del río y de la estatua de Enrique IV, entre el admirable marco formado por la isla de la Ciudad y por las casas del muelle de los Agustinos, la línea armoniosa y lejana de los palacios del Louvre. Reforzados por la sonoridad del río, subían de todas partes hasta él los mil alegres rumores de la ciudad al despertarse, los jadeantes suspiros de los barcos de vapor, el ruido del rodar de ómnibus y coches, los gritos de los vendedores callejeros y las charangas del relevo de la guardia. Podía embriagarse á sus anchas con aquella intensa vida, ese movimiento deslumbrador, esos magníficos ecos; y respirar á pulmón lleno el aire libre y puro de ese vasto cielo poblado de golondrinas.

Gabriel Fontaine estaba hecho para gozar de esas grandiosas sensaciones, aun cuando la vida que hasta entonces había llevado no parecía á propósito para desenvolverlas en él.

En el momento de comenzar este relato, era un joven de veinte años, estatura regular, delicada compleción, y llevaba siempre abrochado su traje de luto. Tenía finas las ex-

tremidades, abundante cabellera castaña y ondulosa, y unos grandes ojos garzos, a la vez apasionados y tímidos. Su rostro, de una palidez mate y trigueña, ofrecía vago parecido, más en joven, con *El hombre negro* del pintor Francia, que está en el museo del Louvre.

Su vida era monótona. Lastrado con el clásico café con leche, salía temprano para la oficina, llevando en un bolsillo del gabán un panecillo relleno de embutido. Seguía por el parapeto de los muelles, callejeando, mirando los barcos y los pescadores de caña, revolviendo á veces los puestos de libros. Abría con gusto los tomos de versos, pero nunca compraba nada, por ser muy pobre y por haber oído á menudo á su madre, mujer apocada y económica, hablarle de las escaseces domésticas. *Res angusta domi*, como decía antaño el difunto M. Fontaine. En el ministerio le querían sus compañeros. Parecía interesarse en las conversaciones, sonreíase con los equívocos, y de muy buena voluntad desempeñaba la tarea de un ausente. A la noche regresaba al muelle de San Miguel por el camino más largo; y, á solas con su madre, tomaba una cena tan breve y frugal como una comidita de muñeca; después, cuando la viuda, que era del campo y había conservado algunas costumbres de él, se acostaba á co-

sa de las ocho, retirábase él á su cuarto á leer ó meditar; algunas veces, aunque raras, salía é iba á ver á sus amigos de colegio, trocados en estudiantes de derecho ó medicina.

El domingo acompañaba á su madre á misa mayor á San Severino. Allí, aquella mujer anciana, bajita y flaca, que aún llevaba debajo de su velo de viuda la capota en forma de cabriolé, con ancho adorno encañonado y unos cabellos duramente negros, reproducía con su larga cara de un color amarillo rancio, su alta frente de devota, sus pálidos labios y sus ojos sin mirada, una de las místicas figuras que inmortalizó el pincel de Holbein. Leía el oficio divino en un grueso *Enucologio*, cuya encuadernación estaba envuelta en paño negro, y cantaba en voz alta las respuestas en latín, como en una iglesia de aldea. Gabriel, que había sido muy piadoso en su infancia, pero de quien habíase apoderado la duda desde largo tiempo atrás, se avergonzaba entonces vagamente de su madre; pero, por respeto á ella, nunca se atrevió á aconsejarla que renunciase á esa costumbre en un todo campesina.

Después de misa, daban una vuelta por el Luxemburgo ó el Jardín Botánico. A Gabriel le gustaba sobre todo este último paseo, por los

aromas de sus árboles extraños y por sus largas alamedas melancólicas.

En fin, era un ser dulce, tranquilo, silencioso, taciturno por natural tendencia. Casi nunca había entrado en el café, y, probablemente, siempre había sido casto.

No se le conocía ninguna opinión política.

II

Cediendo á la ley en virtud de la que los extremos se tocan, Gabriel tenía por íntimo amigo á un estudiante de primer año de medicina, con quien había estudiado y cuyo carácter era enteramente opuesto al suyo.

Llamábase Mario Cazaban y era natural de Valence-d'Agen. Pequeño, rechoncho, con ojos inquietos y ardientes, era ya barbudo hasta los ojos y parecía tener treinta y cinco años, cuando apenas había llegado á la mayor edad, por ese raro privilegio de los meridionales, quienes cierto es que nunca tienen aspecto de jóvenes, pero en cambio no se manifiestan en ellos hasta muy tarde los signos de la vejez. Cubierto siempre con un sombrero de fieltro flexible, se distinguía por las corbatas rojas y

las cazadoras demasiado cortas; se le salía la camisa por entre el chaleco, subido hacia el pecho, y el pantalón, de tela clara, de tal manera ajustado, que á cada momento se temía, por motivos de pudor, verlo estallar con estrépito.

Mario Cazaban era ateo, materialista é *irreconciliable*: esta palabra estaba entonces de moda. Su terrible acento del Mediodía hacía retumbar con discursos incendiarios el café del bulevar de San Miguel, donde tomaba feísimas posturas en las banquetas de cuero. Había gritado « ¡Viva la República! » en el entierro de Víctor Noir y creíase vigilado por la policía. A menudo paseaba de noche por las calles solitarias, armado de una enorme estaca, con la esperanza (poco sincera, por supuesto) de que se le acercase alguno de *la secreta*, y los molinetes que hacía con el palo eran el terror de los transeuntes trasnochadores.

Vivía en un cuarto de una hospedería en la calle de la Escuela de Medicina, cuyo ingreso, estrecho y cerrado por una cancela, tenía en lo alto un transparente de cristal, con el rótulo *Hotel amueblado del Progreso y del Tarn-y-Garona*, y donde mujeres con chambra y despeinadas asomábanse á la barandilla de la escalera para llamar al mozo. Mario frecuentaba el baile de

Bullier y conocía desde muy atrás el amor. Decía «el barrio» para hablar del Barrio Latino, y cuando tenía una querida, la llamaba con énfasis «mi mujer».

Por lo demás, buen muchacho, con esa *labia* y esa cordialidad corriente de las personas del Mediodía; en la sala de disección fumaba en una pipa cuyo depósito representaba las entonces tan populares facciones del periodista Enrique Rochefort. En resumen: inaguantable.

No era, pues, una real simpatía el atractivo de Cazaban para Gabriel, sino más bien una vaga admiración, muy explicable por cierto en un joven ignorante y tímido. Debemos confesarlo: Gabriel no podía eximirse de una especie de envidia cuando tenía ante sus ojos la imperturbable confianza y el maravilloso aplomo del hombre del Mediodía.

Es inútil añadir que la vida metódica y pura de Gabriel era para Mario un tema continuo de burlas del más pésimo gusto.

III

Una tarde de fines de Julio, es decir, pocos días después de la de-

claración de la guerra, Gabriel salió solo hacia el anochecer.

Estaba de mal humor. Durante la cena había expresado varias veces su madre temores acerca de él, con motivo de aquella guerra; y para tranquilizarla, había tenido que repetirla con insistencia que, siendo hijo único de viuda, no corría ningún riesgo de que le hicieran servir en el ejército.

Pero sordamente asomaba la revuelta en aquel ánimo joven, ávido de impresiones nuevas, y á quien no bastaba la satisfacción del cotidiano deber cumplido.

Estaba conforme en que no podía ser soldado como los demás, pues era demasiado necesario á su madre. Pero pensaba que el destino le había dado una vida muy estrecha y muy fastidiosa. Recordaba las largas tardes en la oficina llena de carpetas amarillas, el apestoso olor de los papelotes viejos, la constante intimidación de colegas con quienes ya no se ocurre una idea que comunicar, la calle alegre y llena de sol, abandonada todas las mañanas para hundirse en los largos corredores húmedos del ministerio. Veíase de antemano empleado antiguo, maniático y estúpido, con manguitos de percalina de lustre y tapones de algodón en las orejas.

Gabriel hacía estas tristes reflexiones al subir entre compacta mu-

chedumbre por una de las aceras del bulevar de Sebastopol. La noche era muy cálida. Acababan de encender el gas. Las gentes bebían cerveza y discutían con animación delante de los cafés deslumbradores. A cada momento, los transeuntes vertían en los oídos de Gabriel retazos de frases como éstas: «El emperador ha partido ayer... Le digo á V. que Le Bœuf es quien ha sido nombrado...» Negros grupos se ahogaban ante los kioskos luminosos, y los que á duras penas podían salir de allí llevaban en la mano, por encima de la cabeza, un periódico de la tarde, desdoblado y húmedo. De vez en cuando pasaban sobre el firme bandas de granujas y hombres con blusa, aullando con ritmo monótono los gritos furibundos de *A Berlín!* Luego, un repentino redoble de tambores cubría con su atornar todo aquel barullo. Eran los regimientos de la guardia imperial que iban á la estación del Este, y Gabriel distinguía en la calzada, sobre las cabezas de los curiosos, entre el confuso desfile de los chacós negros de los cazadores de Vincennes ó los gorros de pelo de los granaderos, el águila de oro de una bandera ó el plumero de un coronel á caballo.

Aquella emoción militar, aquel aparato bélico, hacían pasar por la mente del hijo de la viuda sueños

de combates y de gloria. Veía el amanecer de una formación en batalla, la línea oscura de las tropas hasta perderse de vista; los portapliegos á galope en la llanura y apenas visibles. Allí estaba también él, con el arma descansando, en la primera fila de la columna de ataque. Luego sordos estampidos de cañonazos, cornetas tocando á cargar, el calacuerda á la bayoneta, temeridades de zuayo; y allá abajo, en la cima de una colina, junto á un molino agujereado por la metralla, en medio de los artilleros jadeantes sobre sus piezas, reconocíase á sí mismo en aquel soldado raso que plantaba una bandera, al sol, entre el humo rojo.

Callejeando así, llegó á la estación de Strasburgo; pero en esos parajes habíase hecho casi imposible la circulación. Los soldados habíanse confundido con la muchedumbre; los entusiastas les ofrecían cigarros, hasta dinero; y en todas las tabernas veíaseles, fusil en tierra y mochila al hombro, trincando con los paisanos.

Gabriel hizo lo que todo el mundo: se puso en fila al borde de la acera y miró.

Aquello era un hacinamiento de tropas, carros y artillería. Encabritábanse los caballos, juraban los oficiales. A los agentes de orden público les costaba sumo trabajo

contener el valladar de los curiosos. Los babiecas aplaudían la llegada de una batería de ametralladoras, gritando. « ¡ Ahí van los molinillos de café! » El reloj de la estación de la vía férrea marcaba las nueve.

En ese momento sintió Gabriel que le tocaban suavemente en el brazo, y aun antes de volver la cabeza, oyó á una voz femenina decirle:

— Caballero, ¿ nos permite V. pasar delante suyo, para ver mejor?

Y, en efecto, dos mujeres jóvenes, vestidas de verano, se deslizaron por delante de él.

La mayor, una morena de ojos atrevidos, volvióse, ante todo, para dirigirle una sonrisa de gracias; luego se inclinó para decir una palabra al oído de su compañera. Iban cogidas del brazo y estrechándose una contra otra, como pequeñas burguesas un poco asustadas de haberse arriesgado entre aquella balumba.

Al principio, Gabriel no puso atención en esas dos mujeres; pero el oleaje del pueblo, engrosado tras de él, empujábale contra ellas, y se puso á mirarlas distraído. Estaban hablando una con otra en voz baja y se reían. La más pequeña, más tímida, al parecer, que su amiga, llevaba echado el velete á la cara. Junto á ella es donde se encontraba Gabriel; y á cada movimiento que

ella hacía, rozaba contra él su vestido.

En ese momento, y como pasase delante de ellos, al trote corto, un convoy de pesados cajones del tren de equipajes, hubo un tremendo empuje entre la multitud; y la mujercita que estaba delante de Gabriel, lanzada violentamente al arroyo, dió un paso en falso exhalando un grito, y quizá hubiera caído debajo de las ruedas de uno de los carros, si el joven, que también había sido como ella echado de la acera, no la hubiese recibido entre sus brazos.

Muda y desfallecida de miedo permaneció en ellos tres ó cuatro segundos, y después se levantó con brusco esfuerzo; pero Gabriel, que la había cogido la mano durante el accidente, la conservó en la suya y la agarró del brazo maquinalmente, como por instintivo deseo de continuar protegiéndola.

— Vamos, Eugenia, buena suerte hemos tenido de que estuviese aquí este caballero... ¿ Qué hubiera dicho tu marido, que no quería dejarte venir?... ¡ Vaya un recibimiento que me hubiera hecho esta noche! ¡ Oh! Caballero, se lo suplico, no nos abandone V. Ayúdenos á salir de estas apreturas. Se parecen á las de la última fiesta del 15 de Agosto, en que á poco me ahogan en los fuegos artificiales... ¡ Oh, tuve un

miedo!... Dí, Eugenia, ¿sabes que el señor acaba de salvarnos la vida?... Bonito es eso. Como en las novelas.

Pronunciaba estas palabras sin dilación la mocetona morena, quien había cogido el otro brazo de su amigo, y concluyó su discurso con una pequeña carcajada.

—En efecto, señoras— dijo Gabriel con voz temblorosa;— ante todo hay que tratar de salir de estas apreturas.

Habían vuelto á subirse á la acera, y Gabriel continuaba sintiendo sobre su brazo la mano de aquella á quien acababan de llamar Eugenia. Estaba profundamente turbado. Por la primera vez de su vida se había abandonado sobre su pecho una mujer.

Caminaban los tres por entre el hormiguelo popular, ya detenidos por toda una familia que en lloroso grupo abrazaba á un soldado de lijeros, ya empujados por un zuavo que salía del café corriendo en busca de su compañía y haciendo resonar la tartera y el cubilete.

Cuando hubieron llegado á un sitio de menor gentío, en el bulevar de Magenta, Gabriel sintió á la joven desprenderse del brazo de él. Aquella separación le produjo un extraño malestar.

—Ahora, caballero— dijo— sólo me queda darle á V. las gracias, muchas gracias.

Su voz era dulce, un poco sorda, tal vez á causa del miedo que acababa de pasar. Estaba inmóvil delante de Gabriel, quien se la quedó mirando. Era una mujercita de veinte años, fina y bien formada. Llevaba traje completo de color gris claro y un sombrero bastante bonito, con una pluma de faisán.

Bajo el velete, que sólo permitía ver una boca redonda y pura y una linda barbilla un poco regordeta, brillaban sus ojos alzados hacia Gabriel. Le parecieron muy grandes y muy refulgentes en la semioscuridad en que se encontraban.

La buena moza morena volvió á intervenir, exclamando:

—¿Cómo es eso, querida! ¿Quieres que el señor nos deje? Pues yo voy á rogarle, ya que tan complaciente es, que nos ponga en buen camino. Estoy completamente extraviada por estos barrios... Dígame, caballero, ¿sabe V. dónde pasa el ómnibus de los Pozos de la Nieve? Vivimos por allí.

—Pero, querida Mad. Henry, estamos abusando de la bondad de este caballero— dijo Eugenia con una ligera insistencia.

Gabriel tuvo entonces una audacia inverosímil en él: afirmó que quería dejar en sitio seguro á aquellas señoras, y que, con permiso de ellas, las acompañaría hasta el óm-

nibus que pasaba por allí cerca, por la calle de la Rochechouart.

Mad. Henry aceptó inmediatamente, y echaron á andar los tres en fila, dándose el brazo ambas mujeres.

Hacia una magnífica noche en ese largo bulevar, que comenzaba á quedarse desierto. No había luna, pero sí un cielo azul lechoso, sembrado de estrellas. Brillaba el gas con luz muy clara. Gabriel iba junto á la buena moza morena; no se atrevió á ponerse cerca de la otra. Nunca se había encontrado con mujeres desconocidas; latía con fuerza el corazón. Oía crujir los botitos sobre el asfalto de la acera. Acababa de levantarse la brisa nocturna, un poco fuerte, y agitaba suavemente las faldas y las mantelitas de las dos mujeres.

—Oiga V.—prosiguió Mad. Henry, con ese tono familiar y un poco ordinario que le chocaba mucho á Gabriel—no vaya V. á creer que mi amiga sea ingrata por lo que acaba V. de hacer. Pero mi Eugenia es un poco arisca. Comprenda V.; sólo hace un año que está en París y su marido no la saca nunca. Apenas tiene aún ella costumbre de sociedad...

Gabriel advirtió entonces que Eugenia tiraba de la manga de su amiga para hacerla callar, y madama Henry, que parecía ignorar el arte de las transiciones, pregun-

tó bruscamente á Gabriel sin darle tiempo á contestar:

—¿Qué edad tiene V.? Debe de ser V. muy joven: veinte ó veintiún años, ¿no es así? ¿qué hermosura tener veinte años! ¿Por qué no lleva V. barba? ¿Es V. artista acaso? Pero no; los actores gastan más largo el pelo. Déjeme V. adivinar. Tampoco es V. un cualquiera; tiene V. un aire demasiado distinguido... ¡Vaya! Me parece que me quedo: V. debe de trabajar en el ministerio.

Regla general: para la gente del pueblo, los artesanos y todas las personas ignorantes de las cosas de la administración, no hay más que un sólo y único ministerio, vago é indeterminado.

Gabriel confesó que, en efecto, era oficinista del Estado.

Mad. Henry continuó:

—Son buenas plazas, porque tienen sueldo fijo. ¡Calla! Lleva V. gasa en el sombrero. ¡Pobre joven! ¿Lleva V. luto por su madre? No. Entonces debe V. de vivir con ella. Enseguida se echa de ver que vive V. con su familia. ¿Sabe V. que ha estado V. muy amable con nosotras? ¿Cómo es la gracia de V.?

—Gabriel.

—¿Gabriel? Me gusta mucho ese nombre, Gabriel. ¿Y á ti, Eugenia? Pero prefiero el de León... ¡Ah! Y, por supuesto, el de Victor: es el

nombre del pícaro de mi marido... En fin, ya no tengo por qué quejarme. Me ha abandonado; es lo mejor que pudo hacer. Diga V., don Gabriel, ¿qué piensa V. acerca de la guerra? Yo creo que vamos á ganar. A pesar de todo, muchos de esos pobres soldados que acabamos de ver partir quedarán muertos. Mi-re V., nada más que con esta idea, me hace daño eso... Pero, en fin, el Emperador se ha visto obligado; ¡le aburrieron tanto con el plebiscito!

El joven comenzó á conocer á Mad. Henry por esos discursos, á los cuales acabó por contestar Gabriel, venciendo al cabo su natural timidez. Sin embargo, una atracción misteriosa volvía siempre su pensamiento hacia la silenciosa joven que les acompañaba.

El tímido Gabriel iba un poco por delante de las dos compañeras, y de vez en cuando encontrábanse sus miradas con las de Eugenia. Pero entonces bajaba él á pesar suyo los ojos, y ni una sola vez se atrevió á dirigirla la palabra. Mad. Henry parecía percatarse de la preferencia de Gabriel, pero no se daba por ofendida; antes al contrario, cuando en medio de su cháchara le veía distraído y ocupado nada más que con su amiga, dejaba escapar esa encantadora risita que tan bien decía á su boca encarnada y de linda dentadura.

Al fin llegaron á la calle de Rochechouart. Precisamente bajaba el ómnibus, y se le veía venir de lejos, moviendo sus dos ojazos rojos.

—D. Gabriel—dijo entonces madama Henry, con su habitual desenfado—segura estoy de que deseará saber V. si mi amiguita Eugenia se ha repuesto de su emoción... Pues bien, vivo en la calle de Santiago, 17. Será V. bien recibido siempre.

Deslumbrado Gabriel con aquella inesperada invitación iba á contestar, pero el ómnibus estaba allí cerca y Mad. Henry acababa de hacer señas al cochero. Alargó la mano al joven y le dijo:

—Hasta muy pronto, ¿no es así?

Gabriel la dió la mano, que ella sacudió como un camarada. Tal vez iba á atreverse á dar también la mano á Eugenia, cuando ésta, con una postrera mirada y un gracioso saludo de cabeza, lanzándose en pos de su amiga, le dijo vivamente:

—Adiós, caballero, y de nuevo le doy las gracias.

Gabriel las vió entrar en el ómnibus, que otra vez púsose en marcha. Oyó al cochero dar los dos golpes de timbre, y quedóse inmóvil allí, mirando cómo el pesado carruaje bajaba la áspera cuesta y desaparecía al cabo dando vuelta á la calle.

Volvió á casa á pie, andando muy

deprisa. Estaba lleno de una extraña exaltación. Recordaba los detalles de su aventura, todos á la vez y muy precisos. Estremeciase con la idea de que los cabellos de Eugenia le rozaron casi la cara cuando cayó ella en brazos de él; aún sentía en su mano la presión de la mano de la joven, recordando que llevaba guantes de piel de Suecia. Decía para sus adentros que volvería á verla; pronunciaba en alta voz palabras vagas. Repetía veinte veces las señas de Mad. Henry, calle de Santiago, 17, como si temiera olvidarlas. Se sentía más fuerte, más ágil y más ligero que de costumbre; parecía que su sangre circulaba con más rapidez.

Al atravesar el puente de San Miguel, vió por enmedio del arroyo pasar un grupo de estudiantes, entre los cuales conoció desde lejos á su amigo Cazaban. Todos berreaban la *Marsellesa*.

«¡Ah, es verdad! — pensó. — ¡La guerra! ¡Se me había olvidado!»

VI

Hasta pasar tres días, no se atrevió Gabriel á ir á ver á madame Henry.

Esa visita le parecía un asunto muy complejo y muy difícil. Había

pensado mucho en las dos amigas. Enternecíale hondamente el recuerdo de la mujercita silenciosa y velada, con la cual sólo había cambiado algunas miradas con miedo. Sabía que tenía marido, que era arisca é ignorante, y adivinaba que no era feliz. Quería volver á encontrarla, y repetíase que no había ningún otro medio sino el de visitar á Mad. Henry. Pero la imagen de esta hermosa morena, de ojos relucientes y palabras libres, cuyos labios sanguinosos se reían enseñando una dentadura tan blanca, le daba una turbación que casi era miedo.

Sin embargo, pensando que había mostrado ya muy poca prisa y que cuanto más tardase menos bien habría de ser recibido, un día salió temprano de la oficina y se dirigió á la calle de Santiago.

Como todo cobarde que se acerca al peligro, tomó el camino más largo y fué acortando el paso conforme se aproximaba á la meta.

En el bulevar de Montparnasse estuvo cinco minutos delante de una tienda de antigüedades, examinando un retrato litográfico del general Athalin, antiguo caballero mayor de la princesa Adelaida. Para no pensar en el paso que iba á dar, absorbíase en la contemplación de ese militar, evocando la época burguesa de Luis Felipe y

recordando todos los grabados que había visto de la época: el rey con un sombrero gris en la mano, la reina peinada á la inglesa, los príncipes con uniformes de un corte pasado de moda, y M. Guizot en la tribuna y con la mano metida entre las solapas de la levita.

En la esquina del bulevar d'Enfer, donde era aquel día el mercado de caballos y adonde los pilluelos llevaban troncos de percherones blancos con un haz de paja en la cola, detúvose de nuevo para mirar delante de la puerta de una taberna á dos chalanos, con largas blusas azules y gorras de casquete, discutiendo el precio de un rocín matalón que doblaba las rodillas, y al que uno de ellos tenía sujeto con una correa.

En la plaza del Observatorio estuvo mirando á unos titiriteros.

Luego, de pronto, después de haber perdido todo ese tiempo y siempre con arreglo á la lógica de los cobardes, echó casi á correr y no paró hasta la calle de Santiago, frente á aquel número 17, cuyas dos cifras se le habían aparecido con caracteres de fuego en sus sueños de las noches anteriores.

Era una casa vieja y estrecha, recién revocada con una mano de un color amarillo rabioso. Sólo tenía tres pisos, pero muy altos, y con dos huecos nada más en la fa-

chada. Encima del tejado había un buharda de granero, con una barra de hierro y una garrucha colgando. En la planta baja, junto á la puerta de escape que daba á una calleja oscura, había despacho de leche, en el escaparate del cual veíase la imprescindible pirámide de terrones de azúcar entre dos grandes cuencos de arroz y de chocolates hechos con leche.

Gabriel se tranquilizó un poco al ver el aspecto melancólico y popular de aquella casa, que á pesar suyo le hacía pensar en la cara de un pobre obrero. Con grandes palpitaciones de corazón entró allí bruscamente y se dirigió entre tinieblas al tabuco del portero, guiado por un fuerte olor á sopa de cebolla.

—¿Mad. Henry?—preguntó en el ventanillo, á media voz.

—¿Cómo?

—¿Mad. Henry?—repitió un poco más alto.

—Piso segundo, puerta de enfrente—respondió la voz de una mujer vieja.

Tropezando en cada peldaño de la oscura escalera, agarrándose á tientas á la vetusta y gruesa baranda de madera, llegó por fin Gabriel á la indicada puerta, se detuvo palpitante, y, después de haber tomado aliento, tiró del cordón de la campanilla con mano temblorosa.

En seguida salió á abrir madame Henry.

— ¡Ay, es don Gabriel!... Pase V.... Tome asiento... ¡Ha sido V. amable en demasía acordándose de mí!...

Por un contraste tan feliz como inesperado, el cuarto era alegre con sus dos ventanas abiertas, y la luz y el sol penetraban en él á raudales. Todo estaba tapizado con cretona de fondo amarillo, sembrada de ramitos. Había allí alfombra, sillas bajas, un diván, un armario de luna donde se veía como si fuese un retrato de cuerpo entero. Tras de los alzados cortinones de la alcoba entreveíase la cama, larga y ancha, con un cubrepiés almohadillado. Por todas partes había pequeñeces, objetos de mujer tirados en desorden, sin suciedad, en el velador, donde un ramo de rosas embalsamaba el aire; Gabriel reparó sobre la chimenea, donde también brillaba un lindo reloj dorado, en las velas azules de los candelabros y en una pequeña zapatilla de porcelana pintada, llena de cerillas.

— Mire V.— dijo Mad. Henry, cuando Gabrielsehubo sentado en un sillón— estaba poniéndoles el verde á mis pájaros. ¿Me permite V. que concluya?

La jaula, donde saltaban un canario y un jilguero, estaba puesta sobre una mesa; y Mad. Henry,

para meter por entre los alambres hojas de escarola, estaba de pie, casi dando la espalda á Gabriel, quien sólo la veía de escorzo. Su larga bata de fino paño rojo, que apenas indicaba el talle y arrastraba un poco por el suelo, la hacía parecer altísima. La magnífica mata de sus negros cabellos formaba un moño alto en el vértice de la cabeza, sujetándolos una gran peina de concha. Del mollete de la oreja colgaba una bolita de oro.

— ¡Qué rico es esto... vaya una golosina rica, queridos!— canturreó la morena buena moza, inclinándose hacia la jaula; y con los labios imitó el ruido de un sonoro y largo beso.

Gabriel estaba deslumbrado. Aquella mujer guapa, en traje al descuido, tan cerca de él, le fascinaba; sin saber lo que hacía, miraba aquella dorada piel de la nuca y los rebeldes mechoncitos rizados en ella.

Por ese instinto maravilloso de las mujeres, adivinaba Mad. Henry, sin verla, esa muda admiración, y como era un dulce halago para su amor propio, no se daba prisa para volverse de frente.

De pronto cruzó por la imaginación de Gabriel el recuerdo de Eugenia. Acordóse de que por ella había ido allí; y, cosa extraña, le remordía la conciencia por ese olvido de un momento, por tal sorpresa de

los sentidos que casi le había hecho desear á la otra.

—¿Y no le ha pasado nada á su señora amiga de V. —preguntó— á consecuencia del susto del otro día?

Mad. Henry se volvió, riéndose, y dijo:

—¿Eugenia?... ¡Ah, picaruelo, ya veo que hemos pensado en ella!...

Es V. muy guapo, Gabriel; pero Eugenia es casada... y virtuosa...

No hay más remedio que olvidarla.

—Pero, señora, le aseguro á V....

—Bueno, bueno... como si yo no hubiese notado nada la otra vez...

como si V. no hubiese estado mirándola todo el tiempo que tardamos en subir por el bulevar Magenta.

Pero, es lo mismito que le digo á V.... santa como una imagen...

Y, francamente, se necesita mérito. También es guapo chico ese Clément...

Por supuesto, no me choca... Fué compañero de mi marido.

—¿Es desgraciada?—dijo Gabriel con voz triste.

—¿Como las piedras! ¡Pobrecita mujer! Se crió en el campo, en casa de sus padres, arrendadores ricos...

Y la mimaron... con verdadero regalo... Y luego se presenta ese mocetón, que era del país y acababa de establecerse en París de maestro carpintero, en el bulevar de Italia...

¿sabe V?... Se casó con ella y con una buena dotecita ¡á fe mía! y aquí

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

Pues ¡y mal hablado?... Y se va al café todas las noches... Si no me tuviese ella á mí para pasar las veladas, ¡se moría de aburrimiento, esa pobrecita querida! Por fortuna, la deja venir aquí en cuanto comen. Trae labor, hacemos café y charlamos. Me cuenta sus miserias. Esto las alivia siempre, ¿no es así? Mire, Gabriel, sería V. muy amable si viniese alguna vez á pasar una hora con nosotras... Nos leería V. el *Petit Journal*, con tanto mayor motivo cuanto que ahora va á estar muy interesante á causa de la guerra... Bien sé que esto se acabará en seguida y que dentro de quince días estaremos en Berlín... ¡con los turcos!... Y luego, que ¡los prusianos no tienen ametralladoras!...

Y Mad. Henry continuó así la cháchara, sin detenerse, de un tirón, alejándose (con gran sentimiento de Gabriel) del asunto que tanto interesaba al cándido joven; y mezclando, con desprecio de todo arte y de toda lógica, los detalles de su vida de mujer frívola y desocupada con las más inesperadas

están hace diez y ocho meses. ¡Ah, no ha ido bien la cosa! Todo está ya comido ó poco menos, y creo que anda en malos negocios. Además, no se construye apenas... Y siquiera fuese galante con su mujer... pero no; el tal Clément sólo la tiene para lo material... ¡Es más bruto!...

consideraciones acerca de las bellas artes, la religión, la guerra y la política. En pocos instantes supo Gabriel que había nacido en Clinancourt; que se pirraba por el cómico Melingue; que su marido la había plantado por una *nadie*; que ella rezaba sus oraciones por la mañana y por la noche; que el lavado y planchado de las enaguas costaba un sentido; que en su opinión debían anexionarse á Francia las márgenes del Rin; que se hacía subir la comida del despacho de leche; que leía con entusiasmo las obras de Enrique Murger; que admiraba mucho á Garibaldi, y que había asistido á la ejecución de Troppmann.

Se había sentado en un sillón, frente á Gabriel, con los codos en las rodillas y la barba apoyada en las manos; y le hablaba, mirándole cara á cara, como un hombre.

Armándose de todo su valor, Gabriel hizo otra tentativa para llevar otra vez la conversación á lo que se refiriese á Eugenia; pero madame Henry tuvo tal acceso de hilaridad, hizo notar con una risa tan chancera y con burlas tan gordas la insistencia de Gabriel, que éste, sintiendo que se le encendía el rostro y que la sangre le abrasaba las orejas, cambió él mismo el curso de la conversación, y algunos minutos después se levantó para despedirse.

Sin embargo, no pudo hacerlo

hasta haber prometido que volvería sin falta el día siguiente por la tarde; y desde el quicio de la puerta, Mad. Henry le prometió entonces que Eugenia estaría allí, con una sonrisa que acabó de trastornarle hasta el punto de que, al ir á saludar por última vez, en poco estuvo que no fuese rodando á oscuras por la escalera.

Mas, apenas se vió en la calle, invadióle una alegría inmensa al pensar que iba á volver á ver á Eugenia. Se felicitó de haber ido á casa de Mad. Henry, como de un acto heroico. Con la cabeza erguida, el paso alegre y fuerte, dió la vuelta atravesando el Luxemburgo, polvoriento y abrasado por un tórrido día de canícula.

Bajo los hermosos plátanos de la fuente Médicis, en esa alameda donde las niñeras y las mamás tiran de aguja, agrupadas al pie de los árboles, fija la vista en los niños agachados que juegan con la arena, encontró á Cazaban, sombrío y calando el sombrero hasta los ojos.

Gabriel rebosaba simpatía universal. Estrechó las manos al hombre del Mediodía, y se informó con tierno interés acerca de la causa de su tristeza.

—¿Y tú me lo preguntas?—dijo Cazaban con impaciencia.—¡Ah, es cierto, tú no eres un ciudadano! De modo que no has leído el tele-

grama... que el chico (1) ha cogido una bala del suelo... ¡Ah, si Badingue obtiene la victoria, animal, queda fundada su dinastía, y nos clavó con eso (2)!

Gabriel estaba tan lejos de este orden de ideas, que ni siquiera se fijó en lo que la inquietud de Cazaban tenía de poco patriótica. Las frases del meridional le recordaron la guerra. Pero la confianza de madame Henry había penetrado también en su ánimo, y dijo alegremente:

—¡Tanto peor para tu República! Estoy seguro de que seremos vencedores en toda la línea.

V

Al siguiente día, Gabriel fué exacto á la cita.

Encontró á Mad. Henry ocupada haciendo el café; y la vista de tres tazas del Japón puestas en una bandejita, le causó una emoción violenta, pues eran prueba de que se esperaba á Eugenia.

Mad. Henry parecía muy agita-

(1) El príncipe imperial, muerto años después oscuramente por los zulús en Africa.

(2) El partido revolucionario llamaba entonces á Napoleón III *Badinguet* y *Badingue*. —(N. DEL T.)

da, y cuando Gabriel se informó con urbanidad de su salud, respondióle ella:

—Mire V., ya no vivo. Cuando pienso que, acaso ahora mismo, se baten nuestros soldados con esos tunantes de prusianos... ¡Oh, hay momentos en que me da rabia no ser hombre!

Estas palabras produjeron á Gabriel el efecto de una acusación. Desde la víspera había vivido esperando con fiebre el momento en que estaba, y veíase obligado á confesarse á sí mismo que ni un instante había reflexionado acerca de la suerte de nuestro ejército. Le dió vergüenza de oír á una mujer darle esta lección de patriotismo, sin saberlo ella; y pegado silenciosamente al antepecho de la abierta ventana, permaneció un rato con la cabeza medio vuelta y mirando los oblicuos rayos del crepúsculo de la tarde dorar la cúpula del Observatorio y las copas de los árboles que se veían al otro lado de la calle sobresalir de las altas tapias.

Al conocer á Gabriel, se detuvo cortada.

—¡Ah, ya está aquí mi querida! —exclamó Mad. Henry besando á la joven y quitándola el sombrero y la manteleta.—Vamos, Eugenia, me parece que te he reservado una sorpresa. Ya le conoces. Es nues-

tro caballerito de la otra vez... ¿No es verdad que tiene gracia?

Luego, exagerando de una manera bufa los arqueados ademanes y la sonrisa ultragraciosa de una mujer de sociedad que hace una presentación, añadió:

—Señora Clément, el señor don Gabriel... Don Gabriel, la señora Clément...

Y concluyó soltando una carcajada.

Gabriel saludó con encogimiento. Mad. Clément tartamudeó trabajosamente algunas palabras:

«Tenía mucho gusto en volverle á ver... No se había olvidado de... Esperaba que habría estado bien de salud...»

Pero el joven la miraba sin verla, la escuchaba sin oírla. Tenía sed. No sabía dónde poner las manos. Aparecíasele como entre niebla, de pie ante él, bajita, monísima, con los ojos bajos, con una gorguera de muselina blanca que se introducía por el escote del cuerpo de su vestido gris, y teniendo con ambas manos delante de sí por el asa una bolsa de labor, de cuero negro.

Entonces Gabriel, haciendo un esfuerzo enorme, se pasó la mano por la frente, calada de sudor, y preguntó, con aire embobado, si no le parecía que hacía muchísimo calor.

La estrepitosa hilaridad de ma-

dame Henry sacó de apuros á los dos.

—Vaya, sentémonos. Se va á enfriar el café. Tome V., Gabriel, eche azúcar... ¡Cómo, mi pequeña Nini! ¿Estás ya con tu bordado? ¡Qué trabajadora! Vamos, ¿dónde habré puesto mi alfilerero?... ¡Caramba, si lo tengo en el bolsillo!... ¡Ah, tengo una cabeza!... Y eso me da desazones á cada momento... Prueba de ello, ayer mañana, la disputa que tuve con el revisor de los ómnibus de la plaza de San Miguel, por no haber dado mi billete de combinación.

Se había disparado, y su charla iba saltando de un asunto á otro, extendiéndose en prolijos detalles acerca del equipo de novia de una prima suya, el padre de la cual, comerciante en maderas en la Chapelle, no se hubiese dejado cortar una pata por doscientos mil francos, ó indignándose con el recuerdo de la ira que tuvo el otro día en la escalera, cuando su vecino del segundo, el practicante de la Maternidad, quiso besarla á oscuras.

Estaban sentados los tres alrededor de una mesa redonda, sobre la cual Mad. Henry, situada entre los dos jóvenes, estaba cortando, á la vez que hablaba, las piezas de un cuerpo de merino, por patrones hechos con un periódico viejo. Eugenia bordaba, con la cabeza terca-

mente inclinada sobre la labor, y tirando de hebra muy de prisa. En cuanto á Gabriel, siempre embobado por su timidez, contemplaba el dibujo de su taza de café; ó si alzaba los ojos, pero sin atreverse á fijarlos en Eugenia, era para mirar el vasto espacio de cielo azul recuadrado por las ventanas, en el cual flotaban algunas nubecillas cobrizas, último recuerdo del sol que acababa de desaparecer.

Cuando Mad. Henry le dió *Le Petit Journal*, rogándole que lo leyese, Gabriel creyó al pronto que no iba á poder lograrlo. Parecíale que las líneas impresas ondulaban como culebras, y que los caracteres de imprenta cambiaban de continuo de color. Sin embargo, pudo leer, pero no comprendía sino con vaguedad las frases que pronunciaba. Tenía una confusa idea de que se trataba de la biografía de un mariscal de Francia, encargado de un mando en el ejército del Rhin; y de un rasgo de intrepidez realizado en otro tiempo por dicho general, cuando sólo era comandante en Africa, en no sé qué asalto que dió, bastón en mano y con el cigarro en la boca.

Iba cayendo poco á poco la noche, y la oscuridad comenzaba á invadir el cuarto. Mad. Henry se levantó para encender una lámpara.

Sólo entonces fué cuando, impedidos por un instinto superior á su

voluntad, se miraron Gabriel y Eugenia.

El choque duró un segundo, uno sólo; y la joven bajó de nuevo y de pronto la cabeza hacia el bordado, aunque ya casi no se veía nada. Pero Gabriel había reconocido aquellos ojos, tan grandes y tan brillantes en la penumbra, tales como se fijaron en él por vez primera en el bulevar Magenta, á la luz del gas, y sintió refluírle al corazón toda la sangre.

Encendida la lámpara, Mad. Henry fué á sentarse, y se puso á hablar con su amiga, pidiéndola parecer acerca del modo de cortar su cuerpo de vestido, y Eugenia la contestó interrumpiendo su labor y trazando líneas en la tela con el dedo cubierto con un dedalito de plata. No miraba nunca á Gabriel, pero se presentía un esfuerzo en aquella persistencia en evitar el verle. Por el contrario, él se iba atreviendo. Hasta llevó su audacia al punto de dirigirla la palabra. Respondióle ella en muy pocas, con voz que trataba de ser fría y que era siempre dulce. De vez en cuando, sonriéndose con una idea oculta, Mad. Henry los miraba despacio, uno tras otro, con un aire extraño.

Al fin dieron las diez en cuatro ó cinco relojes del barrio. Hacía una noche clarísima, con muchas estrellas y muy cálida. No corría una brisa. Una gran mariposa nocturna,

procedente de los árboles del Observatorio, había entrado por la ventana y revoloteaba girando junto al techo, dentro del círculo luminoso proyectado por la lámpara.

Eugenia metió el bordado en la bolsa de cuero, y se levantó para retirarse; pero Mad. Henry, al ponerla la manteleta, la dijo en voz ni alta ni baja:

—Dime, Eugenia, si te parece... está tan desierto esto, y esos bulevares exteriores... Gabriel podría acompañarte hasta tu casa...

—¡Oh! Mad. Henry, es imposible... ¿Qué diría Clément si me encontrase?

—¡El! Bien sabes que nunca sale del café antes de media noche... En tu lugar, tendría yo mucho miedo de volver sola... Los periódicos están llenos de asesinatos...

—Te lo suplico, querida amiga... eso no puede hacerse.

Y Mad. Clément, después de besar á su amiga y saludar á Gabriel con una simple inclinación de cabeza, salió bruscamente.

Un instante después, también el joven dió las buenas noches á madame Henry; la cual, de pie delante de la chimenea, canturreaba, estirándose los brazos, como una persona que tiene sueño. Y Gabriel regresó á casa de su madre por el bulevar San Miguel, desierto y bañado por la claridad de la luna.

Sintió de pronto un profundo abatimiento. Estaba disgustado de sí mismo. Encontraba que Eugenia había estado glacial, y acusábase de haber estado él estúpido; casi le daban ganas de llorar.

A la altura del museo de Cluny, delante de un puesto de periódicos, atravesó por entre grupos cuyo aspecto le pareció siniestro. Gente artesana, estudiantes y hombres del pueblo hablábanse unos á otros con aire sombrío. Maquinalmente se detuvo para escuchar.

¡Wissemburgo! ¡El general Douay sorprendido y muerto! ¡aplastados los turcos, después de prodigios de valor! ¡El territorio invadido! He aquí lo que supo Gabriel, por algunas frases lanzadas por voces enfurecidas.

No era ningún egoísta; amaba á su patria como cualquier otro, y aquella terrible noticia disipó al pronto su amorosa languidez. Pero cuando entró en su cuarto, se echó en la cama y apagó la vela, en esos momentos en que los habitantes de París pensaban en la muerte de una división entera, en la sangre derramada por tantos franceses; Gabriel, en cuyo pensamiento volvió á imponerse el recuerdo de la mujer ya deseada, veía otra vez con la imaginación la estancia de la calle de Santiago, y á Eugenia bordando junto á la lámpara; y sentía llenár-

sele de lágrimas los ojos, con infantil ternura, al recordar el minuto en que se había pinchado ella el dedo, y de donde había hecho salir, apretándolo delicadamente entre sus blancos diente-cillos, una pequeñísima y única gota de sangre.

VI

Entonces comenzaron á transcurrir los largos y penosos días de ese mes de Agosto, durante el cual un ardiente y espléndido sol se cernió constantemente, como una ironía, sobre la capital llena de angustia y de espanto.

Primero hubo un diluvio de noticias siniestras: ¡Reichshoffen, horrible desastre, del que apenas se consolaba el patriotismo popular, haciendo entrar en el ciclo de sus leyendas la carga sublime de los grandiosos coraceros! Luego se sucedían los telegramas pavorosos y oscuros: *Sin noticias de Frossard. Todo puede arreglarse aún. Acelera la defensa de París.* ¡Y Forbach? ¡Y retrocediendo en todas partes! ¡Y Strasburgo bloqueado! ¡Y Metz embestido! ¡Y las primeras lanzas de los hulanos vistas acá y allá, en todas partes, siempre más cerca cada vez! Y se vieron las Cá-

maras en sesión permanente, derribados con rabia los ministros, la izquierda imperiosa y amenazadora, la proclamación de leyes angustiosas y medidas desesperadas, las murallas cubiertas de carteles acerca del estado de sitio. Luego vino la carencia de noticias, peor aún que las noticias malas. Comenzóse á vivir en la calle, discutiendo, perorando con periódicos en la mano.

La muchedumbre, ávida de credulidad y de esperanza, acogió todas las fábulas: victorias ante Metz, en las canteras de Jaumont. París cambió de aspecto todos los días. Surcado ayer por los ridículos uniformes de los bomberos de provincias, reunidos contra un amotinamiento posible por un gobierno extraviado, llenábase hoy de soldados veteranos, hombres de la reserva, sucios, á medio equipar, á menudo borrachos, y acompañaba mañana con cantos y hurras frenéticos la marcha de sus guardias móviles, ¡todavía ¡sin armar. Después de engallarse un día de pronto con el falso rumor de una victoria, corría en masa á ver sus fortificaciones, que hasta entonces sólo habían valido para los idilios de los pistoles con sus paisanas y los domingueros regocijos de extramuros, trastornadas á la sazón por el zapapico de los terraplenadores, cubiertas de caballos y peones, retumbando con

el chasquido de los látigos y las órdenes gritadas por los jefes de pertrechos, y mostrando acá y acullá en la hierba de sus taludes el centelleante bronce de las grandes piezas de sitio. Presa de la fiebre militar, los ciudadanos iban á aprender el ejercicio á los patios de los cuarteles, donde se los veía formados en pelotones y haciendo sonar las culatas en las losas. De las puertas de las alcaldías, donde se estacionaba la multitud leyendo los bandos húmedos, veíanse salir burgueses con el fusil al hombro y la bayoneta invertida. Por los afueras, los habitantes de los contornos, impelidos ya por el miedo á la invasión, llegaban con su pobre ajuar en un carro de mano, el hombre en las varas y la mujer empujando por detrás, los niños llevando envoltorios, y, último síntoma del próximo bloqueo, numerosos rebaños de bueyes flacos y fatigados, y de carneros grises de polvo, se hacinaban en los parques contruidos deprisa y corriendo, en medio de los jardines públicos y á lo largo de los bulevares exteriores.

Pero el parisiense que menos parte tomaba en aquella furibunda exaltación, en esas crueles ansiedades, en esas locas esperanzas, era Gabriel, con toda seguridad.

Había vuelto á ir á casa de madame Henry, había vuelto á ver

allí á Eugenia. Al principio fué cada tres ó cuatro días, luego con más frecuencia, más adelante todas las noches; y ahora ya no vivía más que para esas dos horas pasadas en la casa de la calle de Santiago, junto á las dos mujeres trabajando al lado de la lámpara, mientras por las ventanas abiertas llegaba el olor de los árboles y el centelleo de estrellas de las hermosas noches de verano.

En los primeros tiempos, Eugenia había parecido apurada con la presencia del joven y le había dispensado la misma acogida, llena de frialdad y de reserva; pero había concluido por conmoverla su silencio y su dulzura, siendo también ella candorosa como él; y á los pocos lugares comunes que él se había atrevido á decirle con voz temblona por la emoción más penetrante, había concluido por contestar ella con más confianza. Algunas veces se fijaban sus ojos con simpatía en los de Gabriel. Una noche, hasta fué la primera en dirigirle la palabra, y no pudo evitar el sonreirse con tristeza al ver el inefable gozo que leyó entonces en los ojos de él.

Mad. Henry protegía visiblemente á Gabriel. Aquella mujer sin educación, tal vez medio galante, por fuerza había de tener mucha indulgencia para los descarríos amo-

rosos. Quizá no hubiera dado á su amiga un mal consejo, pero se divertía viendo nacer y desarrollarse una pasión en aquel joven; y en su inconsciente inmoralidad, casi hacía votos porque fuese correspondido ese amor.

Gabriel amaba como un loco, como se ama por vez primera, ¡ay!, como sólo se ama una vez. Todo lo que Mad. Henry le había dicho acerca de su amiga, todo lo que Eugenia le había permitido sorprender sobre su carácter y su vida en las conversaciones de la noche, habían encendido en su pecho un foco ardiente de ternura y lástima. Adivinaba entonces cuán triste y penosa existencia había labrado el matrimonio en aquella mujercita, sencilla de corazón, delicada y amante, á quien habían unido con un obrero medio salido de su esfera, grosero y violento, y además irritado por la mala fortuna. Comprendía el absoluto abandono en que ella se encontraba, perdida en esta inmensa capital donde no conocía á nadie; veíala sola en su casa, hasta sin criada, ocupándose en los pequeños menesteres domésticos y preparando las comidas que su marido (el cual salía del taller con blusa de trabajo y se paraba en el quicio de la puerta para reprender á uno de sus operarios) acudía á comer á escape, ensombrecida la frente por

la proximidad de un vencimiento impagable, y sin dirigir á su mujer más que algunas palabras breves y duras; sabía las interminables veladas que antes de conocer á Mad. Henry había pasado Eugenia en el dormitorio nupcial, apenas amueblado, cosiendo á la luz de una vela y esperando hasta media noche, hora en que su marido regresaba de la taberna, con la americana señalada con tiza del taco de billar, apestando á vinazo caliente, y tirando, antes de acostarse, la ceniza de su última pipa sobre el mármol del hogar de la chimenea. En los azares de la conversación, Gabriel había sorprendido en un suspiro, en una mirada al cielo, en una sonrisa irónicamente dolorosa, los muchos sufrimientos que Eugenia había experimentado, las muchas lágrimas vertidas en silencio. ¡Qué tormento, entonces, para el pobre enamorado! ¡Y decirse que todo aquello no tenía remedio, que estaba casada! ¡Sentir lo inútil de toda compasión, lo impotente de toda cólera!

Sin embargo, tenía un consuelo: veía que Eugenia encontraba algún encanto en esas apacibles horas de charla y de labor que reunía á los tres en casa de Mad. Henry. A él, tan sencillote, no se le alcanzaba nada de eso, y la misma Eugenia no se daba cabal cuenta del íntimo

placer que sentía al verse admirada y querida por aquel dulce joven, de modales tan discretos, de penetrante voz, con tan lindas manos blancas hechas para acariciar y una expresión de ternura tan melancólica en sus hermosos ojos negros. El inocente no comprendía cuánto camino había andado ya en el corazón de la joven; pero, sin embargo, veía que en sus reuniones íntimas en el cuarto de la calle de Santiago perdía ella pronto el aire triste y preocupado que tenía á su llegada, y que á veces ella misma se abandonaba á un amable y gentil regocijo que hacía muy venturoso á Gabriel.

Todas las noches leía *Le Petit Journal* á las dos amigas; era ya una costumbre para los tres, y para Mad. Henry, que desde los primeros reveses había dejado de ser bonapartista, una ocasión para reclamar la república, el levantamiento en masa y la victoria cantando la Marsellesa. A Gabriel le gustaban mucho esos discursos patrióticos de la guapetona morena, no porque los escuchase él, sino porque entonces interrumpía la lectura y miraba intensa y largamente á Eugenia. También algunas veces, con el fin de prolongar la sesión, llevaba un libro, y á la diaria ración de periódico añadía algunas páginas de novela ó de poesía. De ese modo hizo

conocer á las dos mujeres la inmortal narración del abate Prévost (1) y algunos de los versos más apasionados de Alfredo de Musset, y una vez más los hermosos libros que hablan de amor sirvieron de intermediarios á dos amantes tímidos.

VII

Una noche, á fines de Agosto, como se hubiese prolongado la lectura hasta más tarde de lo ordinario, de tal modo insistió Mad. Henry, que Eugenia acabó por consentir que Gabriel la acompañase hasta su casa. El marido estaba ausente por haberse marchado por uno ó dos días á Chartres para un asunto de su profesión, y no había riesgo de encontrárselo.

Por primera vez en su vida sintió Gabriel apoyarse el brazo de la casadita en el suyo con confianza, mientras subían los dos despacio y silenciosos la solitaria calle extrañada donde resonaban sus pasos, en el sosiego de aquella noche de verano, sobre ese suelo próximo á las catacumbas.

Sin cruzarse una palabra, llegaron así al ancho y hermoso bulevar

(1) La famosa novela de los amores de Manon Lescaut y el caballero Des Grieux.— (N. DEL T.)

de los Pozos de la Nieve, cuyos altos árboles, desaparecidos hoy, erigían sus oscuras copas entre el esplendor del cielo estrellado. En medio del firme de la carretera veíanse, saliendo por encima del largo cercado de malas tablas, los cuernos negros de los bueyes estabulados allí en previsión del asedio.

Cuando penetraron bajo la oscura bóveda de ramaje del paseo, Eugenia acortó el paso de pronto y dijo con voz alterada:

—Gabriel, voy á decirle una cosa, y espero que no se enfadará V. Desde hace algún tiempo vengo notando que me profesa V. una amistad excesiva, y esto me causa mucha pena. Sólo por explicarme con entera franqueza con V. he consentido dejarme acompañar esta noche. No quiero que tenga V. ningún pesar por causa mía. ¿Sabe V. lo que debería hacer si quisiera ser V. prudente del todo? No volver más á casa de Mad. Henry. Yo no puedo dejar de ir allí, porque ha sido muy bondadosa conmigo. Pero V. debería tener ese valor. ¿Adónde nos llevaría el tenernos en el pensamiento el uno al otro? Sufriría V. por ello y también yo, y harto desventurada soy ya. Por supuesto, hago mal en quejarme... ¡puesto que así es la vida!

Callóse. Había hablado de prisa, muy emocionada y sin advertir que

sus manos estaban ya en las del joven un buen rato. Pero de pronto oyó un sollozo y sintió que una cosa ardiente le había caído en una de las manos. Era que Gabriel lloraba.

¿Qué se dijeron entonces?... ¡Oh! ¡Sólo vosotros lo sabéis, los que habéis llorado, entre tinieblas, sobre el seno de una mujer; los que habéis creído en la palabra « ¡siempre! », al pronunciarla; los que habéis conocido el delicioso dolor de amar! ¡Sólo vosotros lo sabéis, aquellos á quienes una mirada de tristeza en ojos muy queridos ha hecho faltar á los más grandes juramentos de virtud y de valor! ¡Corazones cándidos y sublimes, que habéis hecho caber todo el ideal de la vida dentro de una hora de vuestra juventud, y á quienes la pérdida fatal de ese divino ensueño deja para siempre apagados los ojos y pálida la frente: sólo vosotros tendréis indulgencia para aquellos dos pobres seres, á quienes el destino había concedido tan pocos consuelos y alegrías, y que, perdidos entre la soledad de aquella noche cálida y llena de aromas, vistos nada más que por las clementes estrellas, olvidábanse de los deberes sociales y de la patria enlutada é iban á abismarse en las inmensidades del amor!

Estaban sentados en un banco. Gabriel lloraba aún con ardientes lágrimas. Ella trataba de tranqui-

lizarle, de consolarle, le enjugaba los ojos con su pañuelo, le suplicaba que se sonriese.

Después vagaron bajo las antiguas enramadas, cogidos de las manos, estrechándose uno contra otro, hablando quedito. Ella le refirió toda su vida, su infancia en el campo, en la granja, donde aún vivían sus padres; le dijo cómo la habían casado demasiado joven, y que siempre le había dado miedo su marido con su voz bronca y su barba áspera; que á ella no le gustaba París, que esta ciudad era demasiado grande, y mil niñerías; y que el perrazo mastín que estaba en el patio de la casa no la conocía, y que al regresar á casa por la noche ladraba tras ella, tirando de la cadena de amarre.

Oíala Gabriel hablar como en un sueño y la contemplaba á través de sus propias lágrimas. Luego, de pronto, la interrogaba, quería saber todas las cosas de ella, el detalle más insignificante de su vida, el pensamiento más recóndito de su alma.

Ni uno ni otro se decían que se amaban: no tenían necesidad de decirselo. Eugenia tenía cruzadas las manos sobre el brazo de Gabriel y se miraban á los ojos.

Detuviéronse en la parte del bulevar que pasa por encima de la Bièvre, al borde del parapeto de

piedra, y contemplaron un instante lo que la noche, bastante oscura, permitía ver del melancólico paisaje: el agua negra del río, la cortina de altos álamos blancos inmóviles y los vagos campos donde se secan en cuerdas las piezas de ropa blanca.

A lo lejos dieron lentamente las doce de la noche.

—¡Oh! ¡Qué tarde es!—dijo Eugenia estremeciéndose.—Ya debía estar de regreso en casa. Vamos pronto.

Aceleraron el paso, y á los pocos minutos estuvieron en el bulevar de Italia, delante del domicilio de Eugenia.

Al resplandor de un mechero de gas vió Gabriel, aislada, dentro de una tapia medio ruinoso, una grande y tosca puerta de madera, en el montante de la cual había una muestra pintada de blanco, donde con letras negras estaban escritas estas palabras, que el enamorado leyó oprimiéndosele el corazón: *Clément, traficante en maderas*. Luego, así que llegaron junto á aquella puerta, Gabriel vió confusamente, á través de los espaciados tablones con que estaba hecha, en primer término unos almacenes bastante vastos, llenos de maderas y vigas, y donde acababan de estallar los furiosos ladridos de un perro; después, en el fondo de aquel patio, la techumbre baja y plana de un ta-

ller, y, por último, un poco á la izquierda, la casa-habitación, pequeña, cuadrada, con planta baja y piso principal tan sólo, con ventanas simétricas, sin un adorno ni una moldura, muy nueva y muy triste.

En aquel sitio ramplón y sin encantos era donde Eugenia vivía con el otro, y con tal pensamiento sentíase Gabriel lleno de amargura.

Eugenia había introducido ya en la cerradura la llave.

—¿Hasta mañana?—preguntó el joven con suplicante voz.

Ella no se había dejado acompañar por él sino para suplicarle que no volviese á verla más; pero á la sazón la había abandonado todo su valor.

—Hasta mañana—respondió, entreabriendo la pesada puerta y alargándole la mano que tenía libre.

Cogió aquella mano que le ofrecían. Pero de pronto, espontánea,

(Se concluirá.)

instintivamente, ambos jóvenes cayeron uno en brazos de otro; y los labios de Gabriel se apoyaron febriles y enloquecidos en la frente de la joven, en sus párpados medio cerrados, en su boca entreabierta...

—¡Oh! ¡Eso está mal hecho! ¡Déjeme V., Gabriel! ¡Eso está muy mal!—murmuró Eugenia palpitante.—Y arrancándose de los brazos del joven se lanzó al patio, empujando violentamente tras de sí la puerta, que se cerró con ruido y retembló largo rato.

Gabriel la vió escaparse y desaparecer dentro de la casita. Quedóse inmóvil allí, con los ojos levantados hacia el firmamento centelleante de astros, frente á ese almacén oscuro y desierto, donde continuaba aullando un perro invisible. Temblábanle las manos como á un viejo. Se le oprimía el corazón dentro del pecho. Hubiera deseado morir.

FRANCISCO COPPÉE.

EL SALÓN DE LA CONDESA MERLÍN

Después de haber deplorado la pérdida de los salones que las revoluciones ó la muerte han cerrado para siempre, después de haber gemido por el derrumbamiento ó la profanación de esos templos erigidos á la antigüedad de los franceses, á la conversación, justo es que nos consolemos un poco hablando de lo que nos queda.

Esperamos que, siendo ya tan merecidamente célebre el nombre de la señora condesa Merlin, se nos perdonará insertarlo aquí á la cabeza de los que más honran á las artes y á la buena sociedad. La señora condesa Merlin forma parte del pequeño número de personas que pueden desafiar á la publicidad; ella misma lo ha reconocido así publicando su vida; por eso creemos poder, sin temor de ofenderla, reparar el olvido suyo de no hablar de su talento y sus afanes

por reunir y animar á los artistas de todos los paises, que han hecho de su salón un paraíso lleno de armonías.

Angelicales voces de jóvenes y lindas señoritas, cuyos acentos no han arrobado hasta ahora más que á su familia, cantan allí los salmos de Marcello, los coros de *La Creación* por Haydn, ó los de *Moisés*, con esa pureza que da á los cantos religiosos el primer puesto por cima de todos los demás. Al escuchar los sonidos de esos divinos acordes, la mujer más disipada la elegante menos accesible á las emociones del alma, siéntense conmovidas con una turbación religiosa. El librepensador más resuelto á no creer en nada, reconoce en aquella santa armonía otra patria que no es la tierra; y allí, rodeado por todas las seducciones del mundo real, sueña, á pesar suyo, con un mundo más bello todavía, y concibe que len-

guaje tan sublime sólo puede dirigirse á Dios.

Es imposible no reconocer la influencia que el salón de la señora condesa Merlin ha ejercido sobre la música *social* en París. Fué la primera en advertir que sin inconveniente alguno podían amalgamarse las preeminencias de una dama de buena sociedad con el talento de una gran cantatriz, pues nadie negará que si la señora Merlin hubiese nacido en la clase de los artistas, hubiera adquirido los mayores laureos que han ilustrado los conciertos ó la escena. Su voz brillante, extensa, fuerte y ligera á la vez, el sentimiento dramático que la anima y que se delata á despecho del tono convenido, de la dignidad de aficionada y del ostentoso círculo que la escucha, juntamente con otros dones que la naturaleza le ha prodigado, la hubieran hecho ser el ídolo del público; se ha limitado á serlo de los aficionados á la buena música. Pero puede juzgarse el efecto que hubiera producido el gran talento de la señora Merlin sobre un concurso numeroso, con acordarse de los aplausos que resonaron en la sala de Wauxhall el día del concierto dirigido y dado por ella en beneficio de los griegos. Aquella buena acción, franca y noblemente realizada, no hace menos honor al ingenio y á la gracia que

á la generosidad de la señora Merlin; porque era necesaria toda su superioridad para no temer el concurso de un talento tan distinguido como el de la señora Dubignon, esa encantadora discípula de Crescentini, verdadero modelo del gran método italiano, la cual dijo el recitado como la Grassini, y posee en grado sumo aquella declamación melodiosa, aquella manera de emitir la frase musical, de que tanto caso se hacía antes de que los gorgoritos destronaran el canto.

Es un recuerdo imperecedero en todas las memorias de ese tiempo, el de aquella reunión de tantas mujeres bonitas y voces arrebatadoras, acompañadas por el primer compositor del siglo, y desafiando sus hábitos caseros, su timidez de aficionadas y la crítica de un público de pago, todo ello para ser caritativas.

Conociáanse en los coros la hija de la duquesa de D***, la de la condesa de L***, y otras muchas á quienes el cebo de una buena acción había determinado á darse así en espectáculo; pero ningún murmurador de oficio se hubiera atrevido á vituperarlas. Este sacrificio sin riesgo debiera servir de ejemplo á las mujeres distinguidas que tanto vacilan hoy en sacrificar su amor propio ó su modestia en provecho de los pobres.

¿Qué mejor empleo puede darse

á esa educación privilegiada, á esos talentos adquiridos con trabajo, á esos modales naturalmente nobles y graciosos, que suelen ser patrimonio de las mujeres bien educadas, ó aun educadas para ello? Porque hay que ser franco, hasta con el público: la madre que pone todo su ahinco en hacer valer el ingenio y las gracias de su hija, que paga crecidísimos honorarios á Bordogni, Bertini ó Labarre para proporcionarla un gran talento musical; que la impone una penitencia cuando comete una falta de ortografía, y la obliga á leer tratados de historia y literatura; esa madre espera que ofreciendo á su hija tantas ocasiones de ejercitar su genio, se dignará bien pronto ser superior en alguna cosa. Verdad es que se encuentran á veces algunas insensibles á todas las seducciones de la ciencia y de las artes. No hablemos de éstas, porque la felicidad las sustrae á la gloria: son las elegidas de este mundo, donde los pobres de espíritu no están menos favorecidos que en el otro; pero si no se adquieren las facultades que la naturaleza rehusa, no puede tampoco neutralizarse ese sentimiento poético, ese gusto por el ingenio, ese amor á las artes con que el cielo anima á un alma selecta. Una persona dotada ó afligida con tal naturaleza no tiene más remedio que sufrir todas

sus consecuencias; porque la inteligencia y la aptitud la conducirán al talento, y una vez que haya sobresalido del gran nivel de la medianía, nada tendrá que aguardar de la benevolencia de las gentes. Así, pues, tendrá que imponerse á su admiración, noble refugio que se parece á ese palacio de mármol y oro donde se muere de frío y hambre. Pero como no hay ningún medio de ganar al hada que nos dota ó deshereda al nacer, lo mejor es olvidar lo que nos falta y sacar partido de lo que se tiene. ¿Y puede hacerse algo más honroso, hasta más virtuoso, que consagrar sus talentos al alivio del desdichado?

Dicen que eso es ponerse en evidencia. Sin duda; pero esa madre de la cual hablamos y que quiere que su hija cante, no los ramplones dúos de zarzuela, suficientes antaño en los conciertos de familia, sino las más hermosas arias de la Malibran y de la Grisi, ¿la obliga á hacer tantas escalas, tantos trinos y tantos complicados floreos nada más que por encantar los últimos días de algunos parientes ancianos, ó para arrobar al noble terrateniente que ha de casarse con su hija? No. Quiere que sepa todo París que su hija tiene un talento superior; y no seré yo quien vitupere este orgullo materno, el más dispensable de todos cuantos agitan el corazón de

una mujer. Me limito á probar que una vez admitida esta necesidad de aplauso, nada debe impedir aplicarla á una buena acción.

Entre todo lo que ha cambiado en Francia, pudiera afirmarse que no ha habido revolución tan completa como la realizada en nuestra música y en la manera de ejecutarla.

Sin disputa, una de nuestras más añejas usanzas era la de hacer cantar á nuestras jóvenes para recrear á los convidados de un palacio, de una casa de la clase media ó de una choza; jamás hubo costumbre alguna tan generalizada como ésta. Desde la planchadora á quien se invitaba á comer hojaldres á condición de cantar unos villancicos en la velada, hasta la noble heredera á quien se hacía salir del convento para cantar á los postres en casa de la abuela los cadenciosos aires de Rameau ó de Lully, cada salón, grande ó pequeño, con sillones dorados ó sillas de paja, tenía su cantatriz de afición. Vieja ó joven, esta Silvia domesticada tenía invitación segura en todas las comidas de aparato que se daban en la familia; y como sabía el precio puesto á ese favor, nunca se hacía rogar. El sacarse á la mesa el último y más humilde de los postres, las pasas y almendras, inevitable compañero del plato de macarrones, era señal del berrido con que comenzaba la cantante, sin que

ningún acorde la diese el tono, sin que ningún preludio advirtiese al público lo que le amenazaba.

Esto me recuerda aquella señorita que hallándose en un banquete por la toma de *los dichos*, donde representaba el primer papel, salió de pronto con la gran aria de *La bella Arsenia*, sin caer en cuenta que su futuro pudiera intranquilizarse por la elección de esta letra:

No, no, no, soy muy altiva
Para hacer papel de esclava.

Pero en aquellos tiempos no se sabía más que un aria, y se cantaba siempre, pegare ó no pegare; por lo general se escogía el aria culminante de la ópera que acababa de obtener mayor aceptación. Tanto peor para el banquete de boda que se daba cuando estaba en auge el aria de *Cástor y Pólux*; antes de llegar á los brindis báquicos y á los cantares verdes, hechos para las circunstancias, había que aguantar el canto fúnebre de

Tristes preparativos, pálidas luces, etc.

Sin embargo, la ópera cómica, que era entonces el encanto de la sociedad elegante, reemplazó bien pronto á las lamentaciones de la ópera seria; ya no se aplaudieron sino arietas, y su uso se generalizó mucho, lo que valió tanta confusión y chacota á la inocente que se puso

á cantar cenando en casa de la marquesa de Puisieux el aria de *Los cazadores y la lechera*:

Yo soy, etc....

No me atrevo á seguir citando más.

Estas especies de sobremesa acostumbraban á concluir por canciones muy alegres, que la linda cantante de ópera no llegaba á oír; porque entonces las jóvenes se levantaban de la mesa en cuanto los convidados empezaban á ponerse alegres, medida tan provechosa para la inocencia de las unas como para la jocosidad de los otros.

El uso del clavicordio y luego del piano acompañante, hizo caer en desuso las canciones á voces solas. Ya no hubo mujer que se atreviese á soltar la voz sin el apoyo de un instrumento de cuerda. Entonces el aria dramática se impuso á la arieta, la romanza dominó á la canción, y los acentos de la sencilla cantora desaparecieron ante los recitados y los torrentes de voz de la cantatriz sabia.

Sin duda el arte ganó con esta revolución: maestros procedentes de Italia enseñaron á los aficionados á filar las notas, los iniciaron en el gran arte de reforzar ó disminuir la voz á voluntad; cesaron de gritar á compás, de inspirar á los benévolos oyentes el temor de ver

ahogarse al cantante en medio de la larga frase que le hacía perder el aliento. Cada cual se alistó bajo las banderas del método italiano ó del alemán; estas dos potencias extranjeras trajeron una especie de guerra civil en Francia, en esta buena Francia, tan indiferente hasta entonces por los progresos de la armonía, á quien bastaban los aires de sus añejas baladas y de sus minués cadenciosos, que no gustaba más que de la letra ingeniosa, verde ó picaresca, sin preocuparse de las notas que la sostenían. Esa Francia que, á no existir Inglaterra, hubiera sido el país menos musical de Europa, encendiéndose de pronto á favor ó en contra de la armonía alemana ó de la melodía italiana; fué aquello como una guerra de religión, y viéronse familias desunidas, matrimonios perturbados, amistades rotas para siempre por efecto de esas disputas musicales. Los espíritus más cultos y más dulces no estaban libres de ese vértigo; no puedo recordar, sin reirme de ello, todo lo que sufrí en mi primera juventud con aquella locura.

Una mujer hermosa, amable, devota de un marido ingenioso y un poquillo inconstante: he aquí, sin contradicción, todos los elementos de un perfecto matrimonio; así, pues, nada había perturbado el de mi madre, hasta que un día descu-

brió en mí una voz bastante buena y alguna disposición para la música. Desde entonces fui sometida, por orden paterna, á las lecciones del célebre Imperani, el sabio profesor de Italia, á quien habíase debido el gran talento de la Morelli. Pero, como este gran profesor tenía el más profundo desprecio por la música de Gluck, en quien adoraba mi madre, ésta me hacía dar lecciones, de cuenta suya, por Richer, el primer maestro de canto indígena, el que daba lecciones á la reina, dirigía con Piccini sus conciertos y á quien el talento innato del joven Garat le había seducido, hasta el punto de hacerle cantar con él en la corte.

¡ Ah! Esas veladas musicales habían llegado á ser las únicas distracciones gratas de todas las inquietudes políticas, de todos los presentimientos siniestros que pesaban ya en el corazón de esta infeliz princesa. Y aun este mismo placer no estaba exento de preocupaciones temerosas. Apenas se atrevía á dejar cantar el dúo de *Armida*, ante una corte ávida de agrardarla, aplaudiendo la obra maestra del caballero Gluck: verdad es que estos sufragios los alcanzaba, más que el genio del compositor, su título de compatriota de la reina. Aquella mujer, á quien acusaban de amar á su hermano, no podía

proteger á un talento alemán, sin crimen de alta traición; le era preciso estar sobre sí, disimular el entusiasmo que la inspiraban tantos nobles cánticos, ocultar sus lágrimas al oír la *Despedida de Efigenia*, so pena de hacerse sospechosa de una parcialidad culpable, de conservar algún recuerdo de su patria, de conmoverse con los acentos que le recordaba, de que la llamasen *la austriaca, la extranjera...* y ya se sabe á dónde habían de conducirla estos dos sobrenombres.

Sin tener yo que temer tan crueles consecuencias de mi admiración por la música de Gluck, cuidaba de no estudiarla sino en ausencia de mi padre; este estudio, fatigoso por las notas altas y sostenidas del canto dramático, extenuábame á veces los días en que, habiendo encontrado mi padre á Piccini, lo traía á comer con nosotros y me era preciso cantar las grandes arias de *Dido*, después de quedarme ronca declamando *Alceste*. Entonces inventaba algún pretexto para explicar lo débil de mi voz y mi falta de respiración, sin confesar nunca la verdadera causa de ello, discreción que me valía una mirada de gratitud de mi madre.

Traigo á cuenta estas pequeñeces, para dar idea de la importancia concedida entonces á la música. La aparición de una nueva ópera era

un acontecimiento, casi una batalla; arriesgábase allí la vida por su ídolo, como en aquellos tiempos de ignorancia en que los cristianos se degollaban unos á otros por no comprender su religión. El espíritu de combate es tan natural en los franceses, que antes de sentir, y apreciar, y amar un arte, ya están dispuestos á batirse por él.

Ha sido menester que el estudio de la música se generalizase tanto en Francia para conducirnos al fin á este gran descubrimiento: que sólo hay dos clases de música en el mundo, la buena y la mala; que una obra maestra no necesita patria, y que después de haberse burlado por tanto tiempo y tan justamente de la música francesa, hay que convenir en que la escuela á la cual se deben las partituras de *Montano*, *José*, *La Dama Blanca*, *La Muda*, *Fra-Diávolo*, el *Prè-aux-Clercs* y tantas otras obras hechiceras, ha conquistado un puesto entre las grandes potencias de la armonía.

La exclusión, ese déspota avaro que se encierra con su tesoro por miedo á recrearse con las riquezas del otro, no tiene entrada en el salón de la condesa Merlín. A ningún talento se le pide allí el pasaporte antes de aplaudirle. Las diferentes sectas que hay en el culto de las artes, como los partidos diferentes en la política, se encuentran allí sin

chocar unas con otras. El ruido de las discusiones no cubre allí al del piano, y si se oyen algunas frases demasiado sonoras es porque hoy existe la costumbre de cotorrear en voz alta, y eso perturba más de una armonía.

Allí se ha visto á los primeros talentos olvidar sus rivalidades para ofrecer el modelo de una ejecución perfecta, y superar en este género hasta las aspiraciones del mismo compositor. Allí oía Rossini á la señora Malibran y á la señorita Sontag cantar juntas sus duos tan brillantes. Esas envidias, que al público tanto le gusta hacer que nazcan y crezcan, cedían ante el deseo de agradar á la señora de la casa, á su gracia afectuosa é imparcial, que sabe conceder á cada uno su parte en los elogios, y asegurarle su participación en el triunfo. Allí se ensayaron todas las hermosas partituras de Rossini, Meyerbeer, Bellini y Donizetti antes de ser aplaudidas en la escena. En fin, tan habituado se está á ver presentarse en ese *salón* todas las eminencias del arte musical, que hallándome noches atrás en una casa donde varias personas que volvían de la Opera elogiaban la voz admirable y el método de canto de Duprez, hubo de decirme una de ellas:

—Siento muchísimo no haberle oído hoy; pero, sin duda, muy

pronto le aplaudiremos en casa de la señora Merlin.

El esplendor melodioso de esos brillantes conciertos triunfa de la frialdad del público de nuestros salones modernos, pues pueden citarse varios donde aún se ejecuta excelente música. Pero ¡cómo la escuchan, santo Dios!... ¡Qué mortal escalofrío se apodera del infeliz artista llamado por el *ritornello* á cantar delante de ese círculo de mujeres ocupadas mutua y exclusivamente de sus perifollos! Al principio, la desesperación de producir la más mínima emoción en esas caras bonitas ó feas le priva de la mitad de su talento; pero si, por milagro, la otra mitad hace efecto sobre un corto número de aficionados que no temen comprometerse por algunos signos aprobativos, el eco de esos tímidos ¡*bravo!*, que caen sobre un témpano de hielo, resuena tan tristemente como la limosna echada por una mano caritativa dentro de un cepillo vacío. Al ver á esas mujeres jóvenes, tan insensibles á los más dulces acentos, cualquiera creería que tienen el alma ausente ó paralizada, si no se supiera que la energía de aquel alma joven se agotó dos horas antes en imprecaciones contra las señoritas Baudran ó Palmira, por el retraso de un sombrero ó la falta de un vestido.

Esperamos que ese ardor fuera

de su lugar se manifestará bien pronto en cosas dignas de él, y que los profesores ó los aficionados no se verán reducidos á sobrenaturales esfuerzos de pasión para vencer la apatía de los oyentes de buena sociedad; porque si deploramos la inmovilidad y el silencio que se producen á veces después de arrobadoras piezas musicales, sufrimos aún más viendo á una mujer joven y hermosa tratar de galvanizar á un salón adormecido, exhalando las agudas quejas de un amor traicionado ó la demencia poquísimo casta de una pobre amante abandonada. Estos lamentos y sollozos, puestos en solfa, á propósito de la inconstancia y el desamor de un ingrato, se multiplican, al extremo de que si las romanzas fueran un espejo del siglo, como las comedias, las mujeres del actual pasarían en los venideros por haber sido las más aburridas y menos amadas del mundo.

Ridiculez por ridiculez, prefiero la de los hombres que antaño cantaban su doloroso martirio, á la de estas jóvenes á quienes se ha recomendado que tengan alma, como si esa desventura se adquiriese, y las cuales creen llegar á lo sublime de lo dramático en el concierto con levantar al techo los ojos y pronunciar la frase *bese de la loca*, como si tuviera cuatro *bbbb*. ¡No es una

inconveniencia oír esos gemidos eróticos pasar envueltos en voces virginales? Y esas jóvenes aficionadas, tan puras y bellas, cuya timidez natural en su edad presenta un contraste tan extraño con lo que cantan, ¿no serían más graciosas suspirando una romanza melancólica que imitando las convulsiones de la desesperación amorosa? ¡Dice tan bien la languidez al rostro de una mujer! Y eso sin contar con que se interesa uno más por el sentimiento que hace estallar. Por lo demás, sólo criticamos esta moda para impedir que reaparezca, pues nos parece muerta y enterrada. Las romanzas cantadas con tanto hechizo este invierno por Mad. Damoreau han llegado á ser modelos de buen gusto, que los aficionados á ese género se apresuran á imitar; y ese añejo buen gusto de los salones de París, á quien se insulta, como á todos los poderes antiguos, á fuerza de frases extravagantes é injurias shakespearianas, no por eso ejerce menos influjo sobre la mayoría del público.

Esta verdad queda bastante demostrada por el apresuramiento con que se aceptan las invitaciones del conde y de la condesa Merlín. Los compromisos adquiridos, los corizas, los bailes, nada sirve de obstáculo al deseo de oír tan buena música y tan bien ejecutada siem-

pre. Y además, esta hospitalidad concedida á las artes por una antigua gloria militar tiene algo noble é interesante; gusta encontrar los pasatiempos de la paz en casa de los que hacen la guerra. Y esos duos, cantados por la madre y la hija con doble talento, causan doble placer: ¡tiene tanta gracia el amor materno cuando desciende hasta la fraternidad!

Lo que tranquiliza en ese salón es que si de pronto hubiese una falta de voz ó de buena voluntad en las personas inscritas en el programa del concierto, encontraríase aún allí tan gran número de personas de chispeante conversación, que podríamos consolarnos de la falta de un goce con la sobra de otro. Tal vez se diga que es inútil dar tan perfecta música á gentes que en rigor podrían pasarse sin ella, porque el encanto de una buena conversación hace las veces de todo. Responderemos á eso, que sólo guardan silencio los que pueden romperlo agradablemente; que, como la gente sin ideas habla siempre y en voz alta, bueno es contraponerla gentes de ingenio que saben callarse y para quienes la música es una fuente de inspiración; todos los talentos son hermanos. Sí; la superioridad es una hermandad cuyos miembros se reconocen entre sí y se comprenden siempre á despe-

cho de las diferencias de su lenguaje respectivo. Por más que la envidia intente dividirlos, perseguirlos, desterrarlos como convictos y confesos de genio, cuando se encuentran, aunque sea al fin del mundo, como los descendientes de ese pueblo proscrito por el crimen de sus abuelos, en seguida se entienden y se sonríen cual hijos de una misma familia.

Demos gracias á las distinguidas personas que aún se complacen en reunirlos, en casa de las cuales pueden aún encontrar los extranjeros ese culto de las artes, esas fiestas del ingenio, esa exquisita urbanidad de que Francia fué durante largo tiempo un modelo acabado.

No cabe duda de que algún día llegaremos á ser grandes políticos, lo cual es de presumir en virtud de los afanes que nos tomamos para

ello desde cuarenta años á esta parte. Pero como la educación de los pueblos es larga y difícil, pienso que sería prudente conservar nuestros atractivos de adorno hasta que adquiriésemos esas grandes virtudes, esa alta sabiduría, indispensables á los buenos gobiernos y aun á los felices gobernados. ¿Por qué echar al fuego los adornos que nos embellecen antes de adquirir la vestidura fuerte é impermeable, que debe resguardarnos de todas las intemperies políticas? Antes de llegar á ese paraíso nacional, donde los mártires de todos los partidos depondrán sus palmas en el altar de la patria, contentémonos con el patrimonio de nuestros padres, y, como en esos tiempos tan difamados hoy, resignémonos con vivir aún algunos años, si se puede, de ingenio, de placer y de gloria.

SOFÍA GAY.

¡BUENOS DÍAS, SEÑOR!

¡ El *modernismo*, elixir de la fiebre !
(ADRIANO JUVIGNY.)

Fernando Octavio Bruat despertóse una mañana con una idea que le pareció buena.

Fernando Octavio Bruat era lo que vulgarmente se llama un literato. Había hecho versos que nadie quiso editar, novelas que todos los periódicos habían devuelto sin leer, obras teatrales que hasta el director de los Funámbulos había rechazado.

Sin embargo, á falta de talento tenía una teoría, un ideal. Creíase llamado á ser jefe de una escuela, y pensaba firmemente haber inventado el género *moderno*. Con esta palabra quería dar á entender la expresión de todo cuanto constituye nuestra vida contemporánea, tan extraña, tan práctica en ciertas cosas, tan loca en otras. Sostenía que ya es tiempo de romper de frente con las imitaciones, tanto clásicas como románticas, y que era preciso

ahondar en la sociedad actual para extraer ideas, formas, una lengua, absolutamente nuevas y originales. Decía que, habiendo tenido cada época su expresión propia, á la nuestra correspondíale á su vez tener la suya.

Y no le faltaba razón.

Por desgracia no tenía estatura para llevar al combate esta bandera que enarbolaba, y toda su valentía reducíase á discutir mucho; á perorar en los cafés. Derribaba más vasos de *masagrán* que preocupaciones, y hacía más deudas que obras maestras.

Pues bien, una mañana, al saltar de la cama, encontró la obra maestra que tanto tiempo venía buscando. Al decir que la encontró, me equivoco; quiero decir que creyó encontrarla.

Había dado á luz un título.

¿Qué haría con él? Aún no lo sa-

bía. Pero el título le pareció elocuente, sonoro, fácil de retener, rico en variaciones, lleno de *modernismo*, y resumen de todo el siglo, hecho á la vez de un modo sencillo y complejo.

Ese título era una fórmula tanto más asombrosa cuanto que era la más corriente; era una frase de dos palabras, que se dice millares de veces todas las mañanas; una frase no rebuscada ni pretenciosa, sin pedantismo, ni clásica, ni romántica. Era sencillamente: *¡Buenos días, señor!*

Con este título hizo primero un soneto.

El soneto fué leído á los amigos, claro es que con acompañamiento de preliminares y comentarios, lo mismo filológicos que filosóficos, destinados á hacer saborear su jugo, á dar á comprender todo su alcance.

Todos estuvieron unánimes en decir que era admirable.

—Hay que publicarlo lo antes posible—gritaron los más entusiasmados.—Esto va á dar el tono de la poesía nueva.

Un quisquilloso, que no se atrevía á manifestar con franqueza su parecer, pero á quien se le avinagraba tal triunfo, envolvió su crítica en un elogio.

—Creo que el asunto requiere mayor desarrollo. Por supuesto, que el soneto es bueno. Pero, ¿no os

parece que no basta para una idea de tanta importancia? Una cosa tan profunda, ¡fijaos bien! tan varia, tan compleja, no cabe en catorce versos. El pensamiento, demasiado robusto, hace estallar la forma. En lugar de Bruat, haría yo de mi soneto un drama.

Todo el cenáculo se adhirió, encantado al ver el famoso soneto sometido así á una corrección.

Bruat no comprendió la ironía del exigente.

—Tienes razón—exclamó engallándose.—He empequeñecido mi idea dentro de ese molde estrecho. Gracias por tu crítica, que prueba cuánto me estimas. En efecto: mi ideal vale más que catorce versos. Haré con él un drama en cinco actos y nueve cuadros.

Y á pesar de las hipócritas protestas de sus amigos, hizo trizas el soneto obra maestra.

Vivió durante cinco años con el recuerdo de este soneto. Prometía de continuo el asombroso drama titulado. *¡Buenos días, señor!* Con esa obra en cartera habíase hecho casi célebre. Se sabía que sólo faltaban por hacer algunas escenas; afirmábase que avanzaba la tarea; los cándidos y los convencidos que no conocían ni de vista al autor, salían fiadores de su genio y extendían su renombre por todas partes. A creerlos, era un gran porvenir,

una gran esperanza; debía esperarse el estampido de un trueno. Sin duda, empleaba en ella mucho tiempo; pero el áloe no tarda cien años en florecer.

Al fin tuvo término el drama. Fué un gran acontecimiento en los periódicos callejeros. ¿Qué teatro iba á servir de campo de batalla á la nueva escuela? ¿Iban, indudablemente, los directores de ellos á disputarse unos á otros el honor de presentar al público la obra capital del siglo XIX? ¿Había artistas capaces de interpretarla?

Ante todo, Bruat reunió su pequeña corte y quiso darla las primicias de su victoria.

No tuvo el mismo buen éxito que la primera vez. ¿Acaso se habían formado de antemano una idea demasiado alta de su drama? ¿Quizá no había sido Bruat tan asombroso como se esperaba? ¿Tal vez mezclóse un poco de envidia con el juicio de los oyentes? ¿O estos eran menos jóvenes, y, por tanto, menos entusiastas? En una palabra: fué una lectura frustrada ó poco menos.

El quisquilloso fué el único que protestó contra la frialdad general, é hizo aspavientos de una admiración sin límites.

—Vamos, eso responde á la idea concebida. Hay movimiento, vida, observación, agudeza, eso está vis-

to. ¡Se hundió el soneto! ¡Viejo, has encontrado el drama nuevo, el drama del porvenir, el drama moderno.

Pero Bruat estaba consternado.

En el fondo desconfiaba del descontentadizo, quien le había aconsejado sustituir el soneto por un drama. Le guardaba rencor porque el drama no producía ningún efecto, cuando el soneto lo había producido.

—Veamos—dijo á los otros—¿qué críticas se os ocurren?

—Ninguna, absolutamente nada—respondió el coro de amigos.

—Sin embargo, bien claro veo que mi drama no os parece bien.

—¿Quieres que te diga la verdad?—interrumpió uno á quien el fracaso de Bruat le daba ánimos.

—Dila, amigo mío; ya sabes que tengo por norma el buscar en toda la verdad.

—Pues bien; pienso que la vida moderna es demasiado enmarañada para ponerla en drama. Hay causalidades, fenómenos de medio ambiente, complicaciones de sentimiento, descripciones materiales y espirituales, sondeos fisiológicos y psicológicos que no se acomodan con la escena. Has luchado contra esta dificultad. Unas veces la has ladeado, lo cual produce lagunas; otras te has empeñado contra ella, lo cual engendra violencias. A pe-

sar de todo tu talento, no has logrado sujetar al monstruo. Tu enredo es oscuro, tus personajes están mal explicados, tu desenlace no es natural. Y, sin embargo, ¡qué observaciones, qué fulgores de análisis, qué fuerza de penetración, qué lenguaje! ¡Ah! Para haber sacado ese partido, á despecho de los obstáculos, preciso es que seas un trabajador infatigable. Pero ¿qué quieres hacerle? Nadie está obligado á lo imposible. Yo, en tu lugar, refundiría todo eso, lo alargaría, lo aclararía, lo desarrollaría, me tomaría todas mis anchas, agrandaría el cuadro hasta la alteza de mi pensamiento, y convertiría el drama en una novela.

—Tiene razón—repitió el coro— está en lo cierto. Esa es la coyuntura. Hay que convertir en una novela el drama ¡*Buenos días, señor!*

La opinión era unánime, y Bruat demasiado sincero para no adherirse á ella. Con heroísmo arrojó al fuego su drama y se puso á hacer la novela.

Pasó diez años trabajando en ella. Llegó así para él el momento de la apoteosis. Tuvo más profetas que un Dios. Unos lo exaltaban por pura admiración. Otros, más maliciosos, pensando que en su vida haría ninguna cosa, le daban bombo porque no les parecía peligroso. Los críticos se valían de su nombre

para aplastar á los escritores que producían. Los periodistas, faltos de original, hacían el ajuste con líneas de relleno anunciando su novela, ó refiriendo anécdotas acerca de su trabajo en las mil y una transformaciones de su obra. Los ignorantes, los imbéciles, los repetidores de vulgaridades, hablaban de él porque se hablaba, sin saber precisamente por qué. Llegó á ser tan conocido como el obelisco.

Sin embargo, acabaron por cansarse de esperar. Pasaron generaciones, y el eco de su gloria iba amortiguándose de una á otra. A los sesenta años estaba casi olvidado. Ya no se citaba su nombre sino de tarde en tarde, y para eso, como el de un excéntrico, casi un chiflado. Recordábase vagamente que trabajaba en una gran novela; pero se dudaba de que alguna vez la terminase, ó, más bien, había la seguridad de no verla nunca acabada. Hasta ya no se hablaba sino con sorna de aquella gigantesca tarea, de esos veinte tomos que querían resumir toda nuestra sociedad, de esa creación que debía ser la Babel y el *pandemonium* de la vida moderna.

Mucho más se hubieran reído como supiesen en qué ocupaba Bruat su vejez.

El infeliz había terminado esa formidable novela, escribiendo la

materia de veintisiete tomos, con este título despampanante: *¡Buenos días, señor!* Pero al fin de su trabajo, asustado de haber sido tan difuso, no se atrevió á afrontar la prueba de la lectura. Entonces se puso á abreviar, á cortar, á condensar. En fuerza de condensar, había llegado á reducir poco á poco aquella biblioteca, primero á diez tomos, luego á cinco, después á dos, y, por último, á uno. En fin de cuentas, llegó á concentrarlo todo en una novelita de cien páginas.

Fernando Octavio Bruat tenía entonces ochenta años. Ya no le quedaba más que un amigo, confidente de su ambición siempre viva.

— Publica tu novelita — decía el amigo. — Te juro que dará que hacer en el mundo. Es la flor y nata del *modernismo*.

— No, no — respondía Bruat; — aún no he llegado al punto de condensación que deseo. Ya ves tú; conozco mi oficio, conozco el público. Para hacer una obra duradera, para apoderarse del ánimo, para dejar una nota á la posteridad es preciso ser intenso. Ser intenso: eso es todo. Cien páginas, es ya ser demasiado difuso. En mi inspiración juvenil había encontrado la verdadera forma de mi pensamiento; una forma breve, precisa, cincelada, estrecha, que se ajusta al ideal como un corsé y como una

coraza: me refiero al soneto. ¡Ah, si recordase mi maravilloso soneto de antaño! Pero, aún era demasiado flojo. Hoy lo haría mejor. Haré entrar en él toda mi experiencia. ¡Que pueda yo vivir aún diez años y verán los hombres lo que catorce versos pueden expresar; y la posteridad podrá conocer nuestra vida moderna, tan vasta, en ese poema tan pequeño, como se respira una esencia sutil encerrada en el diamante de un anillo!

Vivió los diez años requeridos, y la novelita desapareció como la novela y el drama; y, lentamente, verso por verso, palabra por palabra, letra por letra, quedó escrito el colosal soneto que debía contenerlo todo.

A los noventa y dos años, Fernando Octavio Bruat se encamó para morir. El amigo fiel estaba á su cabecera, gimiendo, llorando, desesperado de ver apagarse una tan alta inteligencia.

— ¡No llores, amigo mío — dijo Bruat; — no llores! Muero, mas mi idea no morirá conmigo. He roto mi primer soneto, he quemado mi drama, he echado al fuego uno por uno los veintisiete tomos de mi novela, luego los diez, después los cinco, más tarde los dos, al cabo el tomo único, y á la postre el cuento. Pero, al fin, hice mi obra maestra.

— ¡El soneto! ¡El supremo soneto! ¡Dámelo, dámelo! No me lo has leído, pero sé que es la obra por excelencia. Dámelo, lo publicaré, me arruinaré si es preciso para que aparezca grabado en oro con letras de diamantes. Lo merece: Deslumbrará al mundo. ¡Dámelo!

— ¡Ese soneto! ¿Qué soneto?— tartamudeó Bruat con el estertor.

— ¡Pues, tu gran soneto!— suspiró el amigo, quien veía llegar el delirio de la agonía.

— ¡Ah, sí; el soneto, el gran soneto! ¡Demasiado grande, amigo mío, demasiado largo! Hay que hacer con intensidad.

— ¡Qué! ¿Has quemado también tu último soneto?

— He encontrado algo mejor. Lo he encontrado todo. La vida moderna, el *modernismo*, lo tengo, lo expreso. No está en un soneto, ni

en un cuarteto, ni siquiera en un verso. Está...

Apagábase la voz; se volvía ronca, sibilante, extinta.

El amigo, con los ojos huraños y la boca abierta, se inclinó sobre el lecho para beber la última palabra, la palabra que rasgaría los velos, la palabra clave del misterio, el «ábrete sésamo» del arte venidero.

— ¡Habla, habla!— decía.

— ... Todo en una frase, todo en una frase— murmuraba Bruat.

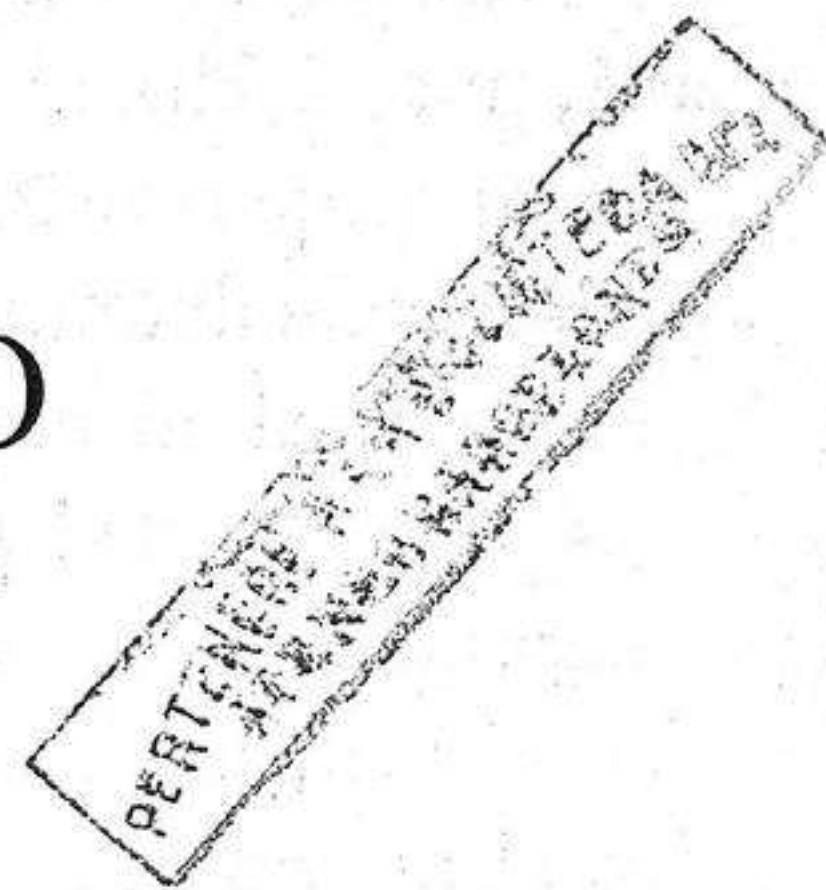
Y el viejo se irguió, con un sobresalto de agonía. Su mirar era extático. Conociábase que en los umbrales de la muerte veía el ideal soñado. Hizo un esfuerzo terrible, y la frase extraordinaria salió de sus labios con el postrer aliento.

Expiró diciendo:

¡Buenos días, señor!

JUAN RICHEPIN.

EL RELOJ VIEJO



Bueno! ¡He roto el muelle al querer dar cuerda á mi hermoso reloj nuevo! Ya está muerto el bichito; por más vueltas que le doy, no corre la manecilla.

¡Oh tiempo, divinidad insaciable, que no pueda yo detener así tu curso! ¡Por qué nos llevas tan pronto, y con nosotros todos nuestros amores y esperanzas? Una vez, una sola, déjame hacer un milagro; déjame suspender por algunos instantes el furioso curso de ese torrente de la vida, en que nos haces rodar en revuelta confusión con los despojos de todo lo que hemos amado. Déjame hacer aún más: que pueda volver á ver en dulce ensueño los recuerdos del pasado. ¡Vamos, viajero eterno: toma un minuto, un solo minuto de lo infinito de la duración, y dámelo!

—Tan... tan... tan... tan... tan...
tan... tan... tan... tan... tan... tan...
tan.

¡Media noche! ¡He ahí tu respuesta! Son las doce de la noche, prosigues tu vuelo siniestro, huyes en la oscuridad; y en las últimas vibraciones de la campana, parece-me oír como el rumor expirante del batir de tus alas.

¡Vamos! Hay que dormir. ¡Durmamos!

.....
¿Qué hora es? La noche está oscura... Enciendo luz.

¡Ah! Es verdad, mi reloj de bolsillo ya no anda. Por fortuna, da el reloj de pared. Son las dos.

Se me ocurre una idea. El reloj viejo lo tengo dentro de la mesa de escribir. Voy á darle cuerda.

Ya lo tengo.

¡Qué grande, grueso y pesado es! ¡Y este enorme vidrio abombado! ¡Y esta esfera, donde las horas están en guarismos árabes, por una novedad que hizo estremecerse á todos los relojeros! Pero, pobre re-

loj mío, eso ya no es moda desde el año 1804; y lo que entonces te hacía tan joven y bullanguero, te hace ahora ridículo, ¡ay! como todo lo viejo.

Sin embargo, eras fuerte y concienzudamente fabricado. Tus grandes y anchas ruedas, tu vigoroso volante, tus resortes elásticos y firmes, todo eso, marchando con gran ruido y alegre tic tac, parecía más bien un burdo molino que una máquina de precisión; pero, andabas siempre, y una vez puesto en hora no te descomponías como los relojes de bolsillo de hoy.

Y además, tenías tu lujo, de mejor ley que el de tal ó cual reloj de hoy, pretenciosamente enriquecido con diamantes y rubíes equívocos, y cuyo guardapolvo no es más que de cobre. Tú eres todo de oro, ¡y qué oro! De oro viejo; no de la ley de nuestro oro bastardo, donde entra tanto cobre, que no se le puede tocar sin ensuciarse las manos.

¡Ah! Ya lo ves, no somos como los hombres de tu tiempo. Necesitamos oro, y antes que pasarnos sin él, aceptamos el embustero similar; faltos de poderlo gozar, queremos soñar, por lo menos que lo gozamos...

¡Vaya! Me voy á dormir otra vez. ¡Buenas noches, querido!

Le he dado cuerda. Ya anda.

—Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

¡Pobre viejo, qué prisa se da! ¡Qué trote lleva!... Parece una antigua criada, que desterrada largo tiempo de la casa donde vivió, vuelve á tomar posesión de ese querido hogar en que cada cosa le cuenta una historia ó le trae á las mientes un recuerdo.

—Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

¡Qué ruido meten estos relojes antiguos! Y, sin embargo, no es desagradable: adormece, como si le mecieran á uno...

Profundo silencio. Cátate que ahora me parece distinguir como una dulce vocecita que murmura junto á la cama. Escucho, y he aquí lo que oigo:

—Soy viejo, muy viejo, y comprendo bien que el mundo no marcha ya como antaño. No sé lo que siento: es una cosa así como un peso, una fatiga que me abrumba. Diríase que el tiempo ya no es hoy lo mismo que antes: es más ardiente, más áspero, quema. ¿Qué sucede, pues, en este mundo donde ya no me conozco á mí mismo? ¿Cómo se gastan ahora los dijes? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es? ¿Ando bien?... Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

Un momento de silencio. Reflexiono.

—Me acuerdo. He visto muchas cosas... ¡Tantas cosas! Todo aquello ha desaparecido... Pero, me dormí por largo tiempo; y he perdido el

hilo de las historias de este mundo.

¡Ah! He visto acontecimientos tales, como vosotros no habéis de verlos.

Hijomío, estuve en batallas donde el cañón segaba hombres como si fuesen espigas; seis veces crucé el Océano en buques de guerra que daban caza al enemigo; he visto en los pontones ingleses á nuestros prisioneros apiñados como cerdos; y qué angustiosas horas he dado allá cuando, en medio de esas largas noches de dolor, uno de los compañeros de cautiverio de mi dueño le despertaba diciéndole:

—Dispense V., mi comandante, ¿qué hora es?

¡Yo fui quien señalé la hora en que le anunciaron que era libre, que iba otra vez á ver á su mujer y su hija, de quienes estaba separado desde hacía cuatro años! ¡Ah, lo recuerdo! Me sacó del bolsillo de los pantalones, me miró un instante con los ojos llenos de lágrimas y me besó, diciéndome:

—¡Las dos y media! ¡He aquí un momento que jamás olvidaré!

¡Cuán bueno y noble y tierno y delicado era en todo! Durante sesenta años, cuyas horas todas le señalé, no hubo en aquella vida una mala obra, ni un mal pensamiento. Puedo afirmártelo yo, confidente de todos sus actos y de todas sus ideas.

¿Sabes cuánto te amaba? Cuando

esperaba la hora de ir á buscarte á la escuela, ¿sabes cuántas veces se impacientó al ver que mis manecillas caminaban harto lentas para su deseo? ¡Y en aquella tremenda enfermedad en que estuviste á pique de morir! Tú no podías verle, eras presa del más atroz delirio. Además, eras muy chiquitín, y no hubieras comprendido. Pero, ¿qué escena!

Esperábase la crisis que había de resolver acerca de tu vida.

—Al mediodía—había dicho el médico—estará muerto ó salvado.

Tu madre estaba arrodillada al pie de tu lecho; despeluznada, con las manos crispadas encima de la colcha, devoraba con ojos ardientes tu rostro inyectado de sangre, cubierto de frío sudor.

Tu padre me tenía en una mano y había puesto la otra sobre la cabeza de tu madre. Aún veo aquella cara, que la ternura, el dolor y la firmeza hacían irradiar con una majestad casi sobrehumana. ¡Era el momento fatal! No te movías; tus mejillas empezaban á jaspearse con manchas lívidas, y en ese momento supremo comprendíase que la vida y la muerte desplegaran todo su poder para combatir una con otra.

Entonces, en medio de un silencio horrible, no se oyó más que el tic tac del reloj viejo. Y ambos escucharon, pusiéronse los dos á con-

tar los movimientos del segundero; como cuando se presta oído al galope lejano del mensajero, se le oye detenerse, descabalgarse, subir la escalera, ¡y se pueden contar sus pasos!

¡Ah; en aquel momento eran tan intensas las potencias del alma humana, temblaba tanto aquella paternal mano que me tenía, que me pareció sentir la vida, sí la vida, circular entre mis ruedas!

¡Redobla la crisis! La muerte, como una bestia feroz, se recoge un momento como una pelota y salta por última vez contra ti... Y yo marchó siempre con igualdad é invariable en mis latidos.

¡Aún faltan tres segundos!

¡Uno, dos, tres! ¡Salvado!

Y entonces me cogió tu madre. Me abrazaba, me acariciaba, me besaba con frenesí, repitiendo:

—¡Mediodía, mediodía, mediodía! No hay miedo de equivocarte; bien sé, viejo reloj, que eres fiel y que ¡nunca has mentido!

Desde ese día comencé á sentir movimientos desconocidos. Poco á poco se desarrolló en mí una como necesidad de no sé qué cosa vaga, que ya me hacía arrebatarme, ya contenerme. Este movimiento uniforme y continuo, esta regularidad implacable y automática, me ahogaban con una angustia que no puedo expresar. Hubiera querido ir

más aprisa, ó bien, otras veces, detenerme. Hubiera querido comprender y contestar esos ruidos del mundo exterior, esas voces dulces ó estremecedoras que oía. Sentíame presa de un inmenso deseo de palpar como ese corazón que palpita-
ba junto á mí.

Ya ves, hijo mío; nosotras las máquinas ya no somos la materia y no somos aún la vida. Estas formas, estos órganos, estas ruedas y estos resortes con que estamos construidas, son una porción del alma humana, y la fuerza que nos pone en movimiento, es una parte del alma universal. Casi vivimos, pero no conocemos aún más que el sufrimiento. ¡Ah! ¿Qué palabra es esa que tantas veces he oído repetir y que los hombres dicen de una manera tan conmovedora? ¡Amar! ¡Páreceme que si yo pudiera comprenderla, no sufriría!

Tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tic tac.

Se calla, como desvanecido...

Y yo sueño. Me pregunto por qué el corazón del hombre no había de tener el poder de introducir hasta en la materia inerte algo de su alma y de su vida; cómo, si así no fuese, habría de bastar sólo con ver ciertos objetos, para resucitar ante sus ojos el recuerdo, la imagen, la realidad misma de los seres y de los acontecimientos que ya no existen...

¡Vamos! Ya es de día. La roja luz del sol saliente disipa todos estos sueños... Volvamos á la realidad, mi pobre reloj viejo; tú no eres sencillamente más que una máquina debilitada, y yo no soy más que un pobre soñador. Veamos, ¿anda bien aún tu repetición?

Aprieto el resorte:

—Tin, tin, tin, tin, tin... Tintín, tintín...

¡Oh, Dios mío! ¡Allí, allí, allí

está, ante mis ojos! ¡Veo su hermosa y noble cabeza inclinada sobre mí, veo su sonrisa tan buena y tan tierna! Saca el reloj y me lo deja ver un instante. Y yo, tiendo los brazos, me empino sobre mis piececitos, le suplico... Inclina dulcemente la cabeza hacia mí. Le cojo de las orejas, le beso con todas mis fuerzas y le digo:

—Papá, mi... querido... papá... Te lo ruego:... ¡Hazle sonar!

EUGENIO MOUTON (MERINOS.)

EL DELITO POLITICO

I

Crítica general del método empleado por Lombroso para construir una teoría de la criminalidad.

Explicar la criminalidad por causas generales y no simplemente por circunstancias particulares, ó más bien por circunstancias particulares que consisten en interferencias de causas generales; tal es la tarea que se han impuesto los nuevos criminalistas. Y no debe parecer sorprendente que, después de haber intentado hacer que prevalezca esta explicación en lo concerniente á la criminalidad de derecho común, el señor Lombroso se atreva á aplicarla al mismo delito político. La desgracia está en que su terca fe en el tipo criminal, que juzga descubierta á despecho de los hechos contrarios á él, falsea bastante gravemente su manera de comprender las causas generales de que se trata. Para él

son éstas, ante todo, si no exclusivamente, de orden físico ó fisiológico. Y aun en tanto que se ha limitado á estudiar homicidas y ladrones vulgares, ha podido sostenerse el punto de vista suyo. Pero en su última obra (1), lo extiende hasta á los delincuentes políticos; como si, sacando él mismo las últimas consecuencias de sus propios principios, hubiera querido facilitar la refutación de ellos. En efecto: aun en el caso de que la preponderancia de las causas de orden social en la delictuosidad ordinaria fuese dudosa ó improbable, ¿no parece que debiera quedar fuera de toda duda, en materia de delictuosidad política, ó de excesos produ-

(1) *Il delitto politico.*

cidos por el espíritu de sedición ó motines? Si pudiera dudarse de ello, bastaría leer el libro á que me refiero y que merece examinarse principalmente por eso, á pesar de la multiplicidad y á ratos exacta profundidad de sus disquisiciones. Sin embargo, creo inútil hacer un análisis minucioso y metódico de él; me limitaré á algunos de los innumerables asuntos en los cuales divide y pulveriza la atención del lector. Nótese que consta de diez y siete capítulos, desmenuzados en ciento ochenta y siete subdivisiones (si no he contado mal), cada una con su epígrafe, todo ello en el más precioso desorden del mundo, muchas veces sin ilación visible y no sin frecuentes contradicciones.

El método del Sr. Lombroso consiste en no limitar ni circunscribir nunca las nociones que emplea; y como le da siempre por nociones muy complejas ó muy confusas (que, ante todo, debiera tratarse de poner en claro), con estas complacientes complejidad y confusión, que califica de síntesis, persuádese harto ligero de librarse de la acusación de inconsecuencia en que incurre bastante á menudo. ¿Qué entiende por *crimen*, por *locura*, por *epilepsia*? Al acabar de leerlo, nos quedamos ayunos por completo de saber nada acerca de eso. Concedámosle, sin embargo, la justicia de que ha he-

cho laudables esfuerzos por distinguir en principio los actos *insurreccionales* (únicos delictuosos, según él) de los actos *revolucionarios*, aun cuando, después de contraponerlos como antinómicos, los confunde continuamente en sus cálculos estadísticos.

Pero la demarcación precisa del simple motín y de la revolución propiamente dicha, aun dado que sea posible *à priori* antes del éxito, supone un espíritu poseso de una fe política, ó, lo que aún vale más, de una teoría sociológica. Decir que «en resumen, las revoluciones son fenómenos fisiológicos, las asonadas fenómenos patológicos», es pagarse de una metáfora, no muy feliz por cierto, pues la más bienhechora revolución, es una crisis peligrosa siempre para la salud de las naciones. Luego, ¿cómo concilia el sabio autor este carácter normal y fisiológico, atribuido aquí á las revoluciones, con el principio repetido por él *passim* de que el estado normal de los pueblos es *esencialmente* el *misoneísmo*, es decir, el apegamiento conservador á los usos y costumbres, la hostilidad manifiesta contra toda innovación? Decís (pág. 145) que Cristo y Lutero han provocado revoluciones puras, mientras que la Revolución francesa «y las Vísperas Sicilianas», fueron en parte motines. Admitámoslo; pero, ¿cuál es vuestra

piedra de toque para decidirlo así? No la veo por ninguna parte.

El Sr. Lombroso no tiene una sociología fija y propia. Esto es una deplorable condición para abordar el estudio de la criminalidad ordinaria, pero sobre todo, lo repito, el de la criminalidad política. Sin embargo, concedo que hace los imposibles por colmar ó disimularse á sí mismo esta laguna. Coge por todos los cabos á la vez la madeja social, y si no la devana, antes bien, la enreda, no es por falta de buena voluntad. No omite una, ni aun la más ínfima de las innumerables y enmarañadas influencias que contribuyen á producir un hecho social cualquiera, lo mismo un motín que un rasgo de genio; y sucesivamente, con una paciencia impaciente y con una perseverancia febril, estudia el papel que han podido representar en los acaecimientos la humedad ó sequedad del clima, la configuración del suelo, la braquicefalia, etc. Cada uno de estos *factores* se nos presenta por turno en el proscenio como protagonista principal; parece un desfile de sombras chinescas, todas ellas en el primer término. Pero el autor se anega en esos detalles de influencias accesorias ó insignificantes; las causas primordiales no aparecen sino para ser desconocidas y relegadas á la misma categoría que aquéllas; y lo

que más claro resalta en esta procesión, que dista mucho de tener encadenamiento, es la carencia de una idea directriz. Ciertamente es que el Sr. Lombroso descubre á centenares verdades por este estilo: «el *mínimum* de genialidad coincide con el *máximum* de terrenos cretáceos.» Pero confieso que estas comparanzas y otras de ese calibre me dejan frío.

II

Investigaciones de Jacoby acerca de la riqueza de cada departamento en hombres notables, acerca del influjo de la constitución del terreno.—Acción de la raza en la producción del genio.—Análogos estudios de Lombroso en Italia: concordancia de los resultados.—Factor que ambos dejan á oscuras.—Encadenamientos racionales de las innovaciones reales ó imaginarias que forman series *reversibles* ó *irreversibles*: ejemplos.—El genio es un accidente histórico en que se expresa una necesidad lógica.—Calendario del genio, análogo al calendario del crimen de Lacassagne.—Algunas estadísticas de M. Ribot.—Calendario insurreccional de Lombroso.

Me apresuro á añadir que su obra contiene comparaciones felices, paralelismos verdaderamente instructivos. Los más importantes de éstos le han sido palmariamente sugeridos por Jacoby, quien, en su libro acerca de la selección, fué el

primero que imaginó trazar el mapa departamental del genio francés, por decirlo así, é interpretarlo á la luz de mapas diferentes. Era una empresa empeñada y ardua, de donde Jacoby salió con honra. Formó con minucioso esmero la lista de los hombres notables producidos por cada departamento en un tiempo dado, bastante largo é igual para todos; y disponiéndolos por orden decreciente de fertilidad genial para una misma cifra de población, investigó en primer término si había, en efecto, algún enlace entre esa categoría y el clima ó los caracteres del suelo. No lo ha encontrado. «Los departamentos que tienen el mismo clima—dice (1)—presentan las mayores diferencias desde el punto de vista de la frecuencia de personajes notables; y viceversa, los departamentos análogos por este último concepto se ve que están en los opuestos extremos de Francia.» Lo mismo debe decirse «de las condiciones del terreno, de la naturaleza del suelo, de la constitución geológica. Los departamentos más opuestos desde el punto de vista de la frecuencia de personajes notables se ve que ocupan los mismos terrenos; así, en el terreno terciario se encuentran el departamento del Sena, que ocupa el primer lugar en

lo que atañe á la fecundidad en talentos y en capacidades, y el de las Landas, que ocupa el último puesto. Los departamentos Meuse, Alpes altos, Jura y Charente, presentan el mismo terreno (jurásico), etc.» Esto demuestra que Jacoby se había anticipado á Lombroso en las investigaciones y disquisiciones de este orden; pero, después de haber hecho inútiles sondeos, abandonó sus calicatas como hacen los ingenieros; y su sucesor, al bajar á esos pozos ha creído descubrir en ellos minas explotables. Además tan impetuoso y precipitado como es Lombroso, otro tanto es Jacoby tranquilo y circunspecto, admirable por su método y lucidez. Si ve un vínculo aparente entre dos fenómenos, no se apresura á bautizarlo con el nombre de ley y á generalizarlo. A menudo desentraña muy bien una influencia social de lo que parece una influencia natural. Por ejemplo (página 546), á las mil maravillas demuestra que si los departamentos de grandes llanuras son los más estériles en talentos, en contra de lo que Lombroso pretende observar, esto depende sencillamente de que las grandes ciudades, focos de genialidad que irradian en torno suyo, están situadas en los valles; á orilla de los ríos.

En cambio, Jacoby, después de profundo examen, pone fuera de

(1) *Etudes sur la sélection*, pág. 545.

duda el influjo de la raza en la producción del genio. Pero, tal como la comprende, la raza misma es un producto de la historia y de las diversas causas sociales que han refundido, según su conveniencia, el tipo humano. A decir verdad, su división de Francia en razas corresponde con tanta exactitud á la de las antiguas provincias que es su reproducción con otro nombre, confesada del modo más correcto. Da gozo ver á ese naturalista, conducido por la penetrante comprensión de su ingenio, á poner de relieve la preeminente importancia del elemento histórico y social, mejor que hubiera sabido hacerlo ningún arqueólogo ó ningún sociólogo. Toma aparte cada grupo de departamentos constitutivos de una antigua provincia, y en cada uno de esos grupos, manifiesta con claridad que la serie de los departamentos colocados por orden decreciente de genialidad coincide con su clasificación, según la densidad decreciente de sus aglomeraciones urbanas. He aquí el resultado claro y decisivo de sus trabajos acerca de este punto.

¿Es una influencia sencillamente curiosa ó peculiar de nuestro país? No; el señor Lombroso, en su *Uomo di genio* ha querido extender á Italia el método de nuestro compatriota y ha figurado á la vista, con

matices graduales, la producción comparativa de las diversas comarcas italianas en músicos, pintores, escultores y arquitectos, célebres ó distinguidos. Pues bien, por el espíritu de esos mapas, y sea el que fuere el contrario parecer de su autor (que no siempre acostumbra á rendirse ni aun ante la evidencia de sus propias observaciones), es imposible que no llame nuestra atención un hecho que salta á la vista: la influencia dominante de las capitales, y de las capitales más renombradas, Roma, Florencia, Milán, Génova, Parma, etc. En cuanto ver allí brillar con rasgos luminosos, cual se nos asegura, la influencia de la raza etrusca ó griega y de los países de colinas, confieso estar atacado de una ceguera completa respecto á este particular. En resumen, Jacoby está plenamente confirmado por Lombroso, quiera ó no quiera éste.

El último zanja con sobrada desenvoltura la oscura cuestión de los orígenes del genio. Cuando, por ejemplo, en lo que concierne á la música, se considera que pueblos de las mismas raza y latitud, Inglaterra y Alemania, Italia y España, difieren hondamente desde este punto de vista, mientras que pueblos de razas y latitudes diferentes, Italia y Alemania, España é Inglaterra presentan poco más ó menos

idéntico grado de aptitud ó inaptitud; cuando sabemos que el don de la composición musical se ha transmitido del Mediodía al Norte, de la raza italiana á la raza alemana, después de haber emigrado desde Grecia y el Oriente, estériles ahora, á Roma y al Occidente cristiano, únicos fecundos hoy; parece bastante difícil conceder al célebre profesor de Turín que resulta manifiesta «la influencia del clima volcánico y de la raza latina» y que es indudable la superioridad de las condiciones atmosféricas y climatéricas sobre todas las demás (1). Asómbrenme en cada página asertos tales como éste: *Todos los países llanos (Bélgica, Holanda)* ó los que, encajonados entre altas montañas, se ven sujetos al bocio y al cretinismo endémicos, como *Suiza y Saboya, están desprovistos de hombres de genio; el pequeño número de genios que cuenta Suiza han nacido... etc...»* ¿Puede olvidarse hasta tal punto el pasmoso florecimiento de la pintura y de la marina holandesas, del genio holandés en todas sus manifestaciones en aquella hartamente breve fase histórica en que las circunstancias lo favorecieron? En cuanto á Suiza, tenía yo por inconcuso, después de la tan á menudo

citada obra de M. de Candolle acerca de la herencia de las capacidades científicas (otra obra maestra de análisis), que el pequeño pueblo helvético había formado un contingente de grandes hombres de ciencia verdaderamente extraordinario, si se tiene en cuenta la cifra de su población. No sólo ha probado M. de Candolle este hecho, sino que lo ha explicado; y, como eminente naturalista que es él también, ha encontrado las razones de ello en condiciones de familia, educación y costumbres que enumera juiciosamente. ¿De que Florencia esté rodeada de colinas y Pisa en un llano depende que la primera haya sido tan fecunda en genios, por lo menos hasta el siglo xvii, y Pisa tan improductiva? Ante todo, preciso es recordar la larga hostilidad de esas dos ciudades durante la Edad Media, así como la derrota y la subordinación política de la segunda. La victoria militar siempre es una circunstancia favorable para el desarrollo intelectual del vencedor; bastante más favorable que la *colinosidad* de su suelo, si se me permite ese neologismo.

Pero, dicho esto, aún queda que decir lo esencial, á nuestro parecer. Y ni Lombroso ni el mismo Jacoby dicen nada de ello. Aún más: que la proximidad á un gran centro ó el triunfo por las armas,

(1) Véase *Uomo di genio*, pág. 118 y siguientes.

favorece la aparición de celebridades en un lugar ó en un país dados, la ventaja de encontrarse arrastrado por una ó varias *corrientes lógicas* de invenciones en vías de desarrollarse. Los inventos reales ó posibles, tomados por hipótesis en su totalidad, forman parte de un orden racional que me represento como una especie de espacio intelectual, del que cada uno de aquellos es un punto fijo. Para ir del uno al otro hay siempre intermedios que recorrer, y que cambian según el punto de partida; pero deben reproducirse, casi sin cambios, si el punto de partida es poco más ó menos el mismo, cual sucede con las sociedades humanas que comienzan siempre por poner en relación cerebros casi semejantes frente á una naturaleza exterior casi invariable. Deben seguir, pues, un orden lineal, que el gradual perfeccionamiento de los métodos de investigación y de enseñanza tiende á hacer cada vez más aproximado á la línea recta, es decir, á cierto *mínimum* de verdades interpuestas más allá del cual no podría proseguirse la abreviación. Se ha perfeccionado á Euclides, se le perfecciona aún de vez en cuando; se hacen tratados de mecánica, de astronomía, de física, de química, de anatomía, de fisiología, cada vez más rigurosamente deducidos y en-

cadenados, ¿y qué significa ese progreso sino que los autores de esos libros se han conformado cada vez mejor con la serie rectilínea, digámoslo así, de los teoremas ó de las leyes que exponen y todos los cuales han sido, en su tiempo, innovaciones geniales, de apariencia accidental y fortuita? Pues bien; esos encadenamientos racionales de las innovaciones reales ó imaginables forman series, ya *reversibles*, ya *irreversibles* (como lo he dicho en otra parte acerca de las imitaciones, es decir, de los inventos *imitados*, que han representado algún papel social). No tengo que investigar porque ora son reversibles, ora irreversibles, de que depende su reversibilidad ó su irreversibilidad. Eso nos alejaría de nuestro asunto. Basta comprender la realidad de esta distinción y que, por ejemplo, no puede concebirse de ninguna manera la música de Wagner como anterior á la de Mozart, ó el órgano y el piano como anteriores á la flauta y al arpa, ó *Hernani* á las tragedias de Voltaire, ó las novelas naturalistas á los poemas épicos, ó aun el orden corintio al orden dórico, ó el gótico florido al ojival puro y severo, aun cuando muy bien puede imaginarse el estilo gótico como anterior al estilo románico, ó los instrumentos de cuerda á los de viento, ó la prime-

ra comedia al primer drama. Por consiguiente, las condiciones necesarias y *sine quibus non* de un invento son la producción anterior y el previo conocimiento de otras invenciones que son su antecedente lógico. ¡Cuántas personas, admirablemente dotadas para tal ó cual rama de la ciencia ó del arte (pues hay muy pocos talentos universales) han muerto sin producir nada, porque han tenido la mala suerte de nacer antes del tiempo en que debieran aparecer sus predecesores lógicamente necesarios, ó lejos de los lugares donde hubieran podido ser iniciados en los progresos preparatorios debidos á aquéllos! En edades groseras ¡cuántos artistas y poetas ignorados han perecido miserablemente en un mundo que no estaba maduro para ellos! Newton, nacido antes de Kepler, Darwin antes que Malthus y Lamarck, Spencer antes que Augusto Conte y que el mismo Hegel, quizá se hubieran extinguido en la oscuridad. El señor Lombroso (¿quién sabe?), si hubiese nacido en Marruecos, en Fez, que, sin embargo, es una ciudad situada en un clima muy cálido, y añadiré yo que es una gran ciudad de población muy densa, ó si hubiese nacido en París pero en el siglo XVIII, antes que Darwin, Broca y Jacoby, no hubiera escrito nunca *L'uomo delinquente*, *L'uomo*

di genio, ni *Il delitto politico*. Tal vez hubiera escrito otra cosa; pero, también sin duda, con menos buen éxito.

Hay, pues, que tener en cuenta en primer término esas leyes superiores que rigen soberanas á la evolución lógica de las ideas geniales, y cuya evolución real no es nunca más que una aplicación fragmentaria y mutilada de la primera, si quiere comprenderse la aparición del genio en cualquier orden de hechos. El genio es un accidente histórico donde se expresa una necesidad lógica. El genio es el encuentro de dos encuentros, la confluencia de dos confluentes; un confluente fisiológico de aptitudes cerebrales, de felices legados hereditarios; y un confluente social de enseñanzas recibidas. Pero esas mismas aptitudes ¿qué son sino la consolidación vital de hábitos sociales? En resumen: la primera y más importante tarea que incumbe al esplendor de las fuentes de ese Nilo, consiste en remontar el curso secular de los inventos, anotar los afluentes que aumentan su caudal durante su trayecto, indicar la fatalidad de las vertientes que lo han alimentado; y concluida esa faena, entonces habrá tiempo de divertirse en componer el *calendario del genio*, el *reloj del genio*, la geología ó la meteorología del genio.

Los calendarios están de moda actualmente. Después del ingenioso calendario del crimen, debido al doctor Sr. Lacassagne, hemos tenido el del suicidio y otros varios. Convengo en que el del genio no tiene nada más de sorprendente que los anteriores, y hasta creo que encierra como ellos una gran parte de verdad, contra la cual no tengo razón alguna de declarar en falso. Todos tenemos estaciones inspiratrices que se reproducen en los mismos meses del año. Según Lombroso, en primavera y verano maduran todas las mieses y viñas del espíritu. No entro en los detalles de sus estadísticas. Pero creo que conviene en este caso no confundir dos cosas muy distintas: la producción de las obras de arte, y la de los trabajos científicos ó especulativos. Si las primeras florecen con mayor facilidad durante los meses de embriaguez exterior, de sol, de bellezas naturales (y de vacaciones, por añadidura), el filósofo y el sabio ¿no templan el vigor de su espíritu en la estación fría que purifica y recoge el pensamiento? Aun cuando á esto se objetase que Galileo descubrió los anillos de Saturno en Abril, y que la primera idea del descubrimiento del Nuevo Mundo se le ocurrió á Colón en Mayo y Julio, pudieran quedar dudas acerca del alcance de tales réplicas; sobre todo si se tiene en cuenta, respecto á una de ellas, que los descubrimientos astronómicos han tenido por fuerza que ser más frecuentes en la buena estación, puesto que si en ella son más cortas las noches, también son en cambio mucho más despejadas.

Paréceme que se puede formar una idea bastante exacta de las variaciones en más ó en menos que sufre en el transcurso de las diversas estaciones la inspiración filosófica, consultando á Mr. Ribot acerca de este particular. Le doy las gracias por haberse dignado dibujar para mí, con aproximación summa, la curva anual de los manuscritos que le remiten para la *Revue philosophique*, en los quince años de próspera vida que lleva. Verdad es que un manuscrito de este género nunca se confía al correo sino cierto tiempo después de haberse terminado, y que su composición es bastante lenta. Pero, sin pecar de excesiva inexactitud, puede referirse, por término medio, á un mes antes de la fecha del envío la época en que el autor estaba en todo el fuego de su trabajo. Pues bien, la curva de los envíos manifiesta una fuerte depresión que comienza bruscamente en la época de vacaciones (fines de Julio), en el momento mismo de los fuertes calores, y no termina hasta Octubre. En Octubre y Noviembre la curva sube con len-

titud; con vivo impulso en Diciembre, baja un poco en Enero (sin duda, por las fiestas de Año Nuevo), pero sube muchísimo en Marzo, y se sostiene casi al mismo nivel hasta Julio, en que, durante un breve período anterior á la salida de vacaciones, sube formando un agudo pico. Esto significa que los filósofos trabajan mucho en Noviembre y Febrero, lo mismo que en Abril, Mayo y Junio, y que no hacen cosa mayor en Julio, Agosto, Setiembre y Octubre. Si comparo este resultado con el que figura en la página 98 de *L'uomo di genio*, un cuadro gráfico que expresa la curva anual de las creaciones geniales, veo importantes diferencias. En ese cuadro, uno de los más altos picos está en Setiembre, y el más hondo despeñadero está en Febrero; Noviembre y Diciembre están en bajo. — M. Ribot ha tenido la atención de enviarme otro documento: «es la estadística de las cartas recibidas por la Revista desde el día en que apareció el primer número; hablo de las cartas concernientes á la *redacción*, no á las de la administración; á lo *espiritual*, y no á lo temporal». Para cada año hay dos cifras tan sólo, una por semestre, y luego el total. El total no varía; las cifras semestrales varían más; pero unas veces es mayor la primera, y otras la segunda; no se ve que

uno de los semestres tenga sobre el otro una superioridad constante, aunque osciladora. En cuanto á la distribución de las cartas por meses, «no hay nada más irregular; unas veces un diluvio, y otras nada», me asegura M. Ribot. Ninguna influencia estacional parece dejarse notar aquí.

No importa; sea la que fuere, admito la acción de la temperatura sobre las manifestaciones del talento humano. Admito también en principio el *calendario insurreccional*, por decirlo así, que el Sr. Lombroso traza para compararlo con sus calendarios genial y criminal. Es curioso el saber que, lo mismo en nuestra Europa moderna que en la antigüedad y hasta en la Edad Media, el máximo de las asonadas y revoluciones ha ocurrido en los meses más cálidos del año; y aun cuando hay excepciones de la regla, y, por ejemplo (véase el cuadro de la pág. 51 de la obra de Lombroso), en nuestra Europa desde 1793 hasta 1884, de 37 revoluciones de orden político, 16 han sido en primavera y verano, 21 en invierno y otoño, no puede negarse que hay cierta relación entre la periodicidad de las manifestaciones revolucionarias y el curso de la tierra al rededor del sol. Pero el sentido de tales observaciones no se revela sino á medida que se multiplican. Porque los meses cá-

lidos, no sólo son particularmente fecundos en rebeliones, en rasgos de genio, en crímenes pasionales, sino que también en producción industrial y en consumo de todos géneros, en fabricación de discursos y de leyes, en guerras, victorias y derrotas, en luchas electorales. Merecen cotejarse todos esos calendarios económicos, militares, políticos, parlamentarios. Y su cotejo permite comprender, ante todo, que los días más largos y calurosos, á causa de su longitud ó de su calor (lo cual no está claro), traen consigo aumento de actividad en la vida social.

III

Relaciones entre la genialidad de un departamento y sus tendencias políticas, según Jacoby.—Imposibilidad de hallar ninguna relación entre la orografía y la genialidad.—Estudio crítico del «misoneísmo» de Lombroso.—Las tendencias políticas conservadoras no pueden tomarse *à priori*, y sin más explicaciones, como un signo de esterilidad artística, agrícola ó científica.—Junto con la tendencia á repetirse, hay en el hombre una tendencia á innovar.—Lucha entre el capricho y el hábito.

Pero volvamos á Jacoby. Es un manantial. Al mismo tiempo que descubría y demostraba el enlace entre la intensidad de la vida

urbana en cada departamento y su genialidad, esforzábese en relacionar ésta con el color político del mismo departamento. Esta idea, mucho menos feliz que la otra, no ha dejado de recibir algunas confirmaciones aparentes, bajo la forma que la ha dado el ingenioso investigador. En un gran número de casos ha demostrado, respecto á los departamentos agrupados en una misma provincia, que su fertilidad en hombres notables era proporcional á la cifra de los *no* emitidos por ellos en el plebiscito de 1870. Ese triunfo parcial depende de la singularmente favorable elección de ese escrutinio. Si la comparación hubiera tenido por base nuestras demás luchas electorales, no hubiera confirmado la hipótesis de donde parecía partir Jacoby, á saber: que la adopción de una idea política determinada trae consigo una presunción de talento, de originalidad inventiva. Al apoderarse el Sr. Lombroso de este pensamiento y desnaturalizarlo exagerándolo á su manera, ha precisado la naturaleza de esta opinión política, que según él es la republicana, en Francia por lo menos. Pero Jacoby no dice nada semejante: no es en una escarapela *positiva*, sino sencillamente *negativa*, donde ha buscado el signo revelador de una aptitud para las innovaciones genia-

les. En el plebiscito de 1870 expresábase por los «no» el espíritu de oposición y de independencia bajo todas sus formas, republicana, socialista, legitimista, orleanista. Por consiguiente, nada tenía de extraño el que su cifra fuese en ciertos límites proporcional á la proximidad de los grandes centros y á la densidad de la población; y, por tanto, puesto que dos cantidades proporcionales á una tercera son proporcionales entre sí, á la genialidad de cada departamento. Y aun así, habría mucho que hablar acerca de este asunto. Pero, cuando la República comienza á establecerse y afirmarse en un país, el adherirse á ella ¿es dar testimonio de independencia y de inclinación á las novedades, ó no es tan sólo demostrar cordura y buen sentido, ó á veces docilidad? ¿Hay el menor motivo para pensar que la prontitud para tomar el viento y orientarse hacia el polo gubernamental pueda servir para aquilatar la vocación para los viajes de descubrimientos por mares desconocidos? Comparemos atentamente y sin atención preconcebida los seis mapas de Francia en donde se representa por departamentos la distribución de las razas; el carácter llano, ondulado ó montañoso del suelo; la genialidad; el reparto del voto político entre conservadores y republicanos; la densidad de la po-

blación, y, por último, la naturaleza de las ocupaciones, agrícola, industrial ó ambas cosas á la vez. Lo que en ellas me choca es que los departamentos conservadores son en su mayoría agrícolas ó semi-agrícolas (agrupadas al Oeste y en parte al Norte), mientras que las regiones republicanas son industriales. La comparación de los mapas IV y VI lo prueba, á pesar de muchas excepciones. En cuanto á la relación entre la genialidad y el republicanismo, la noto mucho menos, y no puedo ver en las coincidencias que á este propósito se advierten entre los mapas III y IV más que la acción de la vida urbana sobre los dos fenómenos á la vez. El mismo Sr. Lombroso hace observar que la opinión republicana prevalece allí donde la población es más densa. Esta observación, con la cual viene á confirmar las de Jacoby, hubiera debido hacerle reconocer el mayor papel de las grandes ciudades y de su ejemplar contagio en materia electoral.

Por supuesto, cuanto más miro menos veo el paralelismo pretendido entre los mapas orográfico y electoral. «La montaña—nos dice el señor Lombroso—favorece la genialidad y las tendencias republicanas.» En vano busco la prueba de este aforismo, en absoluta contradicción con el hecho demostrado por Ja-

coby, de que la genialidad es proporcional á la densidad de la población, muy escasa en los países montañosos, como se sabe. Por otra parte, había yo creído hasta ahora que los montañeses, por su género de vida sedentaria y doméstica, eran inclinados á las ideas conservadoras políticas ó religiosas. Así lo demuestra la historia, y en particular la de Grecia que, sin embargo, invoca el Sr. Lombroso (pág. 62) en apoyo de su parecer; del cual se olvida, por cierto, algunas páginas más adelante. Aquellas *ciudades del interior*, cuyo espíritu tradicionalista ponderaban los filósofos griegos, en oposición al temperamento revolucionario de las ciudades del litoral, estaban situadas en las partes montañosas ó en los valles altos y encajonados de Grecia. El mismo dice de los dorios (pág. 105), que «habiendo habitado en las regiones montañosas, quedaron apegados á la tradición».

Por lo que antecede, pudiera colegirse que el Sr. Lombroso es un republicano furibundo, á pesar del elogio que en alguna parte tributa á la monarquía de Saboya. Pero, en verdad, creo que un joven dócil y confiado se vería en gran aprieto si consultase *Il delitto politico* para afiliarse á un partido. ¿Con quién hará bien de votar? ¿Con los monárquicos? Pero es el caso que en Francia

abundan allí donde está más difundido el paludismo, en los países pantanosos «Landas, Creuse, Charente inferior, Vendéa». Además, los monárquicos son sobre todo braquicéfalos, muy desprovistos de genio (1). ¿Habrá que ser, pues, republicano? No es seguro. Los departamentos conservadores son los de menor mortalidad y donde los hombres son más robustos y de estatura más alta. Son también los más fértiles en cereales. El progreso del republicanismismo es paralelo al de la locura. Hay que pensarlo, después de esto. ¿Será tal vez la última palabra de la sabiduría votar papeletas en blanco?

El Sr. Lombroso se ha dejado arrastrar á algunas de las ilusiones que le echo en cara, por su preocupación de lo que llama *misoneísmo*. Entiende por *misoneísmo* el horror sistemático, instintivo y congénito por toda innovación, sacro terror que, á despecho suyo, se ve obligado á reconocer como atributo normal,

(1) Demuestra (pág. 102) que la raza cimbria en Francia es enteramente monárquica. De aquí debiera, naturalmente, deducirse, según el enlace cien veces alegado por Lombroso entre monarquismo y falta de genio, que la raza cimbria es la menos generalizadora de las razas francesas. Pero en la página 103 nos hace saber que «el genio predomina allí donde prevalece la raza belga y cimbria». No lo entiendo. Siento saber la superioridad de las razas rubias sobre las razas morenas. ¿Será cierto, sin embargo, que Héctor fué vencido porque era moreno, y que Aquiles era rubio? (pág. 97).

necesario y universal de las masas humanas (1). De aquí se sigue que las revelaciones del genio, sean las que fueren, y de las cuales es carácter propio el *filoneísmo*, por decirlo así, son anomalías como las de la locura. Así, pues, cuanto más genial es una región, por más innovadora, rebelde ó revolucionaria en política, debe ser *à priori* reputada. Pero si es así, ¿no debiera fijarse el señor Lombroso en que toda resistencia á un aluvión electoral, á una mayoría triunfante, denota libertad de espíritu? ¿Ignora la dosis de audacia intelectual que supone la elevación sobre las nubes de la opinión corriente hasta las altas cimas, desde donde se contempla la razón de la sinrazón aparente, la justificación de las instituciones históricas? Si la sociedad humana no datase más que de cinco ó seis mil años, comprendería yo esa presunción de *verdad* que el Sr. Lombroso parece conceder á toda *novedad* política. Pero desde que aparece á nuestra vista la prodigiosa antigüedad del pasado social y retrocede por los tiempos geológicos el origen de las civilizaciones, ya no es lícito hallarse tan

pronto á creer que, después de tantas experiencias sociales acumuladas, pueda descubrirse aún algo absolutamente nuevo y á la vez más viable, útil y verdadero, en punto á instituciones y principios políticos; por el contrario, ha lugar á tener cierta desconfianza acerca de todo lo que se precia de ser nuevo en estas materias, y preguntarse si las pretendidas novedades lo serán tan sólo porque, después de haber sido experimentadas muchas veces en las civilizaciones anteriores, hayan sido rechazadas en seguida siempre y reemplazadas por antiguallas, más conformes con la naturaleza de las cosas. Sucede con el arte de la política como con el arte en general, donde no todo cambio es un progreso, y cuyo punto de perfección, imposible de superar, ha sido alcanzado varias veces en el curso de la historia, por lo menos en algunas de sus ramas. Al hablar así, no creo de ninguna manera obedecer á una inspiración retrógrada y reaccionaria. Lo que de estas consideraciones deduzco, es que, cuando hombres como Laplace y Taine, por ejemplo, á costa de un gran esfuerzo emancipador, vuelven á hallar los títulos del pasado, ó cuando un crítico vigoroso, cual M. Brunetière, restaura y endereza la estatua de los maestros clásicos, no hay derecho para atribuirles un *misoneísmo lar-*

(1) Como ejemplo de ese *misoneísmo* nacional cita el pueblo francés, que desde Estrabón ha continuado siendo el mismo, «vano, belicoso, *amigo de novedades*.» Aquí es tan gorda la contradicción, que preciso es atribuirle á un *lapsus calami*.

vado, como lo hace el Sr. Lombroso, de tratarles de espíritus inconsecuentes, porque ponen piedras nuevas en diques nuevos que se remueven y que ellos tratan de consolidar. ¿Son misoneístas ó filoneístas? Poco importa: son, en suma, talentos y capacidades; y supongamos que los ingenios de este temple abundan en un departamento ó den el tono en él, veréis á la mayoría tomar allí el matiz conservador (lo que, en el actual momento, no quiere decir precisamente monárquico). Por lo demás, el Sr. Lombroso insiste á menudo en esta verdad: que el hombre de talento ó de genio, opuesto en un punto, en un solo punto, al misoneísmo de las muchedumbres, por una compensación inevitable, tiene un misoneísmo á machamartillo. Así, pues, las opiniones políticas conservadoras no pueden tomarse *à priori* y sin más explicación como signo de esterilidad artística, agrícola ó científica. Si se entra por ese camino, ¿dónde nos detendremos? En cierta época, Hæckel valoraba el grado de civilización de las razas y naciones según su conversión más ó menos rápida y general á las doctrinas darwinistas, lo cual parecía entonces autorizarle para poner á Francia muy por bajo de Alemania, Inglaterra y América. A ejemplo suyo, el sabio criminalista italiano

no está muy lejos de pensar en alguna parte (págs. 131 y 145) que el entusiasmo en aceptar pronto sus ideas sobre el *tipo criminal* puede valer para medir la genialidad de los diversos países. «La idea socialista—dice—florece en Rusia; y la escuela penal italiana (la nueva) tiene en Rusia sus principales adeptos.» Por tanto, los rusos están á la cabeza de todos los pueblos. Por el contrario—añade—«Francia, España y la América del Sur, pueblos tan frecuentemente en estado de sedición, cuentan con rarísimos creadores de verdaderas revoluciones políticas y científicas». ¡Francia puesta en la misma fila que la América del Sur, y citada como ejemplo de esterilidad imaginativa y revolucionaria! Por lo demás, un poco más adelante escribe: «Vemos entre nosotros á los hombres más avanzados concebir súbitamente y adoptar las nuevas ideas (incluso las de la nueva escuela penal) pero conducirse en la vida pública mucho menos correctamente que los clericales, bastante cortos de ideas, pero de conciencia íntegra.» Cito este pasaje como una muestra de las sorpresas que aguardan al lector casi en cada página de *Il delitto politico*.

El Sr. Lombroso es á la vez hartamente severo y hartamente benévolo para con el espíritu conservador en general.

Harto severo al calificarlo de *miso-*
neísmo, lo cual es una manera de-
nigrante y negativa de compren-
derlo. Harto benévolo al mirarlo
como el único estado normal de las
sociedades. Esto es, olvidar que la
hospitalaria acogida hecha á las no-
vedades extranjeras, es también una
de sus funciones no menos normales,
aunque discontinua é intermitente.
Si en vez de hacer girar sus ideas so-
ciológicas alrededor de la idea de lo
nuevo y crear una antítesis infecun-
da entre el amor y el odio á lo nue-
vo, hubiese tomado por noción cen-
tral la idea de *imitación* y compro-
bado la universal diferencia entre la
imitación de lo nuevo y la imita-
ción de lo antiguo, hubiera evitado
muchos errores á que le ha condu-
cido su punto de vista. En primer
término, se hubiera guardado de
considerar el apegamiento á la tra-
dición y la usanza, ó el entusiasmo
por las innovaciones contemporá-
neas, como caracteres inmutables é
inherentes á una raza ó á un pueblo;
en efecto, hubiera podido ver alter-
nar esas dos formas, más comple-
mentarias que contradictorias, de la
imitación. Hubiera advertido sin
asombro ninguno que los pueblos ó
departamentos más conservadores
hoy han sido en una época anterior
muy innovadores, y viceversa (1).

(1) Los jonios no siempre son innovadores,

Comparando cierto número de ma-
pas electorales de un mismo país
en épocas diversas con un mismo
número de mapas *geniales* de ese
país (por ejemplo, en las mismas
épocas sucesivas de Francia, du-
rante el transcurso de este siglo),
hubiera visto sin duda diferir entre
sí las primeras que las segundas
mucho más profundamente de una
fecha á otra, de suerte que si pare-
ciese haber alguna coincidencia en-
tre una de las primeras y una de
las segundas, este acorde momentá-
neo y transitorio debería juzgarse
en gran parte fortuito, ó explicarse
por la intervención de una causa
extraña.

Junto con el hábito, especie de
misoneísmo fisiológico, coexiste en
cada uno de nosotros el capricho
junto á la tendencia á repetirse, la
tendencia á innovar. La primera de
estas dos necesidades es fundamen-
tal; pero la segunda es la esencial,
es la razón de ser de la otra. No
habría novedades posibles si no hu-
biese rutinas duraderas; la persis-

ni los dorios siempre conservadores. Los pri-
meros son conservadores en Asia Menor, los
segundos son innovadores en Sicilia y en la
Magna Grecia. El Sr. Lombroso explica estas
pretendidas *anomalías* por los cruzamientos de
razas. Y yo me pregunto cómo los cruzamien-
tos de los dorios (conservadores natos, en
hipótesis) con razas autóctonas aún más ru-
tinarias (como salvajes ó bárbaras) pudo dar
resultados diametralmente opuestos á las ten-
dencias de las dos razas progenitoras.

tencia de los tipos específicos es lo único que hace viables y aun imaginables las variaciones individuales. La lucha entre el hábito y el capricho, que son indispensables mutuamente, dura toda la vida del individuo; pero es de notar que comienza por el triunfo de la tendencia innovadora, y termina, en la extrema vejez, por la victoria definitiva de la tendencia rutinaria. Lo mismo sucede en la vida social, aun cuando nuestro autor parece creer precisamente lo contrario. En el más remoto comienzo de las sociedades coloca el reinado del misoneísmo absoluto, según la observación superficial de los salvajes. Paréceme que el horror á lo nuevo bajo todas sus formas es propio de los espíritus débiles, mujeres y niños, comenzando por los animales. Pues bien; por lo que hace á estos últimos quiero creerle por su palabra cuando nos afirma que una gallina blanca pintada de verde ha producido viva repulsión en todo el gallinero después de ese cambio de color, pero no puedo menos de pensar que no dejaría también de provocar un movimiento de repugnancia entre los más revolucionarios de los hombres en vías de bañarse en un río ó de aparecer *in naturalibus* ante un tribunal de reconocimiento físico de reclutas, la llegada de un hombre en cueros pin-

tado todo él de verde. No confundamos el horror á lo nuevo y el de lo anormal. En cuanto á las mujeres, sin hablar de los niños, su facilidad en empaparse en las nuevas modas, no sólo en materia de vestir, sino de sentimientos, ideas y costumbres, es increíble, aunque á veces se disimule bajo exterioridades engañosas. Si hay en ellas muchas *supervivencias* religiosas y morales, prácticas que antaño les fueron enseñadas por nuestro sexo (porque todos los fundadores de religiones y todos los apóstoles han sido hombres y han tenido por primeros fieles á hombres), esto depende sencillamente de la ley de la imitación del superior por el inferior, que se realiza aquí como en todas partes. La mujer siempre ha imitado al hombre, cuya superioridad ha sentido siempre; así, no puede sorprender que su religiosidad, hija de la del hombre, le sobreviva cierto tiempo. Por otra parte, cuando las mujeres siguen á los insurrectos ó revolucionarios, van más lejos que ellos. El Sr. Lombroso se ve en aprieto (págs. 227 y siguientes) para conciliar el ejemplo de las calceteras de la guillotina, de las petroleras, de las señoras nihilistas y hasta de las doctoras rusas, con el misoneísmo esencial de la naturaleza femenina. Pero si, según mi parecer, no se ve en la tendencia á

seguir las nuevas modas más que una forma de la imitación, no causará sorpresa que ese gusto alterne en las mismas personas con el culto á las antiguas usanzas, á los abuelos y al hogar. Y fácil será concebir que la mujer, precisamente porque es muy imitadora, sea de un modo alternativo devota de lo pasado hasta la ciega rutina, y entusiasta de actualidades hasta las peores extravagancias. Nada diré de los salvajes; pero haré notar que la admiración supersticiosa, la veneración entusiasta de los pueblos bárbaros por las diversas formas de locura bautizadas á menudo con los nombres de profetismo y santidad, no se compadece con aquella aversión por las novedades, es decir, por las singularidades, que harto liberalmente se les atribuye. La noble locura que ama el bárbaro es la que acentúa la personalidad, haciendo de ésta una singular y poderosa excepción de la regla general. Se olvida de sus sacerdotes, representantes de la regla, para correr tras el profeta y el asceta, representantes de la excepción.

IV

Hay que distinguir las invenciones conformes con el espíritu general de la sociedad donde brotan, y las que son contrarias á ese espíritu.—Diferencia entre la rebelión y la regeneración.—Influencia muy secundaria de las condiciones meteorológicas, orográficas, etc.

Lo más deplorable que hay tal vez en la manera cómo entiende el misoneísmo el Sr. Lombroso, es que le conduce á considerar todo invento, toda innovación como una anomalía morbosa, compañera de la locura, puesto que la rutina es el único fenómeno normal, la salud y la salvación de las naciones. Ni siquiera distingue entre las invenciones conformes y las que son contrarias con el espíritu general de la sociedad donde brotan. Sin embargo, esta distinción fundamental, aunque á menudo delicada y sutil en los detalles, es la única que puede justificar y explicar la oposición en que insiste con tanta fuerza, sin conseguir dilucidarla entre las insurrecciones y las revoluciones, ó, por mejor decir, entre las crisis de destrucción y las crisis de renovación. Las revoluciones verdaderamente regeneradoras son, como lo dice muy bien, no lo contrario de

la evolución social, sino su expresión más precisa é intensa. El rápido y duradero triunfo de una idea política ó religiosa nueva y recién importada denota que era pedida y buscada á tientas desde mucho tiempo atrás por las inteligencias inquietas, ocupadas en los problemas á los cuales ofrece aquélla una solución inesperada. El revolucionario, ó, por mejor decir, el regenerador, golpea contra un peñasco de prejuicios, como el simple insurrecto; pero de ese choque sale una fuente, un raudal de convicciones anteriores y acumuladas que ha hecho brotar él. El insurgente golpea, y nada brota: es un Moisés abortado. No hay rebelde que, con otros tiempos, no hubiera podido ser un revolucionario; y viceversa. Si Lutero hubiese venido cien años más pronto, antes del descubrimiento de la imprenta, ó nacido en España en lugar de nacer en Alemania, hubiera muerto en el quemadero como Juan Huss. Tampoco le faltó á Juan Huss más que haber nacido á tiempo para ser un Lutero. Esta es, en el fondo, á mi parecer, la verdadera diferencia entre las rebeliones y las regeneraciones sociales. He aquí la piedra de toque indicada por el buen sentido y de la cual debiera comenzarse á hacer uso antes de investigar en qué climas, en qué estaciones, en qué latitudes,

con qué índice cefálico, etc., es más frecuente uno que otro de estos dos fenómenos. Nuestro autor cree poder decidir, en virtud de ciertas estadísticas (pág. 377), que «las rebeliones se observan con más frecuencia en los países de altitud muy elevada y muy cálidos, en tiempos de carestía, ó en los pueblos braquicéfalos y morenos, y guardan íntima relación con el alcoholismo y las estaciones cálidas», al paso que «las revoluciones, *más raras en los países muy cálidos, más frecuentes en los meses cálidos* (cosa un poco extraña), sobre todo para las creaciones geniales, se desarrollan, sin embargo, á la inversa de las rebeliones, *en los países moderadamente fríos y secos, sobre todo en los países de montañas y colinas, rara vez en las llanuras y en los terrenos volcánicos... y están en relación con la elevada estatura de la raza*». Mas para tener derecho á asentar esas conclusiones, curiosísimas de seguro, ¿no sería preciso previamente explicar en qué principio se ha fundado para formar las listas de rebeliones y de revoluciones que han servido de base á esos cálculos, para incluir en una lista más bien que en la otra muchos hechos históricos diversamente apreciados? El Sr. Lombroso no nos dice el principio que le ha guiado en quella delicada operación. Poco ha, le vimos

poner en la misma categoría la Revolución francesa y las Vísperas sicilianas; esto es un poco atrevido, aun por parte de un italiano.

Por supuesto, no acometeré la empresa de discutir las proposiciones antedichas y otras análogas, á pesar de algunas tímidas objeciones que quizá pudiera hacerles. Pensando en el Egipto y en la Mesopotamia antigua, en la China, en Rusia, atribuye el Sr. Lombroso á los países de grandes llanuras un carácter antirrevolucionario. Pero no se acuerda de las fases de gigantescos trastornos atravesadas por esos pueblos antes de su época tranquila, en la cual se fijan con preferencia los ojos de la historia; menosprecia en demasía las excepciones á su regla presentadas por la República Argentina y Polonia, tan revueltas, aunque situadas en países de suma planicie. Acerca de la República Argentina, dice que eso depende «de la sequedad del aire, del desbordamiento de la vida urbana, de la imitación de las revoluciones europeas», tres consideraciones de las cuales dos, por lo menos, tienen cierta validez. Pero, por desgracia, ninguna de las tres es aplicable á Polonia antes del reparto. En cuanto á mí, no me sorprende en manera alguna ver con frecuentes convulsiones á una sociedad nueva, en plena fiebre de

crecimiento, como la de El Plata; y hay motivos para creer que todas las sociedades llamadas á tener un gran porvenir, á un vasto desarrollo territorial, que se formaron en remoto pasado, es decir, las que tuvieron por cuna un valle delicioso, los valles del Nilo, del Eufrates, del río Amor, han sido convulsionarias de esta suerte en sus comienzos. Pero la llanura argentina se calmará al envejecer, como en los siglos xvii y xviii se calmó la llanura holandesa, hoy tan tranquila, ayer tan tormentosa. Conviene á este propósito hacer notar que todas las civilizaciones del antiguo y del nuevo mundo han hecho su nido en un llano ó en una meseta. Por tanto, si fuera cierto que las revoluciones (hablo de las revoluciones verdaderas y felices) tienen por habitual teatro las colinas ó los montes, deduciríase de aquí que revolución y civilización son dos términos incompatibles, una antítesis completa. Tal vez no sea de este parecer el sabio y profundo revolucionario Metchnikoff, autor de *La civilización y los grandes ríos históricos*. Y creo que tendría razón. Si revolución quiere decir innovación fecunda, propagada y duradera, toda civilización es un haz de revoluciones ingertas unas en otras y amacolladas. Si acaso mi propia quimera no me engaña,

por las leyes de la imitación se resolvería con facilidad una dificultad aparente que *Il delitto politico* presenta al atento lector.

V

Conclusiones.

Pero temo mucho que al agitar con nuestro autor estas cuestiones, perdamos de vista, como él, nuestro verdadero asunto. En resumen, se trata de caracterizar el delito y el delincuente políticos, y decir en qué casos tenemos ante nosotros un delito y un delincuente de este orden. ¿Estaremos lo suficiente ilustrados acerca de este particular, cuando sepamos en qué difieren la insurrección y el insurrecto, de la revolución y el revolucionario? No, á menos de sublevar la conciencia humana, subordinando la apreciación moral y jurídica de un acto á su triunfo ó su fracaso. Estalla una conspiración. Los conspiradores, ¿son regeneradores ó rebeldes? El porvenir lo dirá. Si triunfan, se les aclamará como grandes hombres, si fracasan, se les fusilará. No cabe duda de que, á menudo, pero no siempre, vencerán ó serán venci-

dos, según su conformidad ó su contradicción con las ideas y tendencias de su medio. Pero su misma empresa prueba que han creído estar acordes y contar con ellas. Pues bien, si se han equivocado, ¿de qué son culpables? De su error. Pero no está aquí la cuestión. Desde el momento en que han tomado las armas y antes del desenlace de su tragedia, el hombre de pensamiento y corazón se cree en el derecho de juzgar su conducta y no esperar el resultado final, como la muchedumbre, para aplaudirles ó condenarles á muerte. ¿Me diréis que esto es un derecho imaginario, un puro prejuicio? Si me dijera V. eso, Sr. Lombroso, no le creería, porque de un extremo al otro de sus libros vibra enérgicamente la honrada fibra de la indignación y del desprecio contra toda necedad, aun aplaudida, contra toda maldad, aun triunfante; esto es lo que, sobre todo, aficiona á su lectura, lo que hace pasar por alto todas las paradojas y todas las extravagancias. Por más que dice V. (de piquillo), que mérito y demérito no significa nada, que es pueril vituperar é indignarse, con placer le veo fustigar á cada página toda infamia y protestar contra todo hecho contra derecho. Que cualquiera otro le acuse por ello de inconsecuencia, porque es V. determinista, yo también

lo soy, y pretendo continuar siendo lógico al indignarme cuando llega el caso. Hasta estoy convencido de haberlo demostrado. Derecho, deber, vicio, virtud, bien, mal: nociones siempre jóvenes, patrimonio común de todos los sistemas. «¿Qué pacto nos privó de esas palabras?», pudiéramos decir con el poeta. Por eso, que se nos permita preguntarnos á la vista de ese obrero, que fusil en mano sube á una barricada, de ese regicida ó presidenticida que va á poner fuego á una bomba, si es culpable ó no, y hasta qué punto lo es. ¿No es claro que para esto se necesita escrutar su corazón, ante todo, y leer en él qué sentimiento le anima; saber si su móvil ha sido egoísta ó generoso, cobarde ó heroico? Tal revolucionario que ha combatido á favor de lo venidero, y á quien el porvenir erige estatuas, no fué más que un vil malvado, concusionario y manchado de sangre. Y tal insurrecto, apegado á un ideal imposible, á una causa perdida de antemano, quimérica ó prematura, y por la cual fué ahorcado, guillotinado, fusilado ó quemado, según los tiempos y lugares, es un héroe que ha hecho llorar de lástima y admiración á sus mismos verdugos. Lo que digo, podrá no ser político, pero es moral; y espero que la moral ha de ser la política futura. La nueva escuela italia-

na de derecho penal se ha honrado señalando, á propósito de los homicidios ordinarios, la mayor (y, en parte, desconocida) importancia de la naturaleza del móvil. Quisiera, con razón, ver sustituir este concepto al de la premeditación, del que se abusa. Pero me parece que, sobre todo, convendría aplicar esta doctrina á los delitos políticos. Si los homicidios pasionales son dignos de particular indulgencia, con mayor motivo deben serlo aquellos inspirados no por una pasión individual, como el amor ó los celos, sino patriótica y humanitaria. Admito que esta pasión es un peligro y que importa precaver nuevas explosiones de ella; pero si al castigarla sólo se tiene en cuenta la utilidad de «hacer un escarmiento ejemplar» y se cree dar muestras de profundo hombre de Estado ordenando la ejecución de tal ó cual sentencia de pena capital, contra la que se levantarán protestas «sentimentales», se comete un sangriento error, que cada día llega á ser más grave y evidente.

Los delitos políticos son el último asilo donde ha reinado hasta nosotros el utilitarismo penal puro y donde se le puede juzgar manos á la obra. Castigar á un rebelde en la medida que el Estado cree tener interés en hacerlo, sin considerar para nada el carácter vil ó noble

de su rebelión, tal ha sido la regla de conducta de los jefes de Estado en todos tiempos, hasta en las épocas en que se hacía gala de proporcionar la penalidad ordinaria al preciso grado de culpa y de responsabilidad moral. Pero nuestro siglo ni augura en esto una era nueva, fácil de caracterizar por el contraste entre el presente y el pasado en lo que atañe á la pena de muerte y á la extradición. En otro tiempo la pena capital era un importantísimo aparato social, del que sólo nos queda ya un órgano rudimentario; funcionaba en todas partes y continuamente; pero, sobre todo, en materia política es donde desplegaba todo su lujo de atrocidades y reinaba como en su propio dominio. Parecía que hubiera podido desalojársela de cualquiera otra parte, sin ocurrirse la idea de sitiárla en esta última trinchera. Hoy, precisamente, allí es donde se ha suprimido, mientras que subsiste para los delitos de derecho común. Lo mismo ha sucedido en materia de extradición. Los primeros tratados en que los Estados antiguos estipularon el trueque de sus criminales referíanse á los delincuentes políticos; éstos han sido objeto de la extradición larguísimo tiempo antes de que se pensara en apoderarse más allá de las fronteras de los vulgares asesinos. En nuestro siglo, por el contrario,

la extradición alcanza á los delitos graves de derecho común, mientras que se eximen de ella habitualmente los delitos de orden político. Si el Sr. Lombroso hubiera observado estos dos grandes hechos, no sé qué explicación física ó fisiológica les hubiera dado. En cuanto á mí, veo en ellos la prosecución de los inmensos progresos hechos por la recíproca asimilación de las naciones civilizadas en extensión y en profundidad; ha comenzado por las clases superiores, que al asemejarse han sido las primeras en adquirir el sentimiento de su solidaridad, de la comunidad de intereses; luego ha conquistado á las últimas capas del pueblo, y desde entonces el interés común de los gobernados ha concluido por prevalecer hasta sobre el de los gobernantes. Por lo demás, sea lo que fuere, del doble contraste indicado resulta por lo menos que, lejos de ser el crimen y el criminal políticos objeto de un horror excepcional, como se vió en el siglo xviii cuando el atentado de Damiens, tienen actualmente el privilegio de provocar la indulgencia ó el favor universal. Eso prueba que al ilustrarse la humanidad no se hace cada vez más utilitaria, dígase lo que se quiera: en efecto, si nada hay tan generoso á menudo como el móvil del conspirador, nada hay tan peligroso, por lo común,

como su tentativa, ni nada más ruinoso y destructor que su triunfo. Ni Pranzini, ni Prado, ni Eyraud, han hecho al público que pide sus cabezas tanto daño como los condenados de la *Commune*, cuya amnistía ha pedido.

Y es que el público es psicólogo sin saberlo, mucho más que sociólogo; y, con razón, encuentra mucho más interesante la psicología del insurrecto que la del bandido ordinario. Pero preciso es confesar que á menudo le engañan las palabras, en esto como en todo, y que se apresura demasiado á poner en la categoría de los delincuentes políticos á malvados que no tienen de políticos más que el nombre (1). En un capítulo de los más instructivos nos manifiesta el Sr. Lombroso cuántas veces ha debido de hacerse esta confusión. Pasando revista (págs. 268 y sigs.) á los regicidas célebres, Orsini, Fieschi, Hædel, etc., enumera las condenas en que habían incurrido ellos ó sus

cómplices por delitos comunes, antes de su atentado; son numerosas. Respecto á los hombres de la *Commune* hace la misma observación, no sólo según Despine y Máximo Du Camp, sino según Cluseret y Vallés. La extiende á los jefes de los jacobinos. No pierde tan buena ocasión de utilizar su tipo criminal. Si, á despecho mío, no me inspirasen siempre alguna desconfianza sus estadísticas, no podría menos de chocarme un hecho que afirma: la proporción de individuos portadores de ese famoso tipo es mucho más considerable, según él, en los rebeldes que en los revolucionarios, muy fuerte donde es injusta la causa del levantamiento, mínima cuando la insurrección es legítima. Así, de quinientos veintiún mártires de la independencia italiana, sólo encuentra tres estigmatizados de esa especie; al paso que en cincuenta fotografías de miembros de la *Commune* halla seis, y en ocho petroleras cuatro. Pero, ¿no le habrán perturbado tal vez la vista los anteojos del patriotismo? Entre nuestros grandes agitadores franceses cierto es que halla magnífico á Mirabeau, pero su nariz torcida le parece suficiente para clasificarle en la categoría de los individuos *tipados*, junto á la de Marat, Carrier, etc. Descubre muchos epilépticos entre los innovadores: por ejemplo, Mahoma.

(1) Todos sabemos en qué condiciones el proceso más sencillo del mundo se tiene por proceso político, y, como tal, se inhibe de la jurisdicción del sentido común y del sentido moral. Basta que interese de cerca ó de lejos á un hombre político ó se suponga que puede ejercer cualquiera influencia sobre el resultado de unas elecciones, aunque sean municipales. Advirtamos que el aumento de los procesos políticos, ó calificados como tales, es un síntoma grave y seguro de perturbación social.

De ahí una nueva neurosis, de la cual ha querido ser padrino, bautizándola con el nombre de epilepsia política. Observación más seria: el extraordinario número de locos en las filas revolucionarias. Lutero, Savonarola, tuvieron verdaderas alucinaciones. Masaniello, Colà de Rienzi, locos peligrosos y el último megalómano. Châtel, Jacobo Clemente, Poltrot, otros tantos alucinados. Ravillac, al herir á Enrique IV, obedecía al delirio de persecución. Durante la Revolución francesa, Téroigne de Méricourt, loco. Bajo la *Commune*, reina la locura; véase acerca de ello el libro del doctor Laborde. Muchos locos entre los insurrectos de la América del Sur. John Brown, el apóstol de la emancipación de los esclavos en 1859, estaba atacado de locura hereditaria. También loco Hong-Sion-Tucen, el revolucionario chino (ya ve el Sr. Lombroso que China ha tenido revoluciones, á pesar de sus valles) que á mediados de este siglo soñó con cristianizar el Celeste Imperio y produjo grandes trastornos. Loco también el fundador de una nueva religión que se formó en 1862, entre los salvajes de Nueva Zelanda (prueba de que el pretendido misoneísmo de los salvajes no deja de tener alguna excepción). Parece ser que era un tal Horopapera, que estaba en conti-

nuas relaciones con el arcángel Gabriel.

Siendo esto así, es lógico esperar ver en una nación ó en una clase el espíritu de rebelión y de revolución relacionado con el número de casos de locura en los mismos.

Por tanto, debe de estar más difundido y ser más intenso en las ciudades que en los campos, en los países *en vías* de civilizarse (no hablo de los países antiquísimamente civilizados y asentados en su civilización establecida, tales como China ó Egipto) que en los pueblos bárbaros. Viendo progresar al mismo paso en nuestra Europa la enajenación mental y la agitación innovadora, no puede dudarse de ese paralelismo ni vacilar en explicarlo por causas principalmente sociales.

El solo hecho de que el espíritu revolucionario tiene sus accesos y remitencias, que ya viene del Norte como del Mediodía, que se pasea de Oriente á Occidente, y viceversa, prueba con claridad que no depende de causas físicas ó fisiológicas, del clima ó de la raza, las cuales no cambian. Si dependiese en primer término de esas condiciones, sería fijo y constante como ellas. Hasta Lutero, como puede verse en el *Compendio de la historia de la Iglesia de Occidente* por Carlos Schmidt, la mayoría de los grandes heresiarcas cristianos nacieron en

el Mediodía de Italia ó de Francia, focos de la civilización y de la riqueza europeas en la Edad Media; y si desde el siglo xvi se han manifestado en una latitud más alta la herejía y el genio, es porque los descubrimientos de la América y de la imprenta produjeron gradualmente el efecto de transportar al Oeste y al Norte la corriente comercial y civilizadora. En el siglo xiv, cuando estallaban de plebe á plebe esas epidemias revolucionarias por imitación advertidas por Lombroso, y que se exacerbaron de 1378 á 1394, las plebes de Roma, Florencia y Palermo sirvieron de modelo á las comunidades alemanas, á los hussitas de Bohemia y á los ciudadanos suizos. La nación ó las clases más brillantes son siempre las imitadas por otras. Por esta misma ley de la imitación del superior se explica otro hecho citado por nuestro autor. Hasta mediados del siglo actual, las rebeliones y conspiraciones en Rusia estaban localizadas en las clases altas, eran sucesos palaciegos; pero de entonces acá, el regicidio ha descendido poco á poco á las capas profundas de la nación. Entre nosotros, el ejemplo de las rebeliones ha sido dado á la clase media y al pueblo por los jefes aristocráticos de la Fronda, cuya tradición se perpetuó hasta 1789 y tuvo por su más ilus-

tre representante al conde de Mirabeau. Si el Sr. Lombroso hubiese tenido en cuenta esta ley, hubiérale sorprendido menos un fenómeno que cuesta mucho trabajo explicarse: ¿Cómo es posible que siendo la nobleza, según él, esencialmente *misoneísta*, haya habido siempre, y sobre todo en otros tiempos, tantos nobles á la cabeza de todas las revoluciones? Son curiosos sus esfuerzos para resolver ese problema insoluble. ¡Representa á Mirabeau como un *degenerado* neurópata! La verdad es que lejos de ser el misoneísmo carácter esencial de la nobleza, en sus días de esplendor es amiga siempre de novedades, hasta de las que *indirectamente* tienden á derribar su poder; como, por ejemplo, las ideas de los Enciclopedistas y de Rousseau.

Pero basta de criticar al señor Lombroso. A pesar de todo, su libro es interesantísimo, precisamente porque se asemeja demasiado á un bosque virgen. Digámoslo, para concluir: el Sr. Lombroso es uno de los agitadores más apasionados pero más sinceros que existen. Es, á su manera, un *impulsivo*. Una fuerte excitación interior le impele constantemente, no á cometer crímenes, sino á acuchillar á enemigos intelectuales que le acometen y que, hechos tajadicas, yérguense siempre bajo sus pies, cual se ve

en los poemas orientales. Mucho le será perdonado, no por haber amado mucho (pues me parece que odia de todo corazón á sus enemi-

gos) sino por haber buscado mucho, ya que no siempre encontrado, lo cual sería, en verdad, harta fortuna.

G. TARDE.

AMOR DE MUJER

(DE SHAKESPEARE.)

Si osada mano su corriente enfrena,
Encrúpase el arroyo cristalino ;
Mas, dejándole libre en su camino,
Entre las guijas melodioso suena :

Los lirios besa de su orilla amena,
Vueltas dando y revueltas peregrino,
Hasta sumir, cumpliendo su destino,
En el inmenso mar su onda serena.

Si estorbáis mi pasión, yo me rebelo ;
Dejad en paz mi enamorada vida,
É iré, débil mujer, cual fuente mansa,

Hasta llegar al solo bien que anhele,
Y descansar allí, como alma herida,
En la gloriosa Eternidad descansa.

M. A. CARO

APLICACIONES JUDICIALES Y MÉDICAS DE LA ANTROPOLOGÍA CRIMINAL

I

EL TIPO DE LOS ANARQUISTAS



Quizá una de las aplicaciones más prácticas de la antropología criminal es la que resulta del examen de la fisonomía del criminal político. Suministra, en efecto, ciertas bases para el estudio del crimen político que hasta aquí parecían eximirse de todas las investigaciones y de todos los esfuerzos de los juristas, quienes veíanse reducidos á negar la existencia del crimen político (Power); también parece darnos el medio de diferenciar la verdadera revolución, siempre fecunda y útil, del motín y la rebelión, que siempre quedan estériles.

Hay un hecho enteramente confirmado por mí, y del cual he dado las pruebas en mi *Delito político* y es: que los verdaderos revolucionarios, es decir los iniciadores de las

grandes revoluciones científicas ó políticas que provocan un verdadero progreso en la humanidad, son casi todos genios ó santos y tienen todos una fisonomía maravillosamente armónica; baste con mirar las láminas de mi *Delito político* (lámina VI). ¡Qué nobles fisonomías tienen Paoli, Fabrizi, Dandolo, Moro, Mazzini, Carlota Corday, Orsini, Garibaldi, Gambetta, Marx, Lassalle y todos los mártires cristianos! En general se advierte en ellos una frente muy amplia, en los hombres una barba muy poblada y unos ojos muy dulces y muy grandes; algunas veces se encuentra muy desarrollada la mandíbula inferior, pero nunca hipertrófica; por último, algunas otras, palidez del rostro (Mazzini, Bruto, Casio), pero, casi nunca se reúnen

esos caracteres en el mismo individuo para constituir lo que yo llamo tipo criminal.

En un estudio que he hecho acerca de 321 muertos revolucionarios italianos (sublevados contra el Austria, etc.), casi todos varones (había 27 mujeres por 100 hombres), la proporción del tipo criminal ha sido de 0,57 por 100; es decir, mucho menor que en los hombres normales, donde es del 2 por 100.

De 30 nihilistas célebres, 18 tienen una fisonomía muy hermosa, 12 presentan algunas anomalías aisladas y solamente tienen tipo criminal (Rogagiew y Okladsky), es decir 6,8 por 100.

Pues bien; si de los mártires de una gran idea política ó religiosa, tales como los mártires cristianos, se pasa á los regicidas y presidenticidas, tales como Fieschi, Guiteau, Nobiling y á los fautores de las carnicerías políticas de 1789, tales como Carrier, Jourdan, Marat, se encuentra en todos ó casi todos ellos el tipo criminal (Taine).

Y este tipo se repite con frecuencia en los comuneros de París y en los anarquistas. En 50 fotografías de comuneros, he encontrado el tipo criminal en la proporción del 12 por 100; el tipo de locos en el 10 por 100. Entre 41 anarquistas de París, que he estudiado en el

despacho de M. Bertillón, en la prefectura de policía de París, la proporción del tipo criminal era de 31 por 100.

En el asunto del 1.º de Mayo de 1891, he podido estudiar á 100 anarquistas de Turín, encontrando en ellos el tipo criminal en la proporción de 34 por 100; al paso que en 280 criminales ordinarios de la cárcel de Turín, esta proporción era del 43 por 100, entre los cuales había

| | Criminales políticos. | Criminales ordinarios. |
|---|-----------------------|------------------------|
| Plagiocefalia exagerada.. | 11 % | 21 % |
| Asimetría facial..... | 36 » | 60 » |
| Anomalías craneales (ultra-braquicefalia, etc.. | 15 » | 44 » |
| Mandíbula inferior muy voluminosa..... | 19 » | 29 » |
| Pómulos exagerados..... | 16 » | 23 » |
| Senos frontales enormes. | 17 » | 19 » |
| Dientes anómalos..... | 30 » | 20 » |
| Anomalías de las orejas.. | 64 » | 75 » |
| Idem de la nariz..... | 40 » | 57 » |
| Idem en el color de la piel. | 30 » | 8 » |
| Antiguas heridas..... | 10 » | 26 » |
| Pintarrajeo (tatuaje)..... | 4 » | 10 » |
| Anomalías neuro-patológicas..... | 8 » | 26 » |

Entre esos 100 individuos detenidos el 1.º de Mayo de 1891, el 30 por 100 eran reincidentes por delitos comunes; en los detenidos por delitos comunes, los reincidentes llegaban al 50 por 100. Verdaderos parroquianos habituales de las cárceles había ocho entre los primeros y 20 entre los últimos.

Gracias al doctor Carus y á la

dirección del *Open Court*, que tuvieron á bien enviarme documentos curiosos, y gracias también á la obra muy especial, pero rica en hechos de Shaak (*Anarchie and Anarchistes*, Chicago, 1889), he podido estudiar las fotografías de 43 anarquistas de Chicago y he encontrado casi la misma proporción de tipos criminales, 40 por 100. Entre ellos presentaban ese tipo Dieneks, Potosuki, Cloba, Seveski, Stimak, Sugar, Micoland, Nina van Zands, Lieskre, Lingg, Oppenheim, Engel y su mujer, Fielden, G. Lehm, Thiele, Most. Señalo sobre todo en Potosuki, Sugar y Micoland la asimetría facial, mandíbula inferior enorme, senos frontales, orejas de asa; los mismos caracteres (salvo la asimetría), se encuentran en Seveski y Novak. Fielden tiene la nariz remangada y la mandíbula inferior enorme; Most tiene acrocefalia y asimetría facial.

Por el contrario, Marx tiene una fisonomía hermosísima, con la frente muy despejada, los cabellos y la barba abundantes y los ojos dulces; Lassalle, Hermann, Schwabe, Neebe, Schnaubelt, Waller y Seeger, tienen también hermosas fisonomías.

Estudiando aparte los jefes anarquistas de Chicago, se encuentra, sin embargo, en todos ellos una anomalía, por lo demás muy fre-

cuenta en los hombres normales, es decir, las orejas sesiles, sin lóbulo y más desarrolladas que en los individuos normales (excepto en Spies). Son también de asa en Lingg, Fischer y Engel; la mandíbula está muy desarrollada en Lingg, Spies, Fischer y Engel; todos tienen, sin embargo, la frente hermosa y amplia de las grandes inteligencias.

Cuando digo que los anarquistas de Turín y de Chicago tienen con frecuencia el tipo criminal, no pretendo decir que sean verdaderos criminales los delincuentes políticos, ni aun los anarquistas más violentos; pero tienen muy á menudo esos caracteres degenerativos comunes á los criminales y á los locos, porque son anormales hereditarios; en efecto, el padre de Booth se llamaba también Junio Bruto, y le habían puesto el nombre de un revolucionario, Wilkes (véase Regis. *Los Regicidas*, Lyon, 1790). Los padres de Guiteau y de Nobiling y la madre de Staps eran locos religiosos; y el mismo Staps, como Ravailac y Clément, ha tenido alucinaciones.

En las autobiografías del *Vorboten*, encuentro que la madre de Pearsón era una metodista muy fanática, y que su padre representó un gran papel en el movimiento de temperancia de la Luisiana. Desde hace un siglo, toda la familia Pear-

són tomó parte en todos los movimientos revolucionarios. Un Tompkin, pariente de su madre, había tomado parte en las batallas de Brandirón y de Montraonth; un general Pearsón servía durante la revolución de 1776; un capitán Pearsón asistió á la batalla de Bunchers Hill.

El padre de Lingg ha sufrido una conmoción cerebral.

El padre de Fielden, obrero y gran orador, era uno de los agitadores en la cuestión de los obreros en Inglaterra; fué uno de los fundadores de la *Consummers Cooperation Society* y de la sociedad de los *Old-Fellows*. El padre, los hermanos y el abuelo de Padelewski tomaron parte en las insurrecciones de Polonia, y casi todos fueron fusilados ó murieron en prisiones de Estado.

Esta influencia hereditaria, se halla también en la mayoría de los hermanos coacusados de Chicago: los dos Spies, los dos Lehm, etc.

Sabido es que entre los anarquistas hay bandidos y ladrones (tales como Pini, Kammerer, Gasparine). Booth tenía por cómplice á Payne, un verdadero homicida de profesión; y Orsini tuvo por cómplices á dos ladrones.

Sin embargo, preciso es notar que si la anomalía hereditaria provoca una anomalía del sentido mo-

ral, también suprime el misoneísmo, ese horror á lo nuevo, que es casi la regla general de la humanidad; así haría de ellos innovadores, apóstoles del progreso, si la educación hartó grosera y la lucha con la miseria, de que fueron víctimas todos los anarquistas de Chicago, excepto Pearsón, no les hiciera ser desesperados y rebeldes, impidiéndoles comprender que la humanidad, como cualquiera otra parte de la naturaleza, no puede progresar á galope.

Spies, solamente en su última hora, advierte que la humanidad es misonéica, *esclava de la costumbre*, y lo dice citando los versos alemanes: «*Con gran asombro mío, he debido comprender que la gran masa de los hombres es rutinaria y llama al uso su nodriza.*»

Evidentemente, si hubiera comprendido eso desde el principio, no hubiese sido anarquista. Quien estudia como yo los trabajos de los locos, advierte que uno de sus caracteres es la originalidad, enteramente lo mismo que en los genios; solo que la originalidad de los locos (y también de los locos morales, es decir, de los criminales natos) es casi siempre absurda, inútil y hasta peligrosa. Y así es muy á menudo la obra de los anarquistas.

Por eso, yo que soy partidario tenaz de la pena de muerte, no pue-

do aprobar el fusilamiento de los comuneros de París y el ahorcamiento de los jefes de la anarquía de Chicago. Tengo por muy necesario el suprimir á los criminales natos, cuando se ve que, nacidos para el mal, no pueden hacer otra cosa más que el mal; y de ese modo su muerte ahorra muchas vidas de personas honradas. Pero es muy diferente aquí, donde por lo demás, el tipo criminal es menos frecuente que en esos criminales natos.

Aquí hay que considerar también la suma juventud de casi todos (Lingg, veinte años; Schwabe, veintitres; Neebe, treinta y siete), porque en esa edad existe el máximum de audacia y el mínimum de misoneísmo; y me acuerdo de un gran nihilista ruso que me decía que quien en Rusia no es nihilista á los veinte años y ultramoderado á los cuarenta, no es más que un necio.

Si aquí existe la tendencia al mal en una proporción más grande que en las personas honradas, sin embargo, toma una dirección altruista y enteramente opuesta á la de los criminales natos. Exige indulgencia y lástima.

Si esa tendencia, asociándose con la necesidad de lo nuevo, que es también anormal en la humanidad se hubiera encauzado bien y no extraviado por la miseria, podría

llegar á ser una gran ventaja para la humanidad. Podría trazar la senda nueva y, en todo caso, serle útil practicamente.

Un criminal nato, en un presidio matará á un carcelero, en una colonia se aliará con los salvajes y no trabajará nunca; al paso que los delincuentes políticos en una colonia serán trabajadores, á menudo hasta más útiles que las personas honradas, las cuales son medianías en todo, hasta en el bien.

Luisa Michel (ese ejemplar único que conozco de *mattoide* femenino) había recibido el sobrenombre de «Angel rojo» en Caledonia: tan caritativa enfermera se mostraba allí.

A mi parecer, no debe aplicarse la pena de muerte al delito político. Una idea no se ahoga con la muerte de sus fautores; por el contrario, gana con su martirio si es buena, como sucede en las grandes conspiraciones ó revoluciones. Si la idea es mala queda estéril, como en los anarquistas. Como no puede emitirse un fallo definitivo acerca de grande hombre durante su vida, tampoco una generación, en su efímera vida, puede juzgar con certidumbre acerca de la falsedad de una idea (sea la que fuere) y, por consiguiente no tiene derecho á imponer una pena tan radical como la de muerte á sus secuaces.

Mis estudios acerca de los anar-

quistas de Chicago se ven confirmados por lo que hasta aquí se conoce de Ravachol y sus cómplices.

Lo que á primera vista choca en su fisonomía es su bestialidad. La cara, que presenta una asimetría muy marcada, se distingue por un estenocrotafia enorme y por la exageración de los arcos superciliares; encontramos enseguida la nariz fuertemente torcida á la derecha, las orejas de asa é insertas á diferentes alturas y, por último, la mandíbula inferior gruesa, cuadrada y prognática, que acaba de dar á esta cabeza los caracteres típicos de mi criminal nato.

Añádase un defecto de pronunciación, que se considera como un signo frecuente de degeneración.

En cuanto á su psicología, corresponde en todos sus puntos á las lesiones anatómicas. Alumno de la escuela de primeras letras hasta la edad de quince años, sale ella sin saber casi nada é inepto para practicar los diversos oficios para los cuales se le recluta. Holgazanea, roba y fabrica moneda falsa, desentierra un cadáver para despojarle de las alhajas. Después mata á un anciano ermitaño de noventa años para apoderarse de su dinero.

Por aquella época igualmente quiso matar á su madre y abusar de su hermana.

No le falta la herencia morbosa;

su abuelo *Konigstein* y su bisabuelo murieron en el patíbulo, reos de asesinatos, incendios, etc. Su cómplice Simón no tiene un pasado tan terrible, pero aún es muy joven y toda su fisonomía recuerda el tipo criminal: tiene orejas de asa, asimetría de la cara y prognatismo.

II

TIPO DE CRIMINAL NATO

Una aplicación aún más directa y más práctica es la que hace servir el conocimiento del tipo para la revelación del autor de un crimen; en efecto, el tipo suministra un indicio tanto más precioso cuanto que no puede alterarlo ningún disimulo y se conserva durante toda la vida y hasta después de la muerte. Así hemos podido por el cráneo juzgar del tipo criminal de Sesostris, que era casi un ser mitológico, y encontrar caracteres degenerativos en la cabeza de Carlota Corday, á quien sin embargo debe admirarse como una heroína. Y justamente porque ese tipo no existe en todos los criminales, sino solo en la gran mayoría (95 por 100, según parece) de los criminales natos, es por lo

que, cuando se asocia con las anomalías funcionales y psíquicas, da casi la certeza de la inclinación al crimen, y hasta la del crimen ejecutado. En mi práctica he recogido ya buen número de casos (1).

La Sra R..., gentil persona, hacendosa, sin precedentes anormales, fué arrojada un día desde la ventana de un piso tercero. Durante la caída, lanzó un grito terrible; por lo demás, no pudo creerse en un suicidio porque siempre había sido muy arreglada en sus costumbres. Tenía un rostro muy normal, sin ninguna herencia morbosa; maltratada á menudo por su marido, le perdonaba y lloraba.

Por el contrario, su marido, R..., que había padecido convulsiones epilépticas y vértigos, y que presentaba anomalías degenerativas en muy gran número, fué objeto de la sospecha de que la había arrojado por la ventana. Presentaba el apéndice lemúrico de la mandíbula inferior, oreja sesil, bicromatismo del iris, oxicefalia, protuberancias frontales muy desarrolladas, carencia de barba, sensibilidad dolorosa muy obtusa (2^{mm},4 en el lado derecho, 3^{mm} en el izquierdo), sensibilidad rápida muy obtusa (números 6 y 7 de la solución estriónica),

una precocidad sexual enorme (á la edad de ocho meses tuvo erecciones que pusieron en la necesidad de destetarle); también se notaba en él una agilidad extraordinaria, terrores nocturnos, inteligencia regular pero con distracciones é incapacidad de fijar la atención; su afectividad era muy obtusa; decía adorar á su madre y la pegaba; se había comido casi por completo su patrimonio con una mujerzuela á quien más de una vez amenazó con el revólver, y su mujer había sido maltratada muchas veces por él, incluso el mismo día de su muerte. Este día habíala escrito, con letras grandes: «Ya no me amas.» Días antes la había amenazado con tirarla á un abismo.

En el día y hora de la muerte de su mujer, después de una disputa, había entrado con ella en su alcoba. Cuando cayó sobre las losas, salió él; y aun sabiendo el estado á que quedó reducida, no se volvió para cuidarla, y regresó á su casa pretextando que no sabía nada. Pretendió más tarde que se había arrojado por la ventana después de haberle dicho: *Si continúas así me mato*; y que, por única respuesta, la había contestado: *Si es así, hazlo*. En la cárcel aumentó de peso en pocos días cuatro kilogramos; habló cínicamente de sus amores con su mujer. Al salir de la cárcel (en

(1) *Scuola positiva*, Mayo de 1892. *Archivio di Psichiatria*, 1887, 1889 y 92.

libertad provisional,) se paseó por las calles como si nada hubiera sucedido; y el día que menos lo pensaban, se escapó con una joven soltera á quien había violado.

De estos hechos deduje que era él quien había tirado á su mujer por la ventana, y demostré que era inadmisibile la hipótesis del suicidio.

Besson, famoso ladrón, había sido detenido, acusado de un robo de 10000 francos hecho por el método del manguito (manos artificiales que se ponen en evidencia, mientras que se trabaja con las manos verdaderas) en un vagón. En la cárcel rehusaba los alimentos diciendo que estaban envenenados, y gritaba contra enemigos imaginarios. Sospechando la simulación, le sometí al platismógrafo y al hidrosómetro de Mosso; como había una reacción muy grande de descenso cuando le decía yo que los jueces iban á entrar en su aposento, y como las orinas no presentaban ningún cambio en comparación con la de los días en que estaba tranquilo, mis conclusiones fueron por la simulación. Pero, hubo más. Sabía yo que había cometido otros dos robos de dinero en una casa, merced á un falso pasaporte que había fabricado y que se le encontró encima. Pues bien, renovando las pruebas con el platismógrafo,

no observé ninguna reacción al hablarle del robo del manguito, al paso que se producía una gran reacción cuando le hablaba de los otros robos. Deduje en seguida que no había cometido el primer delito de que se le causaba, sino los otros dos, y se lo escribí al juez. Este se quedó absorto al ver confirmadas por documentos oficiales mis conclusiones.

María Galluci, de edad muy avanzada, encontróse muerta en su lecho, con la cabeza bajo la almohada y con sangre en la nariz. La autopsia reveló los signos de una violenta asfixia.

Tenía dos hijos interesados en su muerte, puesto que eran sus herederos y porque querían impedirle que colocase su fortuna en renta vitalicia, lo cual deseaba hacer ella por aquel entonces. La noche del asesinato, unos vecinos habían visto á Miguel, el hijo mayor, entrar en la casa de ella.

Pues bien; del examen antropológico que hice de los dos hermanos resultó que Félix, el menor (que, por otra parte, no había cometido ningún crimen y sólo era sospechoso de ser cazador furtivo), no presentaba ningún signo de los caracteres criminales; Miguel, por el contrario, tenía enormes mandíbulas, grandes protuberancias frontales, obtusismo para el dolor, labio

superior muy delgado, tacto obtuso (cuatro en el lado derecho, dos en el izquierdo), sin duda con zurdismo sensitivo. La capacidad del cráneo era superior á la normal (1.620 cen. cúb.). Afectaba un gran cinismo en sus respuestas. Declaré, pues, que con la mayor probabilidad Miguel debía ser el más sospechoso de los dos hermanos. En efecto, de las declaraciones dadas en el proceso resultó que había estado tres veces en la cárcel por golpes y heridas; pocos días antes, jugando con una mozuela, la había apretado el cuello diciéndola: *No juegues mucho conmigo, pues para mí no es nada matar á una persona y estrangularla como lo he hecho con mi madre.* Esto era la jactancia imprevisora del criminal; en seguida la amenazó con matarla, si hablaba de ello. También pudo comprobarse que en un contrato reciente había hecho incluir una cláusula de rescisión para el caso de encarcelamiento, que, efectivamente, ocurrió algunos días después.

Félix fué absuelto. Miguel fué condenado y confesó en seguida su crimen. Aquí, los datos antropológicos se habían anticipado con mucho á los testigos oculares.

III

CÓDIGOS

Se nos acusa de no haber hecho triunfar nuestras ideas en el nuevo Código italiano, y es verdad; pero no es de extrañar en un país en que todas las ideas nuevas, políticas, económicas, científicas, tienen sumo trabajo en penetrar,—donde se nace clásico, académico, casi tanto como en Francia.—Pero, quizá no sepan en el extranjero que los únicos sabios que han visto en seguida y señalado las faltas del nuevo Código han sido los antropólogos criminalistas; lo cual manifiesta otro aspecto de las aplicaciones de nuestra ciencia (1).

Este nuevo Código es el resultado de cerca de treinta años de estudios teóricos de los mejores criminalistas italianos. Por eso, al publicarse, pareció una maravilla jurídica, pero era una obra teórica, en la cual se había estudiado el crimen sin estudiar ni de lejos el criminal,

(1) *Troppo presto*, por Lombroso, 1889. *Appunti al nuovo Codice*, por Lombroso, Ferri, Garofalo, Balestriani, Olivieri, Rosi; Torino-Bono, 1890. *Commenti al nuovo Codice*, por Majano, Verona, 1891-92.

sin tener siquiera presentes las observaciones más seguras.

Por eso ha recibido los unánimes elogios de los criminalistas teóricos de toda Europa; pero una sola semana de examen ha bastado á los antropólogos criminalistas para demostrar sus defectos. En seguida se ha visto cuán absurda era, en un país tan desigual geográficamente como Italia, la unificación de las penas y de los delitos, cosa de que se le hacía un mérito. Es un absurdo, por ejemplo, imponer la misma pena á un delito contra las costumbres en los países insulares, donde son una excepción. Peor aún era la unificación de la acción criminal,

sin tener en cuenta los hábitos y las intenciones de los criminales. Castigábase así á personas honradas, impelidas por una pasión grande y hasta noble, con la misma pena que á gentes malas de remate; se castigaban enormemente y con gran ventaja de los abogados los delitos pequeños, al paso que á los grandes culpables se les concedían todas las atenuantes. Multiplicábase las penas pequeñas, y se abolía la única pena que puede librar de los criminales natos á las sociedades, la pena de muerte.

Al cabo de tres años, la opinión pública ha dado la razón á todos esos críticos.

CÉSAR LOMBROSO.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Fiestas en América. — Monumentos en el Río de la Plata y en Bogotá. — Antologías. — Academias. — Los niños en el Centenario. — Precocidad. — Joyas y champagne. — Siguen las carabelas navegando por el mar literario. — Libros portugueses. — Cómo llegó Colón á Lisboa y lo que allí hizo. — Descubrimiento del Brasil. — La condesa de Lemos. — Investigaciones de españoles. — Idem de italianos. — El virrey del Canadá. — En todas partes cuecen habas, adagio traducido al francés. — Un favor y un desfavor. — Obra inglesa.

Aún nos trae el eco alegres sonos de las fiestas con que al mismo tiempo de las nuestras se solemnizó en tierras lejanas el suceso final del siglo xv. Aún aportan los vapores trasatlánticos mensajes de felicitación y testimonios de simpatía por complemento de los que han de formar armónico conjunto para enseñanza de edades futuras.

Del Río de la Plata vienen entusiasmadas descripciones del empleo que se dió al 12 de Octubre, haciendo noble figura el crucero español allí estacionado, que á las circunstancias de nacionalidad y representación amistosa unía la de nombrarse *Colón*. Dignóse visitarlo el magistrado supremo de la República, dispensando á la oficialidad honrosas distinciones.

Refieren los periódicos de qué modo, por decisión del Instituto geográfico argentino y suscripción nacional, se puso

en Buenos Aires la piedra fundamental de un monumento dedicado al Almirante de las Indias, honrándolo por de pronto con medalla de bronce grabada por los Sres. Gottuzo y Terrarosa, en cuyo anverso el busto, levantado por el genio de la navegación, es coronado por la República. En el anverso sostiene un águila cartela adornada con ramas de palma y roble, y se lee: *Cristóbal Colón, descubridor de América. — El pueblo argentino conmemora su cuarto centenario, 12 Octubre 1892.*

Este día circuló un impreso con poesías, dibujos y menciones de los literatos y artistas más populares, titulado *Homenaje á Colón* (1). En el pueblo de

(1) *Homenaje á Colón. Número único*, Director literario, R. Monner Sans; Director artístico, V. Nicolau Cotanda. Fotograbados de Emilio A. Coll y Compañía. Impreso por Jacobo Peuser. Buenos Aires, 16 págs., gran folio.

Chilvicoy se inauguró otro monumento con estatua semejante á la de Suñol en el obelisco de Madrid. Termina la alocución de la junta constructora con estas frases:

«El noble é hidalgo pueblo de Chilvicoy, en el cuarto centenario del descubrimiento de América, se inclina respetuoso ante tan grande y glorioso acontecimiento, sintiéndose lleno de júbilo por haber contribuido en la esfera de su poder, á erigir el monumento que hoy entrega á la posteridad, y que llevará á las generaciones futuras el recuerdo de los esfuerzos realizados para dar forma plástica á un pensamiento noble y generoso, que llevando en sí la savia del progreso y de la civilización, se impuso al pueblo, que, aunque tarde, reconoció la deuda sagrada contraída con el prócer ilustre, que como si en sí hubiera llevado el germen progenitor de la grandeza humana, en cada paso y en cada ola que sus naves surcaban, abría un nuevo horizonte y un campo vastísimo para que el hombre perfeccionase su entendimiento.»

No han desmerecido los festejos de Colombia en la comparación con otros, ya se juzguen por los espectáculos, ya por las producciones de la inteligencia en cualquiera de sus testimonios. Imponente ha sido la procesión cívica con carruajes simbólicos; solemnes los actos de fundación del monumento al gran marino, y del hospital nombrado de *Isabel la Católica* que con la glorificación crea un establecimiento de utilidad práctica permanente y de cris-

tiano alivio á la indigencia; noble y justo el homenaje á Gonzalo Jiménez de Quesada, conquistador del territorio, fundador de Bogotá,

«Que no tenía menos de letrado
Que supremo valor en el espada.»

según escribió Juan de Castellanos. Guardan ahora sus cenizas los mármoles de un cenotafio digno y guardarán en la memoria sus merecimientos los que lean el *Ensayo biográfico*, formado por el Dr. D. Pedro M. Ibáñez, con ampliación de las noticias conocidas.

La literatura colombiana, eminente por obras señaladas, se ha enriquecido con las del Centenario, sobresaliendo la antología poética publicada por don Ignacio Borda con nombre de *Apoteosis de Colón*. Otras se han concluido (1) ó se van concluyendo con frutos del Centenario mismo, por todas partes ubérrimos (2).

(1) *Antología ecuatoriana. Poetas*. Quito, Imp. de la Universidad Central, 1892, 4.º, 635 páginas.

(2) *Colón, América, Medellín*, por Manuel Uribe A. 12 de Octubre de 1892. Medellín, Imp. del Departamento.

A Colón. Oda de D. Delio Moreno Cantón, premiada en el certamen literario abierto por el Liceo de Mérida (Yucatán) en celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América.

Cuarto Centenario de Cristóbal Colón. Colombia, por José G. Clavero, demógrafo americano. Lima, Imp. de J. Francisco Solís, 1892-4.º, 28 págs.

Cristóbal Colón ó el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ensayo épico escrito por el licenciado Rafael Gómez. Méjico, 1892.

Monumentos patrióticos de Bogotá, su histo-

Con mucha facilidad podría ordenar aquí antología especial nueva la señora Pardo Bazán si, como se susurra, se ha encargado de examinar los sonetos que optan al premio ofrecido por el Sr. Vizoso al mejor en que se enaltezca el desprendimiento de la Reina Católica en obsequio de la empresa de Colón, pues hay noticia de haberse presentado cuatrocientos (1), cifra que algunos íntimos duplican. De cualquier modo van á subir de precio las joyas de Doña Isabel, de las que ya existe ensayo de Colección de poesías (2).

Otra colombina de poetas religiosos contiene una Revista de esta corte (3) y aun se tendría la que pudiera en-

ria y descripción. Partes una y dos, por Ignacio Borda. Bogotá, 1892, 4.º, 245 págs. Retrato de Quesada y 12 láminas.

Las primeras tierras que vió Colón al descubrir el Nuevo Mundo, por Francisco Vidal Gormaz. Santiago de Chile, 1892, 8.º, 34 págs. y mapas.

La Imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata, por José Toribio Medina. Tercera parte de los *Anales del Museo de la Plata*, publicados bajo la dirección de Francisco P. Moreno. Buenos Aires, 1892, fol.

(1) *La Epoca.* Madrid 2 de Diciembre, 1892.

(2) Por el que suscribe, en el libro titulado *Tradiciones infundadas.*

(3) *A Cristóbal Colón,* la *Revista Calasanciana*, dirigida y redactada por PP. Escolapios. Madrid, Octubre, 1892. Contiene: *Colón*, poema de D. Andrés Casado — *A Colón*, oda de D. Hermenegildo Torres. — *Primera visita de Cristóbal Colón al convento de la Rábida*, romance, por D. José Felis. — *Colón y los Pinzones*, romance por D. Francisco Jiménez Campaña. — *A Colón*, soneto, por D. Hermenegildo Torres.

tenderse infantil sin más que dar á la imprenta las composiciones en cinco lenguas leídas en la *Academia poética que en el IV Centenario del descubrimiento de América celebran* (celebraron) los alumnos de la clase de *Retórica del Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo, en Chamartín de la Rosa, el día 29 de Noviembre de 1892, á las dos de la tarde.*

Presidió el acto el señor obispo de Madrid y asistió escogida concurrencia que aplaudió la soltura y gracia de los niños. Suprimiendo sus nombres, esperanzas de la patria, copio del lujoso programa, impreso en rojo y negro, con portada elegante cromolitografiada la indicación.

Discurso preliminar.—El Genio inspirado, alejandrinos.—El Genio despreciado, romance heroico.—La Religión y la Ciencia, narración castellana.—Las persecuciones, oda latina.—Isabel la Católica y Colón, narración castellana.—Los compañeros del marino, versos griegos.—Partida del puerto, balada castellana.—En el Océano, oda castellana.—Presagio feliz, serventesios.—Heroísmo de Colón, silva castellana.—A vista de América, alejandrinos.—Llegada al Nuevo Mundo, serventesios.—Himno á la América, oda francesa.—Un triunfo de la fe, versos ingleses.—La nación heroica, oda castellana.—Vuelta de Colón, fantasía.

Tendriase con la divulgación de estas composiciones privadas una historia poética completa del descubrimiento, como se tiene en prosa, por la aso-

ciación de la niñez á la manifestación general (1).

Con posterioridad á la Academia de Chamartín, no ha habido más ceremonias que las del banquete y sarao, organizados en el local de la Exposición histórica por los delegados americanos, asistiendo al primero el Gobierno y el cuerpo diplomático, honrando el baile la infanta doña Isabel en representación de la Reina Regente, y resultando, como era de esperar, fiestas suntuosas y agradabilísimas, en albricias del éxito alcanzado con la reunión de objetos de arte del siglo xv en los dos mundos al ponerse en contacto, hasta ahora no comparados de una manera tan completa.

Estas expansiones, seguidas de festines particulares en las embajadas, barruntan el fin de las solemnidades públicas; la despedida y marcha de huéspedes ilustres que han prolongado la estancia en Madrid, tomando parte activa en los trabajos intelectuales y conquistando nuestro afecto. Por acuerdo de la comisión ejecutiva de Huelva, los representantes americanos llevarán por memoria las banderas de sus estados respectivos que se arbolaron en la altura del convento de la Rábida, al lado del soberbio monumento nuevo, y fueron saludadas por las escuadras del mundo moderno, cuando ante ellas desfilaban las carabelas simbolizando al mundo antiguo.

A propósito de estas embarcaciones,

(1) *Historia de Colón escrita é ilustrada por niños de nueve á once años*. Barcelona, 1892.

se ha publicado un opúsculo queriendo demostrar, contra los datos aducidos en la justificación de los constructores, que carabela era y no nao la que rigió el caudillo del descubrimiento (1), opinión opuesta á las declaraciones de Colón mismo y que indirectamente contradicen referencias en que se buscaba apoyo. Una es el escrito que acompaña al precioso modelo de la *nao* de Vasco de Gama enviada á la Exposición por el Gobierno de Portugal (2); otras los estudios de más importancia con que la misma Exposición se ilustra (3).

(1) *La Carabela Gallega ó Santa Maria ó la nao Capitana de Colón*, por D. Pelayo Alcalá Galiano. Madrid, 1892. Tip. de Ricardo Alvarez, 4.º, 32 págs.

(2) *Noticia sobre a nao San Gabriel em que Vasco da Gama foi pela primeira vez a India*, por A. A. Baldaque da Silva, capitao-tenente da Armada e engenheiro hydrographo. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892. 8.º, 22 págs. Con planos y fotografía del modelo.

(3) *Commemoração da descoberta da America. Estudos sobre navios portugueses nos seculos XV e XVI*, por Henrique Lopes de Mendonza, capitao-tenente da Armada. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892. 4.º, 119 págs. Con grabados.

Centenario de Colombo. Os navios de Vasco da Gama, por Joao Braz d'Oliveira, capitao-tenente da Armada. Lisboa. Tip. da Academia Real das Sciencias. 1892, fol. 28. Con grabados.

A construcção naval em Portugal. Considerações sobre o seu passado e o seu futuro, por Bernardino Varela. Porto, 1892.

Son pertinentes al asunto *Citazioni giustificative per la riconstituzioni dei modelli delle caravelle Niña e Pinta e della nave Santa Maria, desunte dall Arte nautica á tempi di Colombo*, da E. A. D'Albertis. Génova, Istituto Sordomuti. 1892. 8.º, 12 págs.

La cita trae aparejada la obra del Sr. Pinheiro Chagas, anunciada en el Congreso de americanistas de Huelva y ya en manos de los estudiosos (1). Corresponde á las esperanzas que había despertado la enunciación y á las insignes condiciones del autor, anteriormente mostradas en trabajos de la materia (2). Trata profundamente de los problemas geográficos del siglo xv, fijando la idea imperfecta que de la figura de la tierra había formado el navegante de Liguria. Analiza las relaciones de éste con el rey D. Juan II, perseverante en el empeño de llegar á la India por el Sur de Africa con sus propios bajeles, pero dispuesto á favorecer los intentos de los azorianos y maderenses en exploraciones hacia el Oeste, por lo cual es de admitir que lo mismo que á otros favoreciera á Colón si hubiera querido armar expediciones á su costa ó asociarse con capitalistas á cuyo cargo fueran; mas como no era tal su propósito, las condiciones inadmisibles que insinuaba, y no otra cosa, hicieron fracasar sus proyectos.

Piensa el Sr. Pinheiro Chagas que fué venturoso para el mundo que fuera pobre Colón y no buscara ó encontrara asociado con dinero, porque en este caso, al transcurrir los días de na-

(1) *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo. Tentativa de coordenação histórica*, por Manuel Pinheiro Chagas, secretario geral da Academia Real das Sciencias de Lisboa. Lisboa. Tip. da Academia, 1892. 8.º, 244 págs.

(2) *A descoberta da India contada por um marinheiro*. Lisboa, 1891.

vegación sin dar con la tierra, la perspectiva de acrecer los gastos y de perder el capital hubiera acaso influido para el abandono de la empresa. Era necesario para lograr la obra grandiosa que en ella se empeñara la honra de una nación, como al fin sucedió.

«Hay por naturaleza—dice el autor—dos especies de organismos entre los hombres de más alto vuelo: los desequilibrados y los equilibrados. A la primera pertenecía Cristóbal Colón; á la otra Don Juan II. Era este rey uno de esos espíritus enérgicos perfectamente asentados, que tienen la perspicacia, la fortaleza, las ideas del arrojo, mas nunca desmandadas; espíritus capaces de formar y desenvolver serenamente un plan, afecionando y acogiendo las innovaciones, mas no sin sujetarlas al criterio de su buen juicio. Los hombres de esta especie acometen empresas atrevidas, pero calculadas, sin entregarse nunca á los irreflexivos caprichos del azar. No les asusta el peligro; afróntanlo cuando es necesario, con todo, no lo buscan por fanfarronadas de caballeros andantes...

»Hoy que el éxito muestra la razón de Colón, imaginan muchos que sólo un espíritu rutinario podría desechar sus teorías; examinándolas es como se comprende que los entendimientos positivistas no las aceptasen.»

En dos puntos solos disiente mi pobre opinión de las que con tanta claridad y galanura desenvuelve el señor Pinheiro Chagas. Procura probar que la recalada de Pedro Alvarez Cabral al Brasil fué intencionada, registrando

indicios por los que se piensa que, á pesar de las precauciones del Gobierno español, iban clandestinamente buques portugueses á reconocer los mares de Occidente. A mí me parece que la vista de las tierras en que había estado Vicente Yáñez Pinzón fué de todo punto fortuita é impensada, por razones científicas que tengo escritas (1) y porque las instrucciones que Alvarez Cabral recibió las confirman, mientras no parezca la parte que el Sr. Pinheiro presume que falta en ellas.

Apoya asimismo mi juicio la discusión abierta en el Instituto Histórico Geográfico del Brasil, por iniciativa del emperador Don Pedro I, discusión que yo no conocía y de la que el autor nos dice que en memorias escritas por Machado de Oliveira y por Gonsalves Dias se sustentó la casualidad del descubrimiento contra la tesis contraria de Joaquín Norberto. También la ampara el nuevo estudio sobre los navíos de Vasco de Gama por el Sr. Braz d'Oliveira.

El otro punto se refiere á la veracidad de las relaciones ó cartas de Américo Vespuccio; me inclino más á lo que de este florentino sentía el vizconde de Santarem.

De la opinión del Sr. Pinheiro Chagas, relativa al descubrimiento de las tierras de la Vera-Cruz, Santa Cruz ó Brasil, participan otros dos escritores portugueses, Teixeira de Aragao y Baldaque da Silva, según los escritos comprendidos en las *Memorias da Com-*

missao Portuguesa (1), destinadas á la celebración del Centenario, obra que abraza también los estudios de naos antes citados, porque separadamente se han impreso; obra importante, de estudio y enseñanza, de belleza tipográfica, digna por todo del concepto de la Real Academia de Ciencias de Lisboa, que la ha preparado y dirigido, y que no es, sin embargo, la única debida á la iniciativa del Gobierno portugués, acrecentada con colección de documen-

(1) *Centenario do descobrimento de America. Memorias da Comissao Portuguesa.* Lisboa, Tip. da Academia Real das Sciencias, 1892, fol., con grabados y facsimil. Comprende:

A Comissao portuguesa da Exposicao colombina, por Joaquín de Araujo, 19 p.

Centenario da descoberta da America, por Theophilo Braga, 19 p.

Breve noticia sobre o descobrimento da America, por A. C. Teixeira de Aragao, 80 p.

Catalogo dos objetos de arte e industria dos indigenas da America que pelas festas commemorativas do quarto Centenario da sua descoberta a Academia das Sciencias de Lisboa envia a Exposicao de Madrid, por A. C. Teixeira de Aragao, 44 p.

Estudos sobre navios portugueses nos seculos xv e xvi, por Henrique Lopes de Mendonça, 119 p.

Memoria sobre a residencia de Christovam Colombo na ilha da Madeira, por Agostinho de Ornellas, 11 p.

Os navios de Vasco da Gama, por Joao Braz d'Oliveira, 28 p.

O descobrimento do Brasil, por Pedro Alvares Cabral. Memoria de A. A. Baldaque da Silva, 16 p.

Carta de el Rey D. Manuel ao Rei Catholico narrando-lhe as viagens portoguezas a India desde 1500 até 1505. Reimpresa sobre o prototy-po romano de 1505, vertida em linguagem e annotada por Próspero Peragallo. Seguem em appendice a Relacao analoga de Lunardo Cha Maeser e dois documentos de Cantino e Pasqualigo, 104 p.

(1) En el libro nombrado *Nebulosa de Colón*.

tos del archivo nacional de la Torre do Tombo con muchas reproducciones en facsímil, encomendada á una comisión que presidió D. José Ramos Coelho (1).

Hay entre las cartas una cuyo contenido nos dió á entender no ha mucho el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada (2), y que así por tratar de libro de Colón, desconocido, como por andar faldas en el negocio de aprovecharlo, no descontentará copiada. Dice:

«Senhor. Porque nom sey se seraa dada a Vosa Alteza hua carta mynha, em que lh escrevya que me ficavao treladando hum lyvro do almyrante das Indias que fezera Dom Cristovao Colon, seu pay, das demarcações dos mares e terras de Vosa Alteza e os de Castela, lh o torno a escrever agora; e o lyvro, ja o tenho mandado a Vosa Alteza. E, ajuda que aquy lo nom séja verdade, como me parece, todavya devyo (sic) o Vosa Alteza de mandar ver por cosmografos, porque tanbem os teologos vem o Alcorao. A condessa de Lemos m o mandou treladar, e estorvou que nom se entregase ao Conselho das Indias, que o pedya muy apertadamente ao almyrante, que he seu sobrinho e muyto seu amigo de ella. E o lyvro vae conçertado pór mym

e o propeo, que fica em poder da condessa, pera se nom poder fazer d ella nada, senao o que for servyço de Vosa Alteza; e mais anda me sabendo, por via do almyrante, em que asentaarao aqueles cosmografos que se aquy ajuntaarao, sobre que Vosa Alteza me escreveo. E quem tem este zelo, e deseja tanto de o servyr, parece que lhe divera Vosa Alteza de fazer a merse que lhe pedya; que asi me salve Deus, que soo por quem ela he, sem estoutras cyrcunstancyas que importao muyto, lh a ouvera Vosa Alteza de fazer; e ella estaa muy desconsolada, por lh a Vosa Alteza negar; e nao creo que por yso deyxaraa de o servyr. Noso Senhor a vida de Vosa Alteza com muyta saude e seu estado real guarde e prospere por muytos anos, pera seu sevyço. De Valhadolyd, a vynta cynco de Novembro (1554). Beyjo as reaes maos de Vosa Alteza.—Dom Duarte de Almeida.—A El Rey noso Senhor.»

Se ha dicho que D. Adriano de Oliveira, literato portugués asimismo, ha dedicado á la Reina Regente un *Elogio de Cristóbal Colón*, escrito en prosa y verso, pero no en la lengua de Camoens, en francés (1).

(1) Todavía son de citar las obras siguientes, presentadas en la sección portuguesa de la Exposición Histórico-Americana, entre otras varias:

Esmeraldo de Situ Orbis, por Duarte Pacheco Pereira. Edição commemorativa da descoberta da America por Christovam Colombo no seu quarto Centenario, sob a direcção de Raphael Eduardo de Azevedo Basto. Lisboa, 1892. Con facsimiles e chromos.

A Mulher de Colombo, por Nicolau Florenti-

(1) Alguns documentos do Archivo nacional da Torre do Tombo acerca das navegações e conquistas portuguezas, publicados por orden do Governo de Sua Majestade Fidelissima ao celebrar se a commemoração quadricentenaria do descobrimento da America. Lisboa, Imprensa nacional, MDCCCXCII, fol. 551 p.

(2) *Menudencias historiales. Un libro del primer Almirante del Océano.*

La imprenta española ha escaseado este mes las producciones colombinas, yaun las más generales de Centenario; hay, no obstante, algunas de utilidad, como la que se debe á los Sres. D. José Sancho Rayón y D. Cristóbal Pérez Pastor, extraída de los papeles del fecundísimo relator del Consejo de Indias, don Antonio de León Pinelo. Reune noticias cronológicas de los presidentes, consejeros, fiscales, secretarios, relatores, contadores, cronistas, cosmógrafos y aun alguaciles y porteros, desde 1493 á 1645, con notas de efemérides y de decisiones importantes, componiendo un librito de consulta indispensable á los que manejen documentos del archivo de Indias (1).

Las hay de resumen (2); algunas, ya juzgadas, responden á la demanda de los suscritores (3), y en este núme-

no (Antonio María de Freitas). Lisboa, 1892.

Christovam Colombo, poesía por Mariana Belmira de Andrade.

Nova Alvorada. Villa Nova de Famalicao-Portugal. Homenagem a Christovam Colombo, no IV centenario da descoberta da America. Director Sousa Fernandes.

Cartas de Americo Vespucio a Pedro Soderini, feitas por ordem do rei de Portugal. *Collecção de noticias para a Historia e Geographia das nações ultramarinas que viven nos dominios portuguezes*. Siete tomos.

(1) *Tablas cronológicas de los Reales Consejos Supremos y de la Cámara de las Indias Occidentales D. O. C. al Rey nuestro Señor en sus Reales Consejos de las Indias*, el licenciado Antonio de León Pinelo, relator del Supremo dellas. Madrid, tip. de Manuel Ginés Hernández, 1892, 8.º, 55 págs.

(2) *España.—Impresiones de un viajero hispano americano en las fiestas colombinas*.

(3) *Biblioteca de la mujer*. Tomo V. *Historia de Isabel la Católica*, por el Barón de Ner-

ro se cuenta el informe que leyó á la Academia de la Historia el Sr. Altola-guirre, examinando sucesos oscuros de la vida de Colón (1). Expone que debe entenderse fueron catorce meses los tantos años que, según el P. Las Casas, importunó al rey de Portugal con sus pretensiones; que la campaña en favor del rey Renato para prender la galeaza *Fernandina*, á que hacia referencias el Almirante en carta enviada á los Reyes Católicos por Enero de 1495, no fué cuando se trataba de reponer á aquel príncipe en el trono de Nápoles, ó sea el año 1459, en que tenía Colón pocos para confiarle el mando de un bajel, sino en 1472, al tiempo que los catalanes sublevados eligieron por conde de Barcelona al mismo Renato de Anjou, fué sitiada la ciudad y auxiliada por mar con barcos genoveses. Por último, que el 13 de Agosto de 1476, no lejos del Cabo de Santa María, hubo combate naval entre las naves portuguesas, apoyadas por las del corsario francés Cullan ó Colón, y cuatro genovesas, y abiéndose aferrado, se incendiaron, pereciendo mucha gente y salvando los vecinos de Lagos, testi-

vo, y *Elogio de la misma*, por D. Diego Clemencín. Madrid, 1892, 8.º

(1) *Llegada de Colón á Portugal.—Informe leído en la sesión del 4 de Noviembre de 1892 en la Real Academia de la Historia, y que por acuerdo unánime de la misma se insertó en su Boletín*, por Angel de Altola-guirre y Duvale, oficial primero del Cuerpo Administrativo del ejército, licenciado en derecho civil y canónico, correspondiente de la Academia de la Historia. Madrid, imp. del Cuerpo Administrativo, 4.º, 19 págs.

gos del encuentro, ciento cincuenta náufragos, entre los cuales es de presumir estaba Cristóbal. La fecha de la llegada á Portugal, que es dato importante, quedaría con esto ratificada, y en tal caso se acredita la opinión del Sr. Cesare de Lollis, de que allí tuvo noticia de las cartas de Toscanelli, iniciador del pensamiento de alcanzar el Levante por el Poniente. El razonamiento del Sr. Altolaguirre es de tal solidez y se funda en datos históricos tan seguros, que ha de ser muy difícil disputarlo.

Del Sr. D. José Silverio Jorrín antiguo escritor colombino, tenemos una conferencia, amena, erudita, instructiva como todas sus labores literarias (1), y, permitido me es afirmarlo, porque no acepta alguna de mis opiniones ni las de otros que han ocupado la cátedra del Ateneo. Entre sus curiosas noticias las hay de dos obras americanas que siguen la corriente moderna de investigación de la verdad con desdén de toda afirmación no comprobada con documentos (2).

De D. Manuel Sanguily es otra conferencia elocuente, erudita también, y

más entusiasta que la anterior, aunque lo sea mucho, de la grandiosa figura de Colón (1). Lícito me es, asimismo, encomiarla, disintiendo de los razonamientos y apartándome en todo de las conclusiones, que se salen del marco de la historia.

Al Dr. D. Joaquín Olmedilla debemos una monografía del médico de Colón en el segundo viaje, físico y naturalista poco conocido (2).

Aún no han llegado las tareas de la *Raccolta* oficial italiana, si bien aumentan las publicaciones varias de aquel país (3), y también las de Fran-

(1) Manuel Sanguily. *El Descubrimiento de América. El IV Centenario: Elementos mentales y sociales que determinan la obra y el carácter de Cristóbal Colón, conferencia pronunciada en «La Caridad» del Cerro la noche del 30 de Octubre de 1892, en la velada conmemorativa del IV Centenario.* Habana. Imp. «La Moderna», 1892, 8.º, 57 p.

(2) *Breves consideraciones históricas acerca del médico español de los siglos XV y XVI doctor Alvarez Chanca, por el Dr. D. Joaquín Olmedilla. Oportuno recuerdo dedicado al ilustre médico que acompañó á Colón en su segundo viaje á América en 1493.* Madrid, 1892, 4.º, 28 p.

(3) *A Cristoforo Colombo nel quarto Centenario della scoperta dell'America.* Inno, per Guiseppe Migone, Génova, 1892, 8.º, 16 p.

Cristoforo Colombo. Carme con note illustrative, per G. B. Cisotti. Venezia. Tip. «Istituto Coletti», 1892, 8.º, 16 p.

Cinque salmi in onore di Cristoforo Colombo nel IV Centenario della scoperta dell'America, per Ugo Nomi Venerosi Pesciolini. Siena. Tip. S. Benardino, 1892, 8.º, 28 p.

Cantica pel IV Centenario della scoperta dell'America, per Nicola Cieri. Casalbordino. Tip. de Arcangelis, 1892, 16.º, 32 p.

Cristoforo Colombo. Orazione detta il 12 Ottobre 1892 in Genova nel salone del palazzo ducale, per Ant. Emilio Barrili. Génova. Tip. dell'Istituto Sordomuti, 1892, 8.º, 20 p.

(1) «El Descubrimiento de América», conferencia leída en la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana, la noche del 11 de Octubre de 1892, por su presidente D. José Silverio Jorrín. Habana. Tip. «La Especial», 1892, 8.º, 27 p.

(2) *Christopher Columbus (1436-1503) and the Discovery of the New-World,* by Charles Kendall Adams, president of Cornell University. New York, Dodd, Mead and Company.

The Career of Columbus by Charles Elton, M. P. New York, Cassel publishing Co. 12.º

cia (1). La que la sociedad histórica de Compiègne ha dedicado al Congreso internacional de Americanistas celebrado en la Rábida, contiene un estudio documental del primer virrey francés del Canadá, muy oportuno y de lección comparativa interesante (2).

Conocidas en la corte del rey Francisco I las conquistas que iban extendiendo los españoles por las tierras descubiertas en el Oeste, la relación de las expediciones hechas por Cartier con dos buques de 60 toneladas y 122 hombres, habiendo reconocido las costas de Terranova, Canadá y río San Lorenzo en los años 1534 á 1436 impresionaron profundamente, haciendo concebir esperanzas de tropezar con algún imperio parecido á los de Motezuma ó de Atahualpa, toda vez que Cartier, lo mismo que Colón y los que le siguie-

ron, creía haber tocado en el continente asiático, no lejos de la China.

Un magnate de aquella corte, el señor de Roberval, se brindó á colonizar en la región de Cartier, empresa que el rey alentó con privilegios y concesiones calcadas sobre las de la corona de Castilla. Roberval obtuvo título de virrey del Canadá con facultad de elegir en Francia y tomar á sueldo capitanes, pilotos, marineros y soldados, con jurisdicción civil y criminal sobre ellos; de fletar barcos y proveerlos; de repartir tierras y de hacer tres partes de los beneficios, una para el virrey, otra para su compañía y la tercera para el Estado. Obtuvo además la facultad de sacar de las prisiones á los criminales y malhechores sentenciados á muerte, conmutándoles la pena por los méritos de aquel viaje *honroso y saludable*, en la inteligencia de que si volvieran á Francia sin licencia serían ejecutados en cualquier lugar en que aprehendidos fueran.

Vendió Roberval sus tierras, hizo empréstitos, y empezó en 1540 los preparativos de armada y reclutamiento con lentitud grande por los obstáculos que á cada paso se le oponían: los dueños de bajeles no se allanaban á facilitarlos sin garantía de su valor en caso de pérdida; la gente de mar rehuía el embarco sin aceptar los gajes extraordinarios; de los criminales uno tan solo consideró preferible *el viaje saludable* á la horca que le amagaba, no significándose por actividad y calor, entre tanta gente, más que los acreedores, en gestión de su dinero. Transcu-

(1) *Colomb et le IV^e Centenaire de la découverte de l'Amérique*, traduit en français sur l'édition italienne publiée par MM. Trèves frère. Paris, 1892, fol., 48 p. con ilustraciones.

Cristophe Colomb a Barcelona, par Brunet I. Brellet, 1892, 8.º, 6 p.

Congrès international des Américanistes. Compte-rendu de la huitième session tenue à Paris en 1890. Paris, Ernest Leroux, éditeur, 1892, 8.º, 704 p. con láminas.

(2) *Quatrième Centenaire de la découverte de l'Amérique. Offert au Congrès international des Américanistes réuni au convent de la Rabida à l'occasion du quatrième Centenaire de la découverte du Nouveau Monde par la Société historique de Compiègne. L'Influence des œuvres de Pierre d'Ailly sur les projets de Christophe Colomb*, par le Comte de Marsy.—*Jean François de la Rocque, seigneur de Roberval, Vice-Roi du Canada*, par M. l'Abbé Emile Morel, curé de Chevières, etc. Compiègne, Henry Lefebvre, 1892, 8.º, 58 p. y un mapa.

rrieron, pues, más de dos años antes de completar el armamento de cinco naves, la mayor de cien toneladas, con doscientas personas, y en vísperas de partir del puerto de Honfleur se sublevaron.

El virrey logró al fin verse en la rada de San Juan de Terranova en Junio de 1542, subiendo en el mes siguiente por el río San Lorenzo; allá empezaron á faltarle los víveres; el frío, los trabajos y el escorbuto afligieron á su gente; él mismo se vió en la necesidad de regresar á Francia en 1544, discutido y arruinado.

¿Se creerá que todo esto consta de una manera clara en los archivos de Francia? Nada de eso: los documentos del reinado de Francisco I no abundan allí más que los de los Reyes Católicos entre nosotros; la paciente investigación del abate Morel, no ha logrado determinar fechas, contar personas, precisar sucesos: tiene lagunas infranqueables, y, no obstante, es de utilidad para estimar lo que eran las exploraciones americanas en los primeros tiempos, y para recordarnos un adagio castellano que puede muy bien traducirse á otras lenguas.

La inglesa nos obsequia con una vida nueva de Colón, obra compendiosa del americanista Clemente R. Markham (1), que no ha mucho estudió la correspondencia de la isla Guanahaní con todas las Lucayas dudosas.

(1) *Life of Christopher Columbus* by Clements R. Markham, C. B. London, George Philip and Son, 1892, 8.º, 375 p. con láminas.

Examinando ahora lo producido con motivo del Centenario, piensa que la más completa y la mejor biografía del gran Almirante, entre cuantas se han escrito, es la de nuestro compatriota D. José María Asensio (1).

¿Qué impresión hará la noticia en el irascible Mr. HARRISSE, que al mismo tiempo casi ha propalado *urbi et orbi* ser evidentemente detestable la historia del literato sevillano? No querrá, sin duda, dar crédito á sus ojos, ni por el juicio del crítico britano dará un arquite, él, que nunca se equivoca; porque el hecho es que no se trata ya de uno de estos infelices españoles, á los que niega átomo de razón; es hombre de su raza y de su lengua, el que afirma y repite en buen inglés, que no se ha escrito nada tan bueno y tan completo como la vida de Colón, de Asensio, para crédito de su patria (2).

Sirva de retribución al director de la Academia de Buenas Letras de Sevilla el libro de Markham contra la amargura que debió producirle el exabrupto del americano á quien había colmado de atenciones. Nadie la verá con más satisfacción que yo, en razón á que pública y lealmente he discutido apreciaciones históricas suyas, con las que no estoy conforme.

En absoluto, tampoco manifiesta

(1) The most complet and, on the whole, the best life of the great admiral that has yet appeared. Pág. 341.

(2) A work which should do credit to his country, and he has been rewarded with complete sucess. The Life of Columbus by Asensio is, without doubt, the best and most complete that has yet appeared. pág. 342.

conformidad el crítico inglés; estima que el Sr. Asensio no está en lo cierto al fijar el nacimiento de Cristóbal Colón, y que yerra identificando la isla de San Salvador antigua con la moderna del mismo nombre. Se aparta asimismo de su criterio, al tratar de los amores del pretendiente genovés con Beatriz Enríquez, creyendo que no es punto este suficientemente esclarecido, y que debe inclinarse el ánimo á admitir la unión legal del Almirante con la cordobesa; pero declara que estas ligeras discrepancias anuladas hasta cierto punto por los apéndices en que el historiador español da á conocer opiniones contrarias á la propia suya, en nada modifican la apreciación general de la obra.

Con esto basta para justificar que, teniendo por el mejor el libro del señor Asensio, tome la esencia para el suyo, extractando ó condensando cuanto al Almirante se refiere, y por ende la estimación de las personas que le rodearan; los Pinzones, Fonseca, Bobadilla, Ovando, Buil, Margarit y otros de menos bulto. En la adaptación va tan seguido, que admite el viaje de Colón á Lisboa y su presencia al llegar al Tajo Bartolomé Díaz de regreso del Cabo de las Tormentas; cae en la tentación de copiar la carta atribuida á Fr. Juan Pérez, Guardián de la Rábida; en la de citar la que escribiera Colón á Toscanelli después del descubrimiento, y en la de repetir que falleció el Almirante el jueves 20 de Mayo de 1506.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Tristezas europeas.—Varios aspectos de la cuestión del Panamá.—Cuestión irlandesa en Inglaterra.—Sabiduría del método sajón.—Obstáculos á las reformas y tenacidad de los reformistas.—Esperanzas.—Estado de las cuestiones austriacas.—El Oriente y sus debilidades.—Imposibilidad de la evacuación del Egipto y del avance en Marruecos para Inglaterra.—Paz firme.—Conclusión.

Tristes, muy tristes, los últimos sucesos de nuestra Europa. Comencemos por Francia. La comisión de informaciones parlamentarias, que no sabe aún dónde llegan sus facultades; el ministro de Justicia, emperrado en prender á todos cuantos le pasan por el cacumen; un juez instructor, más próximo de los esbirros que de los magistrados; la clase gobernante y directora herida por las maniobras de los radicales, con quienes de antiguo viviera en estrecha inteligencia; hombres tan importantes como Rouvier y La Roche, cuya sabiduría y destreza llevaran el peso de los tratados mercantiles y del ministerio de Hacienda siempre, sometidos á tan grave cosa como la demanda de autorización para procesarlos; Floquet acusado de haber entre los diarios distribuido quinientos mil francos con pretextos de dispendios para la publicidad; Clemenceau confeso y convicto de haber tenido por comanditario en su periódico á Hertz, uno de esos cosmopolitas, francés, alemán, yankee al mismo tiempo, que hacen astillas de todos los palos y juegan á la bolsa con todos los principios; Freycinet departiendo con Andrieux, quien hace tiempo se las tiene juradas á cuantos ministran por no haber llegado él á ministro jamás; el Gobierno desorganizadísimo y sin acción; los fondos en baja de seis enteros; el desorden y la inquietud en alza, muestran cuán en lo cierto estaba yo

presagiando los desastres que habían de sobrevenir á Francia por la desorganización en todos los grandes factores de aquella política, y por el desencanto del público, á quien le habían hecho creer un grandísimo empleo de sus ahorros en el Panamá, y tropieza con que mil quinientos millones de su fortuna se han desvanecido, y, entre tanto, como se las prometían felices, no hay uno capaz de decirle adónde ha ido la evaporación de su oro sólido y brillante. Repetir las novelas contadas por unos y creídas por otros, sería verdadera obra de romanos por lo complicada y por lo difícil. Aquí han desenterrado un cadáver y arrancádole las entrañas, con el fin de preguntar á la muerte secretos por ella nunca revelados, los cuales habrán de ser mal colegidos del substratum químico que dejen las vísceras del barón Reinach, enterrado hace ya cerca de dos meses. Allí han deducido de las iniciales colocadas en unos talones de caja, más ó menos auténticas, la corrupción y el cohecho. Por todas partes se han visto latrocinios organizados desde lo alto, y dirigidos á quedarse con el capital francés, arruinando y destruyendo aquel riquísimo pueblo.

Así no hay entre los franceses ninguno que deje de interrogar á la esfinge de los secretos de Estado en demanda y requerimiento de que les descifre los enigmas guardados en los senos profundísimos del oscuro y silencioso porvenir. La sustitución de lo presente

priva en todos los espíritus, y nadie pregunta otra cosa sino el nombre de aquel que deberá recoger la herencia. Yo no creo en una restauración monárquica, por absurda, ni en una victoria del socialismo, por imposible. Paréceme cosa más fácil una reacción muy conservadora que no rebase allende la República. Si hubieran empezado por esto los franceses, no tendrían para qué ni por qué volver á ello ahora en guisa de retroceso. Una forma de gobierno, muy cercana del régimen á quien sucede y reemplaza, se desarrolla gradual y lógicamente por un modo evolutivo hacia el progreso, y no se halla sujeta de modo alguno á los decaimientos y á los retrocesos naturales en régimen de un avance demasiado y de una demasiada violencia. Esta República radicalisca y semisocialista no puede hallar su reemplazo sino en una República gubernamental y conservadora. El bonapartismo, el orleanismo, el radicalismo y el socialismo están por el cielo condenados á un igual marro.

El ejemplo de la tenacidad en los propósitos, de la sabia lentitud en los procedimientos, del mirar certero en las investigaciones, de la verdad todavía velada por lo porvenir, del método evolutivo y graduado por una serie lógica y continua, lo presenta y ofrece Inglaterra, donde hace ya lustros caminan hacia la emancipación de Irlanda, sin desmayos, decaimientos ni retrogradaciones, que serian seguras de haber llegado con precipitaciones irreflexivas fuera de sazón á un término exagerado y violento. Irlanda, bajo este ministerio liberal, adelantará un grado, y dará en su emancipación un grandísimo avance, pero sin sacudimientos que la perturben y quebran ten ó hayan de ponerla en zozobra. Con muchos inconvenientes habrá de combatir el redentor, con muchísimos, pero todos quedarán superados por el sabio tacto político que distingue y enaltece á Inglaterra. Parnellistas ven-

gativos, britanos á la justicia resistentes, exaltados católicos, exageradísimos celtas componen contra el progreso nube tan espesa y tonante, que amedrentaría de seguro al más esforzado, si no estuviera de antiguo todo esfuerzo medido y moderado por una tradicional prudencia en el trabajo continuo, conseguida y afirmada por una robustez antigua de todas las instituciones políticas. Por ejemplo: hace pocos días, uno, entre tantos innumerables dinamiteros como abundan por las ciudades europeas, lanzó al palacio del gran protector de Irlanda, del escritor Morley, una bomba en Berlín, indudablemente para que á las amenazas revolucionarias el terror reaccionario surgiera y trajese un gravísimo detrimento al desarrollo de la libertad irlandesa y al triunfo de los principios progresivos. Hablábase ya del asalto de los fenianos á la situación política y del espíritu revolucionario diluido en su tonante atmósfera. Mas ha llegado el maduro sentido inglés á medir cuánto le dañaría retroceder, y ha resuelto responder á las violencias y á las amenazas con el inmediato depósito en la Cámara del anhelado proyecto de reforma. Para determinarlo en el silencio reconcentrado y ofrecerlo después al debate público, se ha Gladstone recluido en Biarritz, donde á la vista del mar inmenso y al recogimiento en la profunda soledad, habrá escrito el futuro código de los emancipados celtas. Y sucediendo esto en Inglaterra, Alemania se agita, resistiendo con supremas resistencias á la nueva ley militar, mientras pasa por otra de sus innumerables crisis la perturbada é infeliz región austriaca. Aquí los antisemitas empeñados en discordias propias de la Edad Media, los cheques allí jurando eternos odios á los alemanes, en otra parte los transylvanos, y en todas la rivalidad y porfía de tanta tribu enemiga y diversa llevan los asuntos austriacos á extremos, en los cuales el Imperio se resquebraja sin

destruirse nunca, pero siempre descomponiéndose y enfermando. No le faltaba más que unir á las violentas pasiones religiosas, suscitadas por el anti-semitismo, una guerra civil en Hungría entre los católicos y los liberales con motivo del registro y del matrimonio civil para que cayeran sobre su frente las plagas todas que pueden adolorar y afligir á un pueblo moderno, apenas emancipado de las instituciones antiguas. No, no; no hay paz moral en Oriente. Las dificultades que ofrece la sobreposición á un pueblo como el búlgaro de una dinastía, por completo ajena del dogma y del temperamento suyo, como la dinastía Coburgo-Orleans, se patentizan en las grandes agitaciones que allí reinan por la reforma constitucional, la cual se dirige á poner sobre un pueblo cismático un jefe apostólico romano contra viento y marea. Pues si la religión de los príncipes ofrece tales inconvenientes no quiero decir los que ofrecerán sus respectivos matrimonios. Ahora vuelve á contarse, con motivo de la boda del príncipe de Rumanía con una hija del duque de Edimburgo, cómo aquél se había enamorado de la favorita de Carmen Silva, su cuñada y su reina, favorita inspirada y poética también como su ama y señora, quien deseaba legarle, no solamente su corona de laurel, sino su corona de oro, enlazándola con el heredero de esta última, sobrecogido por un verdadero y exaltadísimo amor. Imaginaos qué felicidad podrá prometerse la novia impuesta por el Estado, cuando sabe la historia de aquella otra que á su marido le impuso el corazón. *Sunt lacrymæ rerum.*

Las cuestiones más graves del mes último son las cuestiones referentes al Africa. En los dos extremos de tal continente, así en el gaditano estrecho como en el egipcio Nilo, el protectorado directo de Inglaterra sobre un tal extremo y el protectorado indirecto sobre el otro pasan por gravísima

crisis, que pudieran influir en el concierto diplomático de las potencias europeas y en el progreso pacífico del planeta todo. Cuando se gobierna, como con el tridente de Neptuno, los mares, y la sombra del pabellón propio se dilata desde las puertas del Mediterráneo hasta el Norte de América, pasando por las Indias y por Australia y por Jamaica, parece que no debían encontrarse dentro del propio Estado é Imperio dificultades invencibles y enmarañamientos varios de una bien difícil solución y salida. Sin embargo, Inglaterra no tiene que mirar tan sólo á sus dominios diseminados en el globo; tiene que mirar á su propio territorio, muy agitado y estremecido al contacto candente de la cuestión irlandesa. Por estas agitaciones, ya crónicas, cuya intensidad no impide la frecuencia, necesita divertir un poco su ánimo del dominio lejano y concentrarlo en la verde isla indispensable á su existencia histórica. Y siempre que surjan en este período crítico de su existencia interior algunas dificultades, habrá de combatirlas y de conjurarlas, para que no compliquen más y más la interna enfermedad crónica, cuyas agravaciones la traen á mal traer y la colocan, magüer su poderío y su grandeza, en bien dificultosos trances. Así, no creo que se lance hoy al abandono de Egipto en el Oriente y á la invasión de Tánger en el Occidente africano, falta de la fuerza proveniente del entero dominio de sí misma, que permite la disposición del ánimo y del espíritu propio para una grandísima empresa, como lo habrían de ser las empresas africanas circuidas de múltiples y altos escollos en que podrían estrellarse naves de tanta resistencia como la nave del gran Estado británico. Así, en mi sentir, el hábil estadista encargado de los Negocios Extranjeros en Londres, representa la estabilidad internacional. No hará ningún esfuerzo por las grandes aspiraciones nacionales vivas hoy en los

pueblos; no pretenderá extender el territorio griego hasta Macedonia; recabar el gobierno autonómico para los esclavones de Bohemia y los rumanos de Hungría; devolver á los franceses Alsacia y Lorena; distribuir entre italianos, griegos, españoles, Malta, Chipre, Gibraltar; emprender ninguna de aquellas obras románticas muy en crédito cuando Goethe, Chateaubriand y Byron ponían en manos de la Europa cristiana el brulote que debía incendiar la escuadra turca en Navarino y traer la independencia helénica: mantendrá el fiel de la balanza inmóvil entre los pactos de las potencias hostilmente agrupadas en sendas alianzas, y no propenderá ni en favor de la triple alianza compuesta por las tres monarquías centrales, ni en favor de la duple formada entre la República francesa y el Imperio ruso. Así, por tal estado de ánimo en los ingleses, no creo que se arresten ahora ni al retroceso en la ocupación del territorio egipcio, ni al avance inmediato en la ocupación del territorio marroquí.

Para cohonestar esta parsimonia con el cumplimiento de promesas, mil veces dadas y constitutivas de grandes obligaciones, tiene dos cosas Inglaterra: el fástasma de los mahdies amenazando siempre así el Nilo alto como en el Mar Rojo y la resistencia de los soldanes al consejo y al influjo británico. Uno y otro pretexto se han agravado ahora. El desierto, que tan fecundo se muestra en profecías y en profetas, aborta nuevos mahdies dispuestos á la guerra santa, con su Korán en una mano y en la otra su rifle, caballeros sobre los potros libicos, que vuelan con alas de viento, por ende idóneos á la demostración de que aun se necesita la pródica tutela de los ingleses sobre la desembocadura del Nilo; y los soldanes desde sus harenes del Cairo, en grado tal resisten á la influencia y al consejo de sus protectores, que ahora, hoy, son osados al nombramiento de ministros, re-

beldes al poder y al nombre de Inglaterra, que necesitan ser afirmados por un alarde nuevo del poderío británico y una prórroga indefinida de la militar ocupación. Pero estas concesiones á la estabilidad en el Oriente africano contradicen y refrenan todo conato de innovación en el Occidente. Lord Rosbery mantendrá las cosas políticas tal como están hoy en todo el planeta sin alteraciones de ningún género. Y por consecuencia mantendrá el estado en que Tánger se halla, sean cualesquiera las dificultades con que tropiece y los desaires y los desacatos que le infieran. Corrimos grave daño al acercarse las últimas elecciones inglesas. Temerosos entonces de una derrota los conservadores, creyeron en su experiencia y sabiduría conjurarla, divirtiendo el espíritu inglés de la cuestión irlandesa y llamándolo con repetidos reclamos al engrandecimiento exterior. Y para el engrandecimiento exterior inglés, nada tan propio como la indispensable para ellos, adquisición de Tánger, con la cual podrían extender una cadena entre los cabos del Estrecho y acaparar las celestes aguas de la civilización y del arte, por donde corren la mayor electricidad de ideas y la mejor suma de productos que hay en el planeta. Divididos los liberales y los conservadores ingleses, porque atienden más estos al engrandecimiento exterior y aquellos á la mejora interior, no es mucho si Salisbury, jefe de los conservadores, se fijó en Tanger, para que le sirviera de señuelo en su caza incansable de los votos británicos. Así mandó á Tanger al célebre Smith, residente allá en el costado austral de Africa, en Zanzíbar, donde había con sus buenas mañas desbancado la tutela germánica sobre un debil Sultán; y engrandecido así el poder inglés le mandó á Tánger, con encargo de preparar vías varias al comercio y al influjo de su Estado en Marruecos, que debería ser, en concepto de los torys, un occidental Egipto, des-

tinado á garantizarles el estrecho de Gades, como les asegura el oriental y genuino por su parte á la virtud y á la eficacia del protectorado inglés las aguas de Suez. Pero Smith no había contado con la huéspedada, no había contado con la raza marroquí, de un vigor y de una tenacidad excepcionales entre las razas musulmicas. Comenzó por darse una grande importancia, como si estos aparatos y faustos europeos pudiesen deslumbrar á pueblos tan absortos en su pensamiento y ensimismados cual estos pueblos de árabe y berberisca sangre, mantenidos en sus tradiciones seculares por una ortodoxia constante, á la cual parecele cosa de poco más ó menos todas las grandezas humanas, diminutas y baladíes, cuando se las compara con el Dios encerrado en los profundísimos senos de su alma. La procesión formada y compuesta por la comitiva del buen embajador, la pompa que le acompañaba, el esplendor y brillo circundantes, la petulancia en las exigencias, el imperio en los ademanes, la pueril arrogancia, el empeño de tratar como inferior á quien se cree sólo un aliado de la Reina Victoria y no un protegido, el afán por humillar á los mismos que de él bajo su aparente indiferencia se burlaban y reían, tantos y tantos yerros le trajeron tal género de aventuras que parecía su embajada una novela morisca de las trazadas por nuestros escritores del siglo décimosexto y con especialidad por el colosal Cervantes. Pero lo cierto es que tales idas y venidas no condujeron á cosa ninguna y que Smith se volvió de Tez á Tanger desairado por el Sultán y herido en su renombre diplomático. Pero burlas y desaires le impelían más y más á una representación, peligrosa para los otros pueblos europeos y especialmente para nosotros, á la representación del poderío británico en los dos lados del Estrecho. Desairado y todo, el temerario estu-

vo allí como protesta y amenaza cuanto durára el gobierno conservador inglés. Pero, así que subió el partido liberal, merced á las últimas elecciones determinantes del triunfo de Gladstone, su primer acto fué retirar á Smith de Africa y llevárselo á Londres. No conozco victoria mayor para todos cuantos mantienen la estabilidad marroquí en Europa. Tras tal victoria no había que hacer sino quedar en las posiciones conquistadas y tomar posesión del campo con tantas dificultades conseguido. Pero los franceses cometieron un error inexplicable. Lejos de aprovechar la ventaja, perdiéronla enviando un embajador á Fez con más ruido que nueces y más deseo de aparato que de provecho. Nada trajo en realidad el embajador, sino cosas tan baladíes como la triste autorización de imponer una derrama sobre los extranjeros para mejorar á Tánger: victoria, en la cual sólo resaltaba la torpeza del diplomático europeo y la magistral superioridad de la diplomacia marroquí. Dadas todas estas faltas no tenía más remedio que sublevarse la opinión británica, y dadas estas sublevaciones de la opinión, el Gobierno por su parte no tenía más remedio que mandar un enviado á Tánger. Pues bien, de cosa tan por extremo natural y sencilla, se ha querido sacar un extraordinario partido para sonar la trompa épica y augurarnos una inminente catástrofe. Ya hubo quien aprestó escuadra y consignó ejércitos en demanda y requerimiento de una cruzada sobre Africa. Pero no conozco alarma con menos fundamento. El enviado trae un ramo de oliva, puesto que contribuyó al arreglo de una cuestión como los límites del Afghanistán, manzana de discordia entre Rusia é Inglaterra. Por eso creo que quiere inteligencia con España, y no creo ser optimista si aseguro que no hay peligro del lado de Marruecos. La paz está segura.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Zorrilla ha muerto! Cuanto Madrid contiene de ilustre en la política, en el foro, en las armas y en las letras, ha formado el cortejo del poeta insigne. ¡Justo tributo al hombre que fué en vida regocijo de las musas, cantor inspirado de nuestras glorias y trovador último de la poesía castellana! Pocos poetas más fecundos que el poeta que acaba de morir. Por millones se cuentan los versos que salieron de su inagotable pluma en el medio siglo transcurrido desde su célebre composición ante el cadáver de Larra, hasta las últimas estrofas suyas publicadas pocos días ha en uno de los diarios de mayor circulación. En toda esta larguísima labor, no interrumpida durante cincuenta y seis años, mantúvose Zorrilla fiel siempre á los ideales á que consagró los primeros sonos de su lira. La religión, el valor, la patria, fueron siempre el objeto de su poesía. No hay que buscar en ella la historia tal y como fué, sino tal y como la tradición nos la ha conservado en cuentos y consejos. Tomando de ellos sus materiales reedificó el poeta las ruinas del pasado; en la cantera de lo legendario labró sus hermosas creaciones, y con tal vigor y fuerza, que los héroes que canta, las costumbres que describe, los hechos que narra son ante la fantasía popular más verídicos que todo cuanto la ciencia histórica ha intentado reconstruir después de prolijas investigaciones. Pero aunque lo que constituye la trama, la acción y los personajes de sus cantos, leyendas y comedias es soñado y quimérico, late en todo ello una

gran verdad, la verdad del ideal, en pugna muchas veces con la verdad de los hechos. Zorrilla, en efecto, ha sabido interpretar como ningún otro poeta el carácter nacional ó más bien el ideal de este carácter. Siempre fueron los españoles religiosos hasta el fanatismo, supersticiosos, admiradores del valor, prendados de la galantería y rebeldes á la ley humana y á la justicia que pudiéramos llamar histórica. No hay más que hojear las *Cantigas* de Alfonso el Sabio, el *Romancero*, nuestras comedias y novelas del siglo de oro, para contrastar con numerosos ejemplos la verdad de lo que acabo de decir. En una de las canciones que aquel monarca dirigió á la Virgen se cuenta cómo una vez la Reina del cielo sostuvo con sus divinas manos á un ahorcado, librándole así de la muerte; en otra, la excelsa Señora toma la forma corporal de una monja que huye del convento, sustituyéndola hasta que vuelve al claustro arrepentida de sus culpas. Los héroes del *Romancero*, Bernardo del Carpio, Rodrigo Díaz de Vivar, los reyes D. Sancho el Fuerte y D. Pedro el Cruel, se parecen como una gota de agua á otra gota de agua á los caballeros y monarcas evocados por la musa del vate castellano. En *La Devoción de la Cruz*, en *El San Franco de Sena*, en *La Exaltación de la Cruz*, en *El convidado de Piedra*, en *El condenado por desconfiado* y en otros cien dramas, cuyos nombres sería fácil tarea repetir, descúbrense las mismas cualidades (subsistentes en lo esencial en los romances mismos

de guapeza y desafueros) que constituyen los rasgos característicos de la musa de Zorrilla.

El autor de *Margarita la Tornera* supo condensar en sus leyendas, y en general en sus composiciones, esos elementos esparcidos por toda nuestra literatura. ¿Qué importan los anacronismos, las equivocaciones en el color local y aun el falseamiento de algunos personajes históricos, si á pesar de tales errores logró el poeta dar vida, materializar, por decirlo así, el espíritu del pueblo español?

Por esta razón ha sido aclamado Zorrilla el poeta nacional por excelencia. Otros sienten ó han sentido más hondo que él, han pensado con mayor madurez, han compuesto versos más primorosos ó atildados; pero ninguno ha acertado á hablar el lenguaje de las muchedumbres, ni expresado como él los sentimientos de su pueblo, ni encontrado esa fórmula poética que es igualmente entendida por el humilde y el poderoso, por el sabio y el ignorante, por el adolescente y el anciano. Y es que la poesía, que en otro tiempo fué erudita y popular, hoy es sólo erudita. Ni Quintana, ni Pastor Díaz, ni Tassara, ni Querol, ni Núñez de Arce, ni Campoamor, han bajado al pueblo: sus poemas son deleite de los entendimientos cultivados, tienen un público selecto, pero de ellos puede decirse lo que de ciertos cantares dijo Aguilera:

Un cantar bajó al pueblo,
no era mal mozo;
pero el pueblo le dijo:
«No te conozco».

A las obras admirables de esos poetas tampoco las conoce el pueblo. En cambio los versos de Zorrilla están en todos los labios y son

repetidos hasta por las personas de menor cultura literaria. Zorrilla mismo refiere que vió representar su *Don Juan Tenorio* una vez por los negros de un ingenio cubano y otra por los indios medio salvajes de una ranchería mejicana.

En ningún poeta es tan visible como en el autor de *Granada* la influencia del ambiente patrio. La severidad de su padre, magistrado á la antigua usanza, sus primeras lecturas, sus recreos en el Seminario de Nobles, donde Zorrilla se distinguía representando papeles de comedias antiguas, las leyendas, tradiciones y monumentos de Valladolid, presentes de continuo al espíritu del cantor, en aquella edad en que el alma es como blanda cera, dispuesta á recibir las impresiones del mundo exterior, fueron otros tantos importantes factores que, unidos al genio soñador y fantástico del poeta, determinaron el carácter esencial de su poesía. Castilla, del mismo modo que conserva con más pureza que ninguna otra región de la Península el habla hermosa que por antonomasia se llamó castellana, de tal modo que los humildes habitantes de aldeas y caseríos emplean aún en sus conversaciones giros y palabras idénticos á las empleadas por Santa Teresa; así también guarda todavía costumbres, fiestas y tradiciones iguales á las que de las épocas pasadas nos refiere la historia. Todo es allí castizo: el traje de los habitantes, su piedad, sus hábitos, su superstición, su idioma. Parece que para esta comarca no ha pasado el tiempo. Unase á todo ello el haber sido Castilla el teatro de los hechos más importantes de la vida nacional en el período de su formación, los monumentos que todavía subsisten levan-

tados por los hombres del pasado, la organización de sus municipios, sus fiestas, sus bailes, que conservan todavía reminiscencias de las danzas guerreras, las viejas historias transmitidas de generación en generación..., y cuando todo esto se haya considerado, tendr se idea de cuán grande influencia debió ejercer tal conjunto en un alma poética que, como todas las que poseen esta divina cualidad, tenía la virtud de recoger y fundir en el crisol de su inspiración, cuantos elementos dispersos existen en el ambiente social.

Imaginémonos   Zorrilla en sus primeros años en la casa de su padre, cuyo severo gesto acaso tenga su retrato en el recto magistrado de *A buen juez mejor testigo*; consider mosle viendo de continuo golillas y ministriles,   vagando henchida el alma de sueños por las tortuosas calles de Valladolid y las orillas del Pisuerga,   contemplando la plaza del Ocho en cuyo centro se alzó el cadalso de D. Alvaro de Luna,   la portada magnífica de San Pablo,   los pardos y viejos muros de la Antigua,   las ruinas de los alcázares vallisoletanos,   las tapias de sus conventos,   las severas fachadas de los antiguos caserones.   Cuán elocuentemente deberían hablar   su juvenil imaginación aquellas reliquias de las pasadas edades! Sus primeras poesías reflejan como un espejo estas primeras impresiones de su espíritu: formidables castillos defendidos por valerosos caballeros; claustros solitarios alumbrados por lámparas mortecinas; Virgenes y Cristos milagrosos; endechas lastimeras de melancólicas cautivas; diálogos de amor al través de góticos enrejados; besos furtivos; doblar de campanas en lo alto de las caladas torres; galopar de corceles; ruido

de espadas, dueñas, escuderos, pajes, hombres de armas...: todo esto, como evocado por la imaginación del artista, forma la trama de sus inimitables leyendas. Aún hoy, en que han caido en el panteón del olvido desdeñoso todos estos recuerdos del pasado, y en que hasta el adjetivo *gótico* ha llegado   significar algo extravagante y ridículo, aún hoy, digo, es imposible leer los versos del vate castellano sin sentir que se despiertan en nosotros las vagas sombras de reminiscencias románticas.

Con legítimo orgullo exclamaba Zorrilla en los últimos años de su gloriosa vida: «   Yo también soy poeta...; he escrito la leyenda de *Margarita la tornera*!... Es ésta una de las composiciones más hermosas de nuestro autor y la primera en su género. De una antigua tradición alemana—si no recuerdo mal—conservada también en la c ntiga LV y referida por Avellaneda en su *Quijote*, tomó el asunto de su poética leyenda.   Cuán hermosamente está pintado el candor, la piedad y la pasión de aquella pobre monja seducida inicualemente por un gal n tan valeroso como perverso y descreído! En *Margarita la tornera* se dibujan ya los contornos delicados de doña Inés de Ulloa, religiosa también, también enamorada y víctima como Margarita de fementido galanteador, así como en éste se descubre la castiza catadura del burlador de Sevilla. Aquel claustro que en noche medrosa recorre la tornera para arrojar en brazos de su amante; aquel altar de la Virgen; aquellas flores depositadas   los pies de la imagen; aquella tern sima despedida... y luego el regreso al santo asilo y el milagro hecho por la Madre de Dios para ocultar la ausencia

de su sierva extraviada, componen cuadro tan perfecto, tan tierna y delicada narración, que nada hay en el género legendario que lo aventaje, ni siquiera que con ella compita. Para encontrar algo parecido, es menester buscarlo en las demás composiciones del poeta, por ejemplo, en la titulada *A buen juez mejor testigo*, cuyos dos romances, el del tribunal y el último, no son inferiores á los más perfectos del *Romancero*. Gala también de la poesía nacional y abundantes en primores y bellezas, aunque inferiores á las dos citadas composiciones, son las que llevan por títulos *La pasionaria*, inspirada en un cuento de Hoffmann, *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*, *La princesa doña Luz*, *Historia de un español y dos franceses*, *El capitán Montoya*, *Justicias del Rey Don Pedro*, *Las pildoras de Salomón*, *El talismán*, *El Montero de Espinosa*, *La Azucena silvestre* y otras varias. En estas obras se señalan con perfecta evidencia las principales dotes del carácter poético de Zorrilla, su rica imaginación, muy superior á su sensibilidad, su vigor más bien que su delicadeza, y, sobre todo, su *dilettantismo* religioso y su brillante amor á la patria. En sus versos no hay trascendentalismo, ni filosofía, ni afeminadas lamentaciones. No es su musa plañidera deidad sollozante y lacrimosa, no es la escéptica analizadora de las fibras del corazón; es la matrona viril, armada como Palas, y más dispuesta á embrazar el escudo y blandir la lanza que á mesarse, mal ceñida, los destrenzados cabellos y á lanzar *voces de dolor y cantos de gemido*. En esto como en las demás fases de su temperamento poético, Zorrilla se nos muestra como poeta eminentemente es-

pañol. Por regla general, nuestros buenos escritores antiguos son más enérgicos que tiernos; sus sollozos pocas veces sinceros (no siendo por causa de amor, porque en esto nuestros poetas de otro tiempo no tienen nada que envidiar á los modernos), el escepticismo doloroso, la duda y todos los desgarradores acentos de los vates de este siglo, son cosa nueva en nuestra poesía, más influida, como toda la literatura, de lo que sería de desear por las literaturas extranjeras.

El mismo carácter viril y enérgico ofrecen las poesías propiamente líricas y los poemas que escribió Zorrilla en el primer período de su vida artística, tan brillante como fecundo. En vano pretende ser sentencioso; sus sentencias son casi siempre vulgaridades: tampoco logra mover el sentimiento más que en muy contadas ocasiones, por ejemplo, en la tierna poesía titulada *Al pie de la cruz*. Carece, casi siempre, del don de lágrimas; pero en cambio, acierta cuando, dejándose arrebatarse por sus arranques enérgicos y por su fantasía exuberante, describe, narra ó ensalza. ¿Quién no se ha sentido conmovido de entusiasmo al contemplar los tesoros de belleza que contiene su poema *Granada*, al leer los cuartetos de *Gloria y orgullo*, ó la pintura de Adán y Eva en la paráfrasis del *Dies iræ*, ó la enumeración de los beneficios de la paz y de los horrores de la guerra en *La oliva y el laurel*? Aun en las composiciones de menos valor (hablo siempre de la primera época del poeta) se encuentran á menudo rasgos hermosísimos, que son como rayos de luz que se abren paso al través del enrejado de sus más vulgares versos.

Las mismas cualidades y defectos échanse de ver en sus composiciones dramáticas, las cuales, á excepción de algunas comedias como *Más vale callar*, *Ganar perdiendo* y alguna otra, imitaciones de las de capa y espada, y prescindiendo también de algunos dramas disparatados y absurdos, como *Vivir loco y morir más*, son ampliaciones de sus leyendas ó más bien adaptaciones de ellas á las exigencias del teatro. Las dos partes de *El zapatero y el rey*, *Sancho García*, *El eco del torrente*, *El puñal del goda* y el mismo *Don Juan Tenorio*, no vienen á ser otra cosa, en último extremo, más que leyendas dramáticas, en las que el autor usa y abusa á veces de los mismos procedimientos de sus narraciones. En *Don Juan Tenorio* hasta parlamentos enteros hay de *Margarita la Tornera*, como en *El eco del torrente* estrofas tomadas de la *Historia de un español y dos franceses*. La primera parte de *El zapatero y el rey* está colocada en la leyenda *Justicias del Rey Don Pedro*, y el asunto de *Sancho García* es el mismo que el de la narración titulada *El montero de Espinosa*. En estas obras legendarias logró el poeta ruidosos triunfos, como que en ellas late lo que constituye el mérito principal de su estro poético, lo que pudiéramos llamar su españolismo. Esta misma cualidad es la que avalora el drama más famoso de Zorrilla. Todas sus leyendas y dramas parecen tentativas hechas por la mano del trovador español para encontrar la verdadera y total encarnación de su poesía: son bocetos en los cuales se vislumbran los rasgos más ó menos borrosos de las dos figuras inmortales con que el poeta que acaba de morir ha aumentado el nú-

mero de las creaciones del genio: don Juan y doña Inés. El drama *Don Juan Tenorio* es como la síntesis y resumen de todo lo producido por el autor. Allí la valentía, la arrogancia, el desorden, el desprecio á las leyes, representado todo ello por el pendenciero burlador; allí la piedad mística, el amor sublime, el soñador espíritu de la mujer española; allí rondas acuchilladas, enmascarados, diálogos al través de las rejas, escenas de amor en la margen de poético río, claustros escalados, desafíos, estocadas, panteones bañados por la luz de la luna, muertos que salen de sus tumbas, cenas *exóticas*, doblar de campanas, espectros y sudarios; allí versos enérgicos, apóstrofes hiperbólicos, endechas empapadas en mieles y relatos de peligrosas aventuras; allí grandes defectos al lado de deslumbrantes bellezas; en una palabra, allí las múltiples fases del genio de Zorrilla. Aunque se destruyesen todas sus obras, como *Don Juan* se salvase de la destrucción, nada faltaría á la crítica para poder trazar con mano segura la fisonomía literaria del gran poeta.

Pero no es sólo el alma de Zorrilla lo que alienta en su fantástico y popular drama; es además el ideal del pueblo español. El autor del *Don Juan* ha sido, por querer del cielo, la voz inspirada de nuestra raza. En el alma del artista se juntaron todos los átomos dispersos del pensamiento y sentimiento nacionales. Zorrilla no hizo más que exteriorizar aquello que dentro de su mente llevaba, aquello que se había condensado en su cerebro por no sé qué ley de afinidad misteriosa. Cuando el pueblo contempló la obra del poeta, en la cual entró por mucho, como en todas las grandes

obras, lo inconsciente, vió, si no su propio retrato, el retrato de su ideal. De aquí su predilección por el *Don Juan Tenorio*; de aquí también lo exacto de la afirmación que hace don Isidoro Fernández Flórez en su hermoso estudio sobre Zorrilla. «El día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llegado á su completa civilización, pero no será España.»

Como más perfecto en su plan, mejor estudiados sus caracteres, más lógico en su desarrollo y con más artificio preparadas sus situaciones ha sido apreciado el drama *Traidor inconfeso y mártir*; mas no obstante este mayor atildamiento y atildada factura, carece del vigor y la grandeza del *Don Juan Tenorio*. Aquél está escrito con más talento, éste con más genio; aquél revela mayor estudio, éste mayor espontaneidad; en aquél los personajes están labrados en la mesa del estudio, en ésta han brotado llenos de vida de la fantasía calenturienta, pero potente, del autor.

Fácil tarea sería señalar defectos á millares en los versos de Zorrilla: imágenes tan ridículas como aquella de llamar pupila del cielo al astro de la noche, lo de calificar de *imbécil* á Toledo, lo de motejar de *villanos* á los céspedes, lo de decir con toda solemnidad que en Granada se pone y sale el sol, lo de llamar *transparente* á la luna y hacer cantar al ruiseñor en el mes de Febrero, lo de embutir de ripios los versos, lo de emplear vocablos impropios, lo de manejar la historia del modo que acostumbraba Fernández y González (hermano gemelo del poeta), lo de aceptar como buenos los más vulgares galicismos y de descuidar hasta las leyes de la rima y de la prosodia. Enumerar

éstos que no sé si llamar lunares sería cosa de escasisima dificultad, tratándose del menos cuidadoso de nuestros poetas, el cual como su héroe jamás se para en barras, y lo mismo atropella la verdad histórica y las leyes literarias que el atrevido sevillano las leyes humanas y divinas. Mas á pesar de estos defectos en los cuales se han cebado más de una vez los críticos, entre otros el mordaz Villergas, que hablando del autor de *Margarita la tornera* le llamaba con desdén *ese sujeto*, las obras poéticas de Zorrilla son de lo más hermoso que contienen nuestros anales literarios. Dormitaba no algunas sino muchas veces, ha dicho enormidades; pero ¡cuántas joyas no se encuentran envueltas entre falsos oropeles, cuántas flores en medio de viciosas hierbas! Así acontece en nuestros templos góticos: ¡cuántos santos roídos por el tiempo, cuántas agujas rotas, cuántas claves ladeadas, cuántos botareles torcidos, cuántas rugosidades en la piedra, cuántos pormenores defectuosos; pero qué magnífico el conjunto!

Y aquí debiera poner punto á estos renglones relativos á Zorrilla: sus obras posteriores son, salvo contadas excepciones, indignas de él. En la segunda mitad de su larga vida, el poeta, como Don Luis Mejía, fué perdiendo todo su caudal poético *dobla á dobla, una por una*, y aunque su nombre amparaba la mercancía que su pluma daba á las imprentas, rara vez se encuentra en ella nada que pueda competir con lo hermoso de su antigua y abundante vena. Ni el *Album de un loco*, ni *La Leyenda del Cid*, ni *Gnomos y mujeres*, *Los Tenorios*... ni el farrago de serenatas y canciones esparci-

das en revistas y diarios añaden lo más mínimo á su fama; y si he de decir lo que siento, creo que le perjudican. Con casi todos esos, como con los *últimos* versos que en estos días han dado á luz los periódicos, debiera hacerse lo que un crítico propuso que se hiciese con las obras del P. Feijóo: quemarlos sobre la sepultura del gran poeta. Para ser grande no ha menester de esas serviles ofrendas hechas más en aras de la necesidad que en el altar de las musas; bástale con las composiciones de sus años juveniles.

*
* *

No parece sino que la mayor parte de los críticos que han emitido su opinión acerca de *La loca de la casa* se ha dado de ojo para convenir en que el grande ingenio de Galdós no se aviene á las estrecheces de la escena, especie de jaula al decir de uno de aquellos, formada por bambalinas, telones, bastidores y forillos, en donde aletea como águila prisionera la inspiración del autor de *Gloria*. Esto de la jaula, dicho sea con el debido respeto, téngolo por imagen de poeta más bien que por exacta y rigurosa apreciación de un hecho literario. Si el teatro, por estar circunscrito á determinados límites, es jaula, jaula son también la novela, y el poema, y el madrigal, y el cuento, porque todas estas especies de composiciones, limitadas están por leyes que no es permitido traspasar. Si se quiere decir que el talento de Galdós es tan grande que no cabe en la escena, también en esto se comete una inexactitud. Shakespeare no es inferior al mismo Homero, y libre y desembarazadamente se mueve en la estrecha jaula de la escena. Más verdade-

ro sería, en mi concepto, reconocer que por esta vez Galdós no ha acertado á producir una obra maestra.

En toda composición dramática hay que considerar las condiciones relativas á la acción y las particulares referentes á su carácter escénico. ¿Se ajusta *La loca de la casa* á esas leyes? Esto es lo que me propongo estudiar aquí, siquiera sea ligera y someramente.

Cuando á poco de levantarse el telón para el primer acto de la obra de Galdós se nos presenta la figura de Pepet, creemos, bajo la fe de su palabra, que es un ser tosco, metalizado, buen negociante, ajeno por completo á toda cultura, valiente, de voluntad de hierro é impasible á toda compasión, un verdadero *struggle for life*, un *compuesto de hombre y fiera*, para el cual la suprema ley es la misma que la de las bestias en lo intrincado de los bosques; la más fuerte arrebatada la presa á la más débil. Todo esto de que el espectador se entera, no porque lo manifiesta Pepet con sus hechos, sino porque lo dice á cuantos quieren oírle, y gracias al examen con preguntas y respuestas á que le someten los demás personajes de la obra, es, aunque no muy hábil desde el punto de vista dramático, motivo de interés. Fácilmente disculpa también el público las contradicciones en que incurre el bueno de Cruz, cuando, después de mostrarnos su tosquedad y su rudeza y de asegurarnos que no sabe poner borlitas ni ringorranos á sus palabras, lanza sentencias tan bien dichas como aquélla: «Dondequiera que arrojen ustedes la semilla de la compasión, verán nacer la ingratitud» pronunciando luego un discurso que ya lo quisiera, para obtener ruidoso aplauso,

cualquier estirado ateneista. Como se ve, Pepe Cruz, no sólo pone borlitas á sus frases, sino hasta borlones de doctor. A pesar de esto, sus alardes de rudeza agradan y su franqueza nos es simpática. Enriquecido, gracias á improbables trabajos, quiere, cosa muy natural en hombre de humilde origen, ser amo allí donde fué poco menos que bestia de carga. Las circunstancias le favorecen; la casa de Moncada, se viene al suelo sacudida por el huracán de la desgracia que ha soplado sobre aquella familia como el torbellino de calamidades que asoló la casa y la felicidad del varón bíblico. Pepet tiene oro é inteligencia mercantil para apuntalar aquel edificio que se hunde. Si se le entrega la mano de la hija de Moncada, todo irá bien. Cruz salvará de la ruina al viejo industrial; de lo contrario, el crédito y la honra y la fortuna de los Moncadas se pierden sin remedio.

Pero Gabriela rechaza aquella boda, que le parece, y no sin fundamento, contrato de compra-venta, y cuando su padre, agobiado por la pesadumbre de su desdicha, quédase como abismado en su dolor, surge semejante á aparición celeste su otra hija Victoria, novicia en el convento del Socorro, vestida de blanco con una palma bendecida en la mano, y el público adivina que aquella figura celestial es mensajera de venturas. Dejando esta gratísima impresión, termina el primer acto.

Victoria es el reverso de la medalla de José Cruz; él es áspero como un cardo, ella delicada como una pluma; él ateo, ella mística; él todo materia, ella todo espíritu; se expresa él con el lenguaje soez y brusco del minero de California,

ella con habla cariñosa llena de diminutivos; él es la fuerza bruta, ella la gracia delicada. No se necesita tener ojos de lince para comprender que el autor, al crear el carácter de Victoria, ha tenido muy presentes la vida y escritos de Santa Teresa. Durante el segundo acto, la religiosa hija de Moncada muestra en sus palabras la graciosa ingenuidad de la reformadora del Carmelo. El contraste que ofrecen estos dos personajes cautiva al público; se comprende que está allí la clave del drama, todo lo demás parece borroso; sólo las dos figuras se destacan perfectamente dibujadas y enfocadas, por decirlo así, convenientemente. La joven religiosa, inflamada por el ansia de sufrir é impulsada por sus éxtasis, se decide á sacrificarse en aras de la felicidad de su padre, y como en el circo romano la virgen cristiana se arrodillaba temblorosa en la arena ensangrentada con los ojos fijos en el cielo esperando el momento de ser despedazada por las fieras, así Victoria, obedeciendo el mandato divino, se ofrece en matrimonio al adusto y semisalvaje Pepe Cruz.

Esta escena acrecienta el interés dramático. Adivínase el comienzo de un combate terrible, batalla de dos almas, la una embutida dentro de la férrea coraza del brutal materialismo, la otra escudada tan sólo por su fe, duelo semejante á aquellos juicios de Dios en que se permitía al vasallo pelear desnudo con el caballero su ofensor cubierto de todas armas. ¿Vencerá en esta lucha terrible la fuerza material sobre la espiritual? ¿Ormuz inerme logrará la victoria sobre Ariman armado de punta en blanco? Tal es el problema que se plantea, tal el momento crítico del drama.

Peró en el tercer acto los caracteres se quebrantan y truncan. Las lanzas se vuelven cañas. Pepet no es ya el bravo luchador de América; se ha convertido en una especie de *tío Grandet*, tan mezquino como aquél, y que por ahorrarse un jornal compone él mismo el tejado de su fábrica. Con lo cual evidénciase que todo cuanto antes se ha dicho en la comedia acerca del talento industrial de Pepet, es falso, puesto que si el bueno de Cruz tuviese una sola chispa de esa especie de talento, sabría que en cualquier cosa en que se emplease, en vigilar, por ejemplo, á sus obreros, habría de obtener mayor utilidad que recorriendo el mismo las goteras de su finca. Pero hacía falta, para que la escena que luego sigue de la pelea con Daniel y la reyerta con Victoria fuese de más efecto, presentar al marido con aspecto feroz, y de aquí lo de la blusa sucia, lo del hacha, la cuerda y el tejado. El autor no ha parado mientes en que tales recursos, un poco burdos, tenían además el inconveniente de desvirtuar el carácter del personaje. Por su parte, Victoria deja á un lado su resignación cristiana, y se convierte en mujer peleadora y respondona. El ángel que en el primer acto aparece como visión celeste con la palma bendita en la diestra, que luego como mártir cristiana se lanza á las fieras y que acaba de decir que «á su imaginación sólo le queda libre el caminito del espacio donde se ven flotar las cosas futuras», conviértese en una esposa nada humilde, que con la mejor intención del mundo roba á su marido, se pone de parte del hombre de quien está celoso Cruz, y aún no contenta, exalta á éste y le agujonea con sus punzadoras palabras.

El formidable duelo que se anunciaba en el segundo acto, queda reducido en el tercero á una reyerta casera; *el tigre de malas pulgas* ha perdido sus garras; en cambio el ángel de rizado plumaje saca las uñas. ¿Es bastante causa el amor que ha prendido en las dos almas para determinar cambio tan radical en ambos personajes? Ciertamente que el amor amansa las más ásperas condiciones de carácter y modifica las almas. La fábula de Hércules á los pies de Onfala, da de ello testimonio. Pero aun siendo esto así, ¿responde esta mudanza de los dos personajes á la expectación de los primeros actos? La explicación de tales metamorfosis hubiera podido ser fácil en la novela, en donde el autor cuenta con medios para mostrar paso á paso las diversas modificaciones que experimentan los personajes; en el drama estos cambios radicales han de ser motivados por una peripecia violenta, y que impresione al público y le explique además suficientemente la desviación de los caracteres. Como la explicación no es suficiente, los espectadores toman á risa la nueva fase en que la acción entra en los dos últimos actos. Razón existe para esa nueva fase, pero esa razón no está convenientemente presentada; así es que el público, al ver que el carácter enérgico, fiero, bárbaro, pero grande, de José Cruz, pierde lo de grande para quedarse sólo en lo de bárbaro, cuando se hace cargo de que aquel luchador de las selvas americanas se ha quedado reducido á un deshollinador de chimeneas, experimenta una decepción que lejos de hacer meditar hace reír. Lo mismo acontece con Victoria; la monja que en el acto segundo nos re-

cordaba á Santa Teresa, resulta una mujer mal educada, capaz de sacar de tino á la persona más reposada y pacífica.

A medida que la obra avanza, los dos caracteres principales se falsean más y más; el bueno de Pepet llega en el último acto á la categoría de lo grotesco. Aquel regateo con su mujer, á quien puede hacerla volver á su casa con un solo mandato, aquella desfachatez de la ex-monjita poniendo á precio el fruto de su vientre, aquel afán de despojar al marido de su dinero, no para que gane el cielo, que bien debe saber Victoria que aquellas concesiones de su esposo no son compra de terrenos en el paraíso, todo esto es tan ajeno, tan otro de lo que se cree adivinar en los dos primeros actos, que el público ve en ello algo del *ridiculus mus* del parto de los montes. Casi me atrevo á asegurar que si la obra no hubiera estado amparada por nombre tan justamente respetado y admirado como es el de Galdós, *La loca de la casa* no hubiera llegado á puerto de salvación.

Porque además de estos defectos, que lo serían también en una novela ó en un poema, puesto que la identidad es siempre y en todo caso, condición esencial de los caracteres, la última obra de Galdós incurre en no pocos errores escénicos. Casi todos los personajes que intervienen en la acción son inútiles. ¿Qué le importa al público el escepticismo materialista de Jaime, ni el misticismo tonto de Daniel, ni las angustias de la marquesa, ni las letanías de la beata, ni las entradas y salidas de Huguet? ¿En qué contribuyen á la acción? Además, toda aquella gente, resulta un conjunto de tontos. ¿Por qué odian á Pe-

pet? Gracias á él, Moncada se ve salvo de la ruina y de la deshonra; el mediquito y Gabriela tienen asegurada su fortuna, y la marquesa, si bien está á punto de perder su finca del *Clot*, ni es por culpa de Pepet, ni hay motivo para aquellos odios é insultos que le dirige. El místico Daniel es un ente ridículo; Mario ha hecho perfectamente en cortar la escena en que aquel beato grotesco pide á Cruz un rifle para suicidarse, si bien el director de la Comedia no ha tenido en cuenta que, al suprimir esta escena, dejaba como cabo suelto el duelo pendiente entre Daniel y Pepet.

Este pobre hombre, á quien todo el mundo llama bárbaro, bruto, bestia y otras lindezas semejantes, y en el que por contera ha tenido el autor el propósito de simbolizar el mal, nos inspira lástima, al ver cómo aquella familia, que cuando niño le trató poco menos que á un perro, le saquea, gracias á la habilidad de Victoria, y le arranca aquel dinero que, con riesgo de la vida y á costa de tremendos sufrimientos, ha logrado conquistar en su lucha tenaz por la existencia.

Aunque Victoria declare formalmente al terminar la comedia, que Pepet es la personificación del mal, sus palabras á nadie conmueven. José Cruz parece, más bien que la representación del mal, la imagen de la tontería, y la familia de Moncada, Jordana y la marquesa, una nube de parásitos, que por medio de la angelical Victoria, despluman á aquel pobre dragón, que paga, á la verdad, bien largamente el honor de haberse casado con una hija de su antiguo dueño.

Tampoco hablan siempre los personajes en armonía con las cualidades que el autor les atribuye. De

Cruz ya he dicho que, si algunas veces se expresa con la rudeza propia de su educación, otras declama como el más estirado catedrático. Victoria cambia también de lenguaje cuando cambia de estado, y unos y otros personajes emplean imágenes propias y exactas algunas veces, pero otras absurdas y dislocadas. Aquello de las aletas del dragón que raspan, y el plumaje de ángel que punza, es de mal gusto. Tampoco es frase feliz la que pone el autor en labios de Victoria, cuando dice: «Procediendo gradualmente, puede una usar como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.»

Fraseología es esta, empleada sin duda por Galdós, para seguir la costumbre de nuestros autores dramáticos, los cuales buscan el aplauso con esos falsos relumbrones.

Injusto sería negar que en *La loca de la casa* abundan los primores, las frases gráficas, los pensamientos atinados y profundos, que los diálo-

gos, aunque excesivamente largos, están bien manejados, que la prosa es limpia y gallarda; pero todas estas perfecciones de detalle no consiguen dar á la obra de Galdós el mérito y grandeza que tienen otras producciones suyas. Una golondrina no hace verano, ni una equivocación disminuye en lo más mínimo la justa nombradía del autor de *Realidad*, de *Gloria* y de *Doña Perfecta*. Tampoco prueba su última comedia que le falten condiciones de dramaturgo; todos, hasta los más grandes escritores, flaquean alguna vez; que esta es condición humana á que se hallan sometidas las más poderosas inteligencias, entre las cuales se cuenta la de Galdós. Seguro es que encontrará en lo sucesivo ocasiones de hacerse aplaudir, no por el coro de alabarderos más ó menos distinguidos, sino por el público en masa y por cuantas personas acuden al teatro sin prejuicios favorables ó adversos.

FRANCISCO F. VILLEGAS.

ÍNDICE

| | Páginas. |
|--|----------|
| <i>Historia de un Caballo</i> , por el Conde León Tolstoy..... | 5 |
| <i>El suicidio en sus relaciones con la civilización</i> , por E. Caro..... | 41 |
| <i>Francisco Coppée</i> , por Julio Claretie..... | 80 |
| <i>Un idilio durante el sitio</i> , por Francisco Coppée..... | 96 |
| <i>El salón de la condesa Merlin</i> , por Sofía Gay..... | 123 |
| <i>¡Buenos días, señor!</i> , por Juan Richepin..... | 133 |
| <i>El reloj viejo</i> , por Eugenio Mouton (Merinos)..... | 139 |
| <i>El delito político</i> , por G. Tarde..... | 144 |
| <i>Amor de mujer</i> (poesía), por M. A. Caro..... | 170 |
| <i>Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal</i> , por César Lombroso..... | 171 |
| <i>Reseña crítica del centenario</i> , por Cesáreo Fernández Daro..... | 181 |
| <i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar..... | 193 |
| <i>Impresiones literarias</i> , por F. Villegas..... | 198 |